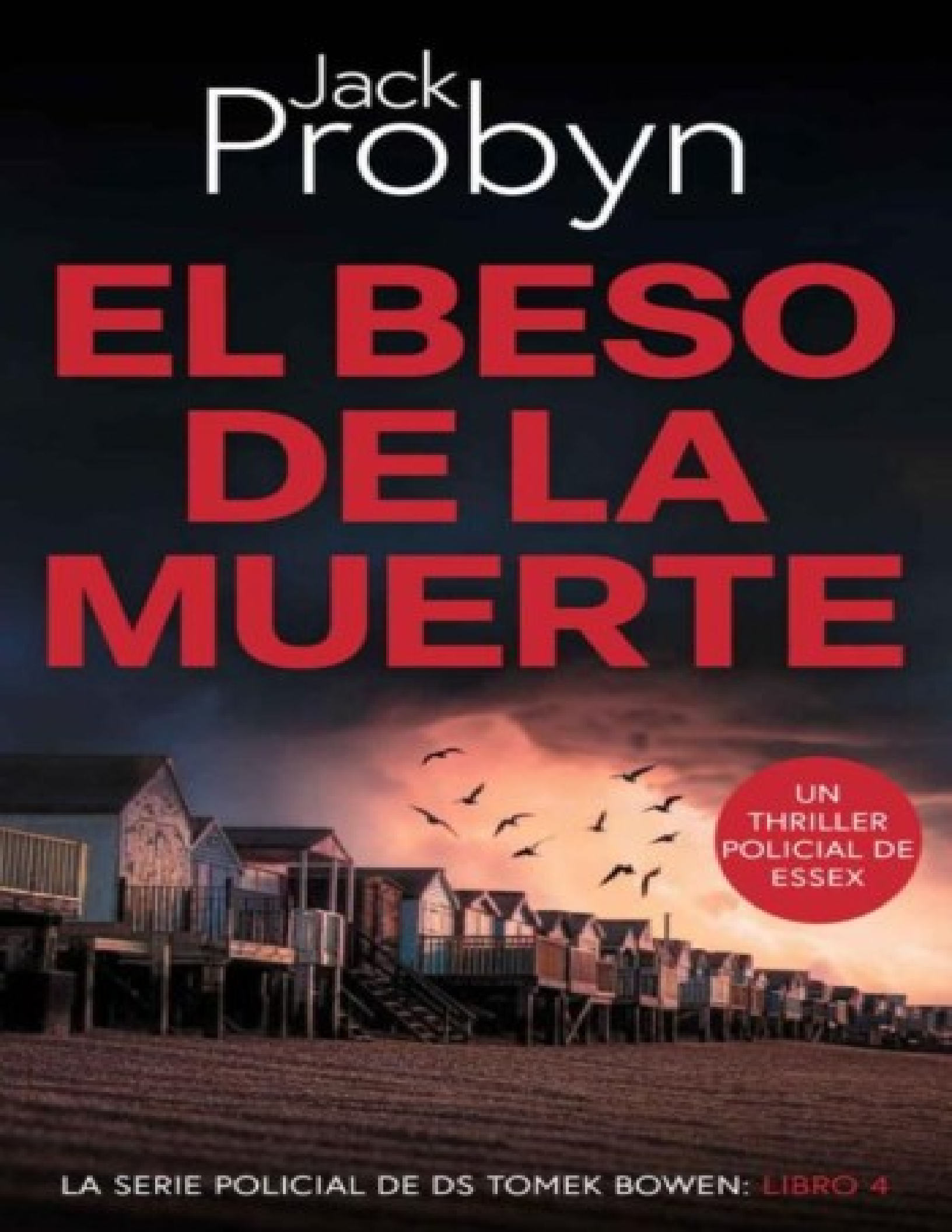
Jack Probyn

# EL BESO DE LA MUERTE




LA SERIE POLICIAL DE DS TOMEK BOWEN: LIBRO 4

# EL BESO DE LA MUERTE

UN EMOCIONANTE MISTERIO DE ASESINATO BRITÁNICO

SERIE POLICIACA DEL DETECTIVE SARGENTO TOMEK BOWEN

LIBRO 4

JACK PROBYN

CLIFF EDGE PRESS

Copyright © 2025 Jack Probyn. Todos los derechos reservados.

El derecho de Jack Probyn a ser identificado como el autor de la Obra ha sido reivindicado por él conforme a la Ley de Derechos de Autor, Diseños y Patentes de 1988. Publicado por: Cliff Edge Press, Essex.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, negocios, empresas, eventos o lugares es completamente coincidencial.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida en forma escrita, electrónica, de grabación o fotocopia sin el permiso por escrito del autor, Jack Probyn, o de la editorial, Cliff Edge Press.

eBook ISBN: 978-1-80520-158-8

ISBN: 978-1-80520-159-5

Primera Edición

Visite el sitio web de Jack Probyn en www.jackprobynbooks.com.

## SOBRE EL LIBRO

***Los secretos más oscuros nunca permanecen ocultos por mucho tiempo…***

Cuando el cuerpo de un hombre sin hogar es descubierto en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, la gente de Essex ni siquiera arquea una ceja.

Pero cuando la autopsia revela que la identidad es la del diputado local, Herbert Tucker, el pueblo comienza a prestar atención.

Mientras la presión política y mediática crece como una marea creciente, el detective Tomek Bowen se ve obligado a navegar por una traicionera corriente subterránea de mentiras, traiciones y escándalos. Al indagar en la turbia historia de Herbert, Bowen se ve envuelto en un laberinto de secretos donde cada sombra oculta a un posible sospechoso, y cada pista ahonda el misterio.

# ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34

Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Fin
El Sabor de la Muerte - Vista previa exclusiva

Otras Obras de Jack Probyn
Deja una reseña
Sobre El Autor

# CAPÍTULO
# UNO

Herbert Tucker nunca había pensado realmente en la muerte.

Nunca había necesitado hacerlo. La noción no había cruzado por su mente tanto como podría haberlo hecho para, digamos, el público en general. Mientras ellos esperaban en sus colas de doce horas con la Seguridad Social, él recibía tratamiento privado de primera clase. Mientras ellos elegían entre dos de los alimentos congelados más procesados del planeta, él comía carne y verduras frescas, ecológicas y saludables. Mientras ellos bebían agua del grifo inmunda, él se daba el capricho de consumir la mejor agua de Sudamérica, embotellada y enviada con una etiqueta de precio desorbitado.

La muerte, o el morir, nunca se le había ocurrido realmente a Herbert Tucker.

Gracias al privilegio, el poder y lo único que todos consideramos sacrosanto: el dinero.

Aunque el dicho de que no podía comprar la felicidad no siempre era necesariamente cierto (en la mayoría de los casos, encontraba difícil hallar a alguien que no pensara que comprar una moto acuática *no* era divertido), había descubierto que el dinero podía comprar una extensión de la vida, un aplazamiento de lo inevitable. Que podía posponer la lenta e interminable marcha que venía por todos nosotros.

*Pum.*

*Pum.*

*Pum.*

Y así, los pensamientos macabros sobre la muerte, la vida y el existencialismo nunca habían cruzado por su mente.

Hasta esa noche.

El frío amargo de enero, uno de los más gélidos registrados, mordía sus dedos como un cangrejo defendiéndose mientras metía la mano en sus bolsillos buscando las llaves del coche y el móvil. Densas y pesadas nubes de su aliento cargado de alcohol se formaban frente a su cara, casi dificultando la vista de su adorado Jaguar F-Type. O quizás eran las dos copas de vino que se habían tomado lo que nublaba su visión.

Mientras cruzaba el aparcamiento, desbloqueando su teléfono y marcando el número móvil, divisó una figura al otro lado de la calle.

Una de las ratas de la ciudad, probablemente.

A estas horas de la noche, estaban por todas partes. Perros callejeros, roedores, algunos de los individuos más pobres y solitarios de las calles. Corriendo de vuelta a cualquier agujero del que provinieran.

Las ratas estaban por todas partes en este lugar, y era su trabajo limpiar las calles de ellas.

La llamada se conectó antes de que pudiera pensar más en la figura.

—Herbert... —comenzó ella—. ¿Qué estás haciendo? ¿Qué hora es?

—No lo sé —le dijo bruscamente, tragando un eructo que surgió momentos después. Sabía asqueroso y le quemó la garganta.

—Son las tres de la madrugada.

Pero a él no le importaba la hora. No le importaba nada. Ni ella, ni las ratas, y especialmente no la puta hora.

—Yo... —comenzó, luego se detuvo al llegar al Jaguar—. Quiero el divorcio. Sin tonterías esta vez. Sin retractarme de mi palabra ni nada. Estoy harto de ti. Quiero el divorcio y quiero que salgas de mi vida.

Ella dijo algo, pero para él solo era ruido. Como otra pequeña rata chillando en su oído.

Entonces algo captó su atención. Otra figura, diferente a la primera, se acercaba a él.

—Eh... —dijo—. ¿Qué... qué haces aquí?

Antes de recibir una respuesta, la figura se abalanzó sobre él, colocando un paño negro sobre su cabeza, envolviéndolo en una oscuridad absoluta. Abrió la boca para gritar, pero una mano gruesa y fuerte se lo impidió. Asustado, sus respiraciones agudas y frenéticas inhalaron el polvo y las partículas de fibra del paño. Luego sintió un golpe en la espalda y otro en las costillas, el dolor atravesando cada hueso antes de que su atención se distrajera por el siguiente dolor abrasador en otra parte de su cuerpo, como fuegos artificiales en el cielo nocturno. Sus intentos de respirar solo lo empeoraban. Un brazo lo rodeó, esta vez clavando sus garras y levantándolo del suelo. En la lucha dejó caer el teléfono, que se estrelló contra el hormigón.

—¡Ahh! —gritó Herbert.

Pero sus gritos se detuvieron instantáneamente cuando quedó suspendido en el aire, ingrávido, con los brazos y el cuerpo agitándose como si estuviera aprendiendo a nadar por primera vez. Y por una fracción de segundo, se preguntó si esto era lo que se sentía en el cielo.

Lo que se sentía al morir.

Entonces oyó el sonido de la puerta del coche abriéndose y sintió su cuerpo moviéndose hacia ella. Quien lo sujetaba lo superaba en fuerza casi dos a uno. Era una pelea injusta. E imaginó que era una de las ratas de la ciudad —quizás incluso la rata que había visto al otro lado de la calle—. Se habían vuelto más fuertes, más inteligentes.

Malditas ratas.

Pero eso no significaba que Herbert estuviera fuera de combate. Aún no. Mientras sentía que su cuerpo se acercaba a la puerta del coche, extendió los brazos y pateó con las piernas, raspando sus zapatos en los paneles mientras intentaba protegerse, tratando de evitar que su cuerpo fuera arrojado a la parte trasera de su Jaguar.

Para prolongar lo inevitable, la lenta marcha de la muerte.

*Pum.*

*Pum.*

*Pum.*

Le habían advertido que este tipo de cosas podían suceder. Le habían dado formación. Lo habían sentado y le habían explicado todos los pros y los contras. Y, pensar que no había prestado atención. Su ego se había interpuesto, creyendo que podría defenderse cuando, evidentemente, ni siquiera podía gritar pidiendo ayuda. Segundos valiosos y preciosos se perdieron cuando tuvo la oportunidad, pero ahora los había desperdiciado.

Tardíamente, lo intentó. Un grito agudo brotó de sus labios, pero fue instantáneamente sofocado con un cabezazo en la cara. Uno muy fuerte. Justo en la nariz. Destrozando el hueso y golpeando su cerebro contra el cráneo como una rata intentando escapar de una jaula.

Dios mío.

Las ratas.

Realmente estaban por todas partes.

# CAPÍTULO
# **DOS**

*Estoy caminando. Otra vez. Así es como siempre empiezan estas cosas. Caminando. Bueno, no caminando-caminando. Más bien caminando, pero más rápido. Ese ritmo intermedio entre caminar y trotar. Medio trotar. Eso es. Así es como lo he llamado en el pasado.*

*Mis pequeñas piernas se mueven tan rápido como pueden, pero siento como si algo las retuviera, algo las está ralentizando. Una especie de resistencia.*

*Está oscuro. Como siempre. Excepto que las farolas son desorientadoras, y cada vez que miro una, lo único que puedo ver después es una mancha roja y azul en mis ojos. La maldita cosa casi me ciega, y mientras cruzo la carretera no veo el coche que se precipita hacia mí.*

*El coche tiene que frenar bruscamente y yo tengo que disculparme y escabullirme como si no hubiera pasado nada, aunque sí pasó y probablemente todos los otros coches lo vieron y ahora me están juzgando por ser estúpido.*

*Mi corazón late con fuerza y siento como si literalmente fuera a explotar fuera de mi pecho.*

*Esto es nuevo. Todo esto es nuevo. No creo haber recordado esto antes. Se siente... poco familiar. Pero cuando llego a la tienda de cocinas Magnet, todo vuelve a sentirse familiar, todo cae en su lugar. Ahora sé dónde estoy, sé lo que estoy haciendo.*

*Pero más importante aún, sé lo que sucede a continuación...*

*Sé que los chavales van a estar allí al otro lado de la calle, merodeando fuera del estanco, probablemente intentando robar algo o hacer algo que no deberían.*

*Pero los ignoro, como suelo hacer. No tengo tiempo para ellos. Necesito llegar hasta Michał. Me está esperando. Todavía.*

*Y a medida que me acerco al parque donde va a estar, el ruido de los coches se vuelve más silencioso, y las calles tienen menos tráfico.*

*Y entonces se corta.*

*Y luego estoy bajando a toda velocidad por unas escaleras. Las que conducen hasta Old Leigh. Pero esta vez soy más grande, mayor, treinta años mayor. Mis piernas son más potentes pero mi cuerpo no. Está hecho polvo, y me cuesta sujetarme en la barandilla.*

*En la parte inferior, corro por un pequeño tramo de hormigón antes de llegar a un pequeño puente que cruza las vías del tren.*

*Y entonces se corta.*

*Al hombre en el suelo. Phillip Balham.*

*Su cara aplastada contra el hormigón. Mi cuerpo presionado sobre el suyo. Sosteniéndolo allí, apretando su cuello, exprimiendo la vida de su inútil, miserable, bastardo y jodido cuerpo.*

*Y entonces oigo un grito.*

*De un hombre. Nick, viniendo a detenerme. Viniendo a evitar que mate a este trozo de mierda.*

*Pero cuando vuelvo a mirar al hombre, el cuerpo ha cambiado.*

*En lugar de Phillip, estoy mirando a Kasia, mi cuerpo presionando el suyo contra el hormigón. Estoy matando a mi propia hija, asfixiándola. Pero cuando me aparto, me doy cuenta de que no soy yo en absoluto. Que es su alergia a los cacahuetes, asfixiándola rápidamente. Está convulsionando, su cuerpo contorsionándose, sus pulmones jadeando.*

*—¡Kasia! —grito.*

*Pero es demasiado tarde. Deja de moverse, deja de respirar. Su cuerpo yace allí completamente inmóvil, prístino, sereno.*

*Fui yo quien la mató. Yo le saqué el último aliento... Le aplasté la tráquea y me aseguré de que nunca volvería a respirar.*

*Y entonces se corta.*

Tomek metió el bolígrafo entre las páginas de su cuaderno y lo cerró, sellándolo con la fina banda elástica que recorría el borde. Luego lo colocó en el cajón superior de su mesita de noche y se dirigió hacia la cocina. Necesitaba desesperadamente beber algo; escribir tus pesadillas era un trabajo que daba sed. Esta había sido la primera en mucho tiempo. Y lo más preocupante era su contenido. Kasia, el incidente, Phillip Balham. Las dos pesadillas fundiéndose en una.

Estaba seguro de que el significado detrás de todo ello era serio, un reflejo de su pobre salud mental y de la forma en que estaba procesando lo que había ocurrido aquella noche. Pero ahora mismo lo único en lo que podía pensar era en un vaso de agua. Algo para saciar la sed y humedecer su boca reseca.

En la cocina, llenó un vaso y lo bebió de un trago, antes de dejarlo de nuevo en el fregadero. Mientras regresaba a su dormitorio, caminó de puntillas por el piso, consciente de las tablas del suelo que crujían, con cuidado de no despertar a Kasia. Pero al pasar por su habitación, oyó movimiento, un ruido. A lo largo de los años como sargento detective de la Policía de Essex, sus sentidos se habían afinado para notar las pequeñas cosas, indicios de perturbación. Se habían acostumbrado a sonidos y vistas que estaban fuera de lugar. Y esta era una de esas ocasiones.

Era poco después de las tres de la madrugada, y Kasia debería estar durmiendo —ambos deberían—. Pero el sonido sugería que estaba despierta. Y trataba de ocultar ese hecho.

Tomek se acercó a su puerta, envolvió los dedos alrededor del pomo y la abrió suavemente. Cuando la tenue luz de las farolas del exterior se filtró en la habitación, Tomek la sorprendió intentando cerrar los ojos.

—¿Estás despierta? —susurró, aunque no tenía necesidad de hacerlo.

—Tú también —Kasia se incorporó en la cama.

—No podía dormir. ¿Y tú?

—Yo tampoco —Dobló las rodillas contra el pecho y las rodeó con los brazos, encogiéndose en una bola. En las semanas posteriores al incidente, se había vuelto más reservada, más cautelosa. Y los efectos psicológicos también la estaban envejeciendo. Parecía unos años mayor de lo que era. Más cauta, más consciente de los horrores que existían en el mundo.

Tomek no quería pensar cuánto habría envejecido él en el mismo tiempo...

—¿Otra pesadilla?

Ella asintió.

—¿Lo mismo de siempre?

—Sí.

Tomek se sentó en el borde de la cama y colocó una mano en el espacio del edredón que los separaba. Otra cosa que había notado desde aquella noche: ella se había distanciado físicamente de él. No había abrazos cuando llegaba a casa o antes de irse a dormir. Incluso el más ligero roce en el brazo era demasiado para ella. Phillip Balham había eliminado toda la confianza que tenía en cualquier persona o cosa. Y él no tenía ni idea de cómo recuperarla.

—¿Quieres hablar de ello?

—No.

—No tiene por qué ser conmigo —continuó—. Puedo encontrar a alguien con quien puedas charlar. Como comentamos.

—Lo sé. Pero no. No... no quiero. No yo sola. No a menos que vengas conmigo.

—¿Quieres que me siente allí mientras se lo explicas a alguien?

Ella negó con la cabeza.

—No así. Sobre *tus* pesadillas. Las que has tenido durante más tiempo que yo.

A Tomek no le gustó cómo sonaba eso. Ya había pasado por ahí. Había tenido algunas sesiones con un consejero después de la muerte de su hermano y no había encontrado ningún resultado positivo. Tenía su diario de pesadillas; eso era más que suficiente. ¿Para qué necesitaba la ayuda de un profesional?

—Lo pensaré —le dijo.

Antes de que Kasia pudiera decir algo más sobre el asunto, su teléfono sonó en la otra habitación. El sonido de la vibración sobre la mesa resonó por todo el piso.

Salvado por la campana.

Disculpándose, salió de la habitación de Kasia y se apresuró hacia la suya.

—¿Diga? —respondió.

—Siento molestarle, sargento —se oyó la voz del detective de policía Martin Brown al otro lado de la línea—. Pero ha habido un problema.

—Suele haberlos a estas horas de la mañana.

—Han denunciado la desaparición de Herbert Tucker, sargento.

—¿Quién?

—Herbert Tucker.

—¿Se supone que debo saber quién es?

—Bueno...

Tomek no tenía ni idea de a quién se refería Martin. Y no creía que importara si lo supiera. Lo único que sabía era que el nombre le recordaba a un personaje de *The Thick Of It*. Le dijo al agente que estaría allí tan pronto como pudiera, luego colgó y regresó a la habitación de Kasia.

—Tengo que irme —dijo—. Pero ¿continuamos esta conversación más tarde?

—Vale.

Salvado por la campana.

No ocurría a menudo, pero a veces ser el sargento de guardia tenía sus ventajas.

# CAPÍTULO
# TRES

El detective Martin Brown, el hombre con diferencia el mejor pelo del equipo —una coleta larga y brillante que parecía lavarse a conciencia con champú profesional todos los días— esperaba a Tomek en el aparcamiento de la comisaría. No porque quisiera asegurar el paso seguro de Tomek hasta la escena del crimen, sino porque la escena en sí estaba a menos de cien metros. En el aparcamiento de las oficinas del ayuntamiento de Southend, que colindaba con el suyo propio.

Tomek no sabía si era por el cansancio o por su incapacidad para funcionar correctamente a las tres de la madrugada, pero se le habían escapado por completo las luces intermitentes que rebotaban en el sencillo edificio de hormigón y los árboles circundantes. Por no mencionar el pequeño ejército de agentes uniformados que habían sido apostados alrededor de la escena del crimen.

—No creo que haya visto tanta gente aquí desde aquella vez que Jamie Oliver eliminó los Rollitos de Pavo de los menús escolares.

—¿Qué pasó? —preguntó Martin.

—¿No te acuerdas? El chef...

—No, sé lo que pasó con *eso*. Me refería a qué ha pasado aquí.

—Se armó un buen lío. La gente empezó a protestar frente al edificio, pidiéndonos que saliéramos a detener al pobre desgraciado. Como si fuéramos a hacer algo. Aunque, para ser justos, yo había probado los Rollitos de Pavo en el colegio y me parecían deliciosos, así que era difícil no darles la razón.

Martin gruñó y luego inclinó la cabeza hacia la gran furgoneta blanca de la policía científica en la distancia.

—Creo que esto podría tener un poco más de repercusión mediática que Jamie Oliver.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Quién has dicho que era?

—Herbert Tucker —el desdén por tener que repetirse era evidente en la voz de Martin.

Tomek hizo una pausa mientras repasaba el nombre en su mente.

—Sigo sin ubicarlo —dijo, ofreciéndole una mirada vacía.

—Herbert Tucker... El diputado conservador por Southend.

—Ah, ese cabrón.

—¿No habías dicho que no le conocías?

—Y no le conozco —respondió Tomek—. Solo estoy suponiendo que lo es, basándome en acontecimientos históricos recientes. Y en el hecho de que es un político —luego se volvió para mirar la escena del crimen—. Al menos hizo probablemente la cosa más honorable de su vida y desapareció justo al lado de la comisaría; hace que ir y venir de la escena del crimen sea mucho más fácil.

Martin no le vio la gracia, pero probablemente se debía a que estaba equipado con unas piernas anormalmente largas y un torso corto como el Señor Saltamontes de *James y el melocotón gigante*, por lo que llegar a la escena del crimen no era tanto un problema para él como para otros en la oficina.

A Tomek nunca le habían gustado mucho los políticos. Bueno, en realidad tampoco los había *des*agradado. A menudo pensaba en ellos como en las gaviotas de la playa. Existían, igual que él, y mientras no se le acercaran demasiado o intentaran robarle de alguna manera, él estaba contento. Pero algo le daba la impresión de que Herbert Tucker era una raza diferente de gaviota. El tipo que te roba las patatas fritas o se caga en tu sándwich incluso después de que le hayas pedido educadamente que se largue.

La escena del crimen estaba situada en el extremo más alejado del aparcamiento, tan lejos como era posible de las oficinas del

ayuntamiento y de otros coches. Era un lugar tranquilo y apartado, sin cámaras de vigilancia, con una valla metálica que recorría la parte trasera para mayor protección. Un grupo de cinco oficiales de la policía científica revoloteaba por el espacio, a gatas, examinando la gravilla y el asfalto con potentes luces LED que se alzaban sobre ellos, iluminando el suelo con un resplandor blanco. A la izquierda del espacio, tres de los cinco agentes examinaban un punto concreto en el suelo.

Tomek decidió ponerse un traje forense y unirse a ellos.

—¿Qué está pasando por aquí? —dijo, deseando haber traído sus gafas de sol.

—Sangre —respondió firmemente uno de los de la científica.

—Buen comienzo.

—No está claro si es de la víctima o del agresor.

Tomek asintió. Antes de que el agente pudiera continuar, un aroma impregnó el aire y subió por sus fosas nasales. Olfateó. Con fuerza. Cerrando los ojos mientras intentaba descifrar el rastro del olor.

—¿Es eso pis? —preguntó, girándose hacia una pequeña mancha oscura en el hormigón justo alrededor de donde habrían estado las puertas del pasajero.

—Parece que sí —respondió otro de los agentes sin rostro.

—*Huele* más bien a eso —comentó Tomek.

—El pobre desgraciado probablemente también se cagó encima —dijo alguien.

—Recordadme que no esté cerca cuando encontremos sus pantalones.

Luego Tomek se fue a hablar con el agente uniformado que había llegado primero a la escena. El hombre tenía unos treinta y pocos años y parecía haber consumido suficientes bebidas energéticas como para mantenerlo activo durante las últimas treinta y seis horas. Hablaba rápidamente y sus dedos y manos temblaban como si estuviera experimentando efectos secundarios de un medicamento no probado.

—Recibí la llamada hace aproximadamente media hora e inmediatamente me acerqué. Sabía que algo iba mal, así que tenía

que estar aquí. Afortunadamente, no tenía que ir muy lejos. Pero cuando llegué no quedaba nada. El coche se había ido, y la única señal de que algo había salido mal era el olor y las manchas de sangre en el suelo. Al principio pensé que había sido un atropello con fuga, pero luego recordé que era poco probable si el coche no estaba.

—Estupendo. Sí. ¿Y no viste nada?

El hombre negó con la cabeza. —Estaba completamente oscuro. Sigue estándolo.

No me digas, pensó Tomek, pero se lo guardó para sí.

—¿Sabes quién dio el aviso? —preguntó Tomek, dirigiendo la pregunta tanto al agente como a Martin.

—La mujer —respondió Martin, adelantándose un par de centímetros—. Según tengo entendido, estaba hablando por teléfono con él cuando sucedió.

¿Por teléfono a las tres de la madrugada? Tomek no sabía mucho sobre el hombre, pero no le parecía probable que estuviera riendo juguetonamente por teléfono con su mujer como un par de adolescentes a esas horas de la mañana.

—¿Así que nadie vio lo que pasó?

—No —respondieron los dos hombres al unísono.

—¿Y sabemos de dónde venía?

Entonces Martin se volvió para mirar el edificio que estaba detrás de ellos.

—Vale. Pregunta tonta. Estaba terminando tarde —Tomek miró hacia el edificio de hormigón, tan deprimente que le evocaba recuerdos de la piscina municipal a la que solía ir de niño con sus dos hermanos mayores—. ¿Hay alguien todavía en la oficina con quien podamos hablar?

Martin negó con la cabeza.

—¿Eso es un no, o no lo sabes?

—Ambas cosas, sargento. Es un «no, no lo sé».

—Genial.

Pero un rápido vistazo al aparcamiento vacío que les rodeaba respondió a la pregunta de Tomek. Sin embargo, su vacío duró poco cuando otro coche se detuvo y de él salió el inspector jefe Nick

Cleaves, o Nick el Malvado como Tomek y los demás en la oficina le llamaban. A pesar de la hora, se había vestido con su uniforme completo de policía y se acercó tambaleándose. Nick era un hombre poco más allá de los cincuenta y se acercaba a la edad de jubilación. Pero no iba a dejar que eso le frenara, como lo demostraba la velocidad con la que se lanzó hacia el pequeño grupo de hombres.

—Buenos días, señor —dijo Tomek—. ¿O es de noche? Nunca le había visto moverse tan rápido.

—Vete a la mierda. Definitivamente ahora *no* es el momento.

Nick se quitó la gorra de policía y reveló un cuero cabelludo calvo e impecable que brillaba bajo la luz de la luna y la iluminación artificial del otro lado del aparcamiento. Tomek se estremeció ante el reflejo de la cabeza del hombre.

—No digas ni una puta palabra —dijo Nick, señalando con el dedo a Tomek—. Sé lo que estás pensando, y ni se te ocurra.

Tomek levantó las manos en señal de falsa rendición. —¡No estaba pensando nada, jefe. ¡Lo juro!

—Y una mierda. Y por eso, por ser tan gilipollas tan temprano por la mañana, puedes ir a la casa de Herbert y hablar con su mujer. Anna ya debería estar allí.

—¿Y el resto de los refuerzos?

—En camino.

—¿Ya?

—Sí —respondió Nick lentamente, mirando casi abatido hacia el lugar donde había estado el coche de Herbert Tucker—. Tenemos que encontrar a este hombre lo más rápido posible. De lo contrario, todos vamos a pagar el infierno.

# CAPÍTULO
# CUATRO

Herbert Tucker y su familia vivían en una calle llamada Poors Lane. Sin embargo, con una piscina en casi cada jardín y un habitual Range Rover Sport apostado en cada entrada, no había nada de pobre en las personas que vivían allí. Y con precios de viviendas estimados en varios millones, Tomek se preguntó qué tipo de individuos de alto poder adquisitivo se consideraban vecinos de Herbert Tucker.

El acceso a la mansión de seis dormitorios, cuatro baños, dos salas de estar y una sala de entretenimiento solo era viable por un camino estrecho sin asfaltar, y cuando entró en el camino de los Tucker, que era una superficie pavimentada inmaculada que se extendía casi tanto como el aparcamiento de las oficinas del ayuntamiento, encontró a la agente Anna Kaczmarek esperándole, de pie junto a su coche aparcado. Nubes de vapor salían de su boca mientras se abrazaba a sí misma para protegerse del frío mordaz de la noche. Temblaba visiblemente bajo su grueso abrigo, bufanda, guantes y gorro.

—¿Estás segura de que eres polaca? —le preguntó al salir del coche, señalando su vestimenta.

—*Spierdalaj* —respondió ella, mandándole a la mierda—. Nunca he soportado bien el frío.

—¿Y pensaste que la soleada Inglaterra sería el lugar para sobrellevarlo mejor?

—Cállate. Ya sabes por qué vine aquí —dijo, y luego suspiró profundamente—. A veces puedes ser un verdadero capullo.

Tomek era muy consciente de que su sarcasmo podía molestar a la gente, pero era lo único que había conocido. Un mecanismo de defensa que se le había ido de las manos y se había convertido en parte del tejido de su identidad. Ya era demasiado tarde para dar marcha atrás.

—¿Dónde está ella? —preguntó.

—En el salón, con su hija menor.

—¿Y la mayor?

—En casa de su novio.

—¿Cómo están?

—Compruébalo tú mismo...

Y así lo hizo. Sin decir nada más, Anna le condujo a través de la puerta principal. En cuanto entró en el edificio, le golpeó en la cara una pared de aire caliente, tan espeso y denso que sentía como si estuviera saliendo de la frescura de un centro comercial y entrando en el calor desértico de Oriente Medio. Inmediatamente comenzó a formarse una fina capa de sudor en su espalda y se vio obligado a quitarse el abrigo y la americana, para que su camisa no quedase empapada a los pocos minutos de su llegada.

La puerta de la casa se abría a un espacio modesto con una moderna escalera de madera que serpenteaba por las paredes. Antes de que pudiera captar el resto del vestíbulo, su atención se distrajo por el ficus de hoja de violín que le llegaba al pecho, anidado en una maceta blanca sobre patas, inmediatamente a su derecha. Extendió la mano hacia una hoja y comenzó a frotar sus dedos arriba y abajo, masajeando sus estrías.

—Puedes quedártelo si quieres —dijo una voz que le sobresaltó.

Tomek levantó la vista y vio a una mujer de pie en la entrada del salón. Vestía unos vaqueros, una blusa fina y unos zapatos con plataforma. Tenía la cara muy maquillada, el pelo rizado, y las mejillas y la línea de la mandíbula tan cinceladas como las de una modelo de pasarela. Parecía como si hubiera pasado varias horas arreglándose para la visita. O bien era afortunada y se despertaba luciendo así. Mientras la miraba, con su figura delgada, casi

desnutrida, Tomek pensó que no desentonaría en un episodio de *The Real Housewives of Beverly Hills* o algún otro programa basura de televisión que Kasia insistía en ver en ITV. Quizás eso era lo que ella esperaba.

*The Real Housewives of Essex.*

Lo último que necesitaba el condado era otro programa de telerrealidad que manchara su reputación.

—¿Perdón? —respondió Tomek.

—La planta. Puedes quedártela si quieres. A mi marido le gustaban. Pero siempre podemos comprar otra si hace falta. No le importará.

Tomek quedó desconcertado. Había tanto que desentrañar en esa sola frase. Y tan poco tiempo para hacerlo.

—Un hombre según mi propio corazón —dijo finalmente—. Pero tendré que rechazarlo en esta ocasión. Quizás te tome la palabra en otro momento.

Fingiendo una sonrisa a medias, la mujer se acercó a él y se presentó.

—Nora Tucker.

—Tomek Bowen. Sargento —añadió.

—¿Pasamos?

Sin esperar respuesta, Nora le dio la espalda y se dirigió al salón.

En el centro del espacio había una pequeña mesa de café de madera con un juego de ajedrez encima. El juego parecía más decorativo que funcional, al igual que la mayor parte del resto del mobiliario: una chaise longue frente a un gran sofá de diez plazas, una chimenea de leña contra la pared del fondo. Incluso la pantalla de televisión de cincuenta pulgadas parecía demasiado cara para tocarla, y no digamos para usarla.

Nora se dirigió directamente al otro lado de la habitación, donde se sentó junto a su hija adolescente, que parecía tener la misma edad que Kasia. Quizás uno o dos años más.

—Esta es Eleanor —explicó Nora, pero la adolescente apenas les prestó atención. En cambio, se movió hasta la esquina del sofá y se acomodó entre los cojines, con el dedo desplazándose arriba y abajo por su móvil—. Mi otra hija está en casa de su novio.

—Eso me han dicho —dijo Tomek mientras buscaba un espacio en el sofá. Tenía mucho donde elegir y acabó sentándose tan lejos de Nora como fue posible; parecía que estaban en extremos opuestos de la habitación—. ¿Y tu otra hija...?

—Whitney.

—¿Y Whitney sabe lo que está pasando?

Nora negó con la cabeza.

—No quiero molestarla. Creo que deberíais esperar hasta mañana para decírselo.

—¿Nosotros?

La mirada de Nora pasó rápidamente entre Tomek y Anna.

—Bueno, sí. Pensé que eso era parte de vuestro trabajo. Yo...

—Quiero decir, podemos, y lo hacemos, pero solo si no hay nadie más que pueda hacerlo —respondió Anna—. Pero si quieres que lo hagamos, por supuesto podemos hacerlo por ti.

Otra de esas sonrisas falsas cruzó el rostro de Nora.

—Genial. Gracias. Os lo agradezco mucho. Me ahorra el dolor de cabeza de tener que ir hasta allí y volver.

Tomek estaba formándose una impresión inmediata de Nora, y no era buena. Parecía vacía, egocéntrica y solo preocupada por sí misma. Y él que pensaba que había tenido una mala infancia. Solo podía imaginar cómo habría sido la infancia para las dos chicas Tucker.

Abrió la boca varias veces pensando en algo que decir, pero cada vez la idea desaparecía de su mente y se quedaba allí sentado, pareciendo un pez fuera del agua.

—Entendemos que este es un momento muy estresante para usted —comenzó Anna, acudiendo en su rescate—. Actualmente tenemos un equipo en la oficina buscando a su marido. Lo que necesitamos es entender desde su perspectiva lo que podría haber sucedido. ¿Puede responder a algunas preguntas sobre la llamada telefónica que tuvisteis?

—Por supuesto.

Ambos detectives esperaron a que continuara, pero cuando nada surgió por iniciativa propia, Tomek la presionó para que empezara.

—Perdón, sí —comenzó, sentándose erguida, frunciendo los labios, colocándose un mechón de pelo detrás de los hombros como si estuviera a punto de responder a una pregunta en una entrevista de trabajo—. Herbert siempre termina tarde. Viene con el trabajo, así que estamos acostumbradas a no tenerlo en casa. Pero no suele llegar a casa *tan* tarde por la mañana. Estaba dormida cuando llamó.

—¿A qué hora exactamente?

Nora se encogió de hombros, luego cogió su móvil y lo sostuvo frente a la cara de Eleanor. La adolescente parecía saber lo que su madre le estaba pidiendo porque tomó el dispositivo y en unos segundos respondió por ella.

—Las tres y doce de la madrugada —dijo, y rápidamente volvió a su propio teléfono.

Tomek le dio las gracias y continuó su línea de preguntas hacia Nora.

—¿Cómo sonaba por teléfono?

—Molesto.

—¿Como si se hubiera dado un golpe en el dedo del pie o como si hubiera perdido un millón de libras en el casino?

Nora lo consideró por un momento.

—Lo del dedo...

—¿Dijo qué era lo que le enfadaba?

—No particularmente.

—¿Y qué te dijo *exactamente*?

—Oh, ya sabes. Solo que lamentaba llegar tarde y que estaba de camino a casa.

—¿Suele despertarte a esa hora de la madrugada para hacerte saber ese tipo de cosas?

Se encogió de hombros.

—A veces.

Tomek inspiró profundamente. Nunca creía haber oído a alguien sonar tan desinteresado o menos preocupado por el hecho de que su marido estuviera desaparecido, posiblemente muerto. Había conocido perros que estaban más preocupados por que sus dueños los dejaran solos durante dos segundos que esta mujer.

—¿Qué pasó que le hizo darse cuenta de que algo iba mal? —preguntó Anna, acudiendo nuevamente al rescate de Tomek. A estas alturas, ya se había acostumbrado al calor y se había despojado gradualmente de sus capas extras, llevando una elegante camisa bajo su abrigo.

—Bueno... —comenzó Nora lentamente—. Estaba hablando conmigo, y luego al minuto siguiente ya no. Creo que notó que alguien estaba allí porque dijo: "¿Qué haces tú aquí?", y después de eso se detuvo. Hubo algunos ruidos de forcejeo al otro lado y luego la llamada se cortó.

—¿Y fue entonces cuando te diste cuenta de que algo iba mal? —preguntó Tomek.

—Obviamente.

Sí, porque era tan obvio como su preocupación por su marido.

—Has dicho que él dijo: "¿Qué haces *tú* aquí?" justo antes de ser atacado. ¿Crees que conocía a la persona que le hizo esto?

Nora negó con la cabeza, y por primera vez pareció segura de su respuesta.

—No lo creo —respondió—. Siempre se queja de gente que entra en el aparcamiento o que está allí cuando no debería estar. Especialmente por la noche. Pequeñas ratas, les llama. Le preocupa que vayan a hacerle algo a su coche. Siempre ha sido muy protector con él. Es su orgullo y alegría. Bromeamos con que lo quiere más que a los niños.

—Ya veo —respondió Tomek. Porque tenía todo el sentido, y estaba claro por la reacción en blanco de Eleanor que la broma definitivamente no era algo que compartiera y que no era la primera vez que la escuchaba—. ¿Hay algo más que puedas recordar sobre la llamada telefónica? ¿Algún ruido extraño? ¿Alguna otra voz?

Nora negó con la cabeza otra vez, con la misma seguridad.

—Bien —dijo Tomek—. Bueno, cuando escuchemos la llamada telefónica tendremos un par de expertos que pueden detectar cualquier cosa si está ahí.

—¿Podéis hacer eso? —preguntó Nora, con preocupación en su voz.

Tomek sonrió tan falsamente como ella.

—Podemos hacer muchas cosas. Nuestro equipo es realmente muy bueno. Pero no te preocupes, haremos todo lo posible para ayudar a encontrar dónde está tu marido y quién le ha hecho esto.

Nora no dijo nada. En cambio, se removió en el sofá y se volvió hacia su hija, que ahora estaba nuevamente perdida en su teléfono. Tomek temía pensar qué tipo de personas estarían en línea a esta hora de la mañana.

Probablemente el mismo tipo de personas que secuestraron a Herbert Tucker.

—Hablando de lo cual... —comenzó Tomek, y luego se contuvo cuando se dio cuenta de que las otras personas en la habitación no tenían acceso a sus pensamientos—. Nosotros... yo... por lo que tengo entendido, su marido era una figura bastante influyente —continuó, tropezando con sus palabras—. Lo que significa que, en este tipo de casos, podemos esperar recibir noticias de los secuestradores con algún rescate o exigencia.

Nora asintió lentamente, como si solo estuviera escuchando a medias. Mientras la otra mitad pensaba en lo que Tomek y el equipo podrían escuchar durante la conversación telefónica entre ella y su marido.

—En primer lugar, creo que debe prepararse para esa posibilidad, y para que pueda haber decisiones difíciles por delante. Mientras tanto, tendremos a Anna permanentemente apostada aquí mientras intentamos encontrarle, por si llega alguna exigencia a través del teléfono, de su móvil o de los teléfonos de alguna de sus hijas. Es mejor estar preparados que no, ¿verdad?

Esta vez Nora asintió con más fuerza.

—Con todo eso en mente —continuó, consciente de que ahora tenía toda su atención—. ¿Hay alguien que se le ocurra, ya sea del pasado o del presente, que pueda haber hecho esto?

# CAPÍTULO
# CINCO

La respuesta corta era todo el mundo.

Casi todas las personas que habían conocido a Herbert Tucker habían deseado su muerte al menos una vez.

—Por Dios, incluso yo he deseado verlo muerto un par de veces —les había explicado Nora con franqueza, justo después de decirles que no se le ocurría ningún nombre en concreto—. Es simplemente su forma de ser. Irritante. Tenaz. Narcisista. Siempre pensó que era más importante que el ciudadano común, y muchas veces tenía razón. No se volvió tan exitoso siendo buena persona. Claro, jodió a mucha gente en su tiempo, pero siempre mantuvo que era solo por negocios. Que nunca era personal.

Cuando Tomek abandonó la casa, algo más de una hora después de su llegada, sintió que alguien había decidido que ahora sí era personal, que era el momento de que Herbert Tucker experimentara la vida como un don nadie.

Tomek hizo el largo trayecto desde Benfleet hasta la comisaría en poco tiempo. Para cuando regresó a la oficina, ya se había establecido una sala de incidentes importantes, y la oficina estaba llena de compañeros que iban de un lado a otro, hablando frenéticamente entre ellos mientras intercambiaban información e instrucciones. Tomek se detuvo en el umbral, medio tentado a alejarse lentamente del caos y volver a la serenidad del pasillo. Pero su breve momento de deserción nunca llegó a concretarse, gracias a la agente Rachel Hamilton, quien gritó su nombre.

—Todos a trabajar, sargento —exclamó—. Eso te incluye a ti también.

Tomek miró sus palmas, las arrugas y los vasos sanguíneos rojos que estallaban bajo la piel.

—Estas cosas son demasiado preciosas para acercarse a *este* suelo. ¿Has visto la clase de porquerías que se traen aquí, verdad?

—La próxima vez desplegaremos la alfombra roja para ti, Su Alteza.

—No hay suficiente crema hidratante en el mundo que pueda limpiarme la mugre de este suelo.

—No hay suficiente crema hidratante en el mundo que pueda cubrir tu frente...

El comentario dejó a Tomek desconcertado. No porque le ofendiera, sino porque había venido de la fuente menos probable. La agente Nadia Chakrabarti, la treintañera de treinta y seis años muy embarazada que había estado deseando comer biltong casi en cada momento desde el comienzo de su embarazo.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó Tomek.

—Yo... no...

—No. Vamos. Dilo. Explícate.

Nadia balbuceó. Mientras tanto, pequeñas explosiones de risa escapaban de los labios de sus compañeros.

—Solo... es que... En ese momento, me di cuenta de lo grande que es tu frente. ¿Alguien te ha dicho alguna vez que tienes una frente enorme?

—No. Y ahora me has hecho sentir muy inseguro al respecto. Así que gracias por eso.

Mientras Tomek se dirigía a su escritorio, Nadia le llamó y extendió la mano para agarrar la suya, pero él la esquivó y continuó hacia el otro lado de la habitación.

Antes de que cualquiera de ellos pudiera continuar la conversación, se abrió una puerta, seguida por el sonido de unos pesados pies pisando fuerte sobre la moqueta. El silencio descendió sobre el resto de la oficina mientras todas las miradas se posaban en Nasty Nick, que ahora llevaba solo camisa y corbata en la parte superior.

—¿Qué es tan gracioso que todos hemos dejado de trabajar?

Nadie respondió. Al menos, no al principio. Todos sabían que la pregunta era retórica, pero había suficientes personalidades en la oficina con el deseo infantil de responder. Y uno de ellos era Tomek.

—Están hablando de mi frente, señor —dijo, sacando su silla del escritorio—. Al parecer, es bastante grande.

—¿En serio? ¿Nuestro diputado desaparece y vosotros estáis...? —El ceño de Nick se frunció mientras sus ojos se centraban en la cabeza de Tomek. Se acercó, aproximándose más—. ¿Sabes qué? Nunca me había fijado antes, pero realmente tienes una...

Tomek se dio una palmada en la frente, cubriéndosela con las manos.

—¿Podemos dejar de hablar de mi frente enorme, por el amor de Dios? ¿No tenemos todos una investigación que llevar a cabo?

Así era. Y antes de que Tomek pudiera sentarse, él, junto con el resto del equipo, fue convocado a la sala de investigaciones principales por Nick. Unos momentos después, todos habían entrado en la sala y encontrado un asiento cada uno. Poco después del año nuevo, y tras su regreso de una baja personal, Nick había aprobado la solicitud de Tomek de poner una mesa en el centro de la sala. Un lugar donde pudieran sentarse y discutir como adultos, sin sentir que estaban siendo enseñados en un aula. Nick había dejado la compra y todas las medidas en manos de Tomek, pero gracias a un error de suma (que no era, completa e inequívocamente, culpa suya sino de todos los demás), la mesa cuadrada hecha a medida era demasiado grande, y había muy poco espacio para maniobrar a ambos lados. No era ni práctica ni funcional, pero había costado una fortuna, así que se quedaba donde estaba.

—¿Cuánto tiempo más tenemos que mantener la mesa de la nave Enterprise, sargento? —preguntó Chey.

—Hasta que encontremos a alguien lo suficientemente estúpido como para quererla —respondió Tomek.

—Quizás la gente de las oficinas del ayuntamiento la quiera. He oído que siempre están teniendo reuniones y sentados discutiendo sobre nada.

—¿Como nosotros, quieres decir?

—Sí, pero al menos ellos tendrán el presupuesto y una sala lo suficientemente grande para ella.

Tomek estaba a punto de responder cuando vio la expresión profundamente poco impresionada de Nick mirándolo, con los brazos cruzados sobre su barriga. De pie junto a él estaba la inspectora Victoria Orange, que hoy se había coloreado las mejillas con un tono diferente de rosa. Un nuevo set de maquillaje que estaba probando.

—¿Habéis terminado todos? Porque no estoy seguro de que os deis cuenta de la gravedad de lo que ha ocurrido —ladró—. Un diputado, *nuestro* diputado, ha desaparecido, y tenemos que hacer todo lo posible para encontrarlo lo antes posible. Quiero que todos los ojos, dedos y cerebros trabajen en este caso. *Tenemos* que encontrarlo.

—¿Por qué, señor? —preguntó Tomek, y luego inmediatamente se dio cuenta de lo mal que debía haber sonado la pregunta para cualquiera que no estuviera dentro de su cabeza.

—¿Qué quieres decir con *por qué*?

—No lo digo así —respondió Tomek—. Es solo que parece que estamos poniendo *mucho* énfasis en encontrar a Herbert Tucker lo antes posible. Mientras que si fuera cualquier otra persona, si fuera el pequeño David de la calle, no estoy tan seguro de que nos pedirías que dejáramos todo para encontrarlo.

Nick se tomó su tiempo para responder. Internamente, Tomek sabía que el hombre estaba furioso, pero en el exterior nada de eso se mostraba; el único ejemplo de la furia de Nick fue el largo, profundo y pesado suspiro que expulsó por las fosas nasales.

—No creo que ahora sea el momento de discutir moral y ética, Tomek —respondió Nick—. Pero quizás podamos quedarnos hasta tarde juntos alguna vez y lo resolveremos nosotros mismos, ¿de acuerdo?

A Tomek no le gustó cómo sonaba eso, ni le gustó la idea de estar en una habitación tranquila a solas con su jefe —los demás podrían empezar a hablar— así que negó con la cabeza y se quedó callado.

—¿O quizás podríamos hablar de cómo los medios ya parecen conocer la desaparición de Herbert?

Tomek frunció el ceño.

—Lo dice como si yo supiera la respuesta, señor.

—Eso es porque creo que la sabes.

Resopló.

—¿Cómo ha llegado a esa conclusión?

—Tú y tu amiga...

Tomek sabía exactamente a quién se refería. Abigail Winters, periodista del *Southend Echo*. La que había estado intentando conseguir una cita con él desde que se conocieron.

—Rechazo esa acusación, señor. No he hablado con ella sobre Herbert ni sobre nada.

—De cualquier manera, están fuera y quieren una declaración. Y voy a tener que darles algo, así que necesito saber lo que tú sabes.

Durante los siguientes diez minutos, el equipo discutió qué información habían recopilado hasta ahora. Sin embargo, la respuesta no era mucha. De hecho, menos que eso. La suma de absolutamente nada. La mayor pista o posibilidad que tenían de encontrar a Herbert era a través de las cámaras de seguridad, una tarea que dirigía el agente Chey Carter.

—El único problema con eso, jefe, es que no hay cámaras de seguridad en ese lado del aparcamiento —explicó el joven agente—. He revisado las imágenes desde fuera de las oficinas del ayuntamiento en el momento en que Herbert salió del edificio, y puedo verlo yendo a su coche, pero antes de que realmente llegue a él, sale de cámara y desaparece.

—¿Qué significa eso? —preguntó Nick.

—Significa que su coche estaba estacionado en un punto ciego.

—¿Por qué estacionaría su coche allí?

—Por lo que entiendo, era *su* plaza, y debía saber que estaba en un punto ciego, así que debió mantenerla allí por alguna razón.

—Tal vez fue *porque* estaba fuera de la vista que la mantuvo allí... —añadió el agente Martin Brown, con la voz quebrada a mitad de la frase—. Como si estuviera tratando de ocultar algo.

Eso les dio a todos motivo para hacer una pausa. Aunque ninguno de ellos sabía exactamente qué estaba ocultando Herbert Tucker al mantener su coche en un punto ciego.

—¿Qué hay de su secuestrador? —preguntó Nick, avanzando en la conversación—. ¿Tenemos alguna imagen de las cámaras de seguridad?

Chey negó con la cabeza.

—Su atacante debió venir desde el lado de la calle, señor. No puedo encontrarlo en ninguna parte.

—¿Así que no has visto una mierda? —La vehemencia y agresión en la voz de Nick era evidente—. ¿Qué hay del coche cuando se fue? Debes haber visto el vehículo salir del aparcamiento, ¿no?

El joven agente se tomó su tiempo antes de responder, mientras todos se preparaban para la ira que sabían que estaba por venir.

—Condujeron sobre el bordillo y se dirigieron al sur por Victoria Avenue.

—Genial, así que tenemos un...

Chey levantó un dedo para silenciar al hombre, quien poco a poco dejó de hablar cuando se dio cuenta de lo que Chey estaba haciendo.

—El único problema, jefe —continuó el agente—, es que la matrícula estaba cubierta.

—¿Cubierta? ¿Con qué?

—Cinta negra, señor.

Nick lanzó las manos al aire y suspiró profundamente.

—¿Así que el atacante entra paseando desde la calle, sin anunciarse, ataca a Tucker, cambia las matrículas y luego se aleja conduciendo hacia el atardecer?

—En realidad, a esa hora de la mañana, sería el amanecer, señor —interrumpió Oscar, también conocido como Capitán En Realidad en el equipo—. Y aun así faltan unas horas...

Nick le lanzó una mirada de incredulidad.

—¿Te parece que ahora es el momento de corregirme?

La vergüenza se reflejó en el rostro de Oscar. Su memoria muscular para corregir a la gente estaba tan arraigada que a veces ni siquiera sabía que lo estaba haciendo.

Después de que se disculpara, Tomek intervino.

—Piensa en el lado positivo, jefe, al menos podremos buscar huellas en el coche cuando lo encontremos.

—¿Hemos emitido una alerta para un Jaguar F Type con matrículas tapadas? —preguntó Victoria rápidamente, tratando de meter el pie en la puerta de la conversación.

—Sí, señora —respondió el subinspector Sean Campbell, casi con la misma rapidez—. He enviado una alerta a todos los coches de uniforme y patrulla para que estén atentos y nos notifiquen inmediatamente si encuentran algo sospechoso o que coincida vagamente con la descripción del vehículo.

Una sonrisa creció en la cara de Victoria y ella le dio una inclinación de cabeza cómplice.

Sean era el amigo más antiguo de Tomek en el equipo, superando por poco a Nick por unos meses, y durante los últimos trece años, habían sido casi inseparables, como el hermano que Tomek nunca había tenido realmente mientras crecía. Pero en los últimos meses, desde que Kasia había entrado en su vida, la hija de cuya existencia se enteró recientemente, se habían distanciado, una grieta se había abierto entre ellos. Esa brecha se había agravado recientemente por la relación de Sean con la inspectora. Aunque todos en la oficina eran conscientes de su relación (Tomek había disfrutado escuchándolos explicárselo a Nasty Nick) y trataban de mantenerla fuera de la oficina tanto como fuera posible, esta aún se filtraba a través de sus acciones y sus pequeñas miradas entre ellos. Y, por no mencionar, sus pequeñas palmadas en la espalda y miradas cómplices como acababan de hacer ahora.

—Así que no sabemos *dónde* está —comenzó el inspector jefe—. Pero sí sabemos *qué* le pasó, más o menos. Eso significa que la otra pregunta que necesitamos responder es *quién* podría haberle hecho esto. Tomek, ¿qué sacaste de la esposa?

Tomek se sentó derecho antes de responder.

—No mucho, señor. Aparte del hecho de que casi todas las personas que han conocido a Herbert Tucker en algún momento de su vida habrán deseado su muerte. Así que... eso debería reducir un poco el campo.

—¿Cómo cojones reduce eso el campo de alguna manera?

—Bueno, podemos descartar posiblemente que se trate de un secuestro de tipo tigre. Basándonos en lo que dijo Nora Tucker,

podemos asumir que esto no es un ataque aleatorio, que es más probable que sea alguien que lo conocía, alguien que quería hacerle daño. Así que reduce el campo de juego de unos cientos de miles de residentes en la zona a un par de miles de personas que ha conocido en su carrera.

—*En realidad*... —llegó la respuesta lenta e irritable del Capitán de nuevo—. La persona promedio conoce hasta ochenta mil personas en su vida. Considerablemente más para personas como nosotros. Y aún más para alguien como Herbert Tucker; piensa en los mítines de relaciones públicas y reuniones que ha tenido que hacer en su vida.

Ahora sabía cómo se había sentido Nick.

—Gracias por eso, Capitán. Pero eso no me ayuda realmente cuando digo que podemos reducir el campo, ¿verdad?

El Capitán En Realidad se encogió de hombros.

—Solo quiero asegurarme de que seas factualmente preciso.

—¿Has pensado alguna vez en ir a *¿Quién quiere ser millonario?*? Porque serías bueno. Realmente bueno.

—No creo en ellos.

—¿No crees en qué?

—En los concursos.

—¿No te gusta la idea de ganar mucho dinero respondiendo unas pocas preguntas?

—Exactamente.

Tomek negó con la cabeza incrédulo. En circunstancias normales, habría tenido una respuesta para un comentario como ese, pero ahora no había nada. Era como si su mente estuviera tan sorprendida que no podía pensar en nada más que en recordar respirar dentro y fuera.

—¿Qué más dijo su esposa? —preguntó Nick, sacando a Tomek de su ensimismamiento.

—No mucho —respondió Tomek—. He quedado allí en un par de horas para llevar a la hija de vuelta a casa y darle las malas noticias. ¿Quieres que le transmita algo?

# CAPÍTULO
# SEIS

Lo primero que Tomek notó cuando salió por la puerta trasera de la comisaría fue el frío. Cero grados. Temperatura de congelación.

—Me cago en la mar —dijo en cuanto sintió la sensación entumecedora que instantáneamente le mordía los dedos, y se dirigió hacia su coche. Logró llegar hasta el final de los pequeños escalones antes de oír su nombre.

—¡Por todos los santos! —gritó cuando una figura emergió de detrás de un árbol.

La figura era pequeña, delgada, y vestía un abrigo grueso y acolchado con una capucha de piel que le cubría la cabeza. Bajo la capucha había un rostro bonito, con maquillaje ligero y unas gafas negras colocadas sobre la nariz.

—Estás lleno de palabrotas hoy, ¿no? —preguntó mientras se acercaba.

—Lo estoy cuando me das estos sustos de muerte —respondió, hundiendo las manos en sus bolsillos—. ¿Qué haces aquí, Abi?

—He venido a verte, obviamente.

El rostro de Tomek se desencajó.

—Bueno, he venido a verte por dos razones.

—No, y no.

Tomek se dirigió hacia el coche, pero la periodista le siguió de todos modos, pegada a sus talones, casi agarrándose a él para poder mantener el ritmo.

—Es sobre Herbert Tucker —dijo Abigail.

—Ya sé de qué se trata. Pero lo que quiero saber, y lo que todos queremos saber, es cómo *tú* sabes sobre Herbert Tucker. ¡Al parecer Nick me está echando la culpa porque tu equipo lo sabe!

—Claro que lo sabemos —respondió ella, con las mejillas gradualmente enrojecidas cuanto más tiempo permanecían allí fuera. O era el frío o el ardiente coqueteo y la lujuria que sentía por él.

Tomek supuso que era una combinación de ambas cosas.

—¿Cómo? —preguntó.

—Somos periodistas. Es nuestro trabajo saberlo.

Tomek la miró con el ceño fruncido, esperando a que ella elaborara más.

—Vale —murmuró, poniendo los ojos en blanco—. La otra semana nuestro jefe nos dijo que nos posicionáramos más a menudo fuera de la comisaría. Por si acaso pasaba algo.

—¿Así que nos habéis estado acosando?

*¿Acosándome a mí?*

—No te des tanta importancia —replicó como si oyera sus pensamientos—. Solo era para conseguir una exclusiva anticipada sobre algo, eso es todo.

—Vale. ¿Y no viste por casualidad quién secuestró al alcalde anoche?

—¿Alcalde? Era un diputado.

—Cierto. Perdona. Son lo mismo para mí. Ambos empiezan por D, y apuesto a que sus funciones son prácticamente idénticas.

Abigail no parecía impresionada por su falta de conocimiento sobre el funcionamiento interno de la política local, pero a él tampoco le importaba.

—Entonces... —comenzó lentamente, optimista—. ¿Qué puedes contarme?

—Muchas cosas. —Se rascó pensativamente la mejilla, como si canalizara a su filósofo griego interior—. El agua moja. Los osos cagan en el bosque. Y nunca debes cruzar los chorros...

Para su sorpresa, Abigail vio el lado gracioso y le dio una palmada juguetona en el brazo. Y por un momento algo destelló entre ellos. Algo que no habían tenido durante un tiempo. De hecho, solo una vez antes. La noche en que se besaron borrachos. Un

magnetismo crudo y puro de atracción. Tomek pensó que estaba a punto de ocurrir de nuevo.

Otro momento.

—A veces puedes ser un auténtico imbécil —dijo ella, rompiendo finalmente el punto muerto.

—Me esfuerzo por complacer —respondió, dedicándole una sonrisa pícara—. Pero hablando en serio, probablemente sepas tanto sobre lo que le pasó y dónde está como nosotros.

Una mirada de confusión se dibujó lentamente en el rostro de Abigail. Como si acabara de decirle la respuesta a la vida, el universo y todo lo demás, y ella seguía sin entenderlo.

—¿Entonces no sabéis nada? —preguntó.

—Captas rápido.

Otra palmada juguetona, esta vez más fuerte —y un poco más merecida.

—Todavía me debes algo, por cierto —dijo ella—. No creas que lo he olvidado.

—¿Qué te debo?

—No te hagas el tonto.

—¿Tonto sobre qué? —Tomek miró alrededor del aparcamiento como si pudiera encontrar allí la respuesta.

—¿Cuándo me vas a llevar a salir?

Las risas y las bromas ligeras se detuvieron y fueron arrastradas por una fuerte ráfaga de viento que silbaba entre los árboles. Durante el último mes más o menos, Abigail le había estado recordando constantemente y preguntándole sobre la cita que había acordado llevarla. Pero cada vez que había perdido una llamada o se había olvidado de responder a un mensaje de texto, había sido por teléfono y había encontrado una excusa. Pero ahora esto era en persona, una confrontación, no tenía adónde ir. Ningún lugar donde esconderse.

Estaba indeciso por dos razones. Una, pensaba que ella estaba ligeramente encaprichada con él hasta el punto de rozar la obsesión, y después de haber experimentado algo similar en una relación anterior, se dio cuenta de que no quería meterse en algo así de nuevo. Y la otra razón era que podría haber puesto en peligro su

relación laboral. Como miembros del mismo equipo (extraoficialmente), a menudo dependían el uno del otro para información y acceso a los contactos del otro (aunque él definitivamente tomaba más de lo que daba), y ella le había ayudado varias veces en el pasado y sabía que tendría que confiar en ella de nuevo en el futuro.

Pero la otra parte de él, la parte que era curiosa y estaba impulsada en gran medida por la libido, se preguntaba cómo sería ver cómo se desarrollaba su relación.

—¿Cuándo estás libre? —preguntó.

La pregunta la tomó por sorpresa, como si no la hubiera estado esperando en absoluto.

—¿Mañana por la noche si tú lo estás?

—Por ahora, sí. Depende de lo que pase con el señor Tucker.

—Bien. Sabía que acabaría desgastándote —dijo, guiñándole un ojo.

Y eso era lo que él temía. Que eventualmente desgastaría todas sus barreras y sacaría al verdadero Tomek Bowen.

—¿Adónde me vas a llevar?

—Tengo algunas ideas en mente —dijo mientras se dirigía a su coche sin tener absolutamente ningún restaurante en mente.

—A algún sitio nuevo, por favor.

—¿Nuevo?

—Es decir, a algún lugar donde no hayas llevado a una chica antes.

—Eh...

—Oh, ¿va a ser difícil?

—No. Es solo que es un poco...

—No creo que sea raro pedir ir a un sitio donde no hayas llevado a otra chica antes, gracias. No quiero que estés pensando en ella mientras se supone que estás pasando la velada conmigo.

—Quizás nos encontremos con alguna de mis ex —dijo, y ella extendió la mano para darle otra palmada, pero él se apartó y lo esquivó por los pelos.

Luego se detuvo junto a su coche y subió, dejando la puerta abierta.

—Tal vez nos fotografíen en el restaurante. La gente pensará que somos celebridades locales. O los nuevos Carlos y Diana.

—Preferiría que no —dijo mientras se alejaba un paso de la puerta—. No con lo mal que acabó esa historia...

# CAPÍTULO
# SIETE

Tomek no creía que él y Abigail tuvieran posibilidad alguna de ser los próximos Carlos y Diana, pero había una pareja en particular que estaba seguro de que estaba aún más lejos de serlo.

Herbert y Nora Tucker.

Tras su encuentro con Abigail, Tomek había conducido hasta casa del novio de Whitney, que acertadamente se llamaba Charlie, y la había recogido después de pasar allí la noche. Antes de cerrarle la puerta, Whitney le había preguntado si Charlie podía acompañarlos, y Tomek se había encogido de hombros y aceptado. Apoyo emocional, había dicho ella. A Tomek no le importaba; al menos eso significaba que no tendría que mantener conversaciones triviales y podría dejarlos cotillear a sus anchas en los asientos traseros.

Pero aquella bendición no duró mucho. No cuando Whitney comenzó a hacerle un montón de preguntas preocupadas.

—¿Puedes decirme qué ha pasado?

—¿Está bien?

—¿Vais a encontrarlo?

Whitney Tucker era una mujer de poco más de veinte años, pero sus gestos y comportamiento —el habla suave e infantil, los hombros caídos, el constante morderse las uñas y enroscarse el pelo entre los dedos— sugerían que estaba varios años atrasada, una adolescente aún aferrada a aquellos años tempranos, fuera cual fuese la razón. Sin embargo, a pesar de todo eso, era elegante y atractiva, alguien que claramente dedicaba mucho tiempo, y mucho

dinero de papá, a lucir la mejor versión posible de sí misma. Una versión en miniatura de su madre en formación.

—Estamos haciendo todo lo posible para encontrar a tu padre —explicó Tomek desde el asiento delantero—. Tenemos un equipo de personas buscándolo, pero vamos a necesitar vuestro apoyo y vuestra plena cooperación para poder encontrarlo y traerlo pronto de vuelta a casa.

—Vale —dijo ella, lo que pareció aliviar algunos de sus temores —. ¿Has hablado ya con mi madre?

—Sí. Fue ella quien llamó para decir que había desaparecido.

—¿Y no me llamó a mí?

Tomek no respondió. Esperaba que la pregunta fuera retórica.

—Eso es típico de ella —añadió Whitney.

—Creo que intentaba protegerte. No quería molestar tu velada.

—Qué valiente por su parte.

Un breve silencio apareció en el coche, y Tomek esperó a que se disipara antes de formular la pregunta que se le había venido a la mente.

—¿Cómo describirías el matrimonio de tus padres?

Si Whitney se sintió ofendida por la pregunta, no lo demostró. De hecho, parecía como si la hubiera estado esperando. Tomek se preparó para su respuesta.

—Se odian —dijo Whitney, desviando la mirada hacia la ventana. Mientras tanto, Charlie permanecía sentado atrás, al margen de la conversación, mirando por la ventana—. Están constantemente tirándose al cuello uno del otro.

*Interesante*.

—Si no fuera por Whit y Eleanor, no creo que estuvieran juntos —dijo Charlie. La entonación en su voz sugería que intentaba incluirse en la conversación. Y también tenía ese aspecto. Un chico guapo, alguien que había estado rodeado de gente toda su vida, acostumbrado a ser el centro de atención y que no le gustaba cuando no lo era.

—A veces me pregunto lo mismo —dijo Whitney apretando la mano de su novio.

Tomek sabía cómo se sentía, lo había vivido él mismo. A menudo se preguntaba si, de no haberle tenido sus padres a *él*, todos serían más felices. Su madre, su padre, Dawid. Todos ellos. Esta creencia había comenzado después de que sus padres, especialmente su madre polaca, le culparan por la muerte de Michał. A ojos de sus padres, había fallado en proteger a su hermano. Su relación tras aquel evento catastrófico se había vuelto fracturada y distante desde entonces. Aunque había mejorado en las últimas semanas y meses, gracias a la incorporación de Kasia a su familia, aún quedaba un largo camino por recorrer.

Los tres llegaron a la casa de la familia Tucker veinte minutos más tarde. Anna, con un nuevo juego de ojeras, les abrió la puerta. Antes de comenzar otra ronda de preguntas, Tomek y Anna permitieron a la familia un momento para vincularse, lamentarse, procesar. Las tres mujeres Tucker se abrazaron mientras Tomek, Anna y Charlie observaban desde un lateral, junto al ficus lyrata, al que Tomek había decidido llamar en privado el "Violinista Astuto", ya que el nombre le recordaba al Artful Dodger de *Oliver Twist* de Charles Dickens.

Mientras observaban la reunión familiar, Tomek analizó el comportamiento de las mujeres: la interacción de Nora con Whitney fue breve, casi microscópica, pero la interacción entre las hermanas fue mucho más larga, un abrazo que sugería que no se habían visto en meses, casi años. Un abrazo que dejaba a Nora al margen de su propia familia.

Cuando Whitney se separó de su hermana, sostuvo la cara de Eleanor y le secó las lágrimas de los ojos.

—Está bien —le dijo—. Todo va a estar bien.

Eleanor asintió débilmente, mostrando una emoción completamente diferente a la que había mostrado a su madre solo unas horas antes. En aquel momento había estado distraída, distante, casi obstinada. Pero ahora estaba vulnerable, débil. Todo por su hermana mayor. Fue entonces cuando Tomek se dio cuenta de que estaba contemplando un vínculo entre las hermanas más profundo que cualquier trinchera. Y tuvo la impresión de que eran ellas contra el mundo.

—Señora Tucker —comenzó Tomek—, ¿podríamos hablar en privado en la otra habitación? ¿Pueden sus hijas subir o ir a la cocina quizás?

—Yo... no creo que...

—Estamos bien —interrumpió Whitney, y agarró la mano de su hermana y las arrastró a ella y a Charlie escaleras arriba—. Estaremos en mi dormitorio.

—Perfecto —dijo Tomek con una sonrisa—. Gracias.

Un momento después, se habían ido y los tres adultos se trasladaron al salón, ocupando los mismos asientos que habían ocupado solo horas antes. Todo era igual excepto un pequeño detalle que se había añadido desde su última visita: una caja de pañuelos situada junto a Nora Tucker.

—¿Aún no lo habéis encontrado? —preguntó ella directamente.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Esa mirada deprimida y solemne en vuestras caras —dijo—. No parece que estéis aquí para darme buenas noticias.

—Lamentablemente no ha habido cambios desde esta mañana —explicó Tomek.

—Ya veo. ¿Y cómo se lo ha tomado *ella*?

A Tomek le llevó un momento darse cuenta a quién se refería.

—Parecía bien, supongo. Aunque no tengo un barómetro para las reacciones de su hija. No tengo nada con qué compararlas. Pero mencionó algo que me gustaría discutir con usted, si me permite.

La espalda de Nora se tensó ligeramente. Juntó las manos sobre su regazo.

—Continúe... —dijo, con un ligero temor en su voz.

—Por lo que entiendo, hay muchas discusiones en vuestro matrimonio.

—¿No las hay en el de todos? —respondió bruscamente con un bufido—. Eso no significa que yo tuviera algo que ver con su desaparición.

—No he dicho que lo tuviera. Solo quería preguntarle sobre su matrimonio, eso es todo.

Antes de responder, Nora inhaló profundamente y contuvo el aire. Mientras dejaba que el aire saliera de su pecho, comenzó:

—Ha sido turbulento, no lo voy a negar. Hemos tenido nuestros desacuerdos, como cualquier pareja, y los hemos superado. Pero seguimos adelante. Claro, ya no hay mucho amor, pero creo que eso es natural en personas como nosotros...

—¿Por qué dice eso?

—¿Qué parte?

—¿Por qué ya no queda amor entre vosotros?

Ella se encogió de hombros, como si la respuesta fuera obvia. Tomek decidió indagar.

—¿Qué pasó realmente esta mañana cuando su marido la llamó? ¿Por qué la llamó a las tres de la madrugada? Porque me está dando vueltas, y no creo que fuera solo para avisarle de que volvía a casa.

Pasó mucho tiempo antes de que Nora respondiera. Pero antes de hacerlo, estiró el cuello hacia el techo y luego se dirigió hacia las puertas del salón. Las cerró delicadamente, como si el sonido pudiera derribar la casa, y regresó a su asiento convertida en otra mujer. Esta vez estaba más desafiante, más resistente, la fachada de esposa afligida parecía desaparecer en un instante.

—Me dijo que quería el divorcio.

Tomek suspiró lentamente.

—¿Por qué nos mintió?

—Porque no quería que Eleanor se enterara.

—¿Fue esta la primera vez que tuvisteis esa conversación?

Nora negó con la cabeza, y luego comenzó a juguetear con sus pendientes de diamantes, mostrando las otras varias piezas caras de anillos y pulseras con incrustaciones de diamantes en su mano.

—Me lo dijo hace unos meses. Dijo que no era feliz y que quería salir de la relación.

—Pero seguís juntos... ¿Qué cambió?

—Ambos estábamos tan ocupados haciendo nuestras propias cosas, viviendo nuestras vidas por separado, que simplemente nunca sucedió. Yo estaba más que feliz de quedarme con él, con la casa, con los niños, así que nunca volví a sacar el tema.

*Y las joyas de diamantes. Y el coche deportivo aparcado en la entrada. Y las manicuras y pedicuras y los tratamientos capilares y las clases de yoga.*

*Todo con la tarjeta de crédito de otra persona.*

Tomek apostaba a que ella haría cualquier cosa para mantener la relación.

—Entonces, ¿qué fue diferente en la llamada de esta mañana? ¿Qué le hizo volver a sacar el tema?

Ella se encogió de hombros de nuevo.

—Tendrás que preguntárselo a él.

Por alguna razón, Tomek pensó que ese podría ser lo último en la mente de Herbert Tucker cuando lo encontraran.

*Si* lo encontraban.

# CAPÍTULO
# OCHO

Albert Patterson se enamoró por primera vez de la playa hace más de sesenta años. Sus padres le habían llevado a él y a Roger en autobús a Southend de vacaciones, las primeras de sus vidas y las primeras de las pocas que disfrutarían como familia. Habían pasado la tarde en la playa, jugando en la arena, construyendo castillos y corriendo al agua para lavarse la suciedad de los pies, solo para darse cuenta de que iban a ensuciarse de nuevo inmediatamente después. Habían compartido helados y habían traído un picnic en una pequeña cesta. Sándwiches caseros de atún. Los favoritos de Albert.

Pero la mejor parte del día, su favorita, había sido su pequeño descubrimiento.

La marea había bajado, y él y Roger habían estado jugando en el barro, con los pies hundiéndose en aquella sustancia sucia y asquerosa. Se habían estado persiguiendo el uno al otro, en un inocente juego del *Pilla pilla*.

Eso fue hasta que Albert tropezó y cayó de cara en el barro. Cubierto, inhalando algo de tierra, había gritado a su hermano. Roger había venido corriendo hacia él y, mientras su hermano lo sacaba del agujero en el que comenzaba a hundirse, un pequeño destello brilló bajo la sustancia marrón.

Una moneda.

Vieja, mugrienta, cubierta por siglos de suciedad y porquería.

No sabía exactamente qué era, ni de dónde había salido. Solo sabía que era importante para alguien y que él la necesitaba.

La quería para sí mismo.

Pero eso no había sido posible. Durante el viaje de regreso, Albert había mantenido su tesoro en secreto, escondido en el bolsillo de sus pantalones cortos mojados y llenos de arena. No fue hasta que llegaron a casa cuando compartió el hallazgo con su familia. Al principio, se habían enfurecido, decepcionados de que hubiera robado algo que no era suyo. Pero después de que les explicara dónde lo había encontrado y lo que planeaba hacer con ello, se disculparon y lo entendieron.

Lo que siguió a continuación los dejó a todos boquiabiertos. Su padre había llevado la moneda a un coleccionista, quien había examinado el tesoro y lo había valorado en más de dos mil libras. Era una antigua moneda romana, que quizás pertenecía a un barco perdido hace tiempo que una vez navegó por el Támesis y su estuario, arrastrada a la orilla todos esos siglos atrás.

Los padres de Albert vendieron posteriormente la moneda, lo que fue suficiente para sacarlos de la pobreza y mudarse a una bonita propiedad junto al paseo marítimo de Southend donde, durante los últimos cincuenta años, Albert había estado patrullando las playas en busca de otro hallazgo que le cambiara la vida.

Pero hasta ahora, no había encontrado nada.

Aparte de un anillo de diamantes, que rápidamente devolvió a la inconsolable mujer que supuestamente lo había perdido solo una hora antes, la mayoría de sus hallazgos eran viejas chapas de botellas, imanes y otros pedazos de metralla.

Cincuenta años patrullando las playas de Leigh-on-Sea, Chalkwell, Southend y Thorpe Bay con su detector de metales, esperando que cada nueva marea trajera consigo otra brillante moneda de oro.

Cincuenta años deambulando arriba y abajo, aferrándose todavía a la emoción que había experimentado en su primer hallazgo.

Y ahora no era diferente.

Había pasado la mañana en el otro extremo de la costa de Essex, en Leigh-on-Sea, y se acercaba el final de su mañana en Thorpe

Bay. Allí la playa estaba compuesta en gran parte por piedras y guijarros suaves que habían sido corroídos por años de agua salada. Era típicamente el lugar menos poblado en términos de hallazgos. A menudo había muy poco en Thorpe Bay, pero le gustaba, no obstante. De hecho, era una de sus favoritas, gracias a las casetas de playa que recorrían el paseo marítimo. Casetas de playa de varios colores, que siempre eran frecuentadas y utilizadas en verano. Había oído una vez que valían más de cien mil libras. Demasiado dinero en su opinión. Pero era una de las primeras en su lista de compra si alguna vez encontraba otra moneda romana de oro. Eso y un detector de metales completamente nuevo.

Mientras comenzaba a dar por terminado el día, caminó de regreso por el paseo marítimo frente a las casetas de playa, manteniendo aún los ojos y la nariz en el suelo, buscando el más débil de los destellos, el más suave de los brillos.

Cuando llegó a la mitad de la fila de casetas de playa, se detuvo. Un olor desagradable y penetrante se le había metido en la nariz. Pero no provenía de las algas o la suciedad que había sido arrastrada a la orilla; había patrullado las playas el tiempo suficiente para conocer la diferencia.

No, esto era otra cosa. El olor de algo mucho más repugnante.

Y así decidió inspeccionar.

No tardó en darse cuenta de cuál había sido el olor y de dónde provenía.

Un vagabundo que había buscado refugio entre dos casetas de playa. Un vagabundo que presumiblemente se había orinado encima para mantenerse caliente durante la noche. La figura estaba envuelta en un edredón y llevaba un par de viejas botas de montaña llenas de agujeros.

—Qué pena —dijo Albert, negando con la cabeza, mientras continuaba caminando y dejaba al hombre allí.

Odiaba verlo, pero como mucha gente, nunca estaba lo suficientemente dispuesto a cambiarlo o a hacer algo al respecto. Se veía a sí mismo como impotente, una voz ineficaz y casi inútil en la lucha contra cualquier cosa. Lo único en la vida sobre lo que tenía control era sobre sí mismo y su detector de metales. Era una lástima

que no tuviera control sobre la orilla y los secretos que yacían debajo de ella.

Pero entonces, justo cuando estaba a punto de marcharse y renunciar a toda esperanza, algo captó su atención. Algo brillante. Algo interesante.

Con la emoción creciendo dentro de él, Albert se agachó al nivel del suelo y comenzó a barrer las pequeñas piedras alrededor del objeto, hasta que finalmente descubrió una alianza de boda. De oro, sólida, con peso.

Valía mucho dinero. Quizás no lo suficiente para una caseta de playa en Thorpe Bay, pero ciertamente suficiente para el nuevo detector de metales que había estado observando en eBay.

# CAPÍTULO
# NUEVE

El tiempo había empeorado considerablemente. El frío era más feroz, y el viento traía consigo un aire de venganza. Y para empeorar las cosas, había empezado a llover. No con fuerza, pero tampoco ligeramente. Ese punto intermedio donde pareces empaparte a los pocos minutos de salir de casa. Y eso fue exactamente lo que le ocurrió a Tomek en cuanto abandonó la comisaría y recorrió el corto trayecto hasta su coche.

La llamada había entrado menos de diez minutos antes. Habían encontrado un cadáver en Thorpe Bay. En el paseo marítimo. Encajado entre la infame hilera de casetas de playa.

Nick le había llevado aparte y le había ordenado a Tomek que quería que el sargento acudiera a la escena del crimen. —No estoy mostrando favoritismos —le había explicado Nick en su despacho—. Solo me aseguro de que *ella* no los muestre.

*Ella* siendo la inspectora de policía, Victoria.

*Ella* siendo quien mantenía una relación con un sargento detective.

Era evidente que a Nick no le gustaba la idea de que estuvieran juntos, que eso pudiera interferir con su concentración y su capacidad para gestionar una investigación de asesinato compleja y de alto perfil. Y Tomek difícilmente podía culparle.

En el breve tiempo que Herbert Tucker llevaba desaparecido, su nombre había alcanzado más de diez mil menciones en Twitter, y se habían escrito más de dos docenas de artículos sobre él, con el

equipo revisándolos y las secciones de comentarios en busca de pistas o novedades.

Tomek se preguntó si esta era la forma que tenía Nick de castigarles de alguna manera. Y, si lo era, no le importaba demasiado, porque actualmente él era quien se beneficiaba de ello.

Junto a él en el coche estaba el capitán, con su barba de tres días impecablemente arreglada y sus gafas de diseño perfectamente colocadas sobre su nariz. El agente Oscar Pérez era un hombre con clase y carisma, pero le gustaba mantener un perfil bajo, fuera del radar. Lo mismo ocurría con su personalidad. En la oficina solía ser silencioso y reservado. A menos, por supuesto, que se le presentara la oportunidad de corregir a alguien y lo viera como su deber hacerlo. Tomek había trabajado con él durante casi diez años, pero en ese tiempo nunca había visto al hombre con un libro en la mano o un documental en su móvil. Era un misterio, entonces, cómo sabía tanto.

—¿De dónde sacas todos esos conocimientos de cultura inútil? —preguntó Tomek mientras se dirigían hacia Thorpe Bay. El trayecto era corto, cinco minutos más o menos, perfectamente caminable, pero ninguno de los dos hombres tenía ganas de desafiar las condiciones meteorológicas.

—De mis padres —explicó Oscar, con su suave acento hispano.

—¿Cómo?

—Libros.

—¿Qué hacían? ¿Te inmovilizaban y te metían las páginas en la boca?

Oscar se rió. —No. Leía desde una edad temprana. Algunas cosas bastante avanzadas, en realidad. Y luego mi padre me entregó una enciclopedia. ¿Has oído hablar de ellas?

—Menudo suertudo. Claro que he oído hablar de ellas. Son los libros con todas las instrucciones de cocina, ¿verdad?

—Casi. De todos modos, leí las primeras páginas y todo parecía tener sentido para mí. Como si encajara. Simplemente disfruto aprendiendo cosas.

—Y corrigiendo a la gente, no lo olvides.

—Es por lo que vivo —dijo Oscar con frialdad—. Eso, y encontrar criminales.

—Bueno, Capitán —dijo Tomek mientras detenía el coche en la explanada a poca distancia de las casetas de playa—. Tu barco acaba de atracar en territorio enemigo. Pon tus armas en modo aturdidor y prepárate para lo que podría...

—Phasers.

—¿Qué?

—Phasers. En realidad es "pon tus phasers en modo aturdidor".

Tomek le lanzó una mirada dura. —Cállate de una puta vez y sal del coche —respondió jovialmente.

Aquí abajo, a lo largo de la explanada, el viento y la lluvia habían empeorado. El agua le golpeaba como balas desde todos los ángulos, mientras que el viento le desequilibraba al pisar la acera. Las calles estaban desiertas. No había nadie a la vista excepto los agentes de policía y los técnicos de la escena del crimen en medio de la carretera. La calle había sido acordonada y se había levantado una tienda forense blanca sobre las casetas de playa. Tomek había leído una vez sobre ellas, que a veces costaban lo mismo que un piso, dependiendo de en qué estado se encontraran. Y Tomek no podía pensar en nada peor que gastar una pequeña fortuna en algo que solo se iba a utilizar durante unos pocos meses al año, y durante esos meses de verano tan concurridos, se vería obligado a compartir la playa con todos los otros desgraciados que insistían en visitar el lugar al mismo tiempo que él. Quizás era el polaco que llevaba dentro, el cinismo, pero podía pensar en mejores formas de gastar cien mil libras.

Poco después de su llegada, Tomek y Oscar se pusieron cada uno los trajes forenses y bajaron las escaleras que conducían a la playa. Luego caminaron entre el muro de contención y la parte trasera de las casetas de playa, evitando la basura y los detritos que los sinvergüenzas de Southend habían tirado allí (otra razón por la que no quería comprar una caseta de playa). Encajado entre el muro y las pequeñas cabañas de madera, el viento había disminuido drásticamente, y la lluvia luchaba por colarse a través de los huecos tanto como lo hacía en campo abierto.

La masa de figuras blancas estaba a solo unos metros de distancia, y a medida que se acercaban, quedaron protegidos bajo la tienda que de alguna manera había sido levantada sobre tres de las casetas, protegiéndoles de los elementos. Cinco técnicos forenses en total, con un jefe de escena del crimen a cargo de ellos. Y entonces Tomek divisó a Lorna Dean, la patóloga del Ministerio del Interior, con su cabello rojo fuego que parecía arder a través del traje de papel blanco.

—Buenas tardes —llamó Tomek a nadie en particular—. Un día precioso para esto.

Luego miró hacia el estrecho espacio entre las dos casetas. Al cuerpo que yacía allí, protegido bajo un edredón.

—¿Quién es este? —preguntó Tomek a Lorna al otro lado del cuerpo.

—Aún no estoy segura —respondió ella—. No lleva identificación encima. Ni cartera, ni teléfono.

Tomek se volvió hacia Oscar. —¿Tienes la impresión?

—Un momento —respondió Oscar, luego bajó la cremallera de su traje y metió la mano en el bolsillo de su abrigo.

—Está bastante tranquilo aquí abajo —observó Tomek mientras esperaba—. Se puede oír lo que piensas.

Entonces la mano de Oscar apareció a la vista, y Tomek tomó el documento de él. Mientras se agachaba junto al rostro de la víctima, desdobló el papel y lo sostuvo cerca de la cabeza del hombre.

—¿Qué te parece? —preguntó Tomek a Oscar—. ¿El mismo tipo?

—Bueno... tiene la boca un poco roja y la nariz un poco rota, pero sí, diría que es el mismo tipo.

—¿Quién? —intervino Lorna.

—Nuestro estimado miembro del parlamento y del ayuntamiento local, el señor Herbert Tucker —respondió Tomek con un toque de sarcasmo en su voz.

—¿Quién?

—Exacto. Yo tampoco lo conocía. De ahí la fotografía —Tomek agitó la impresión—. Al parecer, es toda una celebridad local.

—¿En serio?

—No —respondió Oscar—. Es solo que Nick y Martin esperan que todos sepamos quién es.

—Vale. Eso tiene perfecto sentido.

Tomek los ignoró y continuó examinando al hombre muerto frente a él. Herbert Tucker no se parecía en nada a la foto que Tomek había descargado de internet. Herbert Tucker ahora tenía la nariz rota, y un río de sangre seca le cubría las fosas nasales y las mejillas, pero la anomalía más grande era la hinchazón roja y las lesiones alrededor de su boca. Parecía que hubiera estado besando a alguien y hubiera terminado con el carmín de esa persona. Pero lo más preocupante y confuso era la ropa que llevaba Herbert. Tomek había visto las imágenes de CCTV de Herbert Tucker saliendo de las oficinas del ayuntamiento a las tres de la madrugada, y Herbert llevaba un traje, camisa y un par de zapatos elegantes. Ropa formal. Atuendo de oficina. Algo que sugería que trabajaba para el gobierno local. Ahora, sin embargo, le habían vestido con un abrigo marrón húmedo, unos vaqueros rasgados y unos zapatos sucios llenos de agujeros.

Le habían vestido para que pareciera una persona sin hogar.

Y le habían hecho oler como tal también.

El hedor a orina y amoníaco era abundante entre las casetas de playa, y Tomek se preguntó si provenía de Herbert o si estaba incrustado en la construcción de las propias casetas, filtrado a través de la madera por personas que orinaban constantemente en ese lugar exacto. Y entonces recordó el olor en la escena del crimen en el aparcamiento y el charco que lo acompañaba.

—¿Quién lo encontró? —preguntó Tomek, tomándose un momento para asimilar lo que estaba viendo.

—Un jubilado durante su paseo matutino. Dijo que casi le da un infarto.

Tomek se preguntó cuánto tiempo llevaría Herbert Tucker allí tendido, fallecido, expuesto a los elementos, cubierto de su propia orina. Se preguntó cuántas otras personas le habrían ignorado en cuanto vieron el edredón y la ropa sucia.

El asesino había disfrazado a Tucker por una razón: para distraer y retrasar, lo que significaba que quienquiera que fuese con quien

estaban tratando era inteligente y calculador. Y, lo más importante, había planeado el secuestro y el asesinato con antelación. Ese no era el tipo de decisión que se toma por capricho. Su muerte había sido objeto de un pensamiento preciso y minucioso.

Tomek había visto todo lo que necesitaba. Se puso en pie y, con Oscar siguiéndole de cerca, se dirigió de vuelta al cordón policial. Allí encontró al pobre y desafortunado alma cuyo trabajo era hacer guardia y registrar a los asistentes en el libro de visitas. Iba vestido con un impermeable completo y una gorra impermeable, pero servían de poco para protegerle de los elementos. Tomek saludó al hombre con una cálida sonrisa mientras se firmaba la salida en el registro, luego le dio una palmada en la espalda al marcharse.

Mientras se dirigían al coche, divisó un vehículo policial estacionado al lado de la carretera, con dos individuos visibles en el asiento trasero detrás del cristal. Tomek se acercó y golpeó el cristal, sobresaltando al hombre de pelo blanco frente a él. Abrió la puerta.

—¡Maldita sea, hombre! —exclamó—. Ya he tenido un susto de infarto, no quiero otro. ¿Estás intentando matarme?

—No intencionadamente, señor.

Tomek asomó la cabeza por detrás del caballero y vio al agente uniformado detrás de él.

—¿Os estáis resguardando de la lluvia? —preguntó.

—Tomando declaración a un testigo —respondió el agente.

—Así que usted es el desafortunado que encontró a la víctima —dijo Tomek al caballero mayor.

—Sí.

—¿Su nombre?

—Laurence Lowell.

—Encantado de conocerle, Laurence Lowell. Soy el sargento detective Tomek Bowen. Si necesita algo, solo tiene que decírmelo a mí o a mis colegas.

El hombre pareció calmarse un poco. —Por supuesto.

—Antes de dejarles continuar, ¿puedo preguntar hace cuánto encontró el cuerpo?

El agente respondió primero, consultando sus notas. —Hace una hora, sargento. A las tres y doce de la tarde.

Tomek asintió.

Eso significaba que había una ventana de doce horas entre el secuestro de Herbert Tucker y su descubrimiento.

Una ventana de doce horas en la que necesitaban encontrar a su asesino.

# CAPÍTULO
# DIEZ

Toda investigación de asesinato requería responder seis preguntas.

¿Quién?

¿Qué?

¿Dónde?

¿Cuándo?

¿Por qué?

¿Y cómo?

Seis preguntas universales aplicables a todo.

¿Quién estuvo involucrado?

¿Qué ocurrió?

¿Dónde sucedió?

¿Cuándo sucedió?

¿Por qué sucedió?

¿Cómo?

Lo importante, sin embargo, era la relevancia de cada respuesta.

¿Cuándo ocurrió? ¿Por qué en ese momento específico? ¿Por qué no antes o después?

El laberinto de preguntas consecutivas era enorme, pero ese mismo laberinto eventualmente conducía a una buena pista o a la captura de un posible sospechoso. Y, casi de inmediato, Tomek sospechó que la madriguera que constituía la vida de Herbert Tucker sería aún más grande y difícil de seguir.

Él y Oscar habían regresado a la comisaría lo más rápido posible, más para escapar de la lluvia y entrar en calor que por traer buenas

noticias. Y momentos después de su regreso, fueron bombardeados con preguntas, especialmente por parte de Nick, que estaba desesperado por recibir información.

—¿Es él? ¿Es Tucker?

Tomek se sintió como aquella vez que le había acosado un tipo en la calle principal de Southend intentando que firmara una domiciliación bancaria mensual para una organización benéfica. No había escapatoria.

—Tranquilícese, jefe —respondió—. Al menos deje que me quite el abrigo.

Unos segundos no iban a marcar la diferencia en el esquema general de las cosas, pero para Nick sí. Le seguía los pasos, respirándole fuertemente en la nuca mientras avanzaba.

Una vez que colgó su abrigo, Tomek se dio la vuelta para ver la cabeza calva de Nick flotando a pocos centímetros de su barbilla.

—¿Y bien?

—Sí.

—¿Es él?

—Sí.

—¿Estás seguro?

—Usé la foto.

—¿Qué foto?

—Como no sabía cómo era, imprimí una y la coloqué junto a su cara.

—Joder, Tomek —dijo Nick, suspirando sonoramente—. Aún necesitaremos que su esposa confirme su identidad.

A pesar de que Tomek estaba seguro al noventa y nueve por ciento de que era Herbert Tucker.

—¿Por qué no comprobaste su cartera o su carnet de conducir? —preguntó Nick.

—En realidad no llevaba identificación, señor —respondió Oscar desde el otro lado de la habitación.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Nick.

—Presumiblemente, el asesino se la robó. Estaba vestido como un indigente.

Un profundo silencio cayó sobre la sala mientras el equipo procesaba la información. El momento duró un rato —diez segundos, veinte, treinta— antes de que Nick negara con la cabeza incrédulo y convocara una reunión urgente en la sala de incidentes graves.

Un minuto después, el equipo estaba sentado, con la excepción de Nick, que permanecía de pie al frente de la sala, caminando impacientemente. Durante el tiempo que Tomek y Oscar habían estado fuera de la comisaría, el equipo había estado trabajando en responder a la pregunta del *quién*. ¿Quién le había hecho esto a Herbert? ¿A quién había perjudicado tanto en su vida como para que pensara que esta era la única forma de vengarse?

Pero ahora que el equipo sabía que Herbert había sido vestido como un indigente en los momentos anteriores o posteriores a su muerte, eso añadía una dimensión diferente a la investigación.

La pregunta ahora era: ¿a quién había perjudicado tanto, y *por qué* querrían vestirlo así?

Tomek tenía algunas ideas iniciales, pero quería esperar a escuchar toda la información antes de solidificar cualquiera de ellas en su mente.

—Contadnos todo lo que sabéis sobre el escenario del crimen —ordenó Nick, directo, sin rodeos.

Sintiéndose como si estuviera a punto de leer en voz alta frente a la clase, Tomek se aclaró la garganta. Y luego les explicó lo que habían descubierto después de hablar con el testigo principal, Laurence Lowell, y el agente uniformado. Que Laurence había descubierto el cuerpo apenas una hora antes. Que Herbert Tucker había sido vestido como un indigente y abandonado entre las casetas de la playa. Que había sido cubierto con un edredón. Que tenía marcas rojas alrededor de la boca.

—¿Marcas rojas? —preguntó Nick.

—Como si hubiera estado besando a alguien con *mucho* pintalabios.

—¿Alguna otra señal visible de agresión? ¿Posible causa de la muerte?

—De momento, por determinar, señor. Lorna lo programará para esta tarde.

—Habla como es debido, Tomek, por el amor de Dios. —Nick suspiró con tanta fuerza que Tomek pudo sentirlo desde el extremo opuesto de la mesa—. ¿Qué más?

—Eso es casi todo lo que sabemos por ahora. Excepto que no hay cámaras de vigilancia en esa zona, lo comprobé.

—¿Y el testigo principal? ¿Sospechas que podría estar involucrado?

—Si estamos buscando a un hombre de sesenta y tantos años, entonces sí. Pero tristemente no creo que sea el caso. La persona que hizo esto habría necesitado cargar con el cuerpo de Tucker hasta la playa y desvestirlo en algún momento. No sé vosotros, pero incluso yo tendría dificultades con alguien de su complexión.

—Pero tú nunca has sido especialmente fuerte —exclamó Sean.

Tomek sonrió con sorna. —Tengo cuerpo de atleta. Lástima que sea de un jugador de dardos.

Y aquello no era broma. Después de la llegada de Kasia a su vida, los números en su cintura y las tallas de su ropa habían comenzado a cambiar y a disgustarle. No podía recordar la última vez que había salido a correr, pero sí recordaba la última vez que había pedido comida a domicilio. Para Kasia, no importaba, la pequeña bribona estaba bendecida con un maravilloso metabolismo que la mantenía delgada y saludable. Mientras que Tomek habría cambiado una extremidad por recuperar el suyo.

—Sean, Tomek, cerrad el puto pico —gruñó Nick—. Este no es el momento ni el lugar. Si queréis tener vuestras pequeñas conversaciones graciosas, hacedlo en vuestro propio tiempo y no en mi jodido edificio.

Ahora Tomek se sentía como un niño al que acababa de regañar el profesor.

Con el escenario del crimen despachado, el foco de la conversación pasó rápidamente al resto del equipo y a lo que habían descubierto en sus esfuerzos por desentrañar las capas de la vida de Herbert Tucker.

—Era una mala persona, un auténtico cabrón —comenzó la agente Rachel Hamilton—. Y esa es mi opinión imparcial. Herbert Tucker se hizo un nombre primero en el mundo del metal. Compraba

acero y otros metales muy baratos a personas que querían deshacerse de ellos, y luego los limpiaba y los revendía al mejor postor. Empezó cuando tenía veinte años y continuó durante diez años antes de finalmente pasarse al mercado inmobiliario.

—Hoy en día todo el mundo es propietario o magnate inmobiliario —dijo Anna—. Es ridículo. Eso nos impide a mí y a mi familia comprar una casa.

Su comentario fue recibido con un coro de expresiones de acuerdo.

—A partir de ahí se volvió bastante rico y conocido. Como si empezara a congeniar y a alinearse con la élite conservadora. Se hizo muchos amigos en puestos importantes, y cada vez que solicitaba subvenciones, becas o cualquier tipo de permiso de obra, se tramitaba y procesaba mucho más rápido de lo que habría sido para cualquier otra persona.

—Por supuesto —respondió Nick.

—¿Oléis eso? —preguntó Tomek—. Huele a corrupción. Y ese no es el único olor.

—¿De qué estás hablando? —Esta vez fue el turno de Victoria de intervenir. Tomek había notado que había tenido muy poco que decir y hacer desde el inicio de la investigación, lo cual era impropio de ella. Quizás Nick finalmente le había recordado los problemas potenciales relacionados con su relación con Sean.

—Se me olvidó mencionar —comenzó Tomek— que Herbert Tucker se había orinado encima cuando murió. O antes o durante.

—¿No después? —preguntó Nick sarcásticamente.

—De hecho, es posible —dijo Oscar. Luego recordó añadir "señor" al final.

Nick suspiró involuntariamente, y luego devolvió la conversación a Rachel, quien continuó explicando la historia de vida de su víctima con detalles sorprendentemente precisos y minuciosos.

—Estudió economía en Cambridge, pero eventualmente lo dejó cuando se dio cuenta de que todo era teoría y que lo práctico estaba ahí fuera en el mundo real. Y hasta ahora tiene cuatro empresas. La compañía de metalurgia, el negocio inmobiliario, una empresa de

ventas minoristas en línea y una empresa en el extranjero registrada en la isla de Jersey.

—El político clásico —comentó Sean.

—Intentemos mantener la política fuera de esto, ¿vale?

—Eso podría resultar un poco difícil, señor. Pero haré lo posible.

Percibiendo que la conversación necesitaba un giro en otra dirección antes de que descendiera a dos hombres con visiones políticas opuestas discutiendo entre sí, Tomek preguntó: —¿Cómo sabes todo esto?

Entonces Rachel giró la pantalla de su portátil. En ella había una página de un libro en Amazon titulado "Es mejor estar en la cima", disponible en Kindle y en tapa blanda. En la portada del libro estaba el inmediatamente reconocible Herbert Tucker, mirando hacia abajo, presumiblemente a aquellos que estaban por debajo de él, mostrando su papada.

—¿El muy imbécil ha escrito unas memorias?

—Más bien un libro de negocios, pero habla de sí mismo *mucho*.

—Por supuesto que sí. —Tomek puso los ojos en blanco—. ¿Lo has leído todo en unas pocas horas?

—Pasé por encima de la mayor parte. No es tan largo. Creo que podría haber comprado el único ejemplar.

—Su fan número uno. ¿Menciona nombres?

Rachel negó con la cabeza.

—Claro que no. Político clásico.

—¿Qué he dicho? —siseó Nick.

—Dice muchas cosas, señor.

—¿No recuerdas lo que dije hace cinco minutos? ¿Sobre que cerraras el puto pico?

La risa y la sonrisa desaparecieron del rostro de Tomek mientras Nick volvía hacia Rachel.

—¿Tenía enemigos en el mundo empresarial? ¿Alguien a quien jodiera y que pudiera querer vengarse?

Rachel giró el portátil para que volviera a estar orientado hacia ella. —Aún no estoy segura, pero estoy convencida de que a lo largo de sus treinta años de carrera empresarial, y los últimos diez en

política, seguramente hay alguien. Es algo que necesito investigar con un poco más de tiempo.

Un silencio se apoderó de la sala mientras esperaban a que Nick seleccionara a otra persona para hablar. El inspector jefe colocó los dedos sobre la mesa y lentamente se dirigió a Chey.

—Así que sabemos sobre su vida empresarial. ¿Qué puedes contarnos sobre su vida política?

La expresión de entusiasmo en el rostro de Chey parecía sugerir que el joven agente había estado esperando toda la mañana para este momento, su oportunidad de mostrar todo lo que había aprendido, y parecía como si hubiera ensayado su primera frase varias veces en su cabeza mientras esperaba pacientemente.

—No soy muy de política —comenzó—. No distingo a Angela Merkel de Nicola Sturgeon. Y si tuviera que decirlo, me importa más el olor de los pedos de un canguro que lo que ocurre en el gobierno. Pero lo que *sí* sé es que este hombre tenía enemigos. Muchos. Nueve de diez en la escala de capullos. Probablemente la persona menos querida del condado si las encuestas son indicativas, e incluso me atrevería a decir que es la persona menos querida en su propio hogar. ¿Cómo lo sé, os preguntaréis?

Chey esperó a que alguien literalmente hiciera la pregunta. Cuando nadie lo hizo, un atisbo de decepción cruzó su rostro y continuó.

—Pues bien, señoras y señores, Internet. Una rápida búsqueda de su nombre muestra varios vídeos de personas acosándolo e incluso atacándolo en la calle. Mi favorito es uno donde le lanzan huevos y le abofetean la cara mientras camina entre una multitud.

—Como a John Prescott —dijo alguien.

Chey se encogió de hombros, pareciendo no tener ni idea de quién era John Prescott. —Claro —dijo, y continuó.

—Resulta que, al principio de su carrera política, era un gran defensor en el tema de las drogas —combatiéndolas, no consumiéndolas. También era un gran actor en el campo de los sin techo y prometía el mundo cuando se trataba de apoyo y vivienda para personas sin hogar. Y desde que está en el poder estos últimos dos años, no ha cumplido absolutamente ninguna de sus promesas,

y la opinión general es que se ha echado atrás en mucho de lo que dijo que haría y que ha devuelto al condado a los años ochenta. Incluso llamó a "la falta de vivienda una elección de estilo de vida".

—Capullo —comentó alguien, que no era ni Tomek ni Sean.

—Una de las últimas cosas que ha hecho —supuestamente una de las mejores también, en su modesta opinión— es aumentar las tarifas de aparcamiento público a lo largo del paseo marítimo.

—¿Es por eso que me costó más de doce libras una tarde el otro día? —preguntó Tomek.

Él y Kasia habían ido a pasear por el paseo marítimo y entrar en algunas salas de juegos como actividad divertida; había terminado siendo una tarde cara.

—Sí, él es responsable de eso —respondió Chey.

—Gilipollas —murmuró Tomek entre dientes.

—Aunque te alegrará saber que lo volverán a la normalidad en un par de semanas. Aparentemente, los aparcamientos no están tan llenos como solían estarlo.

—Me pregunto por qué...

—¿Podemos volver al tema, por favor? —exclamó Nick, golpeando la mesa con frustración—. ¿De qué manera nos ayuda esto?

—No lo hace —respondió Chey con honestidad, quizás demasiada —. Solo nos dice que tenía muchos enemigos. Y potencialmente muchas personas que querían verlo muerto.

# CAPÍTULO
# ONCE

Aunque Herbert Tucker podía tener muchos enemigos, la última persona que lo vio con vida casi con toda seguridad no era uno de ellos. Sarah Jewell era una mujer de unos cuarenta años con pelo castaño, una dentadura perfecta y una sonrisa igual de deslumbrante. Llevaba un vestido largo y ajustado de color amarillo con un estampado floral que no habría desentonado en los Jardines de Kew. Tomek no creía que el atuendo fuera apropiado para la temporada, pero ¿qué sabía él de moda? Seguía usando el mismo par de zapatos que había tenido durante los últimos siete años. Y no veía razón para cambiarlos. Sí, puede que olieran —terriblemente, si escuchabas a Kasia—, pero seguían siendo funcionales y, lo más importante, seguían siendo cómodos.

Además, no podía justificar gastarse otras ciento cincuenta libras en un par de zapatos, incluso si iba a sacarles partido durante los próximos ocho años.

Sarah abrió la puerta de una pequeña sala de reuniones. Dentro había una mesa, cuatro sillas ergonómicas de primera calidad Herman Miller que costaban más de mil libras cada una, un televisor de pantalla plana colgado en la pared y una pizarra blanca fijada a la pared adyacente. Tomek no pudo evitar notar lo limpio y nuevo que parecía todo. Y cómo no se había escatimado en gastos cuando se trataba del dinero de los contribuyentes que financiaba todo aquello.

También se preguntó qué otros lujos estaría disfrutando el ayuntamiento de Southend con su dinero.

Sarah sacó una silla al otro lado de la mesa y se sentó. Tomek y Rachel se sentaron frente a ella. Antes de empezar, Tomek se tomó un momento para estudiar a la mujer. Su maquillaje era completo, excepto donde se había corrido por haber estado llorando evidentemente, y sus ojos estaban hinchados. Metido en su manga, sobresaliendo apenas una fracción, había un pañuelo, y mientras esperaba, comenzó a juguetear con él, frotando la tela entre el pulgar y el índice. Era un movimiento sutil, apenas perceptible, pero Tomek también notó que su cuerpo temblaba. Si estaba moviendo la pierna nerviosamente bajo la mesa o si era una reacción física a la noticia de la desaparición y muerte de Herbert, no lo sabía. Pero al final, supuso que era una combinación de ambas.

—Señora Jewell —comenzó Tomek.

—Señorita —corrigió ella—. Me casé una vez, pero nunca más.

—De acuerdo —respondió Tomek con una sonrisa de disculpa—. Señorita Jewell. En primer lugar, gracias por tomarse el tiempo para reunirse con nosotros. Como seguramente sabrá, estamos investigando la desaparición de su jefe, Herbert. Pero lamento tener que informarle que su cuerpo fue encontrado hace poco.

Sarah se llevó la mano a la boca para cubrir el audible jadeo que escapó de sus labios.

—¿Está muerto?

—Sí.

Y entonces llegaron las lágrimas. Muchas de ellas. Al menos tres minutos ininterrumpidos. Sollozos y hiperventilación sin parar. Tomek permaneció sentado pacientemente, esperando a que superara el shock inicial, pero fue Rachel quien atendió a la mujer. Ella era la más considerada y emocional de los dos, y tenía sentido que consolara a la mujer afligida de cualquier manera posible. La única contribución de Tomek fue buscar otra caja de pañuelos de su escritorio.

Cuando finalmente terminó, Tomek comenzó. Mientras él hablaba, ella continuaba secándose los ojos, y todo cuidado por su maquillaje meticulosamente aplicado había desaparecido por completo.

—Sospechamos que puede haber sido asesinado por quien lo secuestró —le dijo Tomek.

—Me enteré esta mañana. Recibí un mensaje de Keith diciendo que había oído de seguridad que Herbert había desaparecido.

—¿Keith?

Tomek metió la mano en su bolsillo para sacar su bolígrafo y libreta, listo para anotar las siguientes palabras de Sarah.

—Keith Ferguson. Trabaja con Herbert. Son bastante cercanos.

Tomek anotó el nombre y lo subrayó varias veces.

—¿Cuánto tiempo llevaba trabajando para el señor Tucker? —preguntó Tomek, ansioso por avanzar en la conversación.

Ella sacó otro pañuelo de la caja y lo colocó bajo su nariz.

—Nos conocemos desde hace diez años. Yo era asistente administrativa, me uní como parte del programa de graduados del ayuntamiento cuando cumplí treinta y cinco. Estudié política tarde, después de darme cuenta de que quería entrar en este mundo. Conocí a Herbert en mi primer día. Era tan dulce, tan amable y acogedor. Me mostró el lugar y me dijo dónde ir si necesitaba algo.

—¿Y luego decidió convertirse en su secretaria?

Ella asintió, manteniendo sus ojos llenos de lágrimas en Tomek.

—Sabía que no iba a superarle, así que lo dejé. Nunca iba a llegar a ser diputada, así que puse todo mi esfuerzo en ayudarle a él.

—Muy noble y desinteresado por su parte.

Tomek no recordaba la última vez que había hecho algo así. O incluso si alguna vez había puesto toda su vida en espera. No contaba exactamente con Kasia, ya que él seguía persiguiendo su carrera y sus sueños. Pero planteaba una cuestión interesante: si alguna vez necesitaban mudarse o cambiar algo en sus vidas, ¿estaría dispuesto a renunciar a la carrera que había conocido durante los últimos veinte años de su vida? No estaba tan seguro. Y con suerte, nunca tendría que descubrirlo.

Durante los siguientes diez minutos, los tres continuaron discutiendo sobre la carrera de Sarah y el impacto que Herbert Tucker había tenido en su vida, cómo le había enseñado cosas que ella creía saber, pero que no había comprendido completamente.

Cómo le había enseñado a avanzar en el mundo de los negocios, e incluso a montar un pequeño negocio propio, una tienda online que vendía figuras de ganchillo de personajes populares de películas y series de televisión. Cuando tenía tiempo, por supuesto.

En ese tiempo, las lágrimas habían retrocedido lentamente, al igual que los sollozos, que estaban volviendo loco a Tomek, y ella había comenzado a relajarse. Sus hombros habían bajado y en una respiración profunda, todo su estrés y frustración parecían haber desaparecido.

—Anoche... —comenzó Tomek, introduciendo el siguiente tema de conversación para que no le pareciera una sorpresa—. ¿A qué hora saliste de la oficina?

—Poco después de las tres.

—¿Y Herbert todavía estaba aquí?

Ella asintió.

—¿Cómo llegaste a casa?

—Caminando. Solo vivo a la vuelta de la esquina. A cinco minutos andando.

—¿Herbert no te ofreció llevarte?

Ella negó con la cabeza.

—No me importa caminar —respondió—. Lo hago todo el tiempo. Estoy acostumbrada, y no es tan lejos. Además, las calles no son tan malas o peligrosas como las noticias te harían creer.

—Debe ser agradable vivir tan cerca del trabajo. ¿Apuesto a que sales de la cama lo más tarde posible antes de tu hora de entrada?

Solo preguntaba porque sabía que eso era exactamente lo que él habría hecho si tuviera la opción.

—Eso pensarías, pero tristemente no. Estoy aquí casi todas las horas del día. Desde las siete de la mañana hasta la medianoche.

—Y más allá... —añadió Rachel—. Como parece ser el caso de anoche.

—Sí. Absolutamente. Sí. Así fue. Es intenso, pero me mantiene ocupada y nunca hay un día aburrido. Me encanta.

Rachel asintió lentamente, entrecerrando los ojos. Tomek había trabajado con ella el tiempo suficiente para saber que tenía una serie de preguntas que necesitaba hacer y él no iba a interponerse

en su camino. Solo llevaban trabajando juntos unos meses, pero su relación laboral se estaba volviendo casi telepática.

—¿Qué estabas haciendo aquí tan tarde? —preguntó ella, con un tono monótono, pasivo.

Sarah dudó antes de responder, calculando su respuesta. Continuó jugando con el pañuelo entre sus dedos. Tomek miró hacia abajo y por primera vez notó sus uñas de color rojo fuego.

—Ya sabéis —comenzó ella—. Lo habitual. Apagando incendios. Herbie había molestado a alguien y necesitábamos elaborar una respuesta o una forma de lidiar con ello.

—¿Es algo común entonces?

—Más de lo que nos gustaría admitir. Pero no sois periodistas, así que no pasa nada.

—¿Y el resto de la noche? —preguntó Rachel, sondeando, sondeando.

—Herbie tenía un gran discurso próximo. Iba a asistir a la Cámara de los Comunes y necesitábamos redactar algo para presentar al primer ministro, así que pasamos la noche redactando eso.

—¿Y luego decidisteis dar por terminada la jornada? —El tono acusatorio en la voz de Rachel seguía aumentando.

—Ambos nos estábamos quedando dormidos en nuestros escritorios —respondió Sarah, tensando ligeramente su cuerpo y comenzando a ponerse rígida—. Estoy bastante segura de que Herbie me pilló roncando en un momento dado, así que dijo que probablemente era mejor que nos fuéramos a casa.

Donde solo uno de ellos llegó. Mientras que el otro fue puesto en un sueño permanente.

Un breve silencio cayó entre ellos, y Tomek pidió un descanso. Necesitaba desesperadamente agua y se dirigió al dispensador. Mientras seguía las instrucciones de Sarah hacia él, observó la oficina en el tercer piso. Era tan anodina como la suya propia, con algunas mejoras modernas. Y sin embargo, bullía de vida. Al menos treinta personas estaban sentadas en sus escritorios, tecleando, haciendo clic, hablando y gritando a través de la sala. Era frenético, pero no tan frenético como la comisaría en medio de una

investigación de asesinato, y Tomek sabía cuál prefería. Unos momentos después, logró encontrar el dispensador de agua; un gran aparato moderno con más botones y marcadores que una nave espacial. Toda la cosa confundió a Tomek de inmediato. Tanto que detuvo a la persona más cercana a él: una mujer pelirroja de unos veinte años con un bulto junto al ojo.

—¿Cómo funciona esto? —preguntó Tomek—. Solo quiero un poco de agua, no acceso a los códigos de lanzamiento nuclear.

La mujer se rió, tomó el vaso de él, se estiró y luego presionó un botón. El agua comenzó a salir inmediatamente del grifo y unos segundos después estaba hecho.

—Es fácil cuando sabes cómo —dijo. Luego, al marcharse, añadió —: Pero si alguna vez encuentras esos códigos de lanzamiento, ven a buscarme. Me encantaría verlos.

Tomek se alejó de ella, su ego ligeramente reforzado, y regresó a la reunión, esta vez siguiendo una ruta diferente. Mientras se abría camino entre los escritorios, observó a los miembros del personal. Todos parecían ajenos a su presencia, como si fuera solo uno más de ellos, otro nombre y rostro que no se habían molestado en recordar. Lo que más le sorprendió fue lo... normales que parecían todos. Que su miembro más veterano no estuviera muerto. Que no hubieran oído la noticia de que había desaparecido. No había solemnidad en el aire, ni sensación de desesperación.

O bien no lo sabían. O sí, y simplemente no les importaba.

Y basándose en lo que Tomek había oído sobre el hombre hasta ahora, presumía que era lo segundo.

Poco después de que regresara a la sala de reuniones, la sensación de desesperación volvió.

—Mencionaste que a menudo teníais que apagar muchos incendios —dijo Rachel una vez que él se había acomodado.

—Sí.

—¿Puedes explicarlo con más detalle?

—¿En qué sentido?

—¿Qué tipo de cosas teníais que tratar? ¿Alguna amenaza? ¿Alguien que pudiera haber querido hacerle daño a Herbert?

—¿Quieres una lista de nombres? Porque tengo una.

El rostro de Tomek se iluminó.

—¿La tienes?

—Sí. Y en lo alto de esa lista está Aaron Howell-Jones.

—¿Por qué?

—Envía regularmente amenazas de muerte a Herbie. Una vez envió una bala por correo.

—¿Lo hizo?

—Oh, sí. Aaron realmente no le caía bien.

Una cosa era que alguien no te cayera bien, y otra amenazar con matarlo.

—¿Por qué no?

Sarah hizo una pausa antes de responder.

—Yo... Él... Aaron no estaba de acuerdo con su política sobre las personas sin hogar.

—¿La que rectificó?

Sarah tartamudeó, incapaz de responder. Su boca se abría y cerraba rápidamente, y ahora Tomek entendía por qué nunca habría triunfado como política.

—¿Alguna vez acudisteis a la policía por esto? —preguntó Tomek —. Es la primera vez que lo oigo.

Suspirando, Sarah agachó la cabeza.

—Lo intenté. Honestamente, lo hice. Traté de convencerlo de que lo denunciara muchas veces, pero cada vez decía que no. Me dijo que las guardara todas como prueba, y que si le pasaba algo, se suponía que debía mostrárselas a vosotros. Pero no quería hacer nada al respecto en ese momento. No era solo con las amenazas de Jones, era así con todas las que recibía.

—¿Por qué no quería denunciarlo? Para alguien que parece ser bastante inteligente, no era muy listo.

Sarah se rió, pero rápidamente se detuvo.

—Lo sé. Era estúpido en ese aspecto. Pero era porque creía que era intocable, que nunca le pasaría nada, que todo eran palabras y amenazas vacías y que nadie las cumpliría nunca.

Bueno, lo habían hecho. Y ahora estaba a una investigación de asesinato de estar dos metros bajo tierra.

—Así que era un político con complejo de Dios —comentó Tomek, más para sí mismo que para los demás—. Eso nunca iba a acabar bien. —Luego se aclaró la garganta y se acomodó en el asiento—. Vamos a necesitar esa lista, y también vamos a necesitar ver las pruebas que has guardado.

Sarah asintió enérgicamente.

—Por supuesto. Sí. Lo que necesitéis. ¿Habrá algo más?

—De hecho, sí. Creo que pasé por su despacho hace un momento. ¿Ha entrado alguien ahí esta mañana?

—No que yo haya visto, y fui una de las primeras en llegar.

—¿Te importa si echamos un vistazo?

Encogiéndose de hombros, Sarah respondió:

—No veo por qué sería un problema.

# CAPÍTULO
# DOCE

El caro perfume masculino impregnaba el aire en el despacho de Herbert Tucker, como si lo hubieran frotado en las paredes y alfombras y ahora se estuviera emitiendo lentamente a la atmósfera. Chanel para hombres o alguna otra marca cara que Tomek no conocía ni reconocía por su olor. Todos olían igual si pasabas el tiempo suficiente cerca de ellos.

Denso. Pegajoso. Y abrumadoramente dulce.

Pero al menos era una mejora respecto al olor a orina que había llegado a asociar con el diputado.

El despacho del hombre estaba en condiciones casi inmaculadas. Ni una sola cosa fuera de lugar. En el centro de la habitación había un escritorio, orientado hacia la puerta. Sobre él había un ordenador, colocado en el centro, con una bandeja de entrada a un lado y una de salida al otro. Ambas estaban llenas hasta el borde de documentos que requerían su firma o de cosas que necesitaba leer.

El ratón y el teclado, de marcas y modelos diferentes a los que Tomek había visto en la oficina principal, estaban colocados perfectamente y en ángulo con respecto a la pantalla del ordenador. La habitación gritaba que pertenecía a alguien obsesivamente meticuloso con todo.

Más allá de la mesa, en el lado izquierdo de la pared, había una pequeña estantería con archivadores, carpetas de anillas y documentos, etiquetados alfabéticamente y codificados por colores para indicar cada aspecto de su función. En el lado derecho había un

espacio para el guardarropa de Herbert. Una fila de perchas estaba fijada a la pared, en la que colgaban varias chaquetas Barbour y Tommy Hilfiger. Debajo había un pequeño zapatero que contenía una variedad de zapatos para diversas ocasiones.

—Las zapatillas Nike para cuando está de humor cómodo —explicó Sarah—. Los Oxford de ante Edward Green para cuando va a algún evento. Las botas Chelsea de cuero Berluti para reuniones formales. Y los Oxford de Dior para reuniones importantes.

La boca de Tomek se abrió mientras escuchaba las palabras que salían de la boca de Sarah. No tenía ni idea de lo que significaban esos nombres, solo sabía que sonaban increíblemente caros.

—Apuesto a que algunos de esos cuestan más que mi móvil —dijo.

—Yo apuesto a que cuestan más que mi alquiler —añadió Rachel.

—Era todo un coleccionista —dijo Sarah—. Tenía un gran armario lleno de ellos en su casa. Me lo enseñó una vez.

Tomek dejó de escucharla y se puso el par de guantes de látex que Rachel le había dado. Luego comenzó a registrar la habitación, inspeccionando los cajones y bandejas del escritorio, antes de pasar a las carpetas de las estanterías y al contenido de los bolsillos de los abrigos de Herbert. Había demasiadas cosas para revisarlas in situ, así que todo tendría que ser inspeccionado manualmente por el equipo y un puñado de afortunados (o desafortunados) miembros del personal uniformado, pero le dio a Tomek una buena idea de qué tipo de hombre era con el que estaban tratando.

Se veía claramente que Herbert Tucker disfrutaba de las cosas buenas de la vida, que había sido sensato con su dinero y no lo había malgastado en compras innecesarias. Sí, los cuatro pares de zapatos podían parecer un poco excesivos, pero por lo poco que Tomek había visto de la casa del hombre, no le daba la impresión de que estuviera llena de los productos más nuevos y mejores, sino que había sido prudente con sus gastos.

Lo que hizo que Tomek se preguntara dónde había ido a parar el resto. Y a quién había ido.

Y cómo eso podría haber acabado afectando a su desaparición y muerte.

En media hora, Tomek y Rachel, junto con un equipo de técnicos forenses a los que ella había llamado, habían embolsado con éxito las pertenencias del despacho de Herbert como pruebas, incluidos su ordenador de sobremesa y el portátil que habían encontrado en el primer cajón.

Tomek fue el último en salir del despacho, y cuando cerró la puerta tras de sí, algo chocó contra él. Se sintió como un caballo pequeño, pero era, de hecho, un ser humano. Uno muy sobresaltado y agitado (aunque no demasiado diferente de un caballo real, observó Tomek).

—Tranquilo, tigre —dijo—, estás corriendo por ahí como un perro con un cohete metido por el culo. No sabía que la política fuera tan emocionante.

—Yo... eh... lo siento —dijo el hombre, rascándose la nuca. Luego puso una mano en el brazo de Tomek y comenzó a palparle.

Tomek agarró la mano del hombre y la bajó lentamente.

—Estoy *bien* —dijo—. Agradezco tu preocupación, pero por favor, no vuelvas a tocarme.

Una expresión de horror sobresaltado apareció en la cara del hombre, como si Tomek acabara de abofetearlo.

—Lo siento. Es solo que... Herbert. Estoy un poco... ya sabes. Lo siento.

—¿Le conocías?

—Todos le conocíamos. Pero creo que probablemente yo le he conocido durante más tiempo.

Fue entonces cuando Tomek se dio cuenta de que estaba mirando a Keith Ferguson.

—¿Te importa si hablamos un momento? —preguntó Tomek educadamente. Ya estaba buscando una sala antes de que Keith pudiera responder.

El hombre entró tentativamente en una pequeña habitación sin características distintivas y se buscó un asiento en la mesa. Tomek cerró la puerta y se unió a él.

Al igual que Herbert Tucker, Keith Ferguson era un hombre de unos cincuenta años, aunque parecía considerablemente más joven. Tenía un espeso cabello negro que había sido peinado hacia atrás

con la ayuda de un peine y una copiosa cantidad de producto para el pelo, y sus dientes eran llamativamente blancos. Tomek había experimentado algo similar cuando se reunió con el agente inmobiliario que le vendió su piso. Dientes de Turquía, los llamaban. Baratos, alegres y tan brillantes como el sol que besaba el país en los meses de verano.

Mientras permanecía allí sentado, Keith se agitaba en su asiento. Estaba incómodo, eso se veía claramente, pero había algo más en el comportamiento del hombre que preocupaba a Tomek. Era atento y alerta, pero al mismo tiempo distraído y desenfocado. Sus movimientos eran erráticos y espasmódicos. Y su rodilla rebotaba tan rápido como su corazón.

El hombre estaba bajo los efectos de algo, y no pensaba que fuera algo diseñado para reducir su colesterol.

—Dime cómo conoces a Herbert Tucker —comenzó Tomek.

—Fuimos socios comerciales en el pasado. Trabajé con él en su aventura en la vida empresarial y le ayudé a establecer su compañía metalúrgica.

Tomek no recordaba que el nombre de Keith hubiera sido mencionado en el libro de Tucker en absoluto.

—Y luego seguimos juntos. Yo le ayudé con su negocio. Él me ayudó con el mío. Los dos teníamos más o menos la misma edad, nos casamos en épocas similares, y él comenzó una familia con Nora al mismo tiempo que yo empecé la mía con mi mujer. Nos hicimos íntimos. Literalmente hicimos casi todo juntos.

—*S*uena a que sí. *Literalmente* —respondió Tomek, poniendo énfasis en la palabra que más detestaba—. ¿Siempre os habéis llevado bien en vuestras relaciones profesionales y personales?

Keith negó con la cabeza.

—Claro que no. Es como un matrimonio, ¿y cuál de ellos es todo sol y arcoíris? No, tuvimos nuestras discusiones, nuestros desacuerdos, pero nada lo suficientemente fuerte como para separarnos.

Tomek asintió pensativamente. No podía evitar pensar que todo sonaba demasiado bueno para ser verdad. ¿La relación comercial perfecta y armoniosa que había durado tanto tiempo?

—¿Leíste alguna vez el libro que publicó? ¿Su libro sobre negocios?

—Sí. Me pidió que lo revisara.

—¿Y no te molestó que tu nombre no se mencionara en absoluto?

Keith abrió la boca pero la cerró inmediatamente después. Se tomó su tiempo para responder, los cálculos para una respuesta jugando en su rostro. Y en el tiempo que le tomó idear algo, su inquieto nerviosismo empeoró. Las drogas en su sistema estaban perdiendo efecto.

—¿Por qué lo dices así? —preguntó Keith, ganando tiempo.

—¿Así cómo?

—Como si yo tuviera algo que ver con lo que le pasó.

Tomek apretó los labios y negó con la cabeza.

—Nada similar salió de mi boca.

—No literalmente, pero estaba implícito.

—¿Implícito literalmente, o literalmente implícito?

La expresión de sorpresa fue reemplazada por confusión.

—Pedí que mi nombre se mantuviera fuera del libro, si es que necesitas saberlo.

—Necesito saberlo. Interesante elección. ¿Por qué?

—Porque era una celebración de todo lo que Herbert había logrado en su vida, y no quería restarle mérito. Me alegré de que se publicara. E incluso me dio una copia firmada —explicó Keith con la confianza de alguien que había ensayado esa frase en particular varias veces.

—¿A pesar de que jugaste un papel masivo en ayudarle a llegar a donde estaba?

Keith asintió, pero Tomek no estaba convencido. Y a juzgar por el desganado cabeceo, él tampoco lo estaba.

—Entonces, ¿cómo acabasteis los dos en el mundo de la política?

Keith miró la hora, luego se masajeó la muñeca con el pulgar, como si de repente tuviera un lugar al que necesitara ir urgentemente.

—Nos dimos cuenta de que había muchas cosas que necesitaban cambiar en la ciudad y que éramos lo suficientemente ricos e

influyentes como para poder hacerlo.

—Así que conquistasteis el mundo de los negocios, y luego pensasteis que podíais conquistar el mundo político.

Keith notó el sarcasmo en la voz de Tomek y se erizó ante el comentario. Hizo un gesto alrededor de la habitación.

—Quiero decir, ha funcionado, ¿no?

—Para uno de vosotros, sí.

Keith no respondió a eso, pero era obvio por la cara del hombre que había un toque de celos, una pizca de envidia. Cuando solo uno de los amigos podía convertirse en miembro del Parlamento por Southend, el campo de juego y los niveles de respeto mutuo rápidamente se volvían desiguales.

—¿Eso te molestó? —preguntó Tomek.

—¿Qué parte?

—¿Ser el segundo mejor después de uno de tus amigos más cercanos? ¿Ser empujado a un segundo plano?

—No me importó, para ser sincero —dijo Keith confiadamente, aunque la entonación y el ligero quiebre en su voz no engañaba a nadie, especialmente a Tomek—. Él era el mejor hombre para el trabajo. Lo merecía y estaba haciendo un trabajo fantástico.

Mientras escuchaba, Tomek tuvo la impresión de que esa era una mentira particular que Keith se había contado a sí mismo tantas veces que había empezado a creerla.

—Es justo decir que conoces bastante bien a Herbert Tucker, ¿verdad? —preguntó Tomek lentamente.

—Sí... —respondió Keith, con cautela y preocupación en su voz.

—Entonces me pregunto, ¿sabes quién podría haber tenido algo que ver con su muerte? ¿Algo que hayas oído? ¿Alguien que te venga a la mente que pudiera haber querido verlo muerto?

Keith hizo una pausa por un momento, y el silencio descendió sobre la habitación. Fuera de las delgadas paredes de la sala de reuniones, el sonido de la conversación y la risa resonaba. La atmósfera sombría que típicamente acompaña el duelo y el fallecimiento de un familiar o colega continuaba evitando el edificio. Y se veía claramente que las únicas personas que parecían molestas

por la muerte de Herbert Tucker eran aquellas con las que Tomek ya había hablado.

—No se me ocurre nadie... —dijo Keith, tomándose su tiempo para pronunciar cada palabra. Negó suavemente con la cabeza, balanceándola de lado a lado. Mientras tanto, los temblores que habían plagado su cuerpo se habían vuelto más feroces, más agresivos.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Tomek.

—Bien. Absolutamente bien. Aparte de estar afectado por Herbert, por supuesto. Simplemente... te hace pensar, ¿no? Que podría sucederle a cualquiera en cualquier momento.

Tomek arrugó la nariz.

—Estadísticamente, la probabilidad de que algo así ocurra al azar es tan pequeña que tienes más posibilidades de ser atropellado por el mismo coche dos veces —respondió, canalizando su Oscar Pérez interior (y escuchando la voz del capitán en su cabeza mientras lo decía).

—Bueno... sí. Entiendo lo que quieres decir.

—Este tipo de cosas siempre suele implicar a alguien que la víctima conoce, y más a menudo que no ocurren porque les han cabreado de alguna manera. Les han cabreado hasta el límite —Tomek decidió dejar que el comentario flotara en el aire, dejar que Keith se cociera en su propio charco tembloroso de sudor.

—Algunas personas simplemente no soportan a los políticos.

Amén a eso, pensó Tomek.

Otra mirada al reloj, esta vez más obvia. Al igual que el suspiro que la acompañó.

—¿Te estoy reteniendo de algo? —preguntó Tomek.

—¿Qué? No. Por supuesto que no.

—¿Ansioso por salir de la habitación?

—¿Perdona? No. Quiero decir, no. Yo... lo siento. No quería ofenderte.

—¿Qué estabas haciendo anoche? —Tomek había descubierto muy temprano en su carrera que cambiar la dirección de la conversación tenía un impacto mucho mayor en su resultado que seguir cualquier tipo de camino lineal. Y la pregunta, la pregunta

más importante que acababa de lanzar a Keith, casi había tirado al hombre de su silla.

—¿Anoche? —repitió, balbuceando como un niño—. ¿Qué pasó... Oh, eso... Yo estaba, ya sabes... Solo fui... Me fui a casa con mi mujer e hijos. Nosotros... eh, nos quedamos hasta tarde, los tres. Yo, Sarah y Herbert. Estábamos haciendo algunas cosas. Partes de un discurso. Y luego me fui a casa alrededor de medianoche o así, creo que fue. No... no sé la hora exacta. Luego me fui a casa.

—¿Y dónde está tu casa?

—En Rochford.

Un viaje de diez minutos. Nada lejos en absoluto. Especialmente en medio de la noche.

—¿Alguien puede corroborar tu paradero?

—Sí. Claro. Mi mujer.

Tomek tomó nota de su nombre, la dirección de Keith, y el resto de los detalles que le había dado antes de prometerle al hombre drogado que se pondría en contacto con él.

# CAPÍTULO
# TRECE

Tomek llevaba rato mirando fijamente la tetera mucho después de que hubiera terminado de hervir. No fue hasta que se abrió la puerta de la pequeña cocina cuando su mente volvió en sí. E incluso entonces funcionaba al cincuenta por ciento de su capacidad. Allí, en el marco de la puerta, con su cuerpo casi llenándolo por completo, estaba el sargento detective Sean Campbell. El policía, más grande que la vida misma y más grande que cualquier otra persona con la que Tomek se hubiera cruzado, vestía una camiseta sencilla con una elegante chaqueta verde por encima. Era un conjunto nuevo para su amigo y, a juzgar por el resto —los vaqueros a medida y los zapatos elegantes—, se trataba de un guardarropa completamente nuevo.

—Me gusta eso —dijo Tomek, señalando la chaqueta de Sean.

—Gracias —dijo, mirándose de arriba abajo—. Se llama chambra.

—¿Qué?

—Una chambra.

—¿Es la abreviatura de chaqueta mierda?

—No. Bueno, sí. Probablemente podrías llamarla así, pero preferiría que no lo hicieras. Es una camisa-chaqueta.

—¿Una camisa que parece una chaqueta?

—Sí...

—Original. ¿Dónde la has comprado?

—En Marks & Spencer.

—Bendito sea. ¿Ya estás en esa edad?

—Que te jodan.

—No lo estoy criticando. Hacen cosas buenas. Cosas muy buenas, de hecho. Cómodas y con estilo también. Bienvenido al club.

—¿Eso significa que soy viejo? —preguntó Sean mientras sus hombros caían.

—Solo más viejo que cualquier persona en el planeta que sea más joven que tú.

—Genial. Se nota que has pasado tiempo con el Capitán.

Tomek se encogió de hombros.

—Quizás me esté convirtiendo en el Capitán 2.0.

—Es lo último que necesita el mundo.

Una sonrisa jugueteó en los labios de Tomek.

—O tal vez es *exactamente* lo que el mundo necesita.

—¿Ahora es tu deber solemne informar y educar a todo el mundo?

—Solo si compran en M&S.

—Joder.

Joder, en efecto. Tomek no había reído y bromeado así con Sean desde hacía tiempo. Las cosas habían estado subiendo y bajando últimamente, y le alegraba que esto fuera otro de esos infrecuentes pero agradables momentos al alza.

—¿El resto del conjunto también es de M&S?

—Lo es.

—¿Qué te llevó a comprarlo?

—Victoria.

—Vaya. Las cosas deben ser serias. No dejes que cambie quién eres, colega. No dejes que te haga hacer cosas que no quieras hacer.

A Sean no le gustó ese comentario. No lo apreció. Tomek reconoció que probablemente no debería haberlo dicho, poco después. Pero ya era demasiado tarde. El cartucho ya había salido de la pistola, y lo que había sido una conversación agradable, positiva y amistosa acababa de bajar varios niveles.

—¿Qué hay de ti y Abigail? —preguntó Sean, desviando la conversación de él por un momento.

—No hay nada entre Abigail y yo. Vamos a salir a cenar mañana por la noche. Pero eso es solo porque ha estado rogándomelo durante las últimas dos semanas y yo esperaba que pudiera darme alguna idea sobre Herbert Tucker.

—Suena un poco... *transaccional*.

Transaccional. Tomek repitió la palabra en su cabeza varias veces hasta que se convirtió en una mera combinación de letras y sonidos.

—Todo lo que digo es —comenzó Sean, y Tomek sintió que ahora era su turno de recibir un golpe bajo—. Una relación fundada en transacciones no parece buena.

—Vale —respondió Tomek, siendo deliberadamente cortante—. Gracias.

Sean se movió incómodamente.

—Te lo dice alguien con experiencia —añadió.

—Vale. Claro. Lo tendré en cuenta.

Cuando Tomek se dispuso a salir de la cocina, Sean se apartó. Para cuando llegó a la puerta, su amigo lo llamó.

—Eh, ¿sigues libre para el partido este fin de semana?

—Sí —respondió Tomek—. Debería estarlo.

Y luego se marchó.

—Tomek... Tomek... —le llamó Sean, pero él lo ignoró y siguió caminando—. ¡Te has olvidado de terminar de hacer tu café!

Poco después, Nick había convocado otra reunión en la sala de incidentes graves. Mientras Tomek buscaba un asiento, Sean le trajo una humeante taza de café y la colocó delante de él.

—Te estás volviendo senil en tu vejez —dijo Sean, mostrando sus dientes en una sonrisa—. Primero M&S, ahora esto.

Tomek miró la bebida. No la quería particularmente —eran las cinco de la tarde, demasiado tarde, y en realidad no la había querido desde el principio—, pero era demasiado educado para rechazarla.

—Si yo soy un ejemplo, tú seguirás mis pasos en un par de años.

—Joder, espero que no —dijo Sean mientras se sentaba junto a Tomek.

—Un par de años, colega, te lo digo yo. Un par de años... Descubrirás que algunas cosas se vuelven más fáciles con la edad.

—¿Como qué?

—Quedarte dormido. Tu sofá se convierte en tu mejor amigo y, a veces, en tu nueva cama.

Sean abrió la boca para responder, pero fue interrumpido por Nick, que acababa de entrar en la sala y había cerrado la puerta de golpe tras él.

—Bien, panda de sinvergüenzas —dijo, apresurándose hacia la cabecera de la sala—. Han pasado unas horas y necesito una actualización. ¿Qué tenéis? ¿Alguna noticia sobre la autopsia?

—No, jefe —respondió Nadia.

—Bien. ¿Puedes contactarla inmediatamente?

—Por supuesto.

Nadia bajó la cabeza y comenzó a escribir un mensaje en su teléfono. Nick continuó con la conversación.

—¿Qué más? —preguntó.

Tomek abrió la boca para hablar primero, pero Chey se le adelantó.

—He encontrado el coche de Herbert Tucker —dijo el joven detective.

—¿Lo has encontrado personalmente?

—No. No exactamente. Otra persona lo encontró y lo denunció. Yo solo seguí sus movimientos una vez que supe dónde estaba.

—¿Y dónde estaba?

—En el aparcamiento a lo largo de Thorpe Bay.

La cabeza de Nick giró rápidamente hacia Tomek antes de volver a Chey.

—¿Quieres decir que estaba aparcado a unos metros de la escena del crimen todo el tiempo y nadie lo encontró? ¿Ni siquiera nuestros propios sargento detective Bowen y agente Perez?

—Yo... quiero decir... No quiero delatar a nad...

—Eso fue un descuido, señor —dijo Tomek, saltando en defensa propia y de su colega—. Estábamos ansiosos por volver a la oficina

lo antes posible con la noticia de que el cuerpo de Herbert había sido encontrado.

Y para salir de la lluvia. Pero Nick ciertamente no necesitaba saber eso.

—Estamos en el siglo veintiuno, joder, Tomek. Tienes un móvil, y también lo tiene todo el mundo en esta sala. Tal vez si hubieras usado tu puto cerebro podrías haber llamado mientras buscabas el coche. —Nick dejó escapar un largo suspiro audible. Sus hombros cayeron y sacudió la cabeza con desdén—. Chey, ¿qué sigue ahora, por favor?

—Los de Ciencia Forense tienen el coche almacenado y lo están investigando lo antes posible. Su preocupación en este momento es la evidencia perdida debido a la lluvia y el viento, pero tienen el interior, que creen que será suficiente. Están seguros de que encontraremos mucho ADN allí.

—Estupendo. ¿Y qué hay sobre de dónde vino?

—Me alegra que lo pregunte, señor. —Chey había traído su portátil y con unos clics del botón había logrado proyectar la pantalla de su ordenador en el televisor que colgaba de la pared. En él había un pequeño mapa de Southend. La zona había sido en gran parte atenuada excepto por una gruesa línea roja que serpenteaba por las calles de la ciudad hasta detenerse a lo largo de la playa de Thorpe Bay—. El vehículo siguió esta ruta. Un viaje de unos veinte minutos en total.

—¿A qué hora fue eso? —preguntó Nick.

—Yo diría que entre las tres y catorce y las tres y veinticuatro de la madrugada, jefe.

—¿No hay ninguna grabación de las cámaras de seguridad del aparcamiento del paseo marítimo? —preguntó Sean, inclinándose hacia delante en su silla como si físicamente entrara en la conversación.

Chey soltó un resoplido con los labios.

—No seas tonto. Eso sería demasiado fácil.

—Subieron los precios recientemente. Pensé que estarían por todas partes y colocándolas en todos lados para pillar a la gente.

—Para eso tienen a los agentes de control de tráfico, colega.

Conocidos por muchos como las peores personas vivas.

—¿Alguna imagen del conductor en alguna de las grabaciones?

—Tristemente, no —respondió Chey—. Muchas de las cámaras por aquí son, francamente, una mierda. He visto mejores imágenes del espacio que de estas putas cosas. Pero en fin, es solo una de las muchas dificultades que tengo que soportar en mi trabajo. Y todo gracias al ayuntamiento. Ellos son los que se supone que deben mantener la tecnología actualizada.

—¿Qué hay de después de que el vehículo llegara al aparcamiento? —preguntó Nick, volviendo a entrar en la conversación—. ¿Algo que sugiera que lo llevaron a una casa o edificio antes de matarlo?

—Todavía no, señor.

—¿Adónde fue el asesino después, Chey? ¿Has visto alguna grabación de un coche abandonando la escena?

Chey negó con la cabeza lentamente, con cuidado de no molestar al inspector jefe.

—Nada que haya visto hasta ahora, señor. Pero, por supuesto, seguiré buscando.

Nick suspiró de nuevo, esta vez más profundamente.

—Así que no tenemos ninguna grabación del crimen ocurriendo o del coche entrando en el aparcamiento donde se encontró el cuerpo. No tenemos pruebas del rostro del conductor...

—Bueno, hay una captura de pantalla —interrumpió Chey—. Pero está tan borrosa como una noche de borrachera.

—Me da igual. Aun así podemos usarla. ¿Alguien tiene buenas noticias?

Ahora era el turno de Tomek. Se aclaró la garganta antes de comenzar y explicó, con la ayuda de Rachel, las reuniones que habían tenido con Sarah Jewell y Keith Ferguson.

—¿Qué crees? —preguntó Nick—. ¿Alguno de ellos tiene algo que ver con esto?

—Ambos me dan señales de alerta —respondió Rachel.

—¿Qué significa eso, para la generación más mayor? —preguntó Nick.

—Como las banderas rojas en una relación. Señales de advertencia.

—Mmm. Está bien. ¿Qué señales de alerta te están dando?

—Bueno —dijo Rachel, mirando rápidamente a Tomek como si buscara su aprobación. Él se la dio con un movimiento de cabeza—. Sarah conoce a Herbert Tucker desde hace años. Durante ese tiempo ha trabajado *con* él, y ahora trabaja *para* él.

—Y apuesto a que está haciendo mucho más *debajo* de él —añadió Tomek.

—¿Cómo es eso? —preguntó Victoria. Hasta ahora, la inspectora había estado sentada en los márgenes de la conversación, casi desvaneciéndose en el fondo de la sala, y Tomek había olvidado que estaba presente.

—Sarah lo llama Herbie. Cuando fui a visitar a su esposa, en ninguna de las ocasiones lo ha llamado con un apodo tan cursi.

—¿Qué hay de todos los apodos cursis que tienes para nosotros? —preguntó Nadia.

—Completamente diferente —respondió Tomek—. Los míos son términos de cariño. Mientras que creo que los suyos están reservados principalmente para el dormitorio.

—¿Crees que están teniendo una aventura?

—No me sorprendería. Ya sabes cómo son estos políticos.

—Basta —dijo Nick, levantando la mano para prohibir que Tomek continuara—. Deja de hablar ahora mismo y háblame del cómplice político de Tucker, Keith...

Tomek mantuvo su boca cerrada a propósito, como le habían ordenado, hasta que Nick ya no le vio la gracia. Lo que, de hecho, nunca había hecho en primer lugar.

—El señor Ferguson ciertamente estaba bajo los efectos de algo cuando hablé con él anteriormente. Estaba nervioso, sudoroso e incómodo. En gran parte debido a sus preocupaciones de que podría ser el siguiente porque, en su opinión, los políticos no son populares. No estoy seguro de dónde sacó esa idea. Pero creo que la paranoia podría tener algo que ver con las drogas en su sistema. Aparte de eso, afirma haber salido del edificio a medianoche y haber ido a casa con su esposa, pero solo vive a diez minutos en coche, así que

podría haber vuelto a las tres de la mañana y haber matado a Herbert Tucker.

—¿Motivos? ¿Qué tiene?

—¿Siempre ser el segundo mejor? ¿Apartado mientras su mejor amigo se llevaba toda la gloria? Creo que eso podría haberme provocado un poco.

Tomek no sabía si fue involuntario o consciente, pero Sean lo había mirado. Había notado el movimiento minúsculo por el rabillo del ojo. Y percibió la preocupación en la cara de su amigo, de que tal vez algo similar estaba sucediendo entre ellos. No era ningún secreto que ambos querían un ascenso a inspector, pero con uno de ellos en la ropa interior del actual titular del puesto, no hacía falta ser un genio para saber quién tenía más probabilidades de conseguirlo primero. Y si ese fuera el caso, entonces Tomek solo esperaba no acabar matando a su mejor amigo y recurriendo a una vida de drogas y aburrido trabajo político.

—¿Algo más? —preguntó Nick.

—Sí —llamó Nadia, distrayendo a todos—. Acabo de recibir un correo electrónico de Lorna. Dijo que revisemos la puerta.

—¿Qué...?

Antes de que Nick pudiera terminar, alguien llamó a la puerta, y entró Lorna Dean, la patóloga del Ministerio del Interior. Su cabello rojo fuego estaba suelto y llevaba un fino jersey de punto gris que le llegaba hasta el cuello.

—Hablando de hacer una entrada —dijo Tomek.

—No hay nada como un poco de teatro, cielo. Solo quería haceros saber que la autopsia está hecha. Herbert Tucker —o Herbert el Pervertido, como lo llamaban algunos de los chicos en el hospital— ha sido abierto, examinado y está listo para que lo reviséis.

Tomek siempre había encontrado que las conversaciones y experiencias con Lorna eran caóticas y simultáneamente fascinantes. Ella estaba más avanzada en el espectro de la locura que el resto de ellos, pero tenía que estarlo para hacer el trabajo que hacía: mirar cadáveres todo el día, quitar sus órganos, pesarlos, examinarlos. Tenía que haber algunos tornillos sueltos ahí arriba.

—Vamos entonces —dijo Nick, dejando escapar otro suspiro por la nariz—. ¿Qué has encontrado?

—Un par de cosas que os pueden gustar —comenzó, absorbiendo el teatro de la situación y la atención del público—. La primera es que Herbert Tucker tenía la nariz rota. Recientemente, además. Posiblemente por un puño o una frente, pero dado el tamaño y la densidad de la rotura, yo diría que vino de una frente. Puede que le hayan dado un cabezazo.

—Un beso de Glasgow —dijo Tomek sin pensar.

—¿Qué es eso? —preguntó Nick.

—Un beso de Glasgow. Así lo llaman en Glasgow.

—No me digas. Pero tú no eres ni escocés ni de Glasgow, así que ¿qué tiene eso que ver con nada?

A Tomek no le gustaba esta versión de Nick. La versión agresiva y desagradable. Claro, el hombre acababa de regresar de varias semanas de permiso después de que su hija hubiera sido hospitalizada por un esquizofrénico paranoico. Y, claro, sin duda iba a recibir una cantidad desmesurada de presión de los medios, la jerarquía policial y otros miembros de la élite política para tratar de encontrar al asesino de Herbert, pero eso no significaba que tuviera que ser tan capullo al respecto.

Tomek estaba seguro de que su comentario era relevante. Simplemente no sabía por qué todavía.

—Nada, señor. Solo mi cerebro jugándome trucos de nuevo.

—De todos modos —continuó Lorna antes de que estallara una discusión—. Como estaba diciendo, mi conjetura sería un cabezazo —un beso de Glasgow. —Lorna le lanzó a Tomek una rápida sonrisa antes de continuar—. Ahora, pasando a la causa de la muerte. Os gustará esta. Bueno, quizás no. En fin, amoníaco.

—¿Amoníaco? —repitió Nick.

—Sí. Creo que se encuentra comúnmente en productos de jardinería, fertilizantes y similares, y también en productos de limpieza. Es muy irritante y muy peligroso cuando toca la piel, muy parecido a nuestro propio señor Bowen por ahí.

El intento de Lorna de aligerar el ambiente funcionó, ya que algunos de sus colegas la vitorearon, pero rápidamente el humor se

desvaneció de nuevo.

—Se encontró amoníaco alrededor de su boca, bajando por su garganta y en sus pulmones. Todo lo cual me lleva a creer que se lo vertieron por la garganta.

—¿Es por eso que olía a pis? —preguntó Martin. Él, como Victoria, hasta ahora había sido casi redundante en la conversación.

—Sí. Pero en el gran esquema de las cosas, es uno de los olores más agradables que puedes tener en un cadáver.

—Claro.

Tomek tenía una pregunta, pero en lugar de hacerla en voz alta, levantó la mano y esperó pacientemente a que Lorna lo eligiera.

—Dijiste que estaba alrededor de su cara... ¿Es por eso que parecía que había estado besando a alguien con lápiz labial?

—¡Sí! Exactamente. Y eso es una transición brillante para llevarme a mi siguiente punto, así que gracias. —Le disparó un gesto de pistola con el dedo—. Cuando se encontró el cuerpo de Herbert Tucker, estaba envuelto en un edredón. Esto, en gran parte, nos permitió preservar mucho del ADN en su cuerpo, y una de las cosas que encontré fue un pequeño trozo de lápiz labial en su mano izquierda. Así que definitivamente alguien lo besó anoche.

Y solo había una persona que podía haber sido.

# CAPÍTULO
# CATORCE

Sarah Jewell llevaba casi veinte minutos sentada en la sala de interrogatorios, esperando a que el agente Martin Brown y el agente Oscar Pérez bajaran, mientras Tomek y el resto del equipo observaban desde la sala de incidencias graves.

Estaba sentada con las piernas y los brazos cruzados. Tomek había intentado psicoanalizarla —pensando que se estaba protegiendo, que tenía miedo de lo que estaba a punto de suceder —, pero lo había intentado en el pasado y había estado tan lejos de acertar que se detuvo en cuanto Martin y Oscar entraron en la habitación sin ventanas.

—Disculpe la espera —le dijo Martin.

—¿Está... está todo bien?

—Sí. Solo teníamos que terminar algunos detalles.

—No, me refería a Herbie. A mi presencia aquí. No estoy segura de por qué...

—Solo tenemos algunas preguntas más sobre lo de anoche — continuó Martin. Tenía el pelo más largo y más lustroso que ella, y para esta entrevista, se lo había recogido en un moño en lo alto de la cabeza.

—Sí, eso me dijo su compañero. Pero no sé cuánto más puedo deciros.

—¿Qué tal si empieza por decirnos la verdad? —le espetó Oscar, con tono contundente.

El nudo en la garganta de Sarah fue visible en la pantalla. —¿La verdad? No sé a qué os... yo...

—¿Usa pintalabios, Sarah? —preguntó Martin.

—¿Pintalabios?

—Sí. Como el que lleva ahora. ¿Lo usa con frecuencia?

—Sí, yo... tengo varias marcas en mi neceser en la oficina.

—¿Por qué lo usa?

Sarah ladeó la cabeza, confundida por la pregunta. Y Tomek tuvo que admitir que hizo lo mismo y por la misma razón.

—¿Qué quiere decir con "por qué lo uso"? ¿Por qué viste usted la ropa que lleva? ¿Por qué tiene el pelo largo? ¿Por qué lleva un moño de hombre?

—Responda a la pregunta, por favor —dijo Martin, con voz neutral, plácida.

El suspiro fue audible a través de los altavoces. —Lo uso porque me hace sentir mejor conmigo misma.

—Bien —continuó Oscar—. ¿Y lo llevaba anoche?

—Yo... creo que sí. ¿Por qué? ¿Cuál es la fascinación con mi pintalabios?

—Solo son preguntas rutinarias.

—No parecen muy rutinarias. Sus compañeros no me preguntaron esto antes.

Sarah se estaba poniendo cada vez más agitada y frustrada, y eso preocupaba a Tomek. Se preguntaba qué tendría que ocultar. Era en momentos como este cuando deseaba estar en esa sala, pero debido a que había elegido ascender en el escalafón, las oportunidades para hacer algo así eran escasas. Normalmente era una función reservada para los agentes de la oficina.

—Voy a preguntarle de nuevo, Sarah —comenzó Martin—. ¿Puede decirnos lo que realmente ocurrió anoche?

—Ya os lo he dicho. Estábamos trabajando hasta tarde.

—¿Hasta las tres de la madrugada?

—Sí.

—¿Solo vosotros dos?

—Keith estaba allí.

—No después de la medianoche. Eso os deja a los dos solos durante tres horas.

—¿Y?

—Y encontramos pintalabios en su mano y restos de eyaculación en sus pantalones.

Y entonces lo entendió todo. A Sarah se le abrió la boca y bajó la mirada a la mesa, desconsolada.

—¿Mantuvo relaciones sexuales con Herbert Tucker anoche? —preguntó Oscar.

—S-sí —respondió Sarah, con la voz quebrada.

—¿Fue consentido?

—¡Sí! Por supuesto. Oh Dios, sí, sí fue consentido. Él no me forzó ni nada por el estilo.

—¿Era la primera vez que ocurría entre ustedes?

En esta ocasión, Sarah dudó durante mucho tiempo. Una vacilación que prácticamente les dio la respuesta.

—No —respondió suavemente, tragando con dificultad.

—¿Sería justo decir que los dos estaban manteniendo una aventura?

—Yo... Nosotros... Sí. Sí, estábamos teniendo una aventura.

—¿Durante cuánto tiempo?

—Unos... julio, agosto, septiembre... seis meses —respondió mientras contaba con los dedos.

—¿Alguien más lo sabía?

Sarah negó con la cabeza. —Su mujer no. Al menos, no creo que lo supiera. Nunca me lo recriminó. Pero Keith lo sabía... nos pilló una vez. En la oficina después de que todos se hubieran ido. Pero prometió que no diría nada. Y creo que cumplió su palabra. De lo contrario, habría sido un escándalo si se hubiera sabido, como la última vez...

—¿La última vez? —preguntó Oscar—. ¿Esto ha ocurrido antes?

—Yo... no sé si debería decirlo realmente.

—Señorita Jewell —comenzó Martin—. Esto forma parte de una investigación por asesinato. Si sabe algo, por irrelevante que parezca, necesitamos que nos lo diga. Por favor, responda a la pregunta de mi compañero.

—Sí. Había ocurrido antes. Yo... no sé su nombre, pero Herbert había tenido una aventura con ella durante algún tiempo, e incluso había rumores de que habían tenido un hijo juntos.

Tomek aguzó el oído.

—¿Dónde están la madre y el niño ahora?

Sarah negó con la cabeza. —No lo sé. Creo que se marcharon de la ciudad o algo así.

Para no volver a saber de ellos. Probablemente los compraron con una gran suma de dinero. Qué tipo más desagradable estaba resultando ser Herbert Tucker. Primero una aventura con una mujer. Luego dejarla embarazada. Después no tener nada que ver con el niño, mientras jugaba a las familias felices con Nora, Whitney y Eleanor, y luego tener otra aventura.

Herbert Tucker era el peor tipo de hombre. Y aun así seguía teniendo mujeres a sus pies.

—¿Sabía su mujer lo de la aventura? —preguntó Martin.

—Yo... creo que sí. Pero al parecer, lo llevó bien, le perdonó y luego lo arreglaron. No le gustaba hablar mucho de ello...

Tomek no podía pensar en nada que matara más el ambiente que explicar tu anterior aventura extramatrimonial a la mujer con la que actualmente estabas engañando a tu esposa. Eso sin duda le habría desanimado a *él*.

—Entonces, para que quede claro —comenzó Oscar, hablando con claridad y colocando ambas manos sobre la mesa—. Herbert Tucker se había acostado con alguien en el pasado, la dejó embarazada, ella tuvo al niño, él no tuvo nada que ver con él, y su mujer le perdonó. Luego, hace seis meses, los dos iniciaron una aventura secreta, Keith Ferguson es la única persona que lo sabe, ¿y os acostasteis anoche?

—Sí.

—¿Y luego le besó la mano?

—Sí.

—¿Por qué?

Sarah trazó con el dedo el contorno de sus labios, ganando tiempo.

—Era lo que le gustaba.

—¿Perdón? —preguntó Martin, perplejo.

—Ya sabe, después de que nosotros... después de que hubiéramos... *terminado*, me decía que le besara la mano. Al principio me pareció un poco raro, pero luego me acostumbré. Era solo una de sus pequeñas manías, ya sabe. Alguien como él está destinado a tenerlas. Pero nunca me obligó a hacerlo si yo no quería.

—¿Así que le besaba la mano cada vez después del sexo?

—Sí.

Como si fuera el rey, bañándose en su propia grandeza y autosuficiencia.

—¿Y con el pintalabios que llevaba anoche?

—Me lo compró él especialmente —respondió ella—. Me lo regaló. Le gustaba que lo llevara cada vez que nosotros... ya sabe.

Como si ella fuera la sirvienta a la que sobornaba con regalos.

—¿Puede decirme la marca del pintalabios?

—Se llama Strawberry Surprise de Christian Dior. Estaba perfumado y tenía pequeños brillos. Decía que le gustaba olerlo en su mano después. Que le recordaba nuestro tiempo juntos.

Tomek había hecho algunas cosas raras en su vida, había experimentado algunas excentricidades en sus encuentros sexuales, pero nada tan extraño y perverso como eso.

Quizás no era Sarah quien necesitaba un psicoanálisis después de todo. En su lugar, era el hombre muerto quien no podía responder a las muchas preguntas que Tomek tenía para él.

# CAPÍTULO
# QUINCE

Tomek estaba agotado. Había sido el día más largo de su vida, y aún quedaban algunas horas más en las que necesitaba estar completamente lúcido.

Antes, antes de que Kasia entrara en su vida, cuando terminaba tarde habría llegado a casa, habría cocinado algo en el microondas o recalentado lo que hubiera comido la noche anterior, y luego se habría desplomado en el sofá, a veces en apenas media hora desde su llegada. Pero ahora que tenía una hija de la que cuidar y a la que mantener, ese ya no era un lujo que pudiera permitirse. Kasia exigía su tiempo y atención.

Esta noche no era diferente.

La encontró sentada a la mesa del salón, con la cabeza enterrada en un cuaderno de ejercicios.

—¿Qué estás estudiando ahora? —preguntó mientras se quitaba los zapatos junto a la puerta principal y dejaba las llaves y la cartera en una pequeña bandeja.

—El sarcasmo.

—¿Qué? Te estaba haciendo una pregunta sincera.

Kasia negó con la cabeza y soltó el bolígrafo.

—No, papá. Estamos aprendiendo a leer el sarcasmo... para Lengua Inglesa.

—¿Aprendiendo a leer? ¿No leyendo para aprender?

Tomek sonrió en broma, pero no fue correspondido.

—Sabía que dirías algo así.

—Es cosa de padres.

—O simplemente cosa *tuya*.

Tomek le puso una mano en la espalda y le dio una suave caricia.

—Buen intento, pero aún te queda trabajo por hacer antes de que seas tan alta como yo y puedas decírmelo a la cara.

—No me falta tanto.

Antes de que Tomek pudiera responder, Kasia apartó la silla de debajo de la mesa y se puso de pie frente a él. La parte superior de su cabeza le llegaba al hombro.

—¿Cómo ha pasado esto? Y lo que es más importante, ¿*cuándo* ha pasado?

Tomek recordó la primera vez que ella había llamado a su puerta. Lo pequeña que había sido, lo baja que era. Pero ahora, en el espacio de solo unos meses, había crecido muchísimo.

—Se llama estirón —le dijo con sarcasmo—. Puede que no recuerdes el tuyo porque fue hace tanto tiempo.

—Ay. Touché. Buena esa —dijo, y luego extendió la mano para chocarla. Cuando ella no le correspondió, bajó la mano y se dirigió a la cocina. Dentro de la nevera, encontró una lata de cerveza y la abrió—. Estás que lo petas —añadió mientras regresaba a la mesa.

—No tanto como lo hará tu estómago después de la cena de esta noche.

Tomek estaba impresionado. No solo era académicamente inteligente (aunque había algunas clases y profesores con los que necesitaba mejorar), sino que también era divertida y rápida, ingeniosa y sarcástica.

—Te he entrenado bien —dijo, experimentando su primer verdadero momento de "padre orgulloso". Quería inclinarse y darle un beso en la frente, pero decidió no hacerlo. Nunca habían sido *tan* afectuosos. Era difícil cuando solo se conocían desde hacía un invierno. No habían tenido los últimos trece años de su vida para desarrollar ese nivel de conexión. Y Tomek sospechaba que tal vez nunca lo tendrían. Que la burbuja invisible entre ellos quizás nunca estallaría. Que quizás nunca cedería lo suficiente para facilitarlo. Incluso cuando la había rescatado de las garras de la muerte, no había habido afecto, ni abrazo. Simplemente le había cogido de la

mano, deseando poder rodearla con sus brazos y atraerla hacia sí con más fuerza.

Esa misma sensación le invadió ahora.

—¿Qué tal el colegio? —preguntó, tragándose el nudo que tenía en la garganta.

—Bien —dijo—. Aburrido. Pero la clase de cocina fue divertida.

—¿Qué hiciste hoy?

—Crumble de manzana.

—Qué bien. ¿Dónde está?

—No queda nada. Nos lo comimos todo a la hora de comer.

—¿Te comiste un crumble de manzana entero?

Se encogió de hombros.

—Teníamos hambre.

—Entonces tendré que imaginarme lo bueno que estaba.

Kasia sonrió con suficiencia y volvió a prestar atención a su lección sobre el sarcasmo. Él la dejó con lo suyo y recalentó las sobras de la comida que ella había preparado para él. Un chili con carne. Sencillo y simple. Lo suficientemente fácil para que una niña de trece años pudiera hacerlo sin causar demasiada destrucción en la cocina. Y tenía razón: estaba picante, muy picante. Y cuando miró en el armario de las especias, descubrió exactamente por qué: el chile en polvo se había reducido a la mitad, y ahora su boca y su nariz estaban ardiendo.

Una vez que se recuperó, con la ayuda de un montón de pañuelos y algunos vasos de leche, Tomek se dejó caer en el sofá y encendió la televisión. Le prestó poca atención. No había nada bueno; todo era solo ruido, una excusa para sentarse y pensar en los acontecimientos del día sin estar en silencio. Pero no funcionó. Mientras debería haber estado pensando en Herbert Tucker y en la persona, o personas, si la lista de enemigos que Sarah le había dado servía de algo, que querían verlo muerto, todo lo que podía pensar era en Kasia y en *aquella* noche. Y en todas las otras noches siguientes.

Anoche. Y en la noche que estaba por venir.

—Oye —la llamó, pero ella no escuchó; se había puesto los auriculares y estaba moviendo la cabeza al ritmo de la música.

En lugar de levantarse y distraerla con un gesto de la mano o una suave palmada en el hombro, sacó un cojín de debajo de él y se lo lanzó a través de la habitación.

—¡Ay! ¿Por qué has hecho eso?

—Quería hablar contigo.

—Ah.

—¿Qué estás escuchando?

—Taylor Swift.

Lo mismo que todas las chicas de trece años del mundo, al parecer. Estaba fascinada con la estrella del pop e incluso le había preguntado si podían asistir a una próxima gira. Pero cuando vio los precios de las entradas, su corazón casi se rindió, aunque eso no le impidió, a él y a cientos de miles de personas más, intentarlo. Sin éxito.

—¿Puedes apagarla un momento? —preguntó con suavidad.

Con cautela, hizo lo que le pidió, intuyendo ya lo que estaba a punto de venir.

—Yo... —comenzó Tomek—. ¿Has pensado en lo que hablamos esta mañana?

—No quiero hablar con nadie. Ya te lo dije.

—Lo sé, pero creo que deberías. No tiene por qué ser para siempre. Solo hasta que las cosas empiecen a... mejorar.

—¿Y si nunca mejoran?

—Lo harán. Confía en mí. Hubo un tiempo en que pensé que nunca volvería a hablar con tus abuelos, pero mira cómo ha resultado todo.

Eso no pareció convencerla. Era una adolescente asustada y preocupada que había experimentado algo traumático y horrible, y difícilmente podía culparla. Él había tenido esa edad, y había estado en esa posición, una vez. Y sabía cómo se sentía.

—Ya te lo dije —continuó ella—. Solo hablaré con alguien si tú también hablas con alguien.

—¿*Yo*? —dijo Tomek, haciéndose el tonto, aunque sabía perfectamente a qué se refería—. Pfff. Estoy bien. No necesito ayuda.

—Sí la necesitas. ¿Crees que no te oigo en medio de la noche, dando vueltas, murmurando para ti mismo? Lo oigo todo. Y te oí escribiendo en tu cuaderno esta mañana...

—¿Mi cuaderno? ¿Acaso tú...?

Ella negó con la cabeza.

—No te preocupes. No lo miré. No haría eso.

Porque se esperaba lo mismo de él. Que si alguna vez encontraba el suyo, ya fuera un diario de pesadillas, o simplemente un diario donde escribía sus pensamientos y sentimientos, entonces no se acercaría a él, sin importar lo grande que fuera el deseo.

—Creo que a ti también te vendría bien —dijo secamente.

—Créeme, estoy bien. Es por ti por quien estoy preocupado.

—O vienes conmigo o no vamos ninguno de los dos. Esa es mi respuesta definitiva.

Excepto que la mirada suplicante en sus ojos le decía que no lo era. Y que ella le imploraba que estuviera de acuerdo con ella.

Lentamente, le dio la espalda y regresó al sofá.

# CAPÍTULO
# DIECISÉIS

Tomek despertó con el sonido de un grito. No era suyo. Era de otra persona. Venía del otro lado del piso. La habitación de Kasia.

Otra pesadilla. La peor que había escuchado hasta ahora.

Tomek apartó las sábanas de un tirón y corrió hacia su dormitorio. Al irrumpir por la puerta, encontró su cuerpo brillante de sudor, enredado entre las mantas. Seguía dormida, pero se retorcía y temblaba como si estuviera despierta, experimentando vívidamente los horrores de lo que le había sucedido. Era como si hubiera entrado en medio de una película de terror. Como la escena de *El Exorcista* que le había provocado meses de insomnio cuando era niño.

Y estaba ocurriendo justo delante de él.

Su hija, poseída por las imágenes dañinas y permanentemente traumáticas dentro de su cabeza.

¿Quién era él para negarle la ayuda que nunca recibió de niño?

Antes de poder pensarlo más, se apresuró hacia la cama y puso una mano sobre su cuerpo intentando despertarla, sacarla de la pesadilla. Pero fue inútil. Ella seguía temblando y convulsionando.

—Kasia... —susurró cerca de su oído—. Kasia, soy yo. Soy yo, tu padre. Kash...

Nada todavía. Sus párpados se movían rápidamente mientras luchaba contra el atacante en sus sueños. Y entonces su boca se abrió, y por un breve momento, él se preguntó si estaba cayendo en algún tipo de coma.

Y entonces fue transportado treinta años al pasado, a aquella vez que se despertó en mitad de la noche, cubierto de sudor, jadeando pesadamente. Se preguntó si sus ojos se habrían puesto en blanco, si su boca se habría abierto. Si habría parecido poseído. Si alguno de sus padres habría entrado a verlo y luego se habría marchado sin más.

—Kasia —dijo, esta vez sacudiéndola suavemente, colocando ambas manos sobre ella—. Kasia, para. Me estás asustando. Estás...

Y entonces sus ojos se abrieron de golpe, el blanco tan brillante como la luna. Antes de que pudiera reaccionar, ella gritó y comenzó a atacarle. Sus manos y brazos se agitaban salvajemente, y sus uñas le arañaron la mejilla. Haciendo una mueca y cerrando los ojos ante el ataque, dio un paso atrás, retirándose a un lugar seguro.

—¡Está bien! —dijo, levantando las manos en señal de rendición —. Está bien. Estás a salvo. Solo soy yo.

Pasó un tiempo antes de que Kasia volviera completamente en sí; antes de que la comprensión de lo ocurrido se asentara en ella. Se quedó allí, protegida bajo el edredón, subiéndolo hasta su pecho. Su piel brillaba bajo la luz de la lámpara de mesa junto a ella, y su pelo le cubría la cara. En ese momento, mientras él se cernía sobre ella —incapaz de sacudirse la sensación de que parecía el depredador que la había puesto en esta situación en primer lugar— notó lo frágil y rota que se veía. Lo vulnerable y joven.

Se llevó una mano al lado de la cara, pasando el dedo por el trozo de piel arañado que ella había atacado.

—Yo... ¿Estás... ¿Estás sangrando?

Tomek comprobó. —No.

—Lo siento... No quería hacerlo. Yo...

—No pasa nada —dijo mientras se dejaba caer en su cama—. De verdad. No tienes que disculparte por nada. Soy yo quien debería estar disculpándose. Debería haber estado de acuerdo antes. Nunca debería haberte hecho pasar por esto.

—¿Qué quieres...?

—Iré contigo. Por la mañana buscaré a alguien con quien podamos hablar e iré contigo. Somos un equipo, así que lo arreglaremos juntos.

*Silenciaremos a los demonios juntos.*

*Y quizás desbloquearemos la respuesta a quién mató a mi hermano.*

# CAPÍTULO
# DIECISIETE

Un viento ártico soplaba desde la costa, abriendo agujeros en la tela del abrigo de Tomek y penetrando su piel. Pero no sentía sus efectos tan intensamente como Chey. El joven agente, a pesar de toda su juventud y supuesta capacidad para no sentir el frío, llevaba un par de gruesas botas negras, pantalones elegantes, un gran abrigo de invierno que le llegaba hasta las rodillas, una bufanda gruesa del Arsenal (mejor no mencionar ese detalle), un gorro a juego y, por último, un par de guantes con calentadores de manos en su interior.

—Eres solo un adolescente —dijo Tomek mientras salían del coche y caminaban por el paseo marítimo—. Te juro que se supone que no deberías sentir tanto el frío.

—Tengo la piel sensible, ¿vale?

—Es solo un poco de frío.

—Fácil decirlo —respondió Chey, con el aliento empañando su cara—. Tú estás acostumbrado. —Luego se llevó las manos a la boca y comenzó a soplar en sus dedos para calentarlos. En lugar de eso, solo parecía un idiota fumando un vapeador.

—¿Por qué lo dices?

—Porque eres polaco.

—Buena observación.

—Bueno, ¿no hace siempre un frío tremendo allí?

—Solo en invierno. Igual que aquí.

—Sí, pero a lo que me refiero es, ¿no hace como un frío *extremo*?

—Depende de dónde vivas. Cuanto más al norte estés, más frío hace. Igual que aquí... igual que en cualquier parte, tío. Así funciona el hemisferio norte.

Al llegar al final del paseo marítimo, descendieron por una pequeña escalera y pisaron la playa arenosa. La arena era de un color naranja oscuro contra un fondo de grises sombríos y negros en el horizonte. Los fuertes vientos que azotaban desde la orilla les lanzaban puñados de arena a la cara. Tras unos pocos pasos, Chey ya estaba gritando con las manos presionadas contra su rostro.

—¡Odio la puta arena!

—Seguro que ella te tiene más miedo a ti que tú a ella —le dijo Tomek mientras continuaban avanzando con dificultad por la playa.

Quizás fuera su herencia polaca lo que le impedía sentir tanto los efectos del frío como los demás, o quizás simplemente tenía la piel más gruesa que el resto de la población. En cualquier caso, seguía pensando que Chey estaba exagerando. Hizo un recuento rápido del número de capas que llevaba Chey.

Cuatro.

—La última vez que pensé en tantas capas fue cuando estaba viendo *Shrek*.

Se detuvieron frente a una pequeña cabaña de madera apoyada contra el muro marítimo. Tomek llamó a la puerta. Esperaron.

—No seas tan duro contigo mismo —respondió Chey, frotándose las manos—. No eres un ogro, Tomek.

—Una pena que no se pueda decir lo mismo de ti, burro.

La cara de Chey se iluminó. —¿Eso significa que soy tu noble corcel?

—Solo mientras intento encontrar a mi princesa. Después de eso, puedes seguir tu propio camino.

—¡Genial! Entonces soy como tu wingman, ¿no?

—No. Yo no...

Pero ya era demasiado tarde. Antes de que pudiera terminar su frase, la puerta del Club de Canoas de Southend se abrió. La pequeña cabaña de madera estaba situada en Shoeburyness, a unos

cientos de metros de donde Herbert Tucker había sido asesinado. Aquí terminaba la costa de Southend, antes de convertirse en territorio del Ministerio de Defensa. En la distancia, se veía una serie de postes de madera que sobresalían del agua: eran defensas marítimas y poblaban toda la costa del sur de Essex.

El hombre frente a ellos lucía casi exactamente como Tomek había esperado: pelo largo y desaliñado tipo surfista, con una espesa barba rubia a juego; un cuerpo pequeño y delgado; un collar negro de cuentas colgando alrededor de su cuello, y varios más en su muñeca. Parecía el tipo de persona que te daría una charla sobre alimentos orgánicos, los devastadores efectos que el aceite de palma estaba teniendo en el planeta, y cómo ir en bicicleta y usar el transporte público era mejor para el medio ambiente, mientras usaba el mismo ordenador y iPhone del Lejano Oriente que tenía una huella de carbono mayor que un año entero de viajes en autobús y tren combinados.

—¿Aaron Howell-Jones?

—Sí... —respondió el hombre, inseguro de sí mismo.

Detrás de él en la cabaña había filas de canoas y kayaks de plástico, con estanterías para chalecos salvavidas y trajes de neopreno a ambos lados.

—¿Está todo bien? —preguntó Aaron.

Tomek y Chey metieron las manos en sus bolsillos, buscando sus credenciales. Tomek encontró la suya primero, pero a Chey le llevó más tiempo. Forcejeó con su cremallera durante lo que pareció una eternidad, intentando varias veces abrirla, pero luego se rindió. Incluso después de quitarse el guante, todavía le llevó una eternidad desabrochar su abrigo, hurgar a través de sus varias capas y recuperar su identificación.

Absolutamente inútil el jodido, pensó Tomek.

—Aquí tienes —dijo Chey triunfalmente cuando finalmente se la mostró a Aaron—. Perdona por eso.

Aaron se acercó más para verla. —¿Te importaría sacarla de su funda? No puedo verla bien.

Al principio, Chey pareció confundido, pero cuando vio una mancha en la cubierta, comenzó a meter los dedos en la ventana de

plástico de la identificación. Apenas había llegado a la punta de su uña cuando Aaron le dijo que parara.

—Lo siento. Eso ha sido cruel. No necesito verla. Solo quería verte intentar abrirla.

—Ja. Buena esa.

Chey no podía decirle explícitamente al hombre que se fuera a la mierda, pero se notaba claramente por su expresión que era exactamente lo que quería decir. Y más.

—Señor Howell-Jones —comenzó Tomek, dejando que Chey devolviera su credencial a su lugar correspondiente.

—Solo Aaron.

—¿Sin apellido?

—No. Ya no los uso.

*Probablemente pensó que contribuían de alguna manera al deterioro de la capa de ozono.*

—De acuerdo entonces, señor Aaron. Nos preguntábamos si podríamos hacerle algunas preguntas.

—¿Respecto a?

—Respecto a su relación con Herbert Tucker.

De inmediato, las líneas en el joven rostro de Aaron se profundizaron. —¿Tucker el abusador de niños? ¿Qué ha hecho ahora ese gilipollas?

—Ha sido asesinado, señor Aaron. Bueno, *él* no se lo ha hecho a sí mismo. Alguien se lo ha hecho a él.

—Vale... —Aaron cambió su peso de un pie al otro—. Y supongo que quieren saber si yo tuve algo que ver.

—Algo así.

Aaron suspiró profundamente, luego se volvió hacia la pared de canoas detrás de él. —¿Va a llevar mucho tiempo? Necesito sacar estas, y tengo una sesión en aproximadamente una hora.

—¿Una sesión de qué?

—Kayak. Enseño a la gente a hacerlo.

Flashbacks de la última vez que Tomek había estado en un kayak aparecieron en su mente. Flotando por los pantanos de Tollesbury, persiguiendo a un asesino. Luchando contra la marea y el peso de su cuerpo en el agua. Fracasando...

—También enseño a la gente a hacer windsurf y kitesurf.

—¿Autónomo?

—Desgraciadamente, no. La empresa la dirige mi jefe. Yo solo trabajo aquí. Tiene otros cuatro sitios a lo largo de la costa. Y también dirige el de Lakeside.

Tomek miró detrás de Aaron la cantidad de kayaks metidos en la cabaña. Más de una docena en total, de distintas longitudes, colores y número de asientos. Tomek no quería estar cerca de ninguno si podía evitarlo.

—Siéntete libre de comenzar —dijo—. Estoy seguro de que eres capaz de responder preguntas al mismo tiempo.

—¿Quién dijo que los hombres no podían hacer varias cosas a la vez?

*Aún no hemos empezado...*

Aaron no esperó a que Tomek respondiera. Se puso a ordenar la entrada de la cabaña y a hacer espacio para los kayaks de tres metros que iban a salir. Primero, sin embargo, estaba la vela de una tabla de windsurf. Medía al menos metro ochenta de alto y un metro veinte de ancho, lo suficientemente pequeña incluso para que Tomek la llevara. Pero en lugar de dársela a Tomek, Aaron se la entregó al hombre más cercano disponible. Chey. Quien no solo era uno de los miembros más jóvenes del equipo, sino también uno de los más bajos.

—¿Podrías sujetarme eso, mientras cojo el...?

Chey la había tomado durante apenas una fracción de segundo antes de que una fuerte y vehemente ráfaga de viento corriera a lo largo de la orilla y lo derribara de culo sobre la arena. Cuando Tomek se dio la vuelta, todo lo que vio fue al joven agente tirado en la playa, atrapado bajo la vela, inmovilizado por el viento que seguía bombardeándolos como un asalto militar.

La reacción inmediata de Tomek fue reírse, partirse el culo de risa y revolcarse por el suelo (para completar todos los acrónimos) pero entonces se dio cuenta de dónde estaba y en compañía de quién. En su lugar, gruñó y sacudió la cabeza con desprecio. Mientras tanto, Aaron estaba doblado por la mitad, riéndose incontrolablemente.

—No tengo palabras —dijo Tomek, mientras Chey luchaba por levantarse del suelo—. Honestamente, no tengo palabras.

Una vez que el agente se hubo contorsionado para salir de debajo de la vela, se sacudió y negó con la cabeza. Una mueca y la vergüenza estaban escritas en su rostro.

—Lo siento —dijo tímidamente—. ¿Dónde... dónde estábamos?

—*Nosotros* estábamos aquí —respondió Tomek, señalando sus pies—. *Tú*... tú estabas allá. Ahora, ¿has terminado ya?

Las mejillas sonrojadas de Chey respondieron a su pregunta. Tomek volvió su atención a Aaron, que seguía riéndose para sí mismo.

—¿Cuánto tiempo llevas trabajando aquí?

—Unos dos años, más o menos.

—¿Y te gusta?

—Sí. Este es mi proyecto de pasión. Mi otro trabajo es lo que hago para pagar las facturas.

—¿Cuál es tu otro trabajo?

—Soy jardinero. Autónomo. Pero trabajo con otro socio, Charlie, que también es autónomo. Nos encargamos de los jardines de otras personas. Ancianos, principalmente. Lo organizo alrededor de esto tanto como puedo.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo eso?

—Diez años ya. Al principio, empecé gratis. Solo haciendo pequeñas cosas por la zona, usando las herramientas de otras personas hasta que pude permitirme las mías. Fue difícil al principio porque, quiero decir, ¿quién quiere dejar que un extraño entre en su jardín para cortar el césped sin herramientas propias? Era difícil de vender, pero algunas personas fueron lo suficientemente amables para ayudarme. Y no tenía teléfono en ese momento, así que tenía que anotar muchas de las citas en un trozo de papel y esperar que no me cancelaran. La mayor dificultad era no tener un reloj o alguna forma de saber la hora.

¿Sin reloj, sin teléfono? Tomek no estaba seguro de si el hombre estaba *tan* desconectado del siglo XXI, o si ocurría algo más.

—¿Cómo es que no tenías teléfono o reloj? —preguntó Chey, abordando primero la incómoda pregunta.

—Porque no tenía un hogar.

—¿Eras un sin techo?

—Bueno, el nombre Sin Techo no suena muy bien. Es lo que todos parecen llamarlo, así que también puedes hacerlo.

Chey tartamudeó. —No pareces...

—¿No parezco un sin techo?

—No, no es lo que...

—Está bien. Me lo dicen mucho. La gente ve el pelo largo y simplemente asume.

Y la barba y la ropa holgada y la piel sucia.

—¿Así que saliste de esa situación cortando los jardines de la gente?

Aaron asintió, su sonrisa rebosante de orgullo. —Hasta que pude permitirme un teléfono y herramientas propias. Una de las personas para las que cortaba el césped fue lo suficientemente amable como para dejarme quedarme con ellos durante unas semanas. Y cuando estuve listo para informar de mi situación financiera al gobierno, incluso me dejaron usar su dirección.

Era admirable. Todo ello. La motivación y determinación de Aaron para tener éxito, su fuerza para levantarse del suelo y mantener la cabeza alta. Tomek le felicitaba a él y a su conjunto de habilidades. Lo único que no podía elogiar, sin embargo, era la capacidad de Aaron para hacer varias cosas a la vez. Desde el pequeño incidente de Chey con el windsurf, el jardinero había estado de pie en la cabaña con los brazos cruzados sobre el pecho y no había hecho ningún progreso.

—Muy bien —dijo Tomek—. ¿Cómo conoces a Herbert Tucker?

El giro completo en la conversación sobresaltó y confundió a Aaron. Aflojó los brazos y comenzó a juguetear con sus manos. Entonces finalmente se dio cuenta de que no había estado haciendo su trabajo y comenzó a descargar los kayaks.

—No le conozco personalmente.

—Los vídeos en Internet parecen sugerir lo contrario.

—¿Qué vídeos?

—El tuyo con el huevo.

Aaron chasqueó la lengua. —Recibió lo que merecía.

—¿Cuándo murió?

—No. Cuando le tiré el huevo en la calle principal. El santurrón, hipócrita y mentiroso cabronazo recibió todo lo que merecía ese día.

—Pareces tener un desagrado particular hacia él.

—¡Bah! Desagrado es una palabra. Detestarlo, despreciarlo; esas son palabras que yo usaría. —Aaron cargó un kayak sobre su hombro y comenzó a salir. Era evidente la diferencia entre profesional y aficionado, porque caminó contra el viento y dejó el kayak en la arena con facilidad.

—¿Por qué? —preguntó Tomek.

—Porque dijo que apoyaría a las personas sin hogar. Prometió un montón de albergues y centros para que pudiéramos ir, pero luego recortó la financiación unas semanas después de haberla anunciado. En ese momento, mi hermano y yo estábamos ambos sin hogar, por razones muy diferentes, pero seguíamos manteniendo el contacto, y los dos necesitábamos ese apoyo enormemente. Mi hermano está muerto por su culpa.

Tantas preguntas. Tanto que desempaquetar.

—¿Cómo murió tu hermano?

—Sobredosis de drogas. Estaba enganchado. Los dos lo estábamos en un momento dado.

Eso explicaba por qué ambos habían estado sin hogar.

—¿Y culpas a Herbert Tucker por la muerte de tu hermano?

—Sí. Cada día. Y me alegro de que esté muerto.

—¿Es por eso que enviaste balas por correo a su dirección de trabajo?

Aaron hizo una pausa de una fracción de segundo antes de continuar con su tarea. —No eran reales. Por supuesto que no. Eran cartuchos de pistola de señales que uso a veces con los niños. Cuando hacemos carreras los uso porque no pueden oírme por encima del viento. Nunca iba a hacer nada. Solo quería que supiera que había mucha gente ahí fuera que podía verlo como lo que realmente era.

—¿Y qué sería eso? —preguntó Chey.

—Un cabrón.

*Corto y dulce. Sencillo y simple. Directo al grano.*

—¿Qué estabas haciendo anoche? —preguntó Tomek.

Otro giro, esta vez más abrupto y directo.

—Estaba en casa.

—¿Solo? —preguntó Chey.

—Sí. Vivo solo.

—¿Dónde vives?

—En el camping de caravanas que hay a la vuelta de la esquina.

Probablemente porque tenía una huella de carbono más pequeña, supuso Tomek.

Chey entonces le pidió a Aaron su dirección y tomó nota.

—¿Puede alguien corroborar tu paradero?

—No.

—¿Estarías dispuesto a venir a la comisaría para dar una muestra de ADN para que podamos descartarte de nuestras investigaciones?

—¿En serio? —dijo Aaron con incredulidad mientras dejaba caer un kayak al suelo.

—En serio —respondió Tomek con severidad—. Es rutina.

Aaron se burló y sacudió la cabeza. —¿Os dais cuenta de que no tuve nada que ver con esto, verdad?

—Bueno, lo averiguaremos cuando tomemos tu ADN.

—Ya deberíais tenerlo. Me arrestaron un par de veces cuando estaba sin hogar. Un par de cargos por drogas.

—Bueno, en ese caso, deberíamos estar bien. Y si no podemos encontrarlo, entonces sabemos dónde encontrarte, ¿verdad?

Tomek y Chey se dispusieron a marcharse, pero Aaron los llamó un momento después, canoa en mano.

—Sabéis que yo no soy el criminal aquí, ¿verdad?

—¿No diría lo contrario una comprobación en nuestros sistemas policiales? —respondió Tomek.

—No es a lo que me refería. Ellos, ahí fuera. Los criminales. Los *verdaderos* criminales. Herbert Tucker tenía muchos enemigos, pero también tenía muchos asociados. Mucha gente con la que hacía negocios. Mucha gente con la que hacía negocios *controvertidos*.

—¿Como qué? ¿Y quién?

Aaron miró a su alrededor, como si le preocupara que alguien pudiera oírlos por encima del sonido casi ensordecedor del viento.

—El Club de Fútbol de Southend —susurró Aaron—. El dueño. Bueno, el copropietario. Herbert Tucker se ganó muchos enemigos en ese lado del bosque. Eso es todo lo que voy a decir.

—Gracias.

Luego Tomek y Chey corrieron hacia el coche. Mientras saltaban al vehículo, escapando del rugiente viento, Tomek examinó a su compañero de equipo y negó con la cabeza. El joven estaba cubierto de arena, suciedad y conchas que Tomek sin duda estaría encontrando en el espacio de los pies durante las próximas semanas.

—¿Qué? —preguntó Chey, mirando su pecho como para preguntar, ¿tengo algo encima?

—Eres como un freno de mano en una de esas canoas.

—¿Por qué?

—Absolutamente inútil el jodido. En serio. Caerse así...

—¡Era el viento! —gritó Chey con un bufido, luego negó con la cabeza y se sacudió—. Odio la puta arena.

# CAPÍTULO
# DIECIOCHO

Una rápida búsqueda en Internet confirmó que Herbert Tucker tenía al menos un dedo metido en el pastel del Southend United Football Club. Un dedo tan sucio como el contenido del acuerdo comercial.

Los Mighty Shrimpers, como se les conocía cariñosamente, existían desde 1906, y en sus más de cien años de historia, solo habían llegado hasta el Championship, la segunda división más alta en el sistema de ligas del fútbol inglés. Ahora se encontraban en la National League, la quinta división de la pirámide futbolística. Su estadio, Roots Hall, albergaba a poco más de doce mil aficionados, pero recientemente el club había estado sometido a una presión financiera cada vez más acuciante. Las instalaciones se habían vuelto decrépitas, las gradas se estaban desmoronando, el césped estaba descuidado, sin regar y mal mantenido, el propietario planeaba vender el estadio y reemplazarlo con más de cien viviendas, y ni los jugadores ni el personal habían cobrado en semanas. A toda esa miseria que rodeaba al club desde hacía tanto tiempo, se sumaba el hecho de que también estaban luchando contra el descenso. Para muchos, parecía una cosa tras otra, una culminación de decepción y desesperación. Y los aficionados y firmes seguidores del club habían manifestado sus sentimientos. Se habían realizado protestas fuera del estadio en varias ocasiones, y los miembros de la asociación de voluntarios, Shrimpers Trust, con frecuencia asumían la responsabilidad de arreglar el desastre en que

se encontraban el club y las instalaciones, limpiando y ordenando regularmente después de los partidos durante la semana. Si el propietario no estaba dispuesto a proteger uno de los mayores establecimientos históricos de la ciudad, entonces lo harían ellos.

Sin embargo, había esperanza. Luz al final del túnel.

Un pequeño consorcio de empresarios sudamericanos estaba buscando comprar el club, para inyectar dinero en él, en el estadio y en la comunidad local, para alimentar las bases del fútbol y devolver al club a las alturas del Championship, y tal vez algún día más allá. Tomek y el resto de la comunidad futbolística local no se hacían ilusiones de que sus aspiraciones fueran astronómicas, pero era lo que el club necesitaba ahora mismo. Era lo que los aficionados habían estado pidiendo a gritos durante años. Un poco de esperanza, un poco de aspiración, algo por lo que ilusionarse.

Durante los últimos meses, la noticia de la adquisición —y en los meses, *años*, precedentes— la agitación del club y su creciente colapso financiero había dominado los titulares y era todo lo que Tomek había visto. Solo había estado en el estadio en contadas ocasiones, algunas de niño con su padre y hermanos, otras con amigos y exnovias, pero seguía siendo un estadio de fútbol, seguía siendo un buen equipo para ver, y seguía siendo una parte fundamental de la identidad local.

El único problema, sin embargo, era que en la última semana la adquisición se había estancado. El actual propietario estaba retrasando el proceso y haciéndolo lo más difícil posible, razón por la cual, cuando él y Sean llegaron al estadio, se encontraron con más de treinta manifestantes, con pancartas, megáfonos y algunos cánticos pegadizos para acompañarles, fuera de la entrada del edificio. Una gran pancarta que decía: «¡Fuera de nuestro club!» evocaba imágenes de Peggy Mitchell en el Queen Vic, gritando a sus clientes antes de blandir una botella. En su mayor parte, la protesta parecía pacífica, con hombres y mujeres de unos cincuenta y tantos años marchando lentamente, agrupados contra el frío, cantando al unísono. Excepto que Tomek había visto a un grupo de jóvenes aficionados, vestidos completamente de negro, con las capuchas puestas. Tomek había ido a suficientes partidos de fútbol,

especialmente en el West Ham en los noventa y principios de los dos mil, y sabía que no estaban allí para esconderse del frío.

Tomek se acercó a la gran multitud de personas, dejando a Sean esperando junto a la entrada principal. Al hacerlo, los más cercanos a él comenzaron a lanzarle miradas maliciosas y malévolas.

—¿Eres uno de los *suyos*? —gritó alguien.

—Tú también puedes largarte —exclamó otro.

Normalmente, Tomek habría sonreído con alegría ante la posibilidad de arrestar a alguien por gritar insultos a un agente de policía, pero como aficionado al deporte, estaba dispuesto a dejar pasar esto como un simple caso de identidad equivocada.

—No, no soy uno de los suyos. Y preferiría no largarme, si no os importa —les dijo, y luego les mostró su placa. La visión de esta pareció detener a todos en seco, y susurros comenzaron a resonar por el grupo—. ¿Quién podría ser el responsable aquí?

Sorprendentemente, nadie dio un paso adelante.

—No os preocupéis —continuó Tomek—. Nadie va a ser arrestado. A menos que hagan algo estúpido. —Tomek fulminó con la mirada al grupo de jóvenes mientras lo decía, y parecieron atender a sus advertencias, ya que poco a poco comenzaron a alejarse del estadio y volver al aparcamiento detrás.

Finalmente, después de un breve tiempo, un hombre fue lo suficientemente valiente para dar un paso adelante.

—Owen Braverman —dijo, extendiendo su mano—. Soy el presidente del Shrimpers Trust.

Tomek se presentó y luego explicó por qué estaba allí.

—Buena suerte consiguiendo una reunión con ese cabrón —siseó Owen—. El pequeño bribón se ha encerrado en su oficina y no saldrá para nadie.

Tomek sonrió con ironía.

—La gente hace cosas extrañas cuando la policía llama a la puerta. Estoy seguro de que podemos hacerle hablar. ¿Cuánto tiempo llevas siendo presidente?

—Treinta y cinco años, desde que lo fundé. He seguido a este club toda mi vida. He asistido a todos los partidos en casa y a casi todos los partidos fuera en ese tiempo. Conozco este club mejor que

ese gilipollas sentado detrás de su escritorio de roble. He visto los altibajos, y no creo que nunca hayamos estado tan mal como ahora. Me mata verlo así. El Southend FC es mi pasión, es por lo que vivo.

Tomek podía admirar y respetar eso. Había sentido una afinidad similar con el West Ham Football Club cuando era más joven y no tenía las responsabilidades de una carrera en una fuerza policial que inevitablemente le había alejado de ello.

—¿Qué puedes contarme sobre el propietario?

Owen se burló, y su cara se contorsionó, como si solo pensar en el hombre sentado en algún lugar de su oficina detrás de su escritorio de roble fuera suficiente para darle un aneurisma cerebral.

—¿Cuánto tiempo tienes? Puedo darte una lista de razones por las que no debería ser el propietario.

—Claro —respondió Tomek—. Estoy seguro de que podríamos usar eso en una investigación futura. Pero ahora mismo estoy investigando la conexión del propietario con Herbert Tucker.

—¿El diputado?

Tomek asintió.

—¿Por qué?

—El señor Tucker fue encontrado muerto ayer por la tarde. Ha estado en todas las noticias...

—¿Herbert Tucker el Cabrón Gordo está muerto? —La cara de Owen brilló bajo el resplandeciente sol de la mañana.

—Me temo que sí.

—No tengas miedo, colega —gritó alguien que estaba detrás de Owen—. Es bueno que esté muerto. Ese capullo recibió lo que se merecía.

Tomek inclinó la cabeza hacia un lado.

—Su familia podría no estar de acuerdo contigo. Así que sé consciente de lo que dices, por favor. Su esposa e hijos están devastados y pueden leer todo lo que escribes en línea. Al final, ellos no tienen nada que ver con lo que su marido y padre hizo o pudo haber hecho, así que piensa en lo que vas a decir antes de que inevitablemente acabes diciéndolo.

Los consejos parecieron pasar sobre los aficionados al fútbol frente a él, ya que sus expresiones permanecieron exactamente

iguales.

—¿Ya habéis descubierto quién lo hizo? —preguntó el mismo hombre.

Tomek negó con la cabeza.

—Por eso estamos aquí. Para averiguar si el señor Colehill sabe algo.

—Sabe mucho más de lo que te va a contar, eso te lo puedo decir gratis —intervino Owen Braverman, con niebla saliendo de su boca como un dragón.

—Por eso estoy aquí, hablando con vosotros. La gente sobre el terreno. ¿Qué podéis contarme?

—De nuevo, ¿cuánto tiempo tienes?

Tomek se sentía cada vez más frustrado por el constante tira y afloja, y luchó increíblemente duro para no poner los ojos en blanco frente al hombre. En cambio, lo maldijo internamente. Pero como el hombre parecía empeñado en hacer esa pregunta, Tomek le iba a dar una respuesta.

—Tengo unos dos minutos —le dijo Tomek—. Ahora, necesito que me digas todo lo que puedas en los próximos dos minutos antes de que entre allí. ¿Crees que es posible?

—¿Por qué no lo dijiste antes?

*Porque no me di cuenta de que estabas siendo tan jodidamente literal.*

—Colehill se hizo cargo del club hace veinte años, y desde entonces ha estado sangrando dinero de él. Como... ¿cuál es esa palabra? ¿Hematoma? ¿Hemorroides?

—¿Hemorragia?

—Sí. Esa es. Ha estado desangrando dinero de este club, mi sagrado y querido club, y cargándole deudas. Mientras tanto, se lleva todos los beneficios y simplemente deja que el edificio y la infraestructura se derrumben a su alrededor. No está pagando a nadie, los jugadores y el personal no han visto una nómina en meses, y ahora está bloqueando la adquisición. Quiere exprimir hasta el último céntimo del club, y ni siquiera lo necesita. ¿Sabías que tiene cuentas en paraísos fiscales donde va todo el dinero? Sí. Alguna cuenta en las Bahamas o algo así. No sé para qué es, pero

ciertamente no es para dirigir un club de fútbol. ¿Y sabías que ha estado vendiendo participaciones del club a todos sus colegas en Whitehall o dondequiera que sea?

Tomek no sabía nada de esas cosas, pero ahora que lo sabía, ahora que estaba armado con esta información antes de su reunión con el señor Colehill, Tomek no podía esperar para hablar con él.

El único problema que quedaba, sin embargo, era encontrar un vínculo entre las cuentas en paraísos fiscales y el club de fútbol con la muerte de Herbert Tucker.

Tomek agradeció al hombre por su tiempo, luego tomó sus datos de contacto antes de darles la espalda y caminar tranquilamente hacia Sean. Mantuvo sus movimientos lentos y sus pies cerca del suelo, para no resbalar sobre el hielo que se había formado durante la noche.

—¿Todo bien? —preguntó Sean mientras salían del frío y entraban en el calor.

—Eso creo.

—No estuvo mal para un resumen de dos minutos.

Tomek sonrió con ironía.

—Especialmente considerando que pasamos treinta segundos intentando recordar la palabra hemorragia.

# CAPÍTULO
# DIECINUEVE

La mujer les acompañó a sus asientos en una pequeña sala de espera que le recordó a Tomek aquella que solía frecuentar en la escuela primaria. Los asientos estaban hechos de una tela áspera y azul, y eran lo más incómodo sobre lo que había tenido la desgracia de sentarse. Las alfombras estaban arrugadas y rígidas, cubiertas de suciedad. Por no mencionar que olían a pies sudorosos. Las paredes y los rodapiés necesitaban desesperadamente una mano de pintura fresca. Todo el edificio, incluidos los pasillos y otras habitaciones por las que la recepcionista les había llevado, estaba en un estado lamentable. Aunque, si el edificio iba a ser demolido de todas formas, ¿para qué molestarse en arreglarlo un poco?

La única salvación de la sala de espera era la máquina de café Nespresso de la que Tomek se aseguró de conseguir una bebida. Lo último que quería era dar su dinero a James Colehill (en forma de entradas o venta de productos), pero estaba más que feliz de quitárselo.

Unos minutos después, el señor Colehill estaba listo para recibirles. Cuando abrió la puerta, Tomek estaba en medio de tirar su vaso a la papelera.

—Por favor, no lo tire ahí —espetó James.

—¿Dónde quiere que lo ponga?

—Lléveselo.

—¿Para que pueda tirarlo en una papelera exterior?

—Para eso están...

Tomek miró la papelera de plástico que tenía delante. —¿Y esta para qué sirve? ¿Fines decorativos? Aunque, probablemente sea lo más colorido de este edificio.

—Genial. Gracias por su comprensión.

Strike uno.

James les dio la espalda y dejó la puerta de su despacho abierta. Tomek dirigió a su colega una mirada de sorpresa e incredulidad antes de seguirlo.

—Tíraselo a la cara —susurró Sean mientras pasaba junto a Tomek y entraba primero en la habitación.

Incorrecto. Tomek iba a hacer algo mucho peor. Iba a lanzar un asalto contra James Colehill.

De repente, tenía más ganas de esto que hace dos minutos.

Al entrar en el despacho, Tomek se dio cuenta de que se había equivocado. La papelera no era lo más colorido del edificio. Ese galardón pertenecía al papel pintado de James Colehill. Era de un amarillo y verde chillones que parecía un envoltorio de Refreshers. Y por el resto del mobiliario de la habitación, se podía ver claramente adónde había ido al menos una parte del dinero del club de fútbol: el escritorio de caoba que era demasiado ancho para el espacio en el que estaba; el flamante Apple Mac sobre el escritorio; el ornamentado trono de terciopelo al otro lado. James Colehill intentaba vivir y comportarse como un rey, pero los muros del castillo a su alrededor se estaban desmoronando.

Y simplemente no le importaba.

A Tomek le rompía el corazón que personas así —egoístas, codiciosas, desagradables— pudieran estar a cargo de un establecimiento así y no tener que rendir cuentas por ello, que se les permitiera salirse con la suya.

—Señor Colehill —comenzó Tomek—. Mi colega y yo...

—¿Esto llevará mucho tiempo? —interrumpió James—. Tengo varias reuniones a las que debo asistir pronto.

Strike dos.

—¿Cuánto tiempo tiene? —preguntó Tomek.

—¿Qué?

—Dígame cuánto tiempo tiene, y yo le diré cuánto vamos a tardar. Aunque tengo la ligera sospecha de que podría tener que reprogramar algunas de sus reuniones a menos que quiera mantener esta conversación en comisaría.

—No he hecho nada malo.

Tomek sonrió burlonamente al hombre que estaba haciendo que se le erizara el pelo por la frustración. —Ya veremos, ¿de acuerdo?

—Ocultar información en una investigación activa no queda muy bien frente a un jurado —añadió Sean—. Especialmente cuando se trata de alguien como usted, James.

Colehill reflexionó un momento, tomó un bolígrafo y comenzó a trazar círculos sobre su escritorio. —Está bien. Pero ¿podríais llamarme señor Colehill, por favor?

Ni hablar.

—Claro, James —respondió Tomek—. Nos gustaría empezar preguntando cuánto conocía a Herbert Tucker.

—Lo suficiente.

Inmediatamente, Tomek sintió que James Colehill haría esto tan doloroso y laborioso como fuera posible. Pero estaba bien porque ambos podían jugar al mismo juego. Y era su propio tiempo, su propio tiempo lejos de esas importantes reuniones de negocios, lo que estaba desperdiciando.

—¿Cuánto tiempo hacía que le conocía?

—Bastante tiempo. —Entonces James dejó lentamente de mover el bolígrafo sobre el escritorio—. ¿Acaba de decir "conocía"?

—Así es.

—¿En pasado?

—Exacto.

—¿Qué... Por qué lo ha dicho así? ¿Qué ha pasado?

Y entonces Sean se lo contó. Que su amigo y socio comercial estaba muerto, asesinado, y que estaban allí en su nombre, tratando de encontrar al responsable.

—En este momento, solo estamos intentando entender la vida de Herbert —continuó Sean—. Qué tipo de hombre era. Qué tipo de cosas hacía. Cómo era con aquellos que mejor le conocían. Qué le hizo tener éxito.

—Podéis encontrar todo eso en el maldito libro que escribió.

Ah. El libro.

—¿Usted aparece mencionado? —preguntó Tomek.

—Ni de coña. ¿Lo habéis leído?

Tanto Tomek como Sean negaron con la cabeza.

—Deberíais. Es jodidamente hilarante. Es la mayor mierda que he leído nunca. Todo fachada pero sin sustancia, sin resultados. Parece escrito por un niño de cuatro años, y lo mejor es el final, cuando te das cuenta de que puedes tirarlo a la puta basura.

—Obviamente no en ninguna de las papeleras de por aquí —comentó Tomek, provocando una ligera risita y sonrisa de Sean. James, por otro lado, no lo encontró gracioso y cambió su expresión —. ¿Le preguntó si quería aparecer en él?

—¡Sí! Eso es lo que más me cabreó. Vino una vez, me sentó, y me dijo que estaba escribiendo un libro. Unas *memorias*, lo llamó. ¿Sabéis de dónde viene "memorias"? Viene del latín, *memoria*, que significa recuerdo. ¿Y sabéis qué es lo gracioso? Que ese cabrón no tenía memoria en absoluto. No sabía cómo funcionaban las cosas, sobre los procesos que teníamos que seguir para cerrar ciertos acuerdos, ni siquiera cómo fueron las reuniones a las que asistimos juntos. ¿Y sabéis por qué? Porque era un inútil de mierda.

Tomek recordó su comentario anterior a Chey, y cómo pudo haber cruzado un poco la línea.

—Herbert Tucker estuvo improvisando toda su vida. Tuvo que ser completamente llevado de la mano durante toda su carrera profesional y política, y sin embargo es él quien se lleva todo el crédito. Bueno... *se llevaba* el crédito.

—Así que le pidió ayuda con el libro, usted aportó la mayoría del contenido porque le ayudó a llegar a donde estaba en la vida, y luego él no le incluyó en dicho libro... ¿suena correcto?

—Más o menos.

—¿Y cómo le hizo sentir eso?

—Bastante mal. Molesto. Yo... —Y entonces se detuvo cuando la comprensión iluminó su rostro. Comenzó a agitar su dedo hacia Tomek—. Ya veo lo que estáis haciendo.

—¿Que es?

—Intentar que parezca que estaba tan enfadado que acabé matándole.

—¿Y lo hizo?

—¡Sí! Es decir, ¡no! Pensé que te referías a si estaba enfadado. Sí, claro que estaba enfadado. Estaba furioso, estaba lívido. Pero no le maté.

—Ya veremos —dijo Tomek, mientras se volvía hacia Sean para que continuara.

Antes de hacerlo, el sargento se aclaró la garganta y se reposicionó en la silla en una postura ligeramente más cómoda y autoritaria.

—¿Cuánto tiempo lleváis siendo copropietarios del club?

—No me hagáis empezar con eso.

—Nos gustaría, si nos lo permite. A menos que prefiera hacer esto en comisaría.

Eso funcionó. Eso siempre parecía funcionar. Como si la amenaza de ir a la comisaría automáticamente significara que iba a ser arrestado. No lo era; podría haber sido arrestado en cualquier lugar, simplemente habría sido más práctico y rápido arrestarle en el mismo edificio donde pasaría la noche.

—Compré este lugar hace veintidós años, y en ese momento era amigo íntimo de Herbert. Él estaba ganando buen dinero y vio esto como una buena oportunidad de inversión para él. Así que me convenció para venderle una participación en el club por un precio. Precio de amigo, podríamos decir. Y desde entonces, ha ido adquiriendo más y más control en el club. Y ha ido sacando más y más de él. Lo ha estado desangrando, y ahora queda muy poco. Fue él quien tuvo la idea de derribarlo y convertirlo en una urbanización, dado que posee una puta empresa inmobiliaria. Y yo estaba inclinado a estar de acuerdo con él, especialmente después de ver cuánto iba a pasar por los libros. Pero esa noticia no sentó bien, y debido a su estatus como diputado y en el ayuntamiento, él no podía ser la cara visible, así que he tenido que soportar el peso de toda esta reacción adversa.

—No por mucho tiempo según tenemos entendido —dijo Tomek —. Los sudamericanos vienen a salvarle el pellejo.

James tomó el bolígrafo de nuevo. —No quiero vender —dijo—. Ojalá no tuviéramos que hacerlo. Una vez amé este club. Por eso lo compré. Pero eso ha cambiado con los años. Estaría mintiendo si dijera que tengo los intereses del club en el corazón todo el tiempo, pero no los tengo... ya no. Me dejé arrastrar al mundo de Herbert y ahora hemos llevado al club donde está. La llegada de los sudamericanos es como poner una tirita en una pierna rota.

—¿Por qué está retrasando la venta?

James dudó un momento, luego se rio para sí mismo, divertido por sus pensamientos. —Herbert estaba retrasándolo todo. Intentando exprimir al consorcio para sacar tanto dinero como fuera posible. Lo valoró muy por encima de lo que valía, todos lo sabían. Incluso yo lo sabía. Y ahora que está muerto, supongo que retrasará las cosas aún más. Típico, ¿verdad? Me harán parecer el villano otra vez. Sin mencionar que el valor del club se desplomará absolutamente, así que no obtendré el dinero que quiero por él.

Había algo en la forma en que James Colehill lo dijo que implicaba que *esa* era la realización más devastadora de esta mañana. No que su socio comercial hubiera muerto. No que hubiera perdido a un amigo. No que estuviera perdiendo el club que una vez amó (aunque Tomek también dudaba de esto). Sino que acabaría perdiendo dinero en la venta una vez que todo hubiera sido acordado.

Que no habría viaje a las Maldivas este verano.

—¿Dónde estaba hace dos noches, James? —preguntó Sean, sin darle al hombre tiempo para sentimentalismos.

—No podéis preguntarme eso. ¡Y por el amor de Dios, es *señor Colehill*!

Tomek y Sean compartieron una mirada que determinó que ninguno de los dos le llamaría por su apellido.

—Soy buen amigo del PFCC, que lo sepáis.

El acrónimo se le escapaba a Tomek.

—¿Quién?

—Brendan Door. El Comisionado de Policía, Bomberos y Delitos.

—Oh, *él*. —Tomek seguía sin tener idea de a quién se refería el hombre—. No le importará que responda a una simple pregunta,

¿verdad?

James se encendió de furia. A estas alturas había dejado de garabatear con el bolígrafo y había empezado a apretarlo con fuerza en su puño.

—No tengo que responder a nada que no quiera.

—No a menos que quiera venir a comisaría. Y entonces podrá explicarle al PFCC por qué está allí.

Por tercera vez, esa amenaza vacía funcionó, y James bajó el bolígrafo a la mesa.

—¿Hace dos noches? —comenzó—. Bueno, estaba...

Esperaron pacientemente mientras el hombre consideraba su respuesta.

—Estaba... Estaba...

*¿De repente desarrollando tartamudez? ¿Sufriendo de amnesia? ¿Alzheimer?*

—Estoy bastante seguro de que estaba justo aquí. Estoy aquí casi todas las noches.

—¿Sabe a qué hora se marchó?

James frunció los labios e inclinó la cabeza hacia un lado. —Debieron ser alrededor de las once.

—¿Qué ocurrió después de llegar a casa?

—Me fui a la cama. Estaba cansado. Tenía que levantarme a las cuatro de la mañana para el día siguiente.

—Eso es temprano —observó Tomek.

—Eso es lo que tienes que hacer si quieres salir adelante. Siempre tienes que ser el primero en levantarte. Más horas en el día para hacer más cosas. Le enseñé eso a Herbert, pero apuesto a que ese tonto cabrón lo puso en su libro como si fueran sus propias palabras sabias. Poco sabe que yo se lo robé a otra persona. Supongo que ahora nunca lo sabrá.

Tomek no estaba seguro, pero creyó ver una fina sonrisa estirarse en los labios de James. Después de decirle al hombre que tenían todo lo que necesitaban de él, y que pronto se pondrían en contacto si fuera necesario, Tomek y Sean salieron de la oficina y se dirigieron de vuelta al coche. Tan pronto como salieron al exterior, fueron golpeados en la cara por una gruesa pared de frío y todavía

estaba allí la multitud de manifestantes, cantando, marchando, tratando de mantener sus cuerpos calientes y que sus extremidades no se congelasen. A estas alturas, el grupo de jóvenes adultos se había movido, y había caído una sensación de paz.

Owen Braverman se apresuró hacia ellos, arrastrando los pies para no resbalar en el hielo.

—¿Qué ha dicho ese cobarde?

—No mucho.

—¿No podéis contármelo?

—Más o menos. Puede que haya algunos retrasos con la venta del club, pero yo seguiría haciendo lo que estáis haciendo. Pronto saldrá de ahí. —Tomek puso una mano firme en el hombro del hombre, le ofreció una breve sonrisa y luego continuó hacia el coche.

Tan pronto como entraron, Sean subió la calefacción al máximo y sopló vida a sus dedos.

—¿Qué piensas? —le preguntó a Tomek entre respiraciones.

—Creo que el señor Colehill sabía más de lo que dejaba entrever. Hay un motivo ahí, sin duda, al ser exprimido fuera de su club de fútbol, pero también percibí algo más —explicó Tomek—. Quien mató a Herbert, fue alguien que él conocía. ¿Y quién mejor que el madrugador que nunca volvió a casa?

—Sé a qué te refieres. Era un cabrón, ¿verdad?

—Un auténtico cabrón.

Sean sonrió mientras metía el coche en marcha. —¿Dónde está tu taza de café?

—La dejé en su oficina al salir.

—¿Y ahora quién es el cabrón?

# CAPÍTULO
# VEINTE

Nick Cleaves era un hombre de muchos humores. Muchos talentos, sí. Pero también muchos humores. Muchos más humores que talentos, al menos en opinión de Tomek. Era notorio en la oficina, y en todo el distrito policial de South Essex, por sus largos y profundos suspiros. Sin importar la ocasión —buena, mala o terrible— Nick siempre dejaba escapar aire caliente por sus fosas nasales. Aunque muchos lo consideraban molesto, Tomek pensaba que era su sello distintivo, su firma. Que había perfeccionado el arte de decir tanto sin decir nada en absoluto.

Como la expresión actual en su rostro. Y la frecuencia con la que el aire salía de su nariz.

—Las cosas no pintan bien, tío —le dijo a Tomek—. Lleva una semana fuera del hospital, lo cual es genial y todo eso, fantástico realmente, pero ha sido un período de adaptación enorme para nosotros. Para ella, para mí, para Wendy. Wendy la cuida a tiempo completo mientras yo huyo y me escondo aquí.

—Nadie ha dicho que te estés escondiendo —le aconsejó Tomek —. Tienes un trabajo que hacer. Una ciudad entera sobre tus hombros.

Otro suspiro, este más suave. —*Yo* lo dije. Y puedo ver que Wendy piensa lo mismo. Es que... limpiarla y alimentarla y cuidarla no es la parte difícil, es *mirarla*. No puedo obligarme a hacerlo.

Tomek optó por no decir nada. Dejar que el hombre siguiera hablando hasta que dijera todo lo que necesitaba.

—Es porque es diferente, ha cambiado. Físicamente, su cara ha cambiado, y sé que no debería decir algo así, pero es cierto. Ya no es mi niña pequeña. Ya no se parece a mi niña pequeña. Y no sé qué hacer. Es como si no estuviera ahí... está ida la mayor parte del tiempo, lenta para reaccionar y responder. Los médicos dijeron que no habría daño cerebral permanente, pero no siempre tienen razón, ¿verdad?

Nick miró a Tomek esperando una respuesta, pero él se sentía demasiado fuera de su zona de confort para ofrecer una, así que continuó en silencio.

—Es que... las señales están ahí, ¿no? Sabes a lo que me refiero. No *parece* estar del todo bien. El agujero en el lado de su cabeza es tan grande que no es sorprendente, pero es que yo... —Bajó la cabeza y dirigió la mirada a su regazo—. Simplemente desearía recuperar a mi niña pequeña, ¿sabes? Me preocupa si alguna vez la recuperaré.

Y si el amor por ella alguna vez volvería.

Nick no necesitaba decirlo, pero Tomek sabía que ese era el sentimiento y la sensación de Nick sobre el asunto.

Después de unos momentos incómodos de silencio, Tomek se dio cuenta de que Nick había terminado de hablar, y que ahora era su turno de ofrecer algún consejo, alguna orientación, algunas respuestas a las preguntas imposibles que Nick le había hecho.

Afortunadamente, justo cuando abrió la boca, Nick se le adelantó.

—Basta de hablar de mí y de Lucy —dijo—. ¿Cómo le va a Kasia?

Tomek movió la cabeza de lado a lado. —Ya sabes... tiene días buenos, días malos. Pesadillas mayormente. Muchas pesadillas. Hemos acordado que los dos recibamos terapia.

—¿Los dos?

Tomek respondió con un solo asentimiento. —Yo también las he estado teniendo. El incidente de Kasia y el asesinato de mi hermano se han fusionado en uno solo.

—Lamento oír eso.

—Lo que me recuerda, ¿cómo se llamaba esa psicóloga que me recomendaste la última vez?

—¿Isabel?

Tomek se encogió de hombros. —Si así se llama. Tú la conoces mejor que yo.

—Es buena —dijo Nick mientras buscaba un bolígrafo y papel—. Muy buena.

—Quizás deberías volver.

Nick se detuvo a mitad de la acción y miró fijamente la página durante diez segundos, sumido en sus pensamientos, antes de continuar. Luego le entregó el trozo de papel con los datos de contacto a Tomek, quien lo guardó en silencio en su bolsillo. Ya se había dicho suficiente sobre el tema; Nick no hablaría con la terapeuta. No buscaría ayuda. Lo afrontaría a su manera, internamente.

Cuando Tomek se disponía a marcharse, su teléfono sonó. Un mensaje de Abigail, preguntando si seguían en pie para la cena de esa noche.

—Joder —susurró para sí mismo.

—¿Algo va mal? —preguntó Nick.

—Solo olvidé hacer algo.

—Clásico. Tendremos que empezar a llamar a eso "Un Tomek". Ya le hemos puesto un apodo a tu frente.

Tomek se quedó inmóvil, con la mano alrededor del pomo de la puerta. —Vete a la mierda. No, no lo habéis hecho.

Nick sonrió. La primera que había visto en un tiempo. —¿Conoces El Muro de *Juego de Tronos*?

Tomek lo conocía. Lo conocía muy bien. Un muro impenetrable de hielo sólido de setecientos pies de altura de la exitosa serie de HBO.

—Lo hemos llamado así —dijo Nick con una sonrisa radiante.

—Si es así, entonces yo soy Jon Nieve, Rey del Norte.

—Si te ayuda a dormir por las noches. Personalmente no creo que sea mejor que Tommy el Teflón, pero soy parcial.

Tomek luchó por suprimir la sonrisa que amenazaba con aparecer en su rostro. Luego dijo, —A la mierda todos —y se marchó.

Para cuando regresó a su escritorio, ya había respondido a Abigail diciéndole que seguían en pie para esa noche y que el lugar

se mantendría en secreto hasta que pasara a recogerla. El único problema era que no tenía ninguno, así que necesitaba desesperadamente encontrar un sitio a tiempo. Pero antes de que pudiera siquiera pensar en ello, el agente Oscar Pérez vino corriendo hacia él.

—Hola, Capitán.

—Sargento.

—¿Sin aliento por venir desde allí?

—Es más lejos de lo que parece. Especialmente cuando tu único ejercicio es subir y bajar las escaleras de tu piso.

Tomek se rio. —Venga, dime —dijo—. Suéltalo.

—Es sobre Herbert Tucker...

—Buen comienzo.

—He estado investigando sus finanzas.

—¿Ah, sí?

—Tenemos acceso a sus cuentas personales. Tiene ocho cuentas separadas en varios bancos.

—¿Por qué necesita una persona tantas? —preguntó Nadia, girándose en su silla para mirarlos.

—Es una buena forma de ocultar dinero —dijo Tomek.

—En realidad —interrumpió el Capitán—. No es tan efectivo en absoluto. Los bancos aún pueden ver lo que estás haciendo, y han añadido montones de capas adicionales de seguridad ahora, de modo que todos los pagos te preguntan el propósito antes de enviarlos.

Tomek miró al hombre desde su asiento. —Entonces, ¿para qué tiene tantas, Capitán?

—Son solo cuentas bancarias —respondió Oscar—. Como la tuya y la mía. En caso de que una de ellas quiebre, tiene varias más en reserva, por así decirlo.

—¿De cuánto estamos hablando?

Oscar se mordió el labio inferior. —Oh, su patrimonio neto es fácilmente de treinta millones.

—Qué bien viven algunos —comentó Nadia.

—Eso no es poco. ¿Sabes a quién irá ahora que está muerto?

—Todavía no estoy seguro.

—¿Y qué ha estado haciendo con ello?

—Propiedades. Casas por todo Essex. Algunas parece que las está alquilando, las otras las guarda para un día lluvioso.

—¿Cuántas?

—Nueve en total. Una es su domicilio residencial, donde vive. Otras dos han sido compradas recientemente a nombre de sus hijas, tres más están siendo alquiladas, y las tres últimas simplemente están ahí paradas.

—¿Por alguna razón en particular?

Oscar se encogió de hombros. —Ninguna que pueda descifrar.

—Vale. ¿Qué más ha estado haciendo este magnate empresarial con sus finanzas?

—Muchas cosas. Revisé el Registro Mercantil y tiene al menos seis negocios diferentes. El cabrón astuto tiene algunos listados con su segundo nombre incluido en el Registro Mercantil, mientras que los otros solo tienen su nombre y apellido. Tiene un restaurante en Leigh, una empresa deportiva que está conectada al Southend FC, su empresa inmobiliaria, su negocio de metales, una offshore y otra que figura como una empresa editorial.

—Su libro...

—Sí.

—Interesante. ¿Y cuánto dinero hay en cada una de ellas?

—En total, hay unos cincuenta millones de libras en activos ahí dentro.

Tomek se tomó un momento para ordenar sus pensamientos y procesar la información. Era evidente que el hombre tenía mucho dinero —tanto que lo había desconectado de la realidad, algunos podrían argumentar— y ciertamente sabía qué hacer con él. Era un empresario astuto, Tomek tenía que reconocerlo. Pero si, como había indicado James Colehill, Herbert Tucker no estaba tan informado como pretendía, entonces habría errores inevitables, habría agujeros en sus intentos de ocultar y prolongar el descubrimiento. Inevitablemente habría una grieta en la armadura.

—¿Has revisado todas las cuentas? —preguntó Tomek.

—Aún no. Las cuentas de la empresa llevarán más tiempo debido a su naturaleza. En cuanto a las personales, he echado un vistazo

rápido.

—¿Alguna anomalía?

Oscar sonrió, con la cara de un hombre que había estado esperando desesperadamente para decir lo que quería.

—Un par de cosas.

—¿Como...?

—Una retirada de efectivo de veinte mil de su banco en noviembre, y pagos mensuales regulares a una mujer llamada Alina Zandecka.

*Su amante.*

—¿Cuánto?

—Cinco mil libras.

Tomek silbó entre sus labios. —Yo también mantendría la boca cerrada por tanto al mes. Y libre de impuestos.

—¿Qué comprarías con cinco mil libras al mes? —preguntó Chey, que acababa de escuchar el final de la conversación.

—El objetivo no es gastarlo todo cada mes —respondió Tomek—. Es como esos ganadores de la Lotería que ganan diez mil libras al mes para el resto de su vida; simplemente lo malgastan todo.

—Pero ¿qué harías si supieras que vas a recibir diez mil libras al mes durante el resto de tu vida?

—Compraría tantos bonsáis como fuera posible. Quizás incluso construiría mi propio pequeño jardín. O tal vez seguiría haciendo lo que estoy haciendo.

Chey jadeó. —¿No dejarías el trabajo?

—No. Porque entonces, ¿cuál sería mi propósito? ¿Por qué me levantaría por la mañana si no estoy trabajando para algo, si no estoy ganando mi propio dinero? Probablemente me deprimiría y luego pensaría en suicidarme.

La boca de Chey se abrió un poco, sin palabras.

—He bajado un poco el ánimo, ¿verdad? Bien. Ahora, Oscar, ¿qué decías?

—Cinco mil libras al mes.

—Sí.

—Cinco mil libras al mes durante los últimos cuatro años, hasta hace tres meses cuando los pagos se detuvieron.

# CAPÍTULO
# VEINTIUNO

Alina Zandecka vivía en un pequeño piso de una habitación encima de una licorería en Hockley con su hijo. La primera impresión de Tomek fue que el piso apenas era lo suficientemente grande para una persona, y menos para dos. Y el desorden y los restos, combinados con los juguetes y juegos en la alfombra que cortaban el paso hacia la sala de estar, eran un testimonio de ello.

A Tomek y Rachel les había llevado poco más de media hora llegar al pequeño pueblo situado al norte de Southend. Tráfico de mediodía. Hora punta anticipada. Por no mencionar que era viernes. También conocido como el día POETS en la familia de Tomek.

Pirarse Obviamente El Trabajo Sábado.

No sabía cuándo se había convertido en algo habitual, pero había notado que los finales de jornada a mediodía estaban muy de moda últimamente. Que la semana laboral se estaba acortando para unos pocos afortunados, mientras él y el resto del equipo seguían trabajando cada vez más horas. Esa parte no le importaba tanto. Era principalmente el maldito tráfico lo que odiaba.

Y los baches.

Pero esa era otra discusión, y otra conversación con el ayuntamiento, para otro día.

Una vez que estuvieron acomodados, Alina se metió en la cocina y les preparó una taza de té a cada uno, sujetando a su hijo en la cadera mientras lo hacía. Unos minutos después, regresó, todavía

llevando al niño en un brazo, con las tazas en el otro. Tomek fue el segundo en recibir su bebida.

Alina Zandecka parecía no haber dormido en semanas. Las ojeras bajo sus ojos eran tan oscuras como la habitación, pero a pesar de eso, seguía siendo una mujer guapa. Muy guapa, de hecho. Era delgada pero no parecía desnutrida. Más bien, parecía que había trabajado duro para conseguir su físico, y por los bultos en sus hombros y brazos, no parecía estar esforzándose para sostener a su hijo. Su pelo era una combinación desordenada de castaño y rubio y había sido recogido con una pinza. Llevaba poco maquillaje, lo que Tomek supuso que era en gran parte porque no tenía tiempo. Pero no lo necesitaba. Le recordaba mucho a las supermodelos polacas que a menudo veía en la televisión de Polonia.

—Tu hijo es precioso —dijo Rachel, jugando con el pie del niño.

—Gracias —respondió Alina, con reticencia en su voz.

Tenía un rastro de acento de Europa del Este, pero Tomek fue incapaz de ubicarlo.

—¿Cuántos años tiene?

—Cuatro.

—Una monada.

Antes de entrar, Tomek y Rachel habían evitado mencionar el motivo de su visita. Solo que era un asunto policial importante. Y mientras se sentaba frente a ella, Tomek se preguntaba qué tipo de cosas podrían estar pasando por su mente. Qué tipo de secretos le preocupaba que pudieran salir a la luz.

—¿Cómo te llamas, cariño? —preguntó Rachel, pellizcando los dedos de los pies del niño.

—¿De qué se trata todo esto? —espetó Alina, moviendo a su hijo un poco más alrededor de su cadera, fuera del alcance de Rachel.

—Herbert Tucker —respondió Tomek—. Creemos que lo conoces.

—Se... se podría decir que sí.

—¿Cuán bien lo conocías?

—Yo... ¿Qué le ha pasado? ¿Le ha ocurrido algo?

—¿No has visto las noticias? —preguntó Tomek. Cuando ella negó con la cabeza, continuó—. Está muerto, Alina.

Su jadeo fue audible, y se llevó la mano a la boca. Luego dirigió su atención a su hijo. —No quiero que él escuche esto. ¿Puedo...?

—Por supuesto —dijo Tomek con una inclinación de cabeza.

Alina se levantó del sofá y se apresuró hacia la mesa del comedor. La superficie estaba llena de folletos, correo, documentos y vasos de bebidas vacíos, y cubierta de restos de cereales del desayuno. Un momento después colocó a su hijo en la silla, sacó de una bolsa cercana un iPad y unos auriculares de diadema, y lo dejó entretenido.

—Lo siento —dijo ella—. No quería que escuchara...

—Está bien. De verdad.

Tomek estaba ansioso por continuar con la conversación, pero por su reacción inicial, estaba claro que iba a necesitar algo de tiempo.

—¿Cuándo conociste a Herbert Tucker por primera vez, Alina? —preguntó Rachel, con voz suave, gentil, tranquilizadora.

Reconfortante.

—Debió de ser hace unos cinco años.

Tomek sacó su bolígrafo y libreta y comenzó a tomar notas mientras Rachel iniciaba el procedimiento.

—¿Y cómo os conocisteis los dos? ¿En qué circunstancias?

—No... no quiero decirlo...

El interés de Tomek se despertó.

—¿Por qué motivo? —preguntó Rachel.

—Porque yo...

—¿Alguien te está amenazando?

Alina negó con la cabeza. —No. No... Nada de eso. Es solo que... —Alina se giró lentamente en su silla, volviéndose hacia su hijo, que ahora estaba perdido en las maravillas de su pantalla digital. Cuando volvió a mirarlos, dijo—: Me avergüenza, eso es todo.

—Puedes contárnoslo. Este es un entorno seguro. Este es *tu* entorno, Alina. Nada te va a pasar aquí.

Alina se calmó por un momento, dando vueltas a las palabras en su cabeza, reflejándolas en su expresión.

—Llegué a este país hace seis años desde Lituania. No tenía mucho dinero, no sabía qué hacer conmigo misma, pero yo... vine

aquí como bailarina de barra. Luego trabajé en algunos bares y clubes durante un tiempo, hasta que eventualmente encontré... encontré otro tipo de trabajo.

Tomek intuyó hacia dónde se dirigía esto.

—Me convertí en prostituta.

Bingo.

—Conocí a Herbert por primera vez cuando fui a un club una vez. Un club de caballeros en Southend. Él y un grupo de sus amigos estaban teniendo una fiesta, así que algunas de las chicas con las que trabajaba fueron allí. Cuando llegué, ya estaban bastante borrachos y drogados.

—¿Drogas? ¿Qué tipo de drogas? —preguntó Tomek.

—Cocaína principalmente.

—¿Y tú tomaste alguna?

Alina se volvió hacia su hijo de nuevo, respondiendo a la pregunta sin necesidad de admitirlo.

—Estaban como locos —dijo ella—. Había tanta. Estaba por todas partes.

—¿Cuántas veces fuiste allí para acostarte con los hombres de ese club?

—Oh, no era así. Siempre fue Herbert. Herbie era mío. Nunca me acosté con nadie más. Cada una teníamos nuestro propio hombre...

Como si fueran piezas de arte preciosas y originales que no podían ser compradas, vendidas o intercambiadas.

—¿Cuántas veces te acostaste con Herbert Tucker, Alina?

Sus labios se movieron pero no salió nada mientras miraba sus dedos.

—¿Diez? ¿Quizás menos?

—¿Por qué se detuvo?

Entonces respondió de la misma manera que había hecho antes. Mirando a su hijo.

—No sé cómo sucedió.

Tomek podía pensar en un libro que había leído una vez que se lo había explicado claramente...

—Fuimos cuidadosos —continuó ella—. Siempre me aseguré de que usara protección.

Y Tomek también siempre había usado protección. Pero hace catorce años, esa misma protección había decidido no funcionar.

—Cuando me enteré, al principio no quería decírselo. Pero las chicas... dijeron que debería hacerlo.

—¿Qué dijo él cuando se enteró? —preguntó Rachel, masajeando su taza de té casi vacía entre sus dedos.

—Quería que me deshiciera de él. Dijo que debería abortar. Me dijo que él lo pagaría, que conocía a alguien. —Fue entonces cuando comenzaron las lágrimas. Suaves al principio, pero después de que Rachel corriera al baño por un poco de papel higiénico, salieron a borbotones.

Ambos detectives esperaron a que terminara antes de continuar.

—Pero dijiste que no al aborto —continuó Rachel.

Entre sollozos, Alina respondió: —No quería hacerlo. Quería quedármelo. Siempre había querido un bebé. Yo...

—¿Y entonces comenzó a pagarte dinero? —preguntó Tomek, abordando el elefante en la habitación.

—¿Qué?

—El dinero. Las cinco mil libras al mes que te ha estado pagando. ¿Ese dinero?

—¿Cómo...? —Alina sorbió fuerte, inhalando para contener los mocos y las lágrimas.

—¿Por qué te ha estado enviando ese dinero, Alina?

—Era... yo...

—Este es un espacio seguro, ¿recuerdas? —señaló Rachel.

Aunque incluso Tomek admitió que no lo parecía.

—¿Por qué comenzó a darte dinero, Alina? —insistió Tomek.

—Porque me lo ofreció —dijo ella—. Yo... fui estúpida. No sabía lo que estaba haciendo. Estaba asustada. Cuando le dije que quería quedármelo, me amenazó. Dijo que me expondría y me enviaría de vuelta a Lituania. Así que lo amenacé como represalia. Le dije que iría a los periódicos. Al *Echo*, al *Daily Mail*. Que el elegante empresario y político local había estado asistiendo a fiestas sexuales llenas de drogas con prostitutas y había dejado embarazada a una de ellas. Así que me ofreció el dinero para mantenerme callada.

—¿Lo chantajeaste?

Ella le señaló con el dedo. —¡En absoluto! —Su voz subió algunas octavas, pero hizo poco para distraer a su hijo de la pantalla del ordenador—. *Él* me ofreció *a mí* el dinero. Como te dije, estaba desesperada. Lo necesitaba en ese momento.

Y sin embargo, después de cuatro largos años de recibir considerablemente más que el salario promedio, seguía viviendo en un lugar como este. Sin embargo, cuanto más lo pensaba, más entendía que vivir encima de una licorería adjunta a una gasolinera, con sus precios súper inflados, tenía sentido.

—Pero siguió dándotelo —dijo Rachel—. ¿Por qué? ¿Por qué te ha estado pagando todo este tiempo?

Ella bajó la cabeza de nuevo. —Porque... porque le dije que iría a los medios si no lo hacía.

—¿Entonces *sí* lo chantajeaste?

—No... Pero... —Esta vez las lágrimas regresaron. Esta vez Rachel no le ofreció ninguna compasión—. Tenía que mantener a mi hijo. Tenía que hacer todo lo posible para cuidar de Francis. ¿No habrías hecho lo mismo?

Ninguno eligió responder a la pregunta.

Rachel se aclaró la garganta y colocó la taza en la alfombra. —Así que déjame entenderlo bien. Viniste aquí y trabajaste un poco como bailarina de barra. Fuiste a un par de fiestas con tus colegas, te acostaste con Herbert Tucker un puñado de veces —*dos* puñados, para ser exactos—, luego quedaste embarazada de su hijo y continuaste chantajeándolo por dinero para mantener la boca cerrada. ¿Me estoy perdiendo algo?

—No era como...

Rachel la interrumpió levantando la mano. —Es un simple sí o no, Alina. ¿Me estoy perdiendo algo?

Esta era una faceta de su colega que Tomek no había visto antes. Un fuego ardía dentro de ella, y le preocupaba hacia dónde podría conducir.

—No —respondió Alina suavemente—. No hay nada más.

—Creo que sí lo hay.

—¿Por qué?

—Porque, a menos que estemos equivocados, el dinero dejó de llegar hace cuatro meses, ¿verdad?

La boca de Alina se abrió mientras su historia se deshacía. —¿Cómo sabéis...?

—Porque es nuestro trabajo, Alina. Así que te sugiero que nos expliques todo lo que sucedió y respondas a nuestras preguntas de manera honesta y completa. Porque lo averiguaremos de una forma u otra.

*Vaya. Recuérdame que nunca me ponga en el lado equivocado de esta mujer*.

—¿Por qué Herbert dejó de hacer los pagos? ¿Qué pasó?

Gancho de izquierda, gancho de derecha, jab, jab, jab. Los golpes que venían de Rachel eran implacables.

—Porque se dio cuenta de que estaba de farol —siseó Alina—. Ya había tenido suficiente. Una tarde me llamó para decirme que no me iba a pagar más dinero y que no le importaba si iba a los medios. Había terminado.

—¿Entonces por qué no tomaste represalias? ¿Por qué no hablaste con un periodista?

—Por Francis. No quería que se viera involucrado. Él tiene una vida. Ahora yo tengo una vida. Va al colegio. Tiene amigos. Yo tengo amigos. No quiero que la gente piense de nosotros de manera diferente. Lo hice para protegerlo.

—¿No te molestó? ¿No te enfadaste por ello?

—Por supuesto que estaba enfadada. Significaba que tenía que encontrar un trabajo, no tenía ingresos. Ahora estoy trabajando para una compañía de taxis, respondiendo a las llamadas y organizando los taxis para la gente.

—¿Te enfadaste lo suficiente como para matarlo? —preguntó Rachel.

—¿Qué? ¡No!

—¿Dónde estabas la noche que murió?

—Aquí. Con Francis. Estábamos jugando, aprendiendo. Como la mayoría de las noches.

—¿Alguien puede verificar eso?

Dudó una fracción más de lo que a Tomek le habría gustado.

—No. Solo somos nosotros dos. Por favor... por favor, no me alejen de mi niño.

—Eso implicaría que has hecho algo malo —dijo Tomek tan suavemente como pudo—. ¿Hay algo más que debas contarnos?

Alina jugueteaba con sus dedos, picándose las uñas que, a diferencia del resto de ella que estaba tan refinada y cuidada, estaban sucias y mordisqueadas hasta el final.

—Hubo algo... —comenzó, incapaz de levantar la mirada—. Después de que me dijera que pararía los pagos, creo que envió a alguien a mi casa.

—¿Qué quieres decir con «alguien»?

—Un hombre. Alguien. No sé quién. Nunca tuve una clara oportunidad de ver su cara. Pero durante unos días después, fui seguida por un hombre, a lo largo de la calle principal, en el coche, de camino a casa desde el colegio de Francis. Me asusté mucho y me encerré en la casa. Creo que Herbert lo envió para advertirme. Creo que quería que supiera que podía hacerme daño en cualquier momento, que siempre estaba siendo vigilada.

—¿Él te dijo esto?

—No.

—¿Cómo sabes que fue él?

—Porque, ¿quién más podría ser?

Tomek no podía discutir con eso.

—¿Cuándo fue la última vez que viste al hombre?

—Dejó de aparecer después de unas semanas. Creo que debió darse cuenta de que no iba a hacer nada. Que estaba demasiado asustada para hacerlo.

—¿Qué aspecto tenía?

—Jersey blanco. Con capucha. Llevaba una gorra para que no pudiera ver su cara. Vaqueros negros. Complexión media. No reconocí mucho más.

Tomek tomó nota de la vaga descripción del hombre y los detalles de cuándo había estado siguiendo a Alina. Luego le informó que se pondrían en contacto con ella si necesitaban algo más. Que debería quedarse en la zona.

Después de haberlo arreglado todo, Rachel y Tomek se dispusieron a marcharse. Al salir, Rachel se despidió del niño, y Tomek le ofreció un choque de manos. Al pasar junto a él, Tomek inspeccionó la cara del niño. Tenía un parecido asombroso con Herbert Tucker. Las orejas, la nariz e incluso el espacio entre sus ojos eran iguales.

—Llámanos si piensas en algo que pueda ser importante —le dijo a Alina desde el umbral.

Mientras caminaban de vuelta al coche, enfrentándose al viento amargo que azotaba la gasolinera, Tomek dijo: —Recuérdame que nunca me ponga en tu lado malo.

—¿Por qué no?

—Porque por un momento pensé que eras realmente dulce con el hijo de Alina, pero luego cambiaste con ella.

—Tenía que hacerlo.

—Y si alguna vez le hicieras eso a tu propio hijo...

Entraron en el coche. Rachel cerró la puerta.

—Menos mal que soy lesbiana, ¿verdad?

—¿Perdona?

—Lesbiana. Soy lesbiana. ¿No lo sabías?

Tomek se sintió incómodo de repente. Su cara se puso roja.

—Supongo que no vi venir esa.

—Mucha gente no lo hace. Y, a menos que encuentre una pareja que me convenza de tener hijos, no puedo imaginar que tendré nada de qué preocuparme pronto ni tampoco el niño.

# CAPÍTULO
# VEINTIDÓS

La última vez que Tomek había estado en la consulta de un terapeuta tenía diez años. Y, para su asombro, estas no habían cambiado mucho desde entonces. Las paredes de la habitación donde se encontraba ahora estaban pintadas del mismo azul claro, insulso y frío, y el mobiliario era igual que el de todos aquellos años atrás. Barato.

Su terapeuta se llamaba Isabel Fox. Tenía poco menos de treinta años y era doctora en psicología. Después de enviarle un mensaje más temprano ese día para concertar una cita, ella había respondido casi de inmediato, notificándole que estaba a punto de irse de vacaciones por el resto de la semana y que podía atenderles a él y a Kasia al final del día. Kasia había ido primero y ahora le esperaba fuera de la sala. Eran poco más de las seis, y Tomek era consciente de que tenía una cena en poco menos de dos horas.

—No puedo hablar de nada de lo que he tratado con su hija —dijo Isabel, con voz suave, dulce, marcada por un fuerte acento de Essex—. Solo quiero dejar eso claro.

—Cristalino.

Como el anillo en su dedo, como la inmaculada cadena que colgaba de su cuello.

—Excelente. —Entrelazó sus manos—. ¿Ha hecho algo como esto antes? ¿Ha hablado alguna vez con un profesional médico?

Tomek le contó que sí lo había hecho, y cuándo.

—Era usted muy joven. ¿Y podría preguntarle por qué motivo fue?

—Encontré a mi hermano muerto en el parque. Le habían golpeado, atacado y dejado por muerto. Iba a reunirme con él, pero llegué tarde. Vi a sus agresores.

Si Isabel se sintió alterada o conmocionada por el resumen de su trauma infantil, no lo demostró. Claro que, probablemente, habría escuchado de todo. Algunas historias agradables, otras no tanto. Y seguramente unas cuantas que eran bastante peores que la suya.

—Ya veo... —dijo—. ¿Y atraparon a los asesinos?

—A uno sí. El otro escapó. Aunque nadie cree que exista.

—Suena terrible. Lamento su pérdida.

—No haga eso —dijo él, agitando la mano hacia ella—. No necesita hacer eso. Está bien. Ocurrió. Lo he superado. He seguido adelante.

Excepto que no lo había hecho. Y dudaba que jamás lo hiciera. Al menos no completamente.

—Entendido. —Una pequeña sonrisa apareció en su rostro—. ¿Cómo le afectó la muerte de su hermano?

—De la misma manera que cabría esperar. De la misma forma en que el trauma de Kasia le está afectando ahora.

—¿Cómo afectó a su relación con su familia?

Tomek hizo una pausa. Acababa de intentar dirigirla hacia el motivo por el que había venido, hacia Kasia, hacia las pesadillas. Pero ella insistió en llevar la conversación por un camino con el que no se sentía cómodo. Por un callejón que abordaba un tema que no quería tratar. La familia. Era un tema que o bien significaba que ella era excepcional en su trabajo y podía leer entre líneas, o que cierta adolescente de trece años había hablado demasiado en su reunión anterior.

—No estoy aquí para hablar de mi relación con mi familia —dijo, cruzando una pierna sobre la otra—. Estoy aquí para hablar de las pesadillas que he tenido.

—Todo ayuda a formar una imagen más amplia —explicó ella, pero Tomek no estaba por la labor. Había sido igual la última vez: el terapeuta intentando meterse en su cabeza, tratando de hacerle

creer cosas que no quería creer. Hablar de cosas de las que no quería hablar.

—Lo siento, pero quiero saber cómo dejar de tener estas pesadillas.

—La mejor manera de conseguirlo, Tomek, es que las comente en un entorno donde se sienta relajado, donde se sienta cómodo. ¿Siente alguna de esas cosas?

Movió el trasero en su asiento. —No particularmente.

—¿Quiere que le traiga un vaso de agua?

Lo pensó un momento. —Por favor.

Sin decir nada más, Isabel se deslizó hábilmente desde el lateral de su silla y pasó junto a él mientras salía de la habitación. Mientras esperaba, Tomek golpeó repetidamente con el pie en la alfombra, sin quitarle el ojo al reloj. Una hora, es lo que había pagado. Y quedaban otros cuarenta y cinco minutos.

Cuarenta y cinco minutos para decirle lo que quería oír.

Cuarenta y cinco minutos para hacerle creer que estaba haciendo un buen trabajo.

Cuando en realidad solo estaba allí por Kasia. Si sus pesadillas no se detenían, pues que así fuera. Las había soportado durante los últimos treinta años. ¿Qué daño harían otros treinta?

Para cuando regresó, quedaban cuarenta y cuatro minutos en el reloj.

—¿Por dónde íbamos? —preguntó mientras se sentaba detrás de su escritorio.

Tomek dio un sorbo de agua, ganando todo el tiempo posible.

—Ahora me siento mucho más cómodo —mintió.

Cuarenta y tres.

—Genial. Me alegra oírlo. Ahora, cuénteme qué ocurre en esos sueños suyos.

Y así lo hizo. Le contó que sucedían al azar, a veces varias noches seguidas, a veces con una semana de intervalo, y que a menudo se despertaba en medio de la noche, cubierto de sudor. Le explicó que los sueños consistían en revivir la experiencia de aquella noche, de encontrar a su hermano muerto en el parque, con ácido de batería vertido en sus ojos, sangre cubriendo su pecho y camisa

blanca del colegio. Le contó cómo la imagen de su hermano ahora comenzaba a transformarse en Kasia. Y que no quería que continuara.

—Parecen pesadillas muy vívidas —comentó Isabel—. ¿Y dice que no hay desencadenantes? ¿O que no parece haberlos?

—No que yo pueda pensar.

—No puedo imaginar que su trabajo ayude mucho...

Tomek se encogió de hombros. —Probablemente no. Pero no voy a cambiarlo pronto.

Estaba siendo deliberadamente obtuso y lo sabía. No era un reflejo de ella, en absoluto, sino de los de su profesión. Le gustaba pensar que sabía más que ella, que sus años de formación no eran nada comparados con los cuarenta años que él había pasado viviendo dentro de su propia cabeza. Que ella no podría ayudarle. Si nadie había podido cuando tenía diez años, ¿cómo iban a hacerlo ahora que era considerablemente mayor y los muros del castillo y las barreras estaban bien fortificados?

—Ha dicho que habló con alguien cuando era más joven. Háblame de eso. ¿Cómo fueron esas conversaciones tan poco después del incidente?

—Difíciles —respondió—. No dije mucho.

—¿Como ahora?

Tomek abrió la boca para responder pero se contuvo.

—Supongo.

—Y asumo que esa persona le dio algunos mecanismos para afrontar las pesadillas. Al menos, espero que lo hiciera.

—Me dijeron que llevara un diario de pesadillas.

—¿Y lo hizo?

Asintió con la cabeza.

—Estupendo. Por ahora, entonces, me gustaría que siguiera escribiéndolo. ¿Puede hacer eso por mí? Llevar un diario puede ser una forma terapéutica de procesar el trauma, especialmente un trauma tan antiguo como el suyo. Pero quiero que vaya un paso más allá. Quiero que escriba sobre su día antes de acostarse. Y cuando se despierte, quiero que escriba sobre cómo se siente, qué le preocupa.

—¿Como si fuera una niña de quince años? —Tomek puso los ojos en blanco—. ¿Es ese su consejo? ¿Que siga haciendo lo que estoy haciendo cuando es evidente que no funciona?

—No, yo...

—Porque eso es lo que parece. O soy incurable y las pesadillas nunca se detendrán —lo cual es algo con lo que estoy totalmente bien, por cierto— o simplemente usted no es muy buena en su trabajo. Y pensar que venía tan recomendada.

Tomek se levantó de su silla y se dirigió enfadado hacia la salida. Cerró la puerta antes de que Isabel pudiera protestar. Fuera, en la sala de espera, encontró a Kasia sentada en la silla, con la cabeza inclinada hacia adelante, auriculares puestos, su dedo deslizándose repetidamente hacia arriba.

—Vamos —le dijo—. Nos vamos.

—¿Ya?

—Resulta que terminamos antes de lo previsto.

Veintisiete minutos antes.

# CAPÍTULO
# **VEINTITRÉS**

Tomek había tenido dificultades para encontrar un restaurante al que no hubiera llevado antes a otra chica. Había estado en muchos sitios con muchas de sus antiguas aventuras de una noche, así que el abanico de restaurantes para elegir se había reducido casi por completo. Pero esta noche estaba de suerte. The Oyster Bar acababa de abrir recientemente y, por las conversaciones que había escuchado en la oficina, la comida y las reseñas eran buenas. Y lo que era aún mejor, habían reservado la última mesa para dos para él y Abigail. Era un pequeño restaurante mediterráneo familiar e independiente en Rayleigh, situado en lo alto de la calle principal, junto a Rayleigh Mount, del National Trust. El lugar había albergado en su día un castillo medieval, pero ahora era un oasis verde para la fauna. Sin embargo, no podía decirse lo mismo del restaurante. La temática y la decoración eran una representación moderna de los edificios blancos de Santorini, Grecia: paredes pintadas de blanco, suelos de baldosas y enredaderas colgantes que pendían del techo. Quizás el diseño más sencillo que Tomek había visto. De fondo, una suave música de guitarra sonaba por los altavoces. El espacio dentro del restaurante era pequeño, con capacidad para veinte personas que se esperaba que se acomodaran alrededor de diez mesas. Estaba claro que los propietarios buscaban un ambiente romántico e íntimo, como de luna de miel en la costa griega, pero en una versión más asequible. Era una pena que no hubiera vistas que lo acompañaran. En lugar de las impresionantes aguas azul cristalino

del Mediterráneo y las imponentes colinas que se extendían a lo largo de la costa, Tomek se encontró con un cielo negro como la pez, varias farolas lúgubres, conductores de Essex enfadados con prisa por llegar a casa, y un torrente de gotas de lluvia que caían en cascada por el cristal de la ventana. Aquello se parecía más a Skegness que a Santorini.

—Aunque la compañía no está nada mal —dijo mientras brindaban con una copa de vino blanco.

Cuando el *clink* terminó su eco, Abigail respondió.

—Nos ha costado bastante llegar a este nivel.

—Solo me estaba haciendo el difícil.

Esta noche Abigail se había arreglado para la ocasión. Llevaba unos stilettos negros y unos vaqueros anchos de efecto degradado, con una blusa negra de cuello vuelto que mostraba mucho más escote del que él esperaba. Su maquillaje era perfecto, sus pestañas abundantes, y un par de pendientes de diamantes colgaban de sus orejas, reflejando los faros de los coches al pasar. Su atuendo contrastaba completamente con la versión laboral que había visto mucho más durante las últimas semanas. Y le gustaba. Nunca la había visto tan guapa. Ni siquiera la noche en que compartieron aquel beso en la ceremonia de premios.

Mientras tanto, Tomek se había puesto apresuradamente su mejor camisa azul (que, por fortuna, fue la primera que sacó de la fila de camisas de trabajo de su armario), unos vaqueros azul oscuro y sus zapatos más elegantes: un par de Timberlands. Ella se había esmerado al máximo, mientras que él parecía haberse vestido como para una reunión de padres.

—¿No te parece raro esto? —preguntó Abigail.

—Sí, estaba pensando lo mismo. ¿Quién pone una Dipladenia blanca en un restaurante de temática griega? Todo el mundo sabe que son originarias de Sudamérica.

Durante un momento, Abigail no dijo nada. Simplemente le miró fijamente, paralizada por la confusión.

—¿No te referías a eso?

—No. Claro que no. ¿De qué coño estás hablando? Diplodocus...

—*Dipladenia* —corrigió Tomek—. Son plantas.

—Tú eres una Dipladenia. Empollón. —Le sonrió con coquetería mientras daba un sorbo a su copa. Su contacto visual era implacable —. Nunca supe que te interesaban las plantas.

—Supongo que por eso estamos haciendo esto...

—Pero plantas, de todas las cosas. *Plantas*. ¿Por qué?

Tomek se encogió de hombros. Nunca se lo había planteado realmente.

—Me gusta que sean todas diferentes, son sencillas, son fáciles de llevar. No ensucian, son fáciles de mantener y me relajan. Son como tener un sentido de la responsabilidad pero sin todo el caos y la carga financiera que conlleva. Quizás por eso he permanecido soltero todo este tiempo.

Eso y los encuentros casuales, las aventuras de una noche y, hasta hace poco, la hija de trece años que había aparecido en su puerta impidiéndole hacer este tipo de cosas.

—No, tienes toda la razón, son las plantas —concordó Abigail—. Y tu incapacidad para dejar que alguien entre en tu vida.

Tomek quería evitar esa vía de conversación, así que desvió el tema.

—Venga, Señorita Perfecta. ¿Cuál es tu afición rara? ¿Por qué sigues soltera a la tierna edad de veinticinco años?

—Treinta y siete. Buen intento. —Levantó su copa hacia él y luego dijo—: Supongo que nunca lo he pensado. Creo que una parte de mí siempre ha sido feliz estando soltera.

—Mentira. ¿Qué es? ¿Qué tienes miedo de contarme? ¿Que te gusta secretamente ver a gente en YouTube haciendo tutoriales de maquillaje? Porque si es así, entonces nos podemos llevar bien. Soy todo un experto. Kasia debe haber visto unas mil horas de esa mierda, y ahora creo que se me ha pegado por ósmosis.

Abigail se rio.

—No es nada de eso. Es que estoy tan centrada en mi trabajo que no me he permitido tiempo para centrarme en nada más.

—¿Es eso lo que pasó con Sean?

Tomek se arrepintió de hacer la pregunta inmediatamente. No solo era injusto para ella tener que justificar y explicar su ruptura con su amigo, sino que también era injusto hablar de Sean sobre

algo que sabía que era tan delicado para él, y hacerlo sin que estuviera presente era una verdadera puñalada por la espalda.

Abigail le recordó ese hecho con una mirada de desprecio y unas palabras bien escogidas. Después de que la conversación se volviera un poco incómoda, la tensa atmósfera se rompió gracias al camarero, que tomó su pedido. Momentos después, el joven prepúber, que parecía que debería estar todavía en el colegio, les trajo dos vasos de agua, una tabla para compartir de pan y otra bebida para cada uno.

La segunda, y última, cerveza de Tomek para la noche. Tenía una hija a la que volver a casa, y no le apetecía estamparse contra un árbol en el camino de regreso. Mientras esperaban a que llegara su comida, continuaron con sus conversaciones, llegando a conocerse gradualmente a un nivel más profundo y personal. Durante mucho tiempo su relación había sido puramente platónica, pero eso estaba empezando a cambiar esta noche. Algo bullía dentro de él, algo que había luchado mucho por admitir. Una conexión, una chispa.

Pasaron los siguientes veinte minutos hablando de ex novios, ex novias (en su caso, los dos se habían solapado durante una fase experimental a principios de sus veinte), sus vidas escolares, sus vidas familiares mientras crecían, sus lugares favoritos para visitar de niños, las historias divertidas que lo habían hecho así. Diversión despreocupada, ligera y pura. Habían quitado las cadenas de su relación y estaban dándole rienda suelta.

Pero eso llegó a un alto súbito y drástico tan pronto como llegó la comida. Linguini con salmón para él, gyros de pollo para ella. Dos extremos opuestos de la dieta mediterránea, pero igualmente deliciosos.

—¿Siempre quisiste ser periodista? —preguntó Tomek. Hasta ese momento, el tema del trabajo había permanecido sin mencionar. Y aunque era una pregunta inocua, Tomek sabía dónde acabaría inevitablemente.

—No particularmente —respondió ella—. Me gustaba Lengua Inglesa en el colegio, luego conseguí un puesto en la revista de la universidad mientras hacía mi carrera. Entonces me di cuenta de que se me daba bastante bien, así que he continuado con ello desde

entonces. ¿Y tú, Señor Policía? ¿Siempre has querido perseguir a los malos?

—Prácticamente —dijo, encogiéndose de hombros—. Desde muy pequeño.

—¿Cómo así?

Tomek vaciló.

—Supongo que simplemente me gusta intentar ayudar a la gente, protegerles si puedo.

Y vengarlos. Pero no estaba dispuesto a contarle esa parte todavía. No cuando todavía estaba frustrado por el recuerdo de la muerte de su hermano tras su reunión con Isabel Fox.

—Es encomiable, y tengo mucho respeto por ti —dijo ella—. Hablando de eso...

*Aquí vamos.*

—¿Cómo va lo de Herbert?

—Sabes que no puedo contarte nada más allá de lo que ya se ha dicho.

—¿Por qué no? ¿Tienes miedo?

—No.

—Entonces dímelo.

Tomek negó con la cabeza.

—Por favor...

Volvió a negar con la cabeza.

—Cometí ese error en el pasado, y la persona a la que se lo conté resultó ser el asesino en serie.

—¿Estás insinuando que podría haber matado a Herbert Tucker, señor Bowen? —Su ceja izquierda se alzó con coquetería.

—Solo siento curiosidad por tu interés, eso es todo. Es un poco alarmante. ¿Qué tal si me cuentas lo que sabes, o lo que estás investigando, y luego yo confirmaré si es un hecho o una ficción?

—Voy a necesitar otra cita antes de divulgar cualquier información.

Tomek suspiró internamente, recordando las palabras de Sean.

*Una relación basada en transacciones no parece una buena relación.*

Y entonces decidió que probablemente venía de un lugar de celos y envidia.

—¿Ya quieres ponerla en la agenda? Solo estamos a mitad de la comida. ¿Y si accidentalmente te escupo o derramo vino sobre tu blusa blanca?

—Entonces tendrás que venir a mi casa para limpiarlo.

Lo cual, a medida que avanzaba la noche, fue exactamente lo que ocurrió. Pero en lugar de que Tomek derramara el vino sobre la blusa de Abigail, eso fue cosa de ella misma. Aunque eso no había impedido que Tomek lo intentara a propósito.

Para cuando salieron de The Oyster Bar, el restaurante estaba casi vacío, salvo por ellos y otra pareja que estaba tan borracha que casi se quedaron dormidos en la mesa, entre sus arranques aleatorios de risa y discusiones a gritos. Era un espectáculo digno de ver, a tan corta distancia, pero en cuanto terminaron, Tomek y Abigail se apresuraron a salir de allí. Demasiado borrachos para conducir, y menos aún para arriesgarse a que les parase un policía (lo que habría sido lo más irónico, Abigail insistía en recordárselo), Tomek decidió llamar a un taxi. La primera parada era la casa de Abigail, y cuando él se despedía con la mano, ella lo sacó del coche y lo metió en su piso.

—Realmente debería irme —dijo él, intentando zafarse de su agarre.

—Vamos —dijo ella—. No seas tan aburrido. Kasia es mayor. Estará bien, ¿no? Yo tenía diez años la primera vez que me dejaron sola en casa.

Tomek deliberó, luchando con la decisión en su mente. ¿Una buena noche de sueño en su propia cama o la perspectiva de sexo? ¿Una noche cerca de su hija o una noche dejándola sola?

Mientras cerraba la puerta tras de sí, desinhibido por el alcohol que daba tumbos en su cerebro, todos los pensamientos de Kasia y sus pesadillas, y su anterior conversación con la terapeuta, se fueron volando por la ventana de su mente.

# CAPÍTULO
# **VEINTICUATRO**

*Corriendo. Más rápido esta vez.*

*No sé por qué, pero siento como si mi mochila no estuviera ahí, como si estuviera corriendo sin ella. Pero cada vez que miro hacia atrás puedo verla, rebotando, su contenido chocando mientras me persigue.*

*Estoy corriendo, pero cuando llego al cruce de la calle frente a la escuela, reduzco el paso a una caminata.*

*No veo el coche que viene hacia mí. Ese que he visto antes pero no recuerdo bien. Esta vez es negro, pero en el pasado estoy seguro de que ha sido blanco, quizás plateado.*

*No veo los faros cuando se acercan.*

*Pero sí veo la expresión plana e impasible del conductor mientras frena demasiado tarde y choca contra mí.*

*Mi pequeño cuerpo rueda sobre el capó y luego catapulta hacia el suelo. Mi hombro golpea contra el hormigón, enviando dolores punzantes por todo mi brazo izquierdo. Quiero gritar, pero no puedo. Debo llegar hasta Michał.*

*Michał está esperando.*

*El sonido de coches frenando hasta detenerse chirría en mis oídos mientras me levanto del suelo y me sacudo la tierra húmeda y la gravilla de la chaqueta del uniforme escolar.*

*El hombre del coche me pregunta si estoy bien, pero le ignoro y continúo hacia el parque. A decir verdad, no siento nada. Todo está entumecido. Todo está amortiguado, distante. Y mientras corro por*

*la acera, dejando los coches atrás, los sonidos eventualmente se desvanecen en el silencio.*

*Y entonces hay un corte.*

*Estoy de pie sobre el cuerpo de Michał. La lluvia me azota la cara. Antes no llovía. Y el viento está agitando mi pelo y mi abrigo como si estuviera en un túnel de viento.*

*La sangre se filtra del cuerpo de Michał. Sus ojos, sus oídos, su nariz, su boca. Todo su cuerpo está cubierto por el líquido rojo. Sé que está muerto. Puedo ver que está muerto. Pero no estoy haciendo nada al respecto. No puedo moverme. Cada parte de mí quiere ayudarle, pero siento como si estuviera riéndome, sonriéndole. Riéndome y sonriendo por lo que le ha pasado.*

*A mi propio hermano.*

*Y entonces hay un corte. Al dormitorio de mi piso.*

*Las luces están encendidas, y ahora estoy de pie sobre Kasia otra vez. Treinta años mayor. Y es lo mismo. Excepto que ella está viva. Y esta vez* puedo *salvarla. Pero no lo estoy haciendo. Simplemente estoy ahí parado, clavado en el sitio. La sonrisa en mi cara me está asustando.*

*Quiero gritar, quiero ayudarla, pero no ocurre nada.*

*Mientras tanto, ella está llorando en la cama, hecha un ovillo, acurrucada, luchando por respirar, las ataduras en sus muñecas y pies clavándose en su carne. Su cuerpo convulsiona y está muriendo lentamente. Y parece que nada puede ayudarla ahora. Ni siquiera yo.*

*Su padre.*

*Y entonces hay un corte.*

*A algo que nunca ha ocurrido antes, algo que nunca he visto antes.*

*Está lloviendo fuera, azotando el edificio. Llevo un traje. Negro. Todos los demás a mi alrededor visten igual.*

*Un funeral.*

*El de Kasia.*

*Estoy de pie frente al atril, hablando. Pero no puedo oír lo que estoy diciendo. Mis palabras son inaudibles.*

*Las lágrimas fluyen de mis ojos y de los de la gente frente a mí. Estamos de luto, lamentando juntos la pérdida de mi hija. Amigos, familia, conocidos.*

*Pero entonces veo al asesino de mi hermano en la parte trasera de la iglesia, parado de la misma manera que cuando estaba sobre el cuerpo de Michał. Con los brazos a los lados y la cabeza inclinada hacia adelante, mirándome con malicia.*

*Y entonces hay un corte.*

# CAPÍTULO
# VEINTICINCO

Cuando Tomek llegó a casa a la mañana siguiente, el piso estaba vacío. Kasia se había marchado temprano al colegio y, esperándole sobre la mesa, había una nota.

*Salgo a pasear con Sylvia. He preparado la comida. Nos vemos esta noche para cenar. Espero que hayas pasado una buena noche.*

Tomek no sabía por qué, pero en cuanto terminó de leerla, la culpa le invadió como un mal resfriado. Las palabras no parecían esconder malevolencia ni desdén, pero tuvo la impresión de que ella estaba molesta por su mensaje tan tardío, por dejarla sola en una noche de colegio y por obligarla a prepararse sin él.

Se arrepintió al instante de la noche que había compartido con Abigail.

Después de una ducha rápida (la necesitaba desesperadamente) y un veloz cambio de ropa, llamó a un taxi para que le llevara al aparcamiento del restaurante. Una vez recuperado su vehículo, condujo hasta la comisaría, ahora ya bien por debajo del límite permitido de alcohol.

Treinta y cinco minutos más tarde, llegó en plena hora punta. Tan pronto como puso un pie en la oficina, se apresuró hacia la cocina. La experiencia le había enseñado que era el mejor sitio para esconderse cuando lo necesitaba. También era el lugar perfecto para fingir que llevaba horas en la oficina y solo estaba reponiendo sus niveles de cafeína.

Eso fue hasta que se encontró con Victoria. La peor persona con la que podía toparse después de llegar tarde.

—¿Te apetecía dormir hasta tarde esta mañana? —preguntó ella mientras ponía el hervidor en marcha.

—Ya sabes cómo es esto.

—No lo sé. No soy un hombre soltero.

¿Cómo lo sabe?, se preguntó Tomek. Y entonces se dio cuenta. Sean. Su mejor amigo debía de haberle contado que iba a tener una cita la noche anterior y que probablemente llegaría tarde a la oficina. Que debería esperarle en la cocina.

El traidor.

Un momento después, el hervidor terminó de calentarse y, en lugar de verter el líquido humeante en la taza que se había preparado, Victoria volvió a pulsar la palanca y lo puso a hervir de nuevo.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Tomek—. ¿No acabas de hacerlo?

Victoria miró el objeto inanimado con incredulidad, como si le acabara de mandar a la mierda.

—¿Lo... lo he hecho?

—Sí. Sabes que lo has hecho.

—Sí... es que... ¿No hierves dos veces el agua?

—Yo no hiervo dos veces nada —respondió Tomek—. Tampoco mojo dos veces las patatas fritas en la salsa, pero eso no importa ahora. Lo importante es que me expliques por qué vuelves a hervir un agua que ya ha hervido.

—Para que esté caliente.

—¿Y qué estaba haciendo antes? ¿Acariciarla suavemente?

—Cállate. Solo hace que esté *extra* caliente.

—¿Para poder sentarte ahí y soplar más rato para que se enfríe?

La palanca del aparato hizo clic, señalando que el segundo hervor había terminado. Ignorándolo, ella lo levantó de su soporte y vertió el líquido hirviendo en su taza, después comenzó a remover el contenido.

—¿Cuándo vamos a tener un inspector que sepa hacer una taza de té normal? —preguntó él.

—¿Ya intentando deshacerte de mí?

Tomek no respondió. No a menos que quisiera decir algo de lo que más tarde se arrepentiría.

—A nuestro antiguo inspector le llamábamos Tony el Tibio porque siempre esperaba un par de minutos a que el agua se enfriara antes de echarla en su café instantáneo, porque le preocupaba que se quemara el café. Mientras que tú, a ti te importa un bledo, ¿verdad? Eres una anarquista.

—Creo que quieres decir pirómana.

—Victoria «La Pirómana» Orange... no suena tan bien como Tony el Tibio —dijo Tomek, hablando más para sí mismo que para ella. En el fondo de su mente, estaba pensando en otro apodo para ella.

—Victoria la Viciosa... Victoria la lanzallamas... Orange la Ardiente... Victoria la Superardiente... —Tomek sacudió la cabeza y se dio cuenta de que debía dejar de hablar. Inmediatamente. Al final, le chasqueó los dedos y dijo—: Te lo digo luego. Ya se me ocurrirá algo.

—Asegúrate de hacerlo después de encontrar al asesino de Herbert Tucker, ¿vale?

El tema de su siguiente reunión, a la que Tomek llegó solo con dos minutos de retraso mientras se preparaba su propia taza de café, estaba centrado precisamente en el asesino de Herbert Tucker.

Hasta ahora, desde que Tomek se había marchado la noche anterior, la mayor parte del trabajo del equipo había consistido en examinar las docenas de declaraciones de testigos que estaban tomando a todos los empleados de Tucker en sus diversos negocios y dentro de las oficinas del ayuntamiento. Había que hablar con todos los que trabajaban en ese edificio, y era una tarea que Tomek agradecía no tener que cargar. Mientras tanto, esperaban los resultados del ADN del vehículo de Herbert Tucker y el análisis del pintalabios encontrado en su mano.

—¿Alguna novedad sobre la investigación de Alina Zandecka? —preguntó Nick al equipo.

—Está previsto para hoy, señor —respondió Rachel.

—¿Tenemos ya los informes de sus finanzas, Chey?

—No, señor. Pero, creo que...

—¿Qué hay del club de caballeros? —preguntó Nick, cortando a la agente casi inmediatamente. Estaba en una misión para sacar la información a la luz lo antes posible, y no iba a esperar a nadie que retrasara al equipo.

—Lo mismo que Rachel, señor —respondió Tomek—. Está en mi lista para hoy.

—Bien. ¿Y qué pasa con...?

—Señor, creo que usted... —interrumpió Chey, pero inmediatamente fue silenciada con un gesto de la mano.

—Anna, ¿qué dice Nora Tucker? ¿Has oído algo que pueda ser de interés?

Anna se compuso antes de responder, tomándose su tiempo porque sabía que no tendría mucho una vez que empezara a hablar. —Nora Tucker no me ha dado mucho que sugiera que pueda ser cómplice del asesinato de su marido, *sin embargo*, creo que vale la pena vigilarla.

—¿Por qué?

—Intuición, señor.

—¿Intuición?

—Sí, señor. Algo me dice que hay algo que no encaja.

—¿Crees que fue ella quien lo hizo?

—No especialmente. Creo que podría haber tenido alguna implicación.

—¿Cómo?

—Hablé con ella sobre la aventura de su marido con Sarah Jewell, y me informó que ya lo sabía. Que estaba... *bien* con ello.

—Eso no le daría motivo para matar a su marido...

—Lo sé. Pero, ¿no te parece extraño? ¿Que esté contenta de que su marido le sea infiel repetidamente?

—Quizá tenían una relación abierta —añadió Tomek—. O tal vez eran swingers.

—He oído hablar de ellos —dijo Chey—. Gente rara.

—Mejor que no acabes en una de sus fiestas entonces —respondió Tomek—. Si no, tendrás que llamar a tu madre para que te venga a buscar cuando te asustes demasiado.

—Muy bien —replicó Chey—. ¡Ya está! Nada de sobras de biryani para ti.

—Oh, ¿qué? Pero...

—Callad la puta boca, los dos —siseó Nick, suspirando profundamente—. ¿Alguna vez podremos tener una puta conversación normal sin que descienda a la puta anarquía?

Tomek y Chey se miraron, luego se encogieron de hombros.

—No me lo imagino, señor, no —respondió Tomek.

—En realidad, señor, creo que...

Nick cortó a la agente con otro gesto de la mano mientras volvía su atención a Anna. —Mantén la oreja pegada al suelo. Mientras tanto, quiero que alguien revise su historial: llamadas, mensajes, correos. Cualquier cosa que sugiera que ha intentado contratar a alguien para hacer esto. Y luego...

—¡SEÑOR!

La voz de Chey retumbó por toda la sala, fuerte, autoritaria e imperativa. Todos se detuvieron, congelados, conteniendo la respiración por un breve momento mientras se giraban para ver la expresión de Nick.

El inspector jefe parecía avergonzado, desconcertado. Su corta figura pareció encogerse aún más, y echó los hombros hacia atrás.

Luego se aclaró la garganta y dijo, con calma: —¿Sí, Chey?

—Yo... lo siento por gritar así, señor, pero pensé que querría oír esto.

—¿Oír qué, agente?

—Es sobre Keith Ferguson, señor. Anoche hablé con su mujer. Me ha confirmado que no llegó a casa a la hora que dijo.

—¿Dónde estaba? —preguntó Nick.

—No lo sabe.

—Bueno... —dijo Nick, lentamente—. Buen trabajo, agente. Creo que ya es hora de que vayamos a preguntarle nosotros mismos.

# CAPÍTULO
# VEINTISÉIS

Tomek y Rachel solo habían llegado hasta la recepción de las oficinas del ayuntamiento cuando descubrieron que no había ningún Keith Ferguson con quien hablar. El hombre no se había presentado a trabajar y, tras una breve llamada telefónica con su mujer, esta había confirmado que su marido efectivamente había salido de casa a la misma hora de siempre cada mañana. Se había despedido, le había dado un beso y le había recordado que compraría más huevos de camino a casa. Pero nunca había llegado.

Y algo en toda esta situación le decía a Tomek que Keith no iba a traer huevos a casa.

Después de informar brevemente a Nick y al resto del equipo, se organizó un grupo de búsqueda, y decenas de agentes uniformados por toda la ciudad fueron puestos en alerta máxima para localizar a un hombre que coincidiera con su descripción.

Y, poco más de tres horas después, lo encontraron.

La llamada había llegado mientras Tomek estaba sentado en el escritorio de Chey, analizando los datos de telemetría del teléfono de Keith. Habían encontrado un cuerpo arrastrado por el agua en la playa de Chalkwell. Un cuerpo que coincidía con la descripción de Keith. Y por tercera vez en dos días, Tomek se encontró azotado por los vientos y el aguanieve que le golpeaba la cara. Lo peor eran sus orejas. Esos anillos de carne expuestos que eran la primera parte de su cuerpo en congelarse. Había estado a punto de ponerse orejeras, pero luego se dio cuenta de que jamás habría oído el final de las

burlas. Especialmente después de lo que se había metido con Chey por ese mismo tema.

Habían levantado una carpa en la playa, protegiendo el cuerpo de Keith de los elementos, mientras una docena de agentes uniformados y técnicos de la Escena del Crimen revoloteaban alrededor del lugar.

Tomek se dirigió directamente a la patóloga, Lorna.

—Gracias por venir con tan poco tiempo de aviso —dijo Tomek.

—Estaba por la zona. Había quedado con una amiga para comer. Una chica tiene que alimentarse de alguna manera.

Si quería decir algo más allá de la interpretación literal, Tomek prefería no saberlo.

—¿Qué puedes decirme, Lorn?

—Está muerto, eso es seguro.

—Buen comienzo. ¿Algo un poco más específico?

—Por lo que veo, su cuerpo no ha estado expuesto al agua salada durante demasiado tiempo, así que diría que solo lleva muerto un par de horas.

—¿Algún indicio de que sea una muerte sospechosa?

Ella se encogió de hombros y cruzó los brazos. —El agua fría lo ha conservado bastante bien, y no veo nada en el exterior, así que diría que no por ahora. Pero eso podría cambiar.

—Tu mejor estimación sobre la causa de la muerte, entonces.

—O se cayó o se metió en el agua por voluntad propia. Hasta que no lo abra no sabré si hay alcohol u otra cosa en su sistema.

Tomek meditó por un momento, su mente centrándose en el escenario más probable. Que la presión de la investigación le había afectado. Que tenía algo en su pasado que temía que saliera a la luz pública. Que algunos de sus muchos secretos acabarían siendo desenterrados del agujero donde estuvieran escondidos. Que quizás la culpa por haber cometido el asesinato de Herbert Tucker le había atormentado y no veía salida posible. O que pensaba que podría ser el siguiente y decidió ahorrarse las molestias al asesino haciéndolo él mismo.

Todas eran posibilidades. Lamentablemente, el hombre no podía confirmárselo.

Después de decidir que había visto todo lo que necesitaba, Tomek agradeció a Lorna por su tiempo y se apresuró a volver a la oficina, lejos del frío y hacia el calor donde podría descongelar sus orejas.

# CAPÍTULO
# VEINTISIETE

Apenas Tomek puso un pie en el café de Morgana en Hadleigh, situado a lo largo de la vieja carretera de Londres, fue transportado a un lugar de maravilla y pura alegría. El abrumador aroma a beicon, salchichas, hash browns y huevos estimuló los receptores de dopamina de su cerebro e hizo que todo su cuerpo hormigueara. Le recordó a la primera vez que vino al Reino Unido. Tenía cinco años y su padre había presentado a la familia un desayuno inglés completo, algo que según él solo podía perfeccionarse en el país que le daba nombre.

Resultaba irónico que Morgana, la propietaria, fuera de Europa del Este y que su versión del plato fuera muy superior a cualquier cosa que hubiera probado en un café británico que sirviera la misma comida.

Tomek cruzó la mirada con ella mientras se movía con rapidez de una mesa a otra, y unos momentos después, vino corriendo hacia él.

—¿De vuelta tan pronto? —preguntó ella.

—Puede que tenga que empezar a alquilar una mesa —respondió él.

—Puedo darte buen descuento.

Entonces, con una sonrisa coqueta y un pequeño destello en sus ojos, Morgana acompañó a Tomek a una mesa para cuatro en la periferia de la sala. Sobre su cabeza había un espejo de diamantes de mal gusto. Los asientos que corrían a lo largo de la pared eran de un rosa fluorescente igual de llamativo, hechos de cuero sintético

que se había vuelto tan resbaladizo como el hielo tras años de uso, y cada vez que te sentabas corrías el riesgo de caerte de culo al suelo.

El café servía exclusivamente desayunos. Desde las seis de la mañana hasta las once de la noche. El mismo menú durante todo el día, con la excepción de que por las mañanas era un bufé libre. No era de extrañar, entonces, que el pequeño restaurante estuviera generalmente lleno hasta los topes de clientes entrando y saliendo a lo largo del día. No solo era un lugar para escapar del frío, sino también para llenar el estómago y dejarte sintiendo tanto absolutamente avergonzado de ti mismo como agradablemente satisfecho. Era una paradoja, una que Tomek había notado que a nadie parecía importarle; siempre estaban dispuestos a entrar y atiborrarse, para luego volver a hacerlo a la misma hora la semana siguiente o, en muchos casos, al día siguiente.

Eran poco más de las siete de la tarde, y Tomek contó otras veinte personas allí con él, cada una en varias etapas de su comida. Algunos estaban esperando, como él. Otros acababan de recibir su plato, con los rostros resplandecientes de alegría. Algunos ignoraban a sus seres queridos mientras se metían la deliciosa comida en la boca. Mientras que otros acababan de terminar y parecían a punto de explotar.

Mientras estaba sentado allí, se preguntó cuánto beneficio estaría obteniendo la empresa. Si habría sido un negocio de interés para Herbert Tucker. Y entonces la parte detectivesca de su cerebro se activó y se preguntó por qué podían cobrar precios tan ridículamente baratos por la cantidad de comida que ofrecían. La inflación y las subidas de precios seguramente habrían reducido sus márgenes de beneficio, y el coste de la mano de obra no era barato. No le gustaba pensar que estuvieran dedicándose al blanqueo de dinero, pero a veces era imposible no hacerlo. En los últimos meses, se habían abierto una serie de tiendas de accesorios para móviles y barberías a lo largo de la calle principal de Southend, y era difícil no tener la misma impresión. Pronto, el histórico centro de la ciudad solo atendería a aquellos que quisieran tomarse un café, comprarse una nueva funda para el móvil o necesitaran un corte de pelo.

—¿Qué te puedo traer? —preguntó una voz, distrayendo a Tomek de sus pensamientos.

Levantó la mirada y vio a Morgana de pie junto a él. Acalorada, sofocada, cansada. Sin embargo, también parecía tener más energía en el depósito, como si una docena de bebidas energéticas y tazas de café estuvieran fluyendo por su sistema. Y, si no se equivocaba, sus labios lucían más rojos y sus pestañas más pobladas.

—Estamos ofreciendo un desayuno inglés completo hasta las ocho de esta tarde. Diez libras.

Tomek fingió estar interesado. Aunque sonaba como una oferta que no podía rechazar, no soportaba pensar en el coma alimenticio en el que estaría el resto de la noche.

—Solo un café, gracias —respondió.

—¿Algo más?

Entonces, casi como si lo hubiera hecho a propósito, Abigail entró por la puerta y se acercó a él caminando tranquilamente, envuelta en un grueso abrigo acolchado que le llegaba hasta las espinillas.

—¿Ya has pedido? —preguntó.

—Sí.

—Genial. ¿Qué has elegido?

—Café.

—¿A estas horas de la noche? Estarás trepando por las paredes. Aunque anoche tampoco es que lo necesitaras.

El rostro de Tomek se sonrojó de vergüenza.

—Tomaré una Coca-Cola, por favor —pidió finalmente Abigail.

Una vez que Morgana estuvo fuera de vista, Tomek se recostó en el cojín, apoyando su brazo a lo largo de la pared, y dijo:

—¿Habría contado si te hubiera traído aquí anoche en su lugar?

—¿Aquí? ¿Por quién me tomas?

—Por alguien que sabe de buena comida.

—Así es. Pero no. Eso no habría estado permitido.

—Entonces es bueno que esta sea nuestra *segunda* cita.

Abigail se quitó el abrigo. Mientras luchaba por liberarse de sus esponjosas garras, finalmente comenzó a asimilar lo que él había dicho.

—¿*Esto* es una segunda cita?

Tomek asintió. —¡Sorpresa!

Ella suspiró y puso los ojos en blanco. —Es una suerte que estés bueno, Tomek.

—Si pudiéramos dejar de hablar de mi sistema cardiovascular por un minuto, sería estupendo. Tengo algo importante que quiero comentar contigo.

Sus reflejos de periodista se activaron y sus ojos se abrieron con intriga. —¿Herbert Tucker?

—Otra persona. Pero relacionada.

—¿Relacionada por sangre o por otro método?

—Otro método.

—Interesante. Yo también tengo algo que me gustaría comentar contigo. También otro método.

Excelente. Ahora Tomek no se sentía tan mal por haber inventado una segunda cita de la nada. Solo lo había hecho porque ella había prometido información relevante sobre la muerte de Tucker si la llevaba a otra.

Antes de que pudieran comenzar, Morgana regresó con el café de Tomek y un vaso de Coca-Cola para Abigail. Tomek le dio las gracias, luego centró su atención en la mujer frente a él. Imágenes de la noche que habían compartido empezaron a aparecer gradualmente en su mente como en un proyector de cine. Destellos de sus cuerpos entrelazados, el alcohol en sus sistemas haciendo todo el diálogo.

—¿De qué te estás riendo? —preguntó ella.

No se había dado cuenta, pero los pensamientos le tenían sonriendo como si acabara de ganar la lotería.

—Nada —mintió—. Solo algo gracioso que alguien dijo antes.

—Me sorprende que no fueras tú. Te gusta pensar que eres el gracioso. —Tomó un sorbo de su bebida y la dejó con delicadeza—. ¿Quieres empezar tú o empiezo yo?

—¿Hacemos el mismo orden que anoche?

Abigail no dudó en estirarse sobre la mesa y darle una palmada juguetona en el brazo.

—Cerdo.

Tomek se rio para sus adentros, luego apartó su taza de café a un lado. Ya se le había subido a la cabeza, y podía sentir las sinapsis

de su cerebro comenzando a dispararse.

—¿Has oído lo que pasó esta tarde? —preguntó Tomek.

—¿No? ¿Qué?

Entonces Tomek la puso al día sobre lo que había sucedido con Keith Ferguson. Que la autopsia había revelado que se había suicidado. Que en las horas previas a su muerte, se había llenado de alcohol y cocaína en una borrachera y atracón de drogas. Que, según las grabaciones de las cámaras de seguridad que el equipo había logrado reunir, Keith había vagado hasta la orilla a lo largo del paseo marítimo, y se había adentrado en el agua. Que su ropa gruesa y densa se había empapado rápidamente, volviéndose pesada y arrastrándolo hacia el fondo. Que las gélidas temperaturas del estuario del Támesis habían ralentizado su corazón hasta detenerlo.

—Estábamos investigando a Keith Ferguson en relación con la muerte de Herbert. Su esposa no podía dar cuenta de su paradero. Y se hizo *esto* a sí mismo antes de que tuviéramos la oportunidad de interrogarlo al respecto.

Los ojos de Abigail se abrieron con sorpresa, luego inclinó la cabeza hacia un lado, con su cabello cayendo pulcramente sobre su hombro. —He oído algunas cosas sobre él... Y no siempre fueron particularmente buenas.

—¿Como qué?

—Que a veces se encontraba en situaciones poco recomendables, con mujeres de la noche, si sabes a lo que me refiero.

Alina Zandecka.

El club de caballeros.

Tomek había estado tan ocupado investigando el suicidio del funcionario que aún no había podido visitarlo.

—Era conocido por estar al límite, digamos —continuó Abigail—. A menudo con la nariz.

—¿Y hay alguna razón por la que nunca informaste sobre ello?

Habían pasado a la historia los escándalos de políticos pillados en fiestas de sexo y drogas con cámaras ocultas y apareciendo en la portada de los tabloides días después, pensó Tomek. Pero luego

recordó que el dinero habla mucho más que las bocas. Y tenía todo el sentido del mundo que ni Herbert Tucker ni Keith Ferguson hubieran sido denunciados por ello.

—Solo eran rumores —respondió ella—. Nada sustancial detrás.

—¿No es tu trabajo investigar los rumores?

Vaciló, aparentemente incómoda con la pregunta. —Nuestro editor decidió que había cosas más jugosas sobre las que escribir.

—¿Como el aumento de los precios del aparcamiento a lo largo del paseo marítimo?

Ella se burló juguetonamente. —Para que lo sepas, eso fue una pieza de periodismo de impacto.

Tomek respondió con un bufido y puso los ojos en blanco. Su sentido arácnido comenzó a hormiguear.

—Hablando de periodismo de impacto —comenzó ella, inclinándose más cerca y bajando la voz—. Creo que tengo algo que podría interesarte.

Tomek no contuvo la respiración.

—Continúa...

—Es sobre Herbert Tucker —dijo ella.

—Vale.

—Ayer y hoy, recibí un par de llamadas de mujeres jóvenes diciendo que habían sido agredidas sexualmente por él durante encuentros...

Tomek se tomó un momento para asimilar lo que había dicho y sus implicaciones.

—¿Cuántas personas han dado un paso adelante?

—Cuatro.

—¿Y han acudido directamente a ti? ¿No han ido a la policía?

—No.

—¿Para acusar a un hombre muerto de algo de lo que no puede defenderse?

—Bueno...

—No estoy diciendo que no lo hiciera, pero sin él presente para contarnos su versión de los hechos, es un poco sospechoso, ¿no?

—No realmente. Algunas de estas chicas eran adolescentes cuando sucedió.

—¿Puedo hablar con ellas? ¿Están dispuestas a acudir a la policía?

Abigail negó con la cabeza y sujetó el vaso con los dedos con fuerza, como si Tomek fuera a quitárselo. —Puedo preguntarles, pero cuando lo mencioné antes, descartaron la idea.

—¿Puedo saber sus nombres?

Frunció los labios y negó con la cabeza.

—¿Entonces por qué me lo cuentas si no puedo hacer nada al respecto?

—Porque... porque pensé que te gustaría saberlo.

Tomek desvió la mirada y comenzó a observar a los demás clientes dentro del restaurante. Risas y charlas acompañaban el aroma a grasa de bacon en el aire.

—¿Explicaron por qué lo mantuvieron en secreto durante tanto tiempo?

—¿Importa eso? Tenían miedo. Sus vidas fueron destruidas por alguien con poder. ¿Sabes cuánto coraje y fuerza se necesita para que las mujeres hablen sobre este tipo de cosas, incluso si es después de todos estos años?

Esta era una faceta de ella que Tomek no había experimentado antes. Un fuego, una pasión, otro elemento tenaz de su personalidad. Y lo admiraba enormemente.

—No estoy discutiendo eso en absoluto —dijo, rápido para defenderse—. Tengo mucho respeto por estas mujeres y desearía que más de ellas dieran un paso al frente. La única razón por la que pregunté es porque ayer hablé con alguien a quien le pagaron para mantener en secreto un hijo que tuvo con Herbert Tucker.

Los ojos de Abigail se abrieron con emoción, como si Tomek hubiera dejado escapar accidentalmente los códigos de lanzamiento nuclear del gobierno. Luego, la emoción en su rostro se trasladó a su boca y la transformó en una sonrisa irónica.

—Creo que estamos hablando de la misma persona.

—¿Quién? —preguntó Tomek, mientras el nombre de Alina Zandecka gritaba en el fondo de su cabeza.

—La mujer a la que te refieres. ¿Es de Europa del Este?

—Sí.

—¿Cómo se llama?

—Tú primero —dijo Tomek—. Mismo orden que anoche, ¿recuerdas?

—Cállate —siseó ella—. A la cuenta de tres.

—Esto no es la escuela prima-

—Uno...

—Venga, Ab-

—Dos...

Entonces, al contar tres, ambos dijeron el nombre de Alina.

Pasó un tiempo antes de que Tomek hablara, ya que tenía dudas por dos razones. Una, cuando había hablado con ella, no había mencionado nada sobre una agresión sexual, a pesar de que había tenido la oportunidad en la seguridad y privacidad de su propia casa. Y dos, había esperado hasta después de que Tomek terminara de interrogarla para ir a la prensa.

Su preocupación era que Alina Zandecka estuviera buscando un gran pago por una historia que no era real.

—¿Podemos hablar con ella juntos? —preguntó.

—¿Cuándo?

—Ahora.

La deliberación se reflejó en su rostro.

—¿Aquí?

—O en algún lugar más tranquilo, si lo prefieres. ¿Tu coche?

Por suerte, ella había aparcado más cerca que Tomek, en la parte delantera del aparcamiento. Abigail conducía un Fiat 500 beige, uno de los coches más pequeños en los que Tomek se había sentado jamás y, al subirse a él, sus piernas se doblaron contra su pecho como si fuera uno de los maniquíes que se habían utilizado para probar la seguridad del vehículo.

—¿Mi teléfono o el tuyo?

—El tuyo —dijo Tomek. No quería ser él quien hablara; quería ser quien escuchara, quien oyera el crujido y la ruptura en su voz.

Un momento después, Abigail había cargado el móvil de Alina en su pantalla y marcado el número, poniendo la llamada en altavoz.

La madre soltera contestó al séptimo tono.

—¿Hola? —fue la respuesta. Tentativa, cautelosa.

—¿Alina? Soy Abigail. Hablamos antes...

—Oh. Claro. Sí. ¿Está... está todo bien?

—Creo que sí —dijo Abigail—. Solo quería pedirte algunos detalles más sobre tu relación con Herbert, si te parece bien.

—Claro.

—Y el bebé que tuvisteis juntos... —interrumpió Tomek.

—¿Qué? No sé-

—Vamos, Alina... —continuó él.

—¿Inspector Bowen, es usted? ¿Qué está hacien-?

Antes de que Alina terminara su frase, Tomek oyó un ruido a través del altavoz. Un susurro, duro, afilado. Lleno de estática.

—¡Cuelga!

Tomek fue incapaz de ubicarlo.

—Alina, ¿sigues conmigo?

—Sí. Sí. Estoy aquí.

Pánico en su voz ahora; precaución y aprensión reemplazadas por miedo.

—¡Alina, cuelga! —susurró la voz de nuevo. Esta vez era más profunda, más discernible: la de un hombre.

—Lo siento —comenzó Alina, con la voz quebrada—. Pero tengo que irme. Ha surgido algo. Necesito cuidar de mi hijo. Yo...

Y entonces la línea se cortó.

# CAPÍTULO
# VEINTIOCHO

Eran poco más de las once cuando Tomek finalmente llegó a casa. Seis horas más tarde de lo que le hubiera gustado. Aun así, era mejor que no volver en absoluto, como había hecho la noche anterior.

Subiendo de puntillas las escaleras hacia el piso, contuvo la respiración para no perturbar la tranquilidad del edificio y despertar a Kasia. Pero los crujientes tablones del suelo acabaron con ese propósito.

En la cocina, ella le había dejado otra nota sobre la encimera.

*Cena en la nevera.*

La segunda nota del día.

Verla le dolió, le afligió. Y la constatación de que se había puesto por delante de ella dos veces le abofeteó la cara. ¿Era esto en lo que se había convertido su relación de padre e hija? ¿Un interminable torrente de cenas perdidas y post-its? ¿No lo convertía eso en alguien tan malo como su madre, que a menudo la había dejado sola durante horas mientras salía a buscar drogas? ¿Estaría mejor sin él? ¿Sin nadie?

Y entonces se dio cuenta de que era una tontería pensar así. Una estupidez. Si fuera el caso, acabaría en un centro de acogida, y había presenciado y experimentado lo suficiente a lo largo de los años como para saber que ese era el último lugar donde quería que estuviera.

Tomek no tenía mucha hambre, a pesar de que no había comido nada en la oficina ni de camino a casa, así que dejó las sobras en la nevera. Salió de puntillas del salón hacia el pasillo, pasando los dedos por la pared para orientarse. Solo llevaban unos meses viviendo allí y todavía se estaba acostumbrando a cómo se sentía el edificio en la oscuridad, algo de lo que nunca había tenido que preocuparse hasta que Kasia entró en su vida.

Su habitación estaba al final del pasillo, y en la suave oscuridad, vio la silueta de la puerta de su dormitorio. Y la fina franja de luz amarilla que corría por debajo.

Tentativamente, despacio, con delicadeza, Tomek se acercó poco a poco a su habitación, envolvió suavemente el pomo con la mano y golpeó ligeramente con los nudillos. El sonido era apenas audible; de no haber estado a centímetros de distancia, dudaba que lo hubiera oído. Pero Kasia sí. Quizás se debía a su rápidamente menguante audición en su vejez.

—Estoy despierta —fue la respuesta—. Puedes entrar.

Tomek no necesitó que se lo dijeran dos veces.

Kasia estaba tumbada en posición fetal en su cama, la luz azul de su pantalla iluminaba su delicado rostro. Cuando él entró, ella mantuvo la mirada fija en su móvil.

—Hola... —dijo él, flotando en el espacio entre el marco de la puerta y los pies de la cama.

—Hola.

Seguía sin haber contacto visual.

—¿Qué haces despierta?

—No puedo dormir.

Por supuesto que no podía. Él lo sabía. Pero el silencio y la incomodidad lo estaban matando.

—¿Cómo... cómo ha ido tu día?

—¿Podemos hablar de eso por la mañana? Estoy cansada.

La luz azul de su pantalla parpadeaba y destellaba en sus ojos mientras seguía desplazándose de un vídeo a otro en la plataforma que estuviera usando.

—¿Seguro?

—Sí.

—Vale... —Tomek dudó, atrapado a medio girar—. Yo... ¿Dormiste mejor anoche?

—No especialmente.

—Y... ¿seguiste los consejos que te dio Isabel?

—Sí.

Tomek habría sabido cuáles eran si hubiera estado en casa para hablar de ello. Habría sabido mucho más si no se hubiera perdido las dos últimas noches.

Ella estaba siendo deliberadamente fría, y no era más que lo que él se merecía. La había descuidado, le había fallado. Y ella se lo estaba recordando con dolorosa claridad.

—Me voy a la cama entonces —le dijo—. Intentaré quedarme por la mañana para despedirte.

—No pasa nada. No hace falta —dijo sin ninguna emoción ni expectativa en su voz. Como si hubiera desaparecido en el momento en que él la dejó sola la noche anterior.

—Muy bien, campeona. Te veré por la mañana. Ya sabes dónde encontrarme si me necesitas. —Entornó la puerta.

—Te quiero, colega.

Luego cerró la puerta sin obtener respuesta.

# CAPÍTULO
# VEINTINUEVE

*Lo primero que siento es dolor, un dolor agudo y cegador que me recorre la espalda de arriba abajo.*

*Luego el sonido. El sonido de una puerta de coche abriéndose.*

*Seguido por la imagen de un hombre que se apresura hacia mí, preguntándome si estoy bien.*

*Estoy bien, le digo. Que no tiene que preocuparse por mí. Que puedo cuidarme solo. Que necesito llegar hasta mi hermano.*

*Michał está esperando. Michał* ha estado *esperando durante mucho tiempo.*

*Me pongo de pie con dificultad, ignorando el dolor, luchando por mantenerme erguido. El hombre me ofrece su apoyo, pero lo rechazo y me apresuro por la carretera. Lo miro fijamente al alejarme, como si quisiera recordar su cara, pero no puedo. No es más que oscuridad, una mancha borrosa.*

*Es lo mismo en el parque. No puedo ver la cara de Michał. Y no es por la sangre. Es porque está tan borroso como el hombre. No sé por qué es así, pero lo es.*

*Y entonces hay un corte.*

*Retrocedo en el tiempo. Entrando en el parque, mirando las figuras recortadas contra el fondo negro del área de juegos. Están inclinados sobre el cuerpo de Michał. Uno de ellos sostiene un ladrillo. El otro está de pie junto a la cabeza de Michał. Mirando hacia abajo. El blanco de sus dientes brilla en la escasa luz.*

*Pero eso es todo lo que puedo ver. El resto es borroso, negro, desolador.*

*Me apresuro hacia ellos, pero pronto desaparecen, y luego hay otro corte.*

*Al aula. Retrocediendo en el tiempo de nuevo.*

*La señorita Cameron me está hablando. Me está gritando. De pie sobre mí, como los asesinos de Michał, mientras estoy sentado en la silla. Mantengo un ojo en el reloj y otro en ella. Contando los minutos que faltan para poder irme.*

*Es tarde. Demasiado tarde. Ya debería haber estado en el parque.*

*Y la señorita Cameron me está regañando. Mi comportamiento es atroz, dice. Esto me enseñará, dice. Sea lo que sea que eso signifique. En realidad no estoy prestando atención, así que no lo sé.*

*Solo necesito llegar hasta Michał. Necesito llegar hasta mi hermano para que podamos ir a casa y cenar.*

*Pero cuanto más tiempo me retiene-*

*Y entonces hay un corte.*

*Al asiento trasero del coche de policía. Papá sentado a mi lado. Agentes de policía en la parte delantera. La lluvia azotando la ventana. Fuerte. Chorros de agua que salen disparados en distintos ángulos mientras atravesamos las calles a toda velocidad. No recuerdo que lloviera antes. Debe haber aparecido de la nada, o comenzado de repente mientras yo observaba, esperaba, sin hacer absolutamente nada para proteger a mi hermano de su muerte.*

*Y entonces hay un corte. A la cara de su asesino.*

*Nathan Burrows.*

*El chico de quince años que mató a Michał porque era algo divertido que hacer.*

*El chico de quince años que había estado en una prisión de Categoría A desde entonces.*

*El chico de quince años que había permanecido en silencio y mantenido en secreto el nombre de su cómplice durante los últimos treinta años.*

# CAPÍTULO
# TREINTA

El sueño había sido diferente. Una pesadilla. Perturbador.

Su mente le estaba jugando malas pasadas, y cuanto peor se ponía, menos sabía qué creer. Más desorientado se sentía. ¿Qué era real y qué era falso? ¿Cómo podía discernir entre ambos si su cerebro no dejaba de inventárselo?

Se había revuelto inquieto después de escribir en su diario a las tres de la madrugada. Incluso había contemplado levantarse e ir a trabajar, pero luego recordó su conversación, o la falta de ella, con Kasia. Y cómo tenía algunas cosas que enmendar.

Cuando finalmente se levantó de la cama a las siete, se preparó un café con tostadas y se desplomó en el sofá, viendo sin prestar atención al presentador del telediario informar sobre los acontecimientos de la mañana. Luego le tocó el turno al del tiempo para mantenerle al día. Un fuerte viento invernal procedente del oeste, que haría bajar las temperaturas por debajo de cero. Amenaza de lluvia, aguanieve y quizás algo de nieve.

Lo mismo de todos los años entonces. Gris, húmedo y miserable.

Poco después, Kasia salió de su habitación, con su bata puesta y la capucha bajada sobre los ojos. En los pies llevaba un par de zapatillas y se arrastró hasta el baño.

—Buenos días —la llamó él, con la emoción en su voz traicionando cómo se sentía, justo cuando ella le cerró la puerta.

El sonido del agua corriendo se filtraba a través de la puerta, y mientras ella se duchaba, Tomek le preparó una rebanada de pan

tostado y una taza de té. Ya estaba listo y esperando cuando ella reapareció, todavía con la bata puesta, con la notable diferencia de una toalla envuelta alrededor de su cabeza.

—¿Crees que el instituto te dejaría ir así? —preguntó con suavidad.

—Ojalá.

—Apuesto a que la señorita Holloway tendría algo que decir al respecto. —Le pasó la bebida y el desayuno. Ella lo cogió y se sentó a la mesa—. No salgas con el pelo demasiado mojado. Te resfriarás.

—Estaré bien —dijo mientras clavaba los dientes en la tostada, derramando migas sobre el plato.

Por supuesto que lo estaría. Tomek había tenido la misma ignorancia sobre el clima a esa edad. De hecho, probablemente había sido peor, creyéndose guay y superior por salir de casa con nada más que una sudadera fina y un par de vaqueros en pleno invierno. Cuando en realidad había sido un grito de ayuda y de atención.

Tomek reconocía eso ahora en Kasia.

Diciendo tanto sin decir nada en absoluto.

—Oye, sobre la otra noche —comenzó.

—Está bien —dijo ella—. No tienes que disculparte. Ya estoy acostumbrada.

—Y no deberías estarlo. Debería estar en casa más de lo que estoy, lo entiendo. Yo... hablaré con Nick sobre salir antes, sobre delegar... algunas de las responsabilidades.

Kasia percibió la reticencia en su voz. —No tienes que hacer eso. Te lo he dicho, está bien. Ve y haz lo que tengas que hacer. Quizás simplemente me vaya a casa de Sylvia algunas noches en vez de venir a casa.

Esta vez fue el turno de Tomek de notar la reticencia en la voz de *ella*. Necesitaba que él estuviera en casa. Que solo iría a casa de Sylvia como último recurso.

—Esperemos que no tengas que hacer eso —respondió—. Pero siempre y cuando me dejes saber dónde estás, entonces no tendremos ningún problema.

Un problema, como si no le estuviera permitido ir a casa de su amiga.

Esto estaba saliendo horriblemente, peor de lo esperado. No es que estuviera diciendo exactamente las cosas equivocadas. Pero tampoco estaba diciendo las correctas. Había pensado que podría disculparse, que ella lo aceptaría y que esa conversación terminaría ahí. El camino fácil. Pero no era así como funcionaba la mente de una adolescente. Ahora mismo, si ella era como él en algo, se estaría sintiendo como si fuera el problema, como si hubiera hecho algo mal, como si él llegara tarde a casa para evitarla, para eludir sus responsabilidades como padre tan pronto como ella necesitaba ayuda. Que la había descuidado por culpa de *ella*. Que todo era culpa suya, que se lo merecía. Que era ella contra el mundo.

Al menos, eso solo si ella era como él en algo.

Y, si el test de ADN que habían hecho servía de algo, entonces había un 99,9% de probabilidades de que fuera *exactamente* como él.

El único problema entonces era qué hacer al respecto, porque no tenía ni puta idea. Ahora mismo sentía que tenía las habilidades parentales de una ameba, y todo sentido de la racionalidad, y basarse en su, aunque limitada, experiencia se había ido por la ventana.

Al final, prometió que lo haría mejor, que llegaría temprano a casa cuando el trabajo lo permitiera y que pondría su relación con Abigail en pausa por el momento.

—No tienes que hacer eso, de verdad —respondió ella—. Creo que es bonito que estés quedando con gente. Te vendría bien tener a alguien en tu vida.

—Ya tengo a alguien en mi vida.

Tan pronto como la señaló, ella puso los ojos en blanco y suspiró profundamente con el gemido de una adolescente a la que acaban de decir que haga algo que no quiere.

—No es eso lo que quería decir. Alguien con quien puedas conectar. Alguien con quien puedas reírte. ¿Haces alguna de esas cosas con ella?

Tomek recordó su cita con Abigail —*citas*, ahora en plural. Pensó en la conexión que compartían. Independientemente de si había sido débil o no (aunque ella podría no estar de acuerdo), seguía estando ahí. Al igual que la risa.

—Creo que sí —respondió.

—Bien. Entonces no dejes que yo me interponga. Quiero que seas feliz.

—Y yo también quiero que tú seas feliz.

Algo que no había estado sucediendo en las últimas semanas.

—¿Cómo has dormido anoche? —preguntó.

—Bien.

—¿Sin pesadillas?

—No —respondió ella—. ¿Y tú? ¿Alguna pesadilla?

—No —contestó él—. He dormido como un tronco.

Pero ambos sabían que el otro mentía.

# CAPÍTULO
# TREINTA Y UNO

Lo primero que hizo Tomek cuando llegó al trabajo fue prepararse un café.

Exactamente al mismo tiempo que Victoria. Otra vez.

—¿Has estado trabajando en ese nuevo apodo para mí? —preguntó ella cuando él entró en la cocina, con un toque juguetón en su tono.

—¡Mierda! Todavía no. Sigo trabajando en ello. Pero espera, ¿no dijiste que primero tenía que atrapar a un asesino?

—¿Tampoco has hecho eso todavía? —Su ceja se arqueó mientras sujetaba la taza entre sus manos para calentarse.

—Touché, Victoria. Touché.

Esperó hasta que ella se marchó antes de preparar su bebida. Mientras la llevaba a su escritorio, fue asaltado por Anna, que vino corriendo hacia él desde el otro lado de la sala con tanta fuerza que le hizo derramar café sobre su mano y manga.

—¡Jesús, María, hijo de la gran puta!

—*Kurwa mać*! —dijo ella—. ¡*Bardzo przepraszam*!

Tomek estaba demasiado ocupado buscando un lugar donde dejar la taza y limpiarse la mano del líquido ardiente como para escucharla.

—Lo siento muchísimo —continuó ella.

—No pasa nada. Solo es una pequeña quemadura de tercer grado. Nada de qué preocuparse. ¿En qué puedo ayudarte?

—Hay alguien que quiere verte.

Tomek hizo una pausa, se compuso antes de perder los estribos. —¿No podías habérmelo dicho desde el otro lado de la oficina o con una rápida llamada telefónica?

—*No tak*, pero...

—Cristo en bicicleta, cómo duele.

Antes de que pudiera protestar, Anna le llevó a la cocina y le puso la mano bajo el grifo de agua fría. Treinta segundos después, tenía la mano entumecida, pero el latido continuaba.

—¿Es alguien importante? ¿La Reina?

—Está muerta, Tomek.

—Perdona. Sí, claro. Sigo olvidándolo.

—No, no es alguien así. Pero es alguien que pregunta específicamente por ti.

—No será otra niña de trece años, ¿verdad?

Anna se rio, pero su risa se desvaneció en cuanto Tomek intentó retirar la mano del grifo. Ella era increíblemente fuerte para su tamaño y fue capaz de devolverlo bajo el torrente de agua helada en un instante.

—¡Tranquila, joder! Mis huesos son frágiles. Si aprietas más fuerte podrías romperlos.

—Deja de ser tan prima donna. Mi hijo de cuatro años es más duro que tú.

—Eso está muy bien para tu hijo de cuatro años, pero no...

Tomek lo intentó de nuevo, pero fue en vano; ella le volvió a colocar bajo el agua y esta vez le agarró con más fuerza. Decidió no decir nada. Lección aprendida por las malas.

—¿Quién ha venido a verme? —preguntó.

—Alguien llamado Terrence Toffolo.

Tomek hizo una mueca.

—Pobre desgraciado. Sus padres debieron de odiarle de verdad.

—Y apuesto a que probablemente él tampoco les tiene mucho cariño —respondió Anna antes de finalmente soltarle.

Terrence Toffolo era tan pomposo y obtuso como Tomek había esperado. Tenía unos cincuenta y tantos años y parecía como si acabara de venir de la granja. Vestía una chaqueta de tweed sobre un chaleco de forro polar y una camisa ajustada de cuadros azules y verdes. En la cabeza llevaba una gorra plana de color verde claro (el apodo de "Gorra Plana Toff" se le ocurrió a Tomek en cuanto la vio), y en la parte inferior de su cuerpo un par de vaqueros azul oscuro con un cinturón de cuero marrón. Lo único que necesitaba para completar el conjunto era su rifle de caza.

La expresión en la cara de Terrence Toffolo, si su nombre y su atuendo no fueran ya suficientes, sugería que pensaba que su estatus era más alto de lo que realmente era; que tenía mejores cosas que hacer con su tiempo.

Curioso, considerando que era él quien había venido a hablar con Tomek.

—Señor Toffolo —comenzó, reclinándose en su silla—. Gracias por venir a hablar con nosotros. Tengo entendido que ha preguntado por mí directamente. Pero, perdóneme, ¿nos hemos conocido antes?

—No que yo recuerde. Y normalmente se me dan bien las caras.

—Intente conocer a tantas personas como yo... —dijo Tomek con ligereza, pero la ligereza no llegó hasta la sombría y miserable expresión de Terrence—. También tengo entendido que conocía al señor Herbert Tucker...

—Sí.

—¿Y es por eso por lo que está aquí?

—Sí.

Cristo, esto era dolorosamente lento. Y ni siquiera habían empezado.

Tomek intuyó que iba a estar allí durante mucho tiempo.

—Vale. Estupendo. —Podía sentir cómo Terrence drenaba la energía de su voz como una sanguijuela—. ¿Le importaría explicar por qué ha venido?

—Tengo algo que necesito contarle.

—Genial. Le escucho.

Durante un largo momento, el hombre no dijo nada. Simplemente miró fijamente a Tomek. Y Tomek se preguntó si

Terrence se había averiado, si el motor de su unidad de potencia había dejado de girar.

—No hay una manera fácil de decir esto...

*Joder. Suéltalo ya.*

—¿Ha oído mi nombre antes?

Tomek negó con la cabeza. —Soy peor con los nombres que con las caras.

*Pregúntale a cualquiera de las mujeres con las que he estado.*

—¿Debería conocerlo?

—Eso depende de a quién conozca. Fui una persona influyente... hace tiempo.

Tomek reprimió el impulso de decir: Qué bien por usted.

—Solía trabajar con Herbert Tucker cuando se inició en la política. Fui uno de sus mentores. También habíamos trabajado juntos en un par de proyectos anteriormente, pero mi experiencia siempre ha sido en política.

Tomek asintió pensativo mientras escuchaba.

Mentor. Política. Negocios. Las memorias. Ecos de las palabras de Keith Ferguson resonaron en la mente de Tomek.

—He venido aquí a limpiar mi nombre —continuó Terrence—. Quiero que sepa que no tuve nada que ver con el asesinato de Herbert.

Eso era exactamente lo que diría alguien que sí tuvo algo que ver con el asesinato.

—De acuerdo...

—Estoy aquí para limpiar mi nombre. Hay cosas que ya sabrá sobre mí, y cosas que llegará a conocer. Preferiría que las oyera de mí.

Todo esto era muy extraño, muy confuso. Si estaba diseñado así a propósito, Tomek aún estaba por verlo.

—También estoy aquí para limpiar el nombre de Alina Zandecka.

Vale, ahora estaban llegando a alguna parte.

—¿Cuál es su relación con Alina? —preguntó Tomek.

Antes de responder, Terrence se aclaró la garganta y se llevó la mano a la boca, con movimientos lentos, calculados. —¿Podría tomar un poco de agua, por favor?

El cabrón. Por supuesto que quería agua. Tenía a Tomek en la palma de su mano y planeaba mantenerlo allí el mayor tiempo posible.

Unos minutos después, Tomek regresó con una botella de plástico. De medio litro para que el muy cabrón no se quejara de querer más cada treinta segundos.

—Por favor, continúe —dijo Tomek suavemente—. Alina Zandecka... ¿cómo la conoce?

—La conocí por primera vez en el club.

—El Southend Seven.

—Sí.

—¿Cómo conoció a Alina allí?

—Ella fue... la trajeron una noche. Se suponía que iba a bailar para nosotros, pero luego descubrimos que ella y sus amigas estaban dispuestas a hacer más... Herbert, debo añadir que fue Herbert quien primero les ofreció dinero a cambio de servicios sexuales. Eso sentó un precedente para lo que se esperaba y lo que estaba por venir.

—Entonces, ¿se acostó con Alina?

—No al principio, no. Fue en nuestro tercer encuentro. A esas alturas, a cada uno nos habían asignado una chica. Venían dos, tres veces por semana, y nos acostábamos con ellas. Pero yo siempre me había fijado en Alina. Era dulce, educada, elegante. Poseía algo que ninguna de las otras chicas tenía: ambición y determinación. Había emigrado al país y buscaba una vida mejor para sí misma. Luego, después de varias semanas, ella y yo nos acostamos. En mi casa. Y poco a poco empezamos a enamorarnos.

—¿Qué hay de su relación con Herbert?

—Eso continuó. Con altibajos. Más bajos que altos.

—Y luego ella se quedó embarazada, ¿no es así? —preguntó Tomek.

Un destello de sorpresa se registró en el rostro del hombre. —Sí. Herbert pensó que era suyo...

—Pero era tuyo...

—Sí.

—¿Y le dejaste pensar que era suyo durante todos esos años?

—Sí.

—¿Continuasteis sobornándole a cambio de su silencio?

—Sí.

—¿Por qué? Eras político, empresario, presumiblemente rico. ¿Por qué necesitabas el dinero? ¿O es que el tweed y la gorra plana son solo una fachada?

Para ser un hombre que supuestamente había venido a limpiar su nombre, Tomek no creía que se hubiera dado cuenta de lo mucho que lo necesitaba en primer lugar.

—Poco antes de que ocurriera todo con Alina y Herbert, antes de que él la amenazara para que abortara, había perdido mi trabajo.

—¿Por qué?

—Verá, lo que no le he contado es que, durante ese período, consumía cocaína en grandes cantidades.

A Tomek no le sorprendió oírlo. Pero se preguntaba qué más no le estaba contando el hombre.

—Entonces, ¿qué? ¿Tucker descubrió que tomabas drogas y te echó del equipo?

Por primera vez, el exterior robótico cedió, y el rostro de Terrence se arrugó.

—Todos lo hacíamos en aquella época. Cocaína casi todos los días. Nos ayudaba a funcionar. Llegó un punto en que apenas éramos conscientes de que la tomábamos. Pero yo... me enganché. Me enganché fuerte. Y luego fue empeorando progresivamente. No podía funcionar sin ella. No podía dormir, no podía hablar. Me llevaron al hospital varias veces. Era un desastre. Y Herbert, después de encontrarme en el club, ahogándome en mi propia saliva, me obligó a salir. Me dijo que sería amistoso, que sería una salida rápida y silenciosa, pero quería que me fuera del equipo. No podía tener a alguien como yo allí, dañando su credibilidad, y con la posibilidad de que mi historia saliera a la luz cerniéndose sobre él, no quería nada de eso. Intenté luchar contra ello —la adicción, y también contra la decisión— pero no estaba funcionando. Herbert quería ser el perro alfa. Quería ser el líder.

—¿Así que no quería al bebé, y tampoco quería el peso muerto?

Si la elección de palabras de Tomek había ofendido a Terrence, no dio muestra de ello. Quizás era una palabra que había usado para describirse a sí mismo en el pasado.

—¿Lo que significa que tú y Keith Ferguson erais los descartes de la camada?

Terrence preguntó cómo sabía Tomek sobre el otro político. Tomek respondió, y luego explicó que el hombre estaba muerto.

—Suicidio.

Terrence bajó la cabeza en un breve momento de solemnidad y duelo.

Una vez que le dejó al hombre un minuto para el duelo, Tomek continuó. —Así que se deshizo de ti tan pronto como supo que ibas a ser un problema. ¿Es por eso por lo que tú y Alina le sobornasteis, Terrence?

—*Él* estaba dispuesto a pagarnos a *nosotros*.

—¿Estás confirmando que tú también recibiste tu parte?

El asentimiento fue sutil pero perceptible. —Durante los últimos cuatro años, ambos hemos recibido el dinero. Diez mil libras al mes.

Eso era más del doble del salario de Tomek. Mucho más.

Y pensar que todo podría haber sido suyo si tan solo se hubiera acostado con un político de mediana edad o hubiera tomado cantidades copiosas de cocaína y otras drogas de clase A.

Quizás en otra vida.

—Gracias por contarme todo esto —dijo Tomek—. Pero no veo cómo nada de esto limpia tu nombre.

—¿Qué quieres decir?

—Todo lo que has hecho es contarme que tomaste muchas drogas, te acostaste con prostitutas y luego recibiste dinero para comprar tu silencio de un antiguo colega. Nada de esto te cubre de gloria, Terrence, y no me has dicho dónde estabas la noche que él murió.

—Estaba en casa. Con Alina. Compartimos el piso.

—Así que supongo que fuiste tú quien llamó anoche por teléfono.

Terrence se removió incómodamente en su asiento.

—Yo... yo...

—¿Fuiste tú quien le dijo que fuera a la prensa?

—Yo... —balbuceó Terrence.

Para alguien tan bueno hablando y prolongando las conversaciones cuando le convenía, le estaba resultando difícil responder a una simple pregunta de sí o no.

—¿Herbert agredió sexualmente a Alina, Terrence?

—Lo que tienes que entender...

—¿La obligaste a decir eso, Terrence?

—No, yo... ¡Realmente ocurrió! Solo necesitaba que la convenciera, eso es todo.

—¿Por qué no le dijiste que viniera a la policía, como estás haciendo tú ahora? ¿Es porque sabías que descubriríamos la verdad?

—¡En absoluto! Yo...

—¿Qué pasó? ¿Papá cortó el suministro de dinero así que pensaste que conseguirías un último pago de la prensa? ¿Y sabías que lo conseguirías porque un hombre muerto no puede defenderse?

—¡No! ¡Eso no es lo que pasó en absoluto!

—¿Te enfadó cuando te despidió? ¿Es eso lo que es esto, una venganza? Cuatro años en gestació...

Terrence golpeó la mesa con su mano grande y regordeta. El sonido casi reventó los tímpanos de Tomek y le hizo dar un respingo, aunque esperaba que no fuera obvio.

—Estás inventándote cosas ahora. Estás fabricando cosas que no son reales.

—Estoy intentando llegar al fondo de una investigación de asesinato.

—Exactamente, y eso es lo que estoy tratando de ayudarte a hacer.

—¿Entregándote?

Un largo silencio se interpuso entre ellos mientras Terrence se recomponía. Se sacudió y se recolocó la gorra, aunque seguía descolocada cuando la soltó. Tomek miró la botella de agua que estaba sobre la mesa en el mismo lugar donde la había dejado. El cabrón ni siquiera había bebido nada de ella.

—Tengo información que quizás le interese conocer —respondió Terrence con calma, más fuerte ahora, con más resolución en su voz

y su postura.

—Bien —dijo Tomek, ligeramente dubitativo—. Sea rápido, por favor.

—Tengo nombres. Del Southend Seven.

—Vale.

—¿Le gustaría escucharlos?

*Esto otra vez no.*

—Sí, por favor. Rápidamente, si no te importa.

La expresión en el rostro de Terrence sugería que se había dado cuenta de que ya no tenía poder en la conversación, que ahora todo era de Tomek, y parecía resignado al hecho.

—No sé a quién estás buscando, o con quién estás tratando de hablar, pero si alguien mató a Herbert Tucker, es uno de estos hombres...

# CAPÍTULO
# TREINTA Y DOS

—Esto es profundamente preocupante. Profundamente preocupante, sin duda.

Nick llevaba más de cinco minutos mirando fijamente la lista casi ilegible de nombres que Tomek había garabateado en un trozo de papel. Luego se la pasó a Victoria, quien tardó igualmente un buen rato en asimilarla.

—Creo que tenemos que actuar con mucha cautela —comenzó Nick con un suspiro—. De hecho, ni siquiera sé cómo debemos proceder.

—Yo tengo algunas ideas —dijo Tomek, incapaz de contener su sonrisa.

—Estoy seguro de que las tienes.

Los nombres en la lista eran profundamente preocupantes, sí. Hombres de importancia e influencia en la comunidad local habían hecho cosas terribles. Hombres en la cima de la cadena alimentaria. Y si caían, no había forma de saber cuánta destrucción podría causar en la base.

Al menos, esa era la preocupación de Nick.

A Tomek no le importaba. Simplemente le entusiasmaba la perspectiva de poner a algunos hombres muy poderosos frente a él y averiguar lo que sabían. Y, con suerte, posiblemente uno o dos de ellos acabarían entre rejas. Donde merecían estar.

Después de su reunión con Terrence, Tomek había conseguido que Martin tomara una declaración extensa, lo que significaba que el

hombre tenía que repetir todo para que quedara registrado, una tarea que Tomek agradeció poder pasar a un nivel inferior en la jerarquía. Por ahora, Terrence Toffolo debía irse a casa, permanecer en el país y estar localizable por si la policía necesitaba hablar con él. Seguía siendo un sospechoso, aunque solo fuera por sus pésimas elecciones de vestuario, pero ahora mismo el equipo tenía peces más gordos que atrapar.

O más bien, *tiburones*.

—¿Es malo que no conozca ninguno de estos nombres? —preguntó Victoria mientras cogía su móvil.

—Eso depende a quién le preguntes —respondió Tomek—. Si se lo preguntaras a ellos, seguro que su ego se resentiría, pero si le preguntas a cualquier ciudadano de a pie, no creo que él tampoco los conozca. Probablemente por eso han pasado un poco desapercibidos. Pero si te sirve de consuelo, yo mismo tuve que buscarlos en Google.

Victoria dejó suavemente la lista de nombres sobre la mesa, como si temiera romperla en dos si lo hacía con más fuerza.

—¿Qué coño vamos a hacer? —Nick se pasó la palma por la cabeza como si la estuviera frotando para tener suerte—. Yo... conozco a estas personas. He trabajado en estrecha colaboración con ellas. Especialmente... especialmente con él.

Nick señaló el primer nombre de la lista.

Brendan Door.

El comisionado de Policía, Bomberos y Delincuencia de Essex. Uno de los oficiales de policía de mayor rango en la zona de Southend. Acusado de organizar fiestas, consumir drogas, dormir con prostitutas. Y posiblemente matar a un hombre.

Junto con los otros hombres en la lista.

Anthony Arnold, uno de los mejores abogados del Servicio de Fiscalía de la Corona, responsable de encarcelar a docenas de criminales, desde narcotraficantes hasta asesinos.

Gregory Chaplin, alcalde de Southend.

James Colehill, presidente del Southend United FC.

Richard Stafford, un hombre que había estado en la lista de los más buscados por el equipo antidrogas durante tanto tiempo como

Tomek podía recordar, por dirigir una de las mayores operaciones de drogas de la ciudad, pero que siempre había logrado evadir la captura.

Y el último nombre en la lista era el que más había preocupado a Tomek.

John Mullen, editor jefe del *Southend Echo*, el periódico para el que escribía Abigail.

Ahora tenía sentido por qué le habían pedido que ocultara las historias sobre el escandaloso romance y los hábitos de drogas de Herbert Tucker.

—Nada de esto puede salir a la luz —añadió Nick—. Lo digo en serio. Nada sale de este edificio. Nada de hablar con la familia. Nada de hablar con los seres queridos. Ni siquiera con vuestros hijos. Y... Tomek, te estoy mirando a ti, ni siquiera con novios o novias.

Quizás no.

Tomek se mordió el labio inferior.

—¿Por qué me señala solo a mí?

—Porque tienes la boca más grande de todos. La cantidad de veces que he tenido que cubrirte y proteger tu estúpido trasero es prueba de ello. ¿Necesito recordártelo?

Tomek resopló y no dijo nada.

Era cierto, sí, que a menudo decía muchas cosas sin darse cuenta. También era cierto, sí, que una vez se le habían escapado algunas cosas durante una investigación de asesinato que habían permitido al asesino evadir la captura durante más tiempo del que debería. Pero, ¿lo había hecho a propósito? No. Los errores eran parte de la vida, y no creía que debiera ser reprendido por eso tanto tiempo después de los hechos.

—Al final todo salió bien —añadió Tomek, pero ni Victoria ni Nick decidieron responder; Victoria estaba demasiado ocupada investigando los nombres de la lista para escuchar siquiera, y Nick ya lo había oído todo antes.

—Ahhh, *de ahí* lo conozco —dijo ella.

—¿A cuál?

—Richard Stafford. Estaba en nuestra lista de vigilancia en Colchester. Lo buscábamos por drogas, tráfico de personas y todo

tipo de delitos, pero nunca se le ha podido imputar nada.

—Bueno, ahora sabemos por qué. Con el Comisionado y el fiscal en el bolsillo, es obvio. La corrupción apesta.

—¡Sargento! —chilló Nick.

—¿Qué? Solo estoy constatando lo obvio, señor.

—No hace falta cuando todos estamos pensando en lo mismo, joder.

—Vamos, jefe, tiene que admitir que un club exclusivo lleno de hombres blancos de mediana edad que forman parte de la élite apesta a corrupción —dijo Victoria suavemente.

—Tú también puedes callarte. —Nick giró en su silla, se levantó y comenzó a caminar, masajeándose la cabeza mientras deambulaba de un lado a otro—. ¿Qué hacemos? ¿Qué hacemos?

—Yo digo que los ataquemos por todos los frentes, señor. Hablemos con todos los que conocen y averigüemos qué estaban haciendo la noche que murió Tucker, luego los traigamos a todos a la vez. Reunamos las pruebas antes de traerlos sin previo aviso.

—Me... me gusta. Pero... tenemos que ser muy cuidadosos. Si uno de ellos se entera de lo que estamos haciendo, se acabó, estamos perdidos.

—Corremos ese riesgo enormemente si husmeamos a su alrededor —añadió Victoria, haciendo de abogado del diablo—. Yo voto por traerlos de inmediato, sin previo aviso, sorprenderlos con un arresto masivo e interrogarlos.

—No cuando no tenemos ninguna prueba para acusarlos. Los asustaremos y si tuvieron algo que ver con el asesinato de Tucker, repasarán sus pasos para asegurarse de que nunca lo encontremos. No, lo que necesitamos es encontrar motivos para cada hombre. Tucker tenía muchos enemigos. Dos de ellos, James Colehill y Terrence Toffolo, ya se han presentado contra él. No me sorprendería que el resto de ellos tuvieran motivos para... *deshacerse* de Herbert Tucker. Luego, una vez que tengamos todas las pruebas que necesitamos, los traemos al mismo tiempo. Sin oportunidad de que den la alarma y se cubran las espaldas. Seremos precisos y específicos al respecto. Sí... eso es lo que haremos. Nosotros... Sí...

Nick se detuvo en medio de la habitación y dejó caer la mano a la cintura. La parte superior de su cabeza estaba roja de lo fuerte que se la había frotado.

—¿Puedo dejar que vosotros dos lo coordinéis? ¡Ah, joder!

—¿Qué?

—Acabo de darme cuenta de que tengo una reunión con el comisionado en un par de horas.

—Oh...

Tomek no sabía qué esperaba Nick que dijera.

—Mejor usted que yo, señor.

Pero ciertamente no era eso.

# CAPÍTULO
# TREINTA Y TRES

Tomek no sabía de dónde había sacado la idea, pero poco después de haber empezado, se dio cuenta de que probablemente no era una de sus mejores sugerencias.

Jugar al minigolf en pleno invierno tenía sus evidentes inconvenientes: el frío, los dedos entumecidos, el viento que desviaba la bola por la superficie verde. Pero en su defensa, había una ventaja que superaba todos los aspectos negativos: el hecho de que estaba completamente desierto y tenían un campo entero de 18 hoyos con temática pirata para ellos solos. Podían tomarse todo el tiempo que quisieran y dedicar tanto tiempo a cada hoyo como necesitaran sin hordas de familias y parejas jóvenes respirándoles en la nuca.

Tomek nunca se había interesado por el golf. Era demasiado lento, demasiado dócil para él. Y tampoco creía que fuera un gran deporte para los espectadores. El fútbol y el rugby, por otro lado, eran sus deportes preferidos. Tanto para ver como para practicar. Y le gustaba pensar que se le daban bastante bien. Un comandante, un líder en el campo. Un portador del balón que no tenía miedo de arriesgar su cuerpo. Había pasado tiempo desde la última vez que había pisado un terreno de juego —era miembro de los equipos de fútbol y rugby de la policía, que incluían individuos de todos los niveles jerárquicos— y estaba deseando volver. Quizás incluso invitar a Kasia a que viniera a ver cómo su querido padre hacía el ridículo

discutiendo con otro hombre adulto con barriga cervecera y calva incipiente.

Pensándolo mejor, nadie necesitaba ver eso.

—Para este tienes que meter la bola por uno de estos agujeros, y luego bajará al siguiente nivel —explicó Tomek mientras colocaba la bola de Kasia en el green—. Si tienes suerte, quizás la dejes cerca del hoyo. Y si tienes aún más suerte, podrías hacer un hoyo en uno.

—Ya —gruñó Kasia mientras se acercaba al tee para su cuarto hoyo de la noche. Dejó caer su bola en el tee y, sin mirar, la impulsó por el estrecho pasillo. La bola no estuvo ni cerca del objetivo y rebotó en la pared, casi volviendo a sus pies.

—Oh... —murmuró.

No podría haber parecido menos entusiasmada ni aunque lo hubiera intentado, pero Tomek estaba decidido a seguir adelante. Sentía que necesitaba animarla, sacarla de casa, hacer algo que no fuera quedarse en casa desplazándose por la pantalla del móvil o viendo telebasura.

Esta era su forma de disculparse. Haciendo algo que esperaba que a ella le gustara.

—Mala suerte —dijo, y luego colocó su propia bola. Preparándose, se puso con las piernas separadas al ancho de los hombros, rodillas flexionadas, trasero hacia fuera, espalda recta. Miró por el callejón, trazando una línea recta invisible hacia el hoyo. Luego bajó la mirada hacia sus pies y se dio cuenta de que todo era inútil. Que no tenía ni puñetera idea de lo que estaba haciendo y que era mejor golpear y confiar.

Milagrosamente, la bola acabó colándose por el agujero de la izquierda y llegando a una posición estratégica en el nivel inferior. Tomek vitoreó, dando un puñetazo al aire. Luego extendió la mano para chocar los cinco, pero Kasia solo le miró con desdén.

—¿Tenemos que hacer esto? —preguntó ella.

—¿Qué preferirías hacer?

—¿Cualquier cosa?

—¿*Cualquier cosa*? —repitió Tomek.

—Sí.

—¿*Literalmente* cualquier cosa?

—¡Sí!

—¿Preferirías ir a nadar al mar ahora mismo?

Kasia se giró hacia la oscuridad a sus espaldas. A lo lejos, se podían ver los pequeños puntitos de luz de Kent.

—No... —dijo con vacilación.

—Eso pensaba. Así que, terminemos esto y luego podemos pasar por el McDonald's de camino a casa.

Eso pareció animarla.

—¡Pero solo si me ganas!

Durante las siguientes cinco rondas (¿o eran hoyos? Tomek nunca se acordaba), ella se mostró más implicada y concentrada. Más como la Kasia de siempre que él conocía. Al final, los marcadores estaban bastante igualados, cinco a cuatro a favor de Kasia. Estaría mintiendo si dijera que no le había regalado algunos puntos. Una parte de él quería dejarla ganar por su confianza, su moral y su salud mental. Mientras que la otra parte quería una comida trampa, una excusa para comer algo poco saludable y grasiento. En cualquier caso, sería una situación en la que todos ganaban para ella.

Mientras se dirigían al décimo hoyo, entrando en la segunda mitad del juego, una ráfaga de viento sopló a lo largo de la costa y Tomek perdió el equilibrio. Más temprano ese día había caído una fuerte lluvia, y en su lucha por mantenerse erguido, apoyó un pie en una roca falsa. El material plástico estaba resbaladizo, y bajo su inmenso peso, su pie cedió y le envió rodando de culo por encima de la cabeza hacia una pequeña fuente de agua. El campo de golf con temática pirata estaba repleto de ellas, y en la que Tomek cayó resultó ser la peor de todas: un gran estanque con una cascada de dos metros de ancho que hacía caer agua helada sobre él.

Pasaron unos segundos antes de que pudiera levantarse y salir a rastras del estanque helado. Mientras tanto, Kasia estaba doblada por la mitad, con las manos en el suelo, riéndose de él.

Apenas podía culparla; él habría hecho lo mismo.

Tomek estaba empapado, y en cuestión de segundos, el frío había penetrado a través de sus capas de ropa y se había envuelto alrededor de su espalda y muslos.

—Parece que al final fuiste tú quien se dio un baño —se burló ella.

Tomek abrió la boca para responder, pero la dejó ganar esta vez.

Definitivamente era una Bowen por ese comentario, aunque su apellido fuera Coleman.

—Creo que deberíamos irnos de aquí —dijo, con los dientes castañeteando mientras intentaba entrar en calor.

—¡Pero iba ganando!

Eso no importaba. No cuando sentía tanto frío. Ignorándola, cogió el palo y la bola de ella, y luego se apresuró hacia el final del recorrido, donde entregó el equipo. Con Kasia siguiéndole de cerca, corrió, tan rápido como sus piernas entumecidas le permitían, hacia el coche.

Diez minutos después estaban en el calor. Se había quitado toda la ropa hasta quedarse con una sola capa, y su cuerpo estaba siendo calentado por los filetes de pollo que actualmente recorrían su sistema. Mientras tanto, Kasia estaba devorando una caja para compartir de nuggets que no tenía ninguna intención de compartir. La calefacción dentro del McDonald's estaba al máximo, y después de unos minutos, empezó a entrar en calor. También le daba una calidez psicológica saber que estaba usando la electricidad de otra persona en lugar de la suya propia.

—¿Qué tal la comida? —preguntó.

—¡Buena! —respondió Kasia, con trozos de pollo masticado moviéndose en su boca—. Muy buena.

Los adolescentes eran tan simples. Pon una caja decorativa de comida rápida delante de ellos y se derretían como mantequilla. No sabía por qué no lo había pensado antes.

—¿Y la tuya? —preguntó ella.

—También muy buena.

El café, sin embargo, no lo estaba.

Mientras continuaban disfrutando de su comida, Tomek recorrió el restaurante con la mirada. Era poco después de las ocho y el local seguía abarrotado. Adolescentes, niños, familias, parejas. Una nueva generación creciendo con esta comida.

—Papá...

La voz de Kasia le apartó de la clientela.

—Sobre anoche... —continuó.

—¿Sí?

—Yo... ¿no te molesté, verdad?

Tomek rebuscó en su mente.

—¿Qué parte?

—Cuando dijiste que me querías.

—Oh.

—Sí.

—*Esa* parte.

Kasia bajó la mirada y clavó los ojos en su nugget de pollo.

—¿Lo... lo decías en serio?

Tomek resopló, luego terminó el bocado de comida. —Claro que sí. No lo habría dicho de lo contrario.

Su rostro brilló ligeramente.

—Siento no habértelo dicho yo también.

—Eso... está bien.

Tomek mentiría si dijera que no le dolió. Pero, ¿qué podía esperar? Solo le conocía desde hacía medio año. Seguían siendo extraños. Sería fantasioso esperar que ella se lo devolviera.

—No tienes que disculparte —continuó.

—Es que... no estoy acostumbrada a decirlo.

—Eh, y si nunca lo dices, está bien para mí.

—¿En serio?

—En serio.

Excepto que no lo estaba. Pero nunca podría decírselo, ¿verdad?

# CAPÍTULO
# TREINTA Y CUATRO

Los días siguientes pasaron como un borrón mientras Tomek y el equipo comenzaban sus discretas y sutiles investigaciones sobre las vidas de los siete hombres de la lista de Terrence Toffolo. Juntos habían estado trabajando incansablemente para comprender los antecedentes de cada hombre, hablando con sus antiguos asociados, investigando sus historias políticas y profesionales, monitorizando sus registros telefónicos y de vehículos, cuando era apropiado y aplicable, y manteniéndose dentro de los límites de la ley en cada paso del camino. Lo último que querían era que una condena fuera anulada porque las pruebas recogidas se habían obtenido ilegalmente. Especialmente cuando una de las personas bajo investigación era un fiscal.

Durante ese tiempo, el equipo había avanzado muy poco. La información sobre cada individuo era sorprendentemente escasa y, debido a la naturaleza de su investigación, solo podían interrogar a personas de la periferia de las vidas de estos hombres. En total, habían obtenido más de cincuenta declaraciones de testigos, y ninguno de ellos pudo dar cuenta del paradero de los hombres la noche en que murió Herbert Tucker. Sin embargo, muchos de ellos habían podido confirmar que cada hombre, en algún momento de su vida política o profesional, había tenido desavenencias con Herbert Tucker.

Esto no les llevaba en ninguna dirección particular, salvo que existía la posibilidad de que todos estuvieran involucrados de alguna

manera.

Los hombres de la lista eran poderosos e influyentes, miembros de la comunidad local y en posiciones de autoridad. Como resultado, obtener información era difícil. Pero el más difícil de todos había sido John Mullen, el editor del *Southend Echo*. El hombre pasaba toda su vida escribiendo sobre otros, pero nunca sobre sí mismo. Era como un agujero negro; todo entraba, pero nada volvía a salir, por lo que, después de unos días de investigación secreta, Tomek se había dado cuenta de que iban a necesitar ayuda. ¿Y quién mejor para pedírsela que a Abigail? Ella trabajaba con él y conocía a Mullen mejor de lo que Tomek probablemente lo conocería jamás. El único problema era que tenía que hacer algo por ella a cambio.

—¿Estás segura de que le diste la dirección correcta? —preguntó Tomek.

—Sí.

—¿Y la hora correcta?

—Sí.

—¿Y la fecha correcta?

—Sí. ¿Cómo de tonta crees que soy?

—¿Quieres que responda a eso, o...?

—Era retórica, imbécil.

Abigail volvió su atención a la humeante taza de café que Morgana había colocado frente a ella solo unos momentos antes, la segunda desde que estaban esperando. Esperando a una de las testigos clave que se había presentado, alegando que Herbert Tucker la había agredido sexualmente.

Abigail no quiso compartir el nombre de la mujer con él, y en su lugar solo se refería a ella como Mujer X. Tampoco compartiría ninguna otra información sobre la misteriosa mujer que ya había fallado en presentarse a una cita el día anterior.

—¿Te ha enviado algún mensaje? —preguntó Tomek. Se estaba quedando rápidamente sin paciencia, y aunque técnicamente no era culpa de Abi, ella era la única que tenía delante.

Abi cogió su teléfono de la mesa y tocó la pantalla. Nada. Ni mensajes de texto, ni mensajes de WhatsApp, nada. Solo unas docenas de notificaciones de Twitter.

—Dale otros diez minutos —suplicó.

—Tengo cosas que hacer. No puedo permitirme perder diez minutos.

—¿Y crees que yo sí?

—Tú no eres la que está investigando un asesinato.

—No, pero me estás pidiendo que investigue a mi jefe.

Tomek escaneó la sala rápidamente, asegurándose de que nadie hubiera oído su pequeño arrebato. No lo habían hecho, así que volvió a prestarle atención.

—Vas a tener que decirle que se calme —dijo.

—¿Con qué?

—Con nosotros. Ha sido implacable.

—Es su trabajo.

Tomek era escéptico. Quizás la verdadera razón por la que John Mullen había estado acosando constantemente a Nick y al equipo durante los últimos días era porque quería estar cerca de la acción. Quería saber lo que estaba sucediendo al mismo tiempo que todos los demás.

—¿Habías hablado siquiera con él sobre Herbert Tucker antes de que comenzara todo esto? —preguntó Tomek.

Abigail negó con la cabeza y mordisqueó la parte superior de su bolígrafo.

—No en gran detalle. En el pasado, simplemente nos dijo que ignoráramos un par de cosas. Que las dejáramos en segundo plano. La mayoría de las veces decía que lo investigaría él mismo.

—¿Como qué?

—Ya sabes, cuando la gente hacía acusaciones sobre él o cuando cambiaba su postura política en algo.

—¿Y alguna vez dio seguimiento a los que dijo que investigaría?

Ella se encogió de hombros.

—Nunca supe nada. Siempre estaba demasiado ocupada haciendo mis propias cosas.

—¿Entonces qué ha cambiado? —preguntó Tomek—. ¿Por qué te deja investigar estas acusaciones de agresión sexual?

Abigail dejó de mordisquear su bolígrafo.

—No lo hace... —respondió—. No sabe sobre ellas. Las mujeres se pusieron en contacto conmigo por separado.

—¿Por qué lo has mantenido en secreto?

—Porque en el momento en que Herbert Tucker murió, todo lo que pude oler fue corrupción. Sabía que algo estaba pasando y quería guardármelo para mí.

—¿Para que pudieras tener la exclusiva y toda la gloria que venía con ella?

Otro encogimiento de hombros, esta vez más indiferente.

—Yo también tengo sueños y objetivos profesionales, ¿sabes? Iba a esperar hasta tener toda la información lista, el artículo escrito, las declaraciones de testigos preparadas, y *entonces* mostrárselo. No habría podido negarse.

—No, pero podría haberte despedido.

Comenzó a mordisquear su bolígrafo de nuevo.

—Si ese fuera el caso, entonces sabríamos de qué lado está.

Tomek tuvo que reconocérselo. Había jugado con el sistema y lo había utilizado a su manera. No se lo esperaba de ella, y estaba ligeramente impresionado.

Justo cuando estaba a punto de mirar su reloj, preguntándose dónde podría estar la testigo, su teléfono sonó. Un mensaje de texto. De Sean.

*Perdona, tío, voy a tener que faltar al partido del fin de semana. Puedes usar mi entrada si necesitas que alguien vaya contigo. ¿Abigail, quizás? Hazme saber.*

El nombre de Abigail no fue el primero que le vino a la mente. En su lugar, fue el de Kasia. Una agradable tarde de unión padre-hija. Ciertamente, sería haciendo algo que él quería hacer, y puede que tuvieran que cancelar su clase de kárate por la mañana, pero sería una buena tarde, de todas formas. Y estaba seguro de que podría endulzar el trato ofreciéndole otra comida para llevar como incentivo.

—¿Quién es? —preguntó Abigail, inclinándose ligeramente—. ¿Tu otra novia?

Tomek la miró de forma extraña, apagando rápidamente el teléfono y colocándolo boca abajo.

—¿Quién era? —preguntó ella, con preocupación creciente en su voz.

—Sean —respondió—. Dice que necesito volver dentro de media hora.

No era una mentira completa; *había* una reunión en media hora, era solo que Nick había sido quien la organizó y le recordó repetidamente que no podía llegar tarde.

Afortunadamente para Nick, eso no parecía probable. La Mujer X no se había presentado, y con suerte, Tomek estaría de vuelta en la oficina en un abrir y cerrar de ojos.

Pero cuando se disponía a marcharse, la cabeza de Abigail se levantó como la de una suricata, sus ojos fijos en la ventana del restaurante como si acabara de divisar un depredador.

—¿Es esa...? —preguntó Abigail.

Tomek miró hacia la ventana. De pie al otro lado había una figura. Una mujer, vestida con un grueso abrigo, bufanda subida hasta la barbilla, sus rasgos distorsionados por la lluvia de un lado y la condensación del otro.

—¿Es ella? —preguntó Tomek.

—No lo sé. Yo...

La próxima vez que Tomek miró, la mujer se había ido. Corriendo hacia la derecha.

Tomek salió tras ella, zigzagueando entre las mesas y los grupos de clientes que entraban y salían del café. Cuando llegó al exterior, su pie aterrizó en un charco de agua. El líquido helado salpicó sus zapatos y subió por su pierna, pero le prestó poca atención porque allí, en la distancia, estaba la mujer.

Doblando una esquina.

Cuando estaba a punto de ir tras ella, Abigail salió corriendo del restaurante y chocó con él. Su repentino asalto le hizo tropezar hacia adelante y otro barril de agua se derramó sobre sus piernas y zapatos.

—Joder —siseó mientras sacudía sus piernas.

En el tiempo que le llevó recuperar la compostura, Abigail le había dejado varado en el hormigón y ya estaba corriendo hacia el

callejón en el que había desaparecido la misteriosa figura. Para cuando Tomek finalmente la alcanzó, era demasiado tarde.

Estallidos de niebla explotaron frente a sus rostros mientras recuperaban el aliento. Tomek se sorprendió al ver que respiraba más pesadamente que ella.

—¿Estás agotado por eso? —preguntó Abigail.

—He comido mucho, ¿vale? —dijo mientras colocaba sus manos en las caderas—. ¿Por dónde se fue?

—No lo sé.

Fue entonces cuando Tomek se dio cuenta de que estaba mirando un aparcamiento que daba a un Aldi. A pesar de la hora y el clima, el aparcamiento del supermercado estaba a rebosar, y había muy pocas posibilidades de encontrarla.

—Bueno, al menos se presentó —dijo Abigail.

—No, no lo hizo.

—Sí lo hizo. Eso cuenta.

Tomek negó con la cabeza, se despidió con la mano y luego se dirigió hacia su coche. Todavía estaba jadeando cuando se deslizó en el asiento del conductor.

# CAPÍTULO
# TREINTA Y CINCO

La reunión había sido convocada para las siete en punto. Hora de cenar para muchos, si no para todos. Y para combatir los estómagos rugientes y los temperamentos cada vez más cortos que venían con ello, Chey había pedido un lote de currys y platos de arroz de diferentes sabores del restaurante indio de sus padres. Pero casi tan pronto como llegaron y se colocaron en la mesa, volvieron a guardarse en sus envases. No había tiempo para comer, no cuando Nick estaba a cargo de las reuniones.

Su decisión de retener la comida hasta después de la reunión había dejado a todos frustrados y ansiosos por terminar lo antes posible. Incluido Tomek, cuyo estado de ánimo dependía de sus niveles de azúcar en sangre y del número de calorías que nadaban actualmente en su sistema.

Nick estaba de pie a la cabeza de la sala cuando comenzó la reunión. A su lado había cuatro pizarras. A cada uno de los nombres y rostros de los siete individuos se les había asignado un espacio en las pizarras. Dos caras por pizarra, excepto por una: Gregory Chaplin, el alcalde de Southend. La lista de información debajo de su nombre era la más larga y justificaba el espacio adicional.

Tomek estaba ansioso por comenzar la reunión. No solo por la perspectiva de comida al final, sino porque tenía curiosidad por descubrir lo que cada detective había podido desentrañar.

—En primer lugar, me gustaría empezar con Terrence Toffolo —dijo Nick, con el cuerpo inclinado hacia un lado. En los días

transcurridos desde la última vez que Tomek lo había visto en la sala de reuniones, donde no estaba sentado detrás de su escritorio, su estómago parecía haberse expandido unos centímetros más de lo que era antes del incidente de su hija—. Teniendo en cuenta que Toffolo fue quien inició todo esto y se apresuró a abstenerse de cualquier irregularidad, quiero ver si está tan limpio como afirma ser.

Terrence Toffolo había sido asignado al detective Martin Brown. Después de haber tomado la declaración del testigo (que Tomek había descubierto más tarde que había sido un proceso de tres horas), Martin había estado más que feliz de investigar secretamente la vida del hombre. Lo había visto como una especie de venganza por desperdiciar tanto tiempo en la sala de interrogatorios.

—Terrence Toffolo —comenzó Martin, leyendo de una hoja de papel frente a él—. Cuarenta y nueve años. Nacido en Dagenham, al este de Londres. Se mudó a Southend cuando tenía trece años. Se graduó con matrícula de honor en política en la Universidad de East Anglia. Su padre había estado en política toda su vida. Un burócrata, podría decirse. No llegó a mucho, más bien un funcionario desde el punto de vista de la progresión de carrera política, pero su padre le inculcó la necesidad de ayudar a otras personas. Y creo que Terrence lo vio como un desafío para ser mejor de lo que su padre jamás fue. Así que conoció a Herbert Tucker, y ya sabemos el resto: las drogas, la prostitución. En cuanto a la noche de la muerte de Herbert Tucker, no he podido encontrar nada. Por lo que he oído de los vecinos, él y Alina Zandecka se mantienen bastante aislados. Solo aparecen cuando necesitan algo del supermercado y, desafortunadamente, la gasolinera elimina su metraje después de cuarenta y ocho horas. Era demasiado tarde cuando llegué allí.

—¿Así que nadie puede corroborar sus movimientos esa noche? —preguntó Nick.

—No, señor.

—¿Motivos?

—Yo diría que su expulsión del equipo de Herbert fue suficiente. O la retención del dinero para él y Alina.

—¿Algo más?

Martin negó con la cabeza.

Nick suspiró como generalmente hacía Nick, luego señaló el siguiente nombre en la lista. Anthony Arnold, el mejor abogado fiscal del Servicio de Fiscalía de la Corona. La responsabilidad de divulgar la información sobre él recayó en Sean. El amable gigante también se aclaró la garganta al comenzar.

—Hablé con la secretaria de Anthony Arnold, preguntando si podía ver la lista de sus casos anteriores. Google y el *Southend Echo* solo pudieron decirme hasta cierto punto, pero luego me informaron amablemente que gran parte de su trabajo está sujeto a privilegio legal. Sin embargo, de la poca información que pude encontrar *en* Google y el *Southend Echo*, ninguno de los acusados de Anthony Arnold ha tenido algo que ver con Herbert Tucker. Excepto un hombre.

Sean hizo una pausa para lograr un efecto dramático, pero cuando no se produjo, continuó.

—Ryan Maston fue arrestado y acusado de difamación contra Herbert Tucker hace unos diez años. Escribió algunas cosas controvertidas sobre nuestro diputado en un blog y Tucker se enteró, así que presentó cargos. Ahora, he leído el material y por lo que ya hemos aprendido sobre el Sr. Tucker, no parece ser demasiado controvertido en absoluto.

—¿Qué decía? —preguntó Victoria.

—Nada más que lo que ya sabemos. Que era un político cocainómano con inclinación por las prostitutas y mujeres de vida alegre; palabras de Ryan Maston, no mías.

—¿Y dijo esto hace diez años? —preguntó Tomek.

Sean asintió.

—Mmm. A lo mejor podría pedirle los números de la lotería de esta semana.

—Pocas posibilidades de que eso suceda. Está muerto. Murió de un ataque al corazón hace dos años.

—¿Fue sospechoso de alguna manera? —preguntó Nick, entrando en la conversación.

—No que haya podido descubrir, señor.

—Bien. Buen trabajo. ¿Qué hay del motivo? Hasta ahora no veo ninguno.

Sean dudó, frotándose el lóbulo de la oreja con sus dedos desproporcionados. —Por lo que he podido averiguar, ese parece ser el caso —respondió—. Según lo que he podido reunir, la fiscalía fue más dura contra la difamación que con algunos de los otros casos de Anthony Arnold, lo que sugiere que Herbert llamó pidiendo un favor. A menos que los dos hayan tenido una pelea por algo relacionado con Ryan Maston más de diez años después, no veo ningún otro motivo.

—¿En qué tipo de casos ha sido indulgente Anthony Arnold? —preguntó Tomek, curioso.

—Casos de drogas, principalmente. Personas que han sido atrapadas y arrestadas por nosotros. O ha logrado que salgan libres o de alguna manera ha conseguido que reciban una condena increíblemente baja al no cumplir con sus deberes como abogado fiscal.

—Interesante...

Una imagen comenzaba a formarse en la cabeza de Tomek. Parecía que la misma imagen se estaba formando también en la cabeza de Nick mientras llamaba a Oscar, quien había estado investigando a Richard Stafford.

—El hombre es un enigma —dijo Oscar—. En realidad, es peor que eso. Ni siquiera tengo una palabra para describirlo. No tiene redes sociales, no tiene página web y no parece tener móvil. No parece tener nada más que un par de jodidos rottweilers enormes fuera de su casa en Hockley. Es casi como si no existiera, y si los rumores son ciertos, eso es exactamente lo que el mayor traficante de drogas del condado querría hacerte creer. Hablé con algunos de los chicos de Colchester y compartieron conmigo lo que tenían, pero nos aconsejaron que bajo ninguna circunstancia interfiriéramos con el Sr. Stafford, por si interfiere con sus investigaciones en curso sobre tráfico de drogas del hombre.

—¿Así que no tienes nada?

El Capitán se mordió el labio inferior antes de responder, preparándose para una gran revelación. —En realidad, sí. Tengo *algo*. Pero queda por ver si es de alguna utilidad o no.

—Venga —espetó Nick—. Suéltalo.

—Richard Stafford y Anthony Arnold han sido vistos juntos en numerosas ocasiones.

—¿En citas? ¿En el parque, cogidos de la mano?

—En el campo de golf de Boyce Hill.

¿Por qué siempre era golf? se preguntó Tomek. Dondequiera que miraras, los criminales se reunían en un campo de dieciocho hoyos o en medio de un paso subterráneo lúgubre. No parecía haber mucho entre medias. ¿Era porque era para gente pija y pensaban que la policía sería demasiado pobre para acceder al campo? ¿O necesitaban un paisaje agradable, un hierro cinco y un hermoso día mientras discutían su actividad ilegal?

La imagen en la cabeza de Tomek se solidificó.

El siguiente en la lista para ser discutido era Gregory Chaplin, el Alcalde de Southend.

—Gregory es un poco diferente a los otros mencionados hasta ahora —comenzó Anna después de que Nick le diera un momento para terminar su sorbo de agua—, en la medida en que todo sobre él está disponible en Internet. Es un libro abierto, en muchos sentidos. Tiene su propia página de Wikipedia, aunque no estoy segura si la creó él mismo o si alguien más lo hizo por él. Pero, por lo que he investigado, el alcalde es impecable. Casi demasiado limpio. Y, en su mayor parte, parece ser muy respetado en la comunidad local. Hablé con algunas personas que han trabajado estrechamente con él en el pasado y todas han dicho lo mismo: que era agradable, amable y un placer trabajar con él. Muchas de ellas no tenían nada malo que decir sobre él.

—¿Y qué hay de las que sí? —preguntó Victoria.

—Solo que era un poco controlador y a veces perdía los estribos, pero en su defensa, dijeron que trabajaba en un entorno de alta presión. Si acaso, se sorprendían de que no lo hiciera más a menudo.

Tomek lanzó una mirada rápida a Nick, quien la captó y respondió con una mirada petulante que decía: "Tengo la misma excusa: esto es un entorno de alta presión, y nadie puede decirme lo contrario". Tomek sabía que el inspector jefe se serviría de esa

excusa durante un tiempo. Hasta que encontrara otra para repetir hasta la saciedad.

Nick pasó al quinto nombre en la pared.

James Colehill, encabezado por Chey.

El joven agente pasó los siguientes cinco minutos explicando al equipo todo lo que Tomek ya sabía. Al final, era claramente uno de los principales sospechosos del equipo.

Antes del turno de Tomek para discutir sobre John Mullen estaba Nadia, a quien se le había encomendado investigar a Brendan Door, el Comisionado de Policía, Bomberos y Delitos de Southend. Y antes de que ella hubiera empezado, Nick se movía incómodamente de un lado a otro en su silla. No era ningún secreto que él y el PFCC compartían la relación más directa de cualquiera en el equipo y los nombres en la lista. Nick y Brendan estaban en niveles similares entre sí y eran responsables de la vigilancia en las calles de Southend. Establecían las estrategias, los presupuestos y la jerarquía. Todo lo que el equipo y la familia policial más amplia hacían era gracias a ellos. Y que Brendan posiblemente se hubiera convertido en sospechoso en una investigación de asesinato era desconcertante para todos los involucrados. Especialmente para Nick.

—Odio decirlo —comenzó ella—, pero en todas partes donde miré, encontré al PFCC. Reuniones de negocios, eventos de celebración, ceremonias de premios, siempre estaban juntos, parecían muy amigables, casi... —No pudo terminar el final de su frase, pero todos captaron su inferencia—. No estoy muy segura de cómo funcionaba su relación profesional, pero Brendan y Herbert parecían pasar cada día laboral juntos.

Nadia se volvió hacia Nick en busca de una respuesta.

Él bajó la cabeza lentamente. —Se reunían con frecuencia para discutir estrategias.

Nadia asintió y luego continuó. —He tenido dificultades para encontrar información sobre Brendan, si soy sincera. No sabía dónde buscar.

Tomek pensó que su honestidad era refrescante. No era frecuente que alguien admitiera que había cometido un error o

fracasado, y era agradable verlo.

Una vez que Nick había escuchado suficiente, pasó la conversación a Tomek.

Y al tema de John Mullen.

—¿Por dónde empiezo? —comenzó, hablando en voz alta para lograr efecto, aunque se perdió en todos los demás. Estaban hambrientos, cansados y no les importaba mucho—. Para alguien tan acostumbrado a escribir sobre otras personas, hay muy poca información sobre el Sr. Mullen. Ha sido editor del *Southend Echo* durante poco más de veinte años y conoce muy bien la industria, el negocio y el panorama. Pero cuando se trata de Herbert Tucker, es ahí donde se sabe muy poco, si la cantidad de contenido que se produce sobre él es un indicativo. Mi fuente me dice que el mismo Mullen a menudo se encarga de cualquier cosa polémica o problemática sobre Herbert Tucker. Y luego, nueve de cada diez veces, nada de eso se imprime. Simplemente se pierde en el éter, olvidado.

—Ese no parece ser el caso ahora —replicó Nick, suspirando pesadamente con los brazos cruzados sobre el pecho—. Recibo unas dos llamadas al día de ese cabrón queriendo saber lo último sobre su muerte.

—Lo sé. Sospechoso, ¿verdad? —Sus movimientos teatrales de manos hicieron poco para mover el radar de diversión en los rostros de sus colegas. Estaban casi tan muertos como Herbert Tucker—. Hablé con mi contacto sobre ese asunto en particular, y dijeron que es la primera vez que notan presión por su parte. Mi teoría es que está preocupado y quiere estar al tanto de cualquier cosa. Podría estar protegiendo a alguien —Tomek pasó el dedo por su barba incipiente y comenzó a tirar de un pelo que le había estado causando molestias durante las últimas horas—. ¿Ha leído algo de lo que se ha publicado en el *Echo*, señor?

—No mucho. No tengo tiempo. ¿Por qué?

Se encogió de hombros. —Tengo curiosidad por ver si hay alguna omisión de hechos de lo que usted ha transmitido. Si hay algo en las declaraciones que le ha dicho explícitamente y ha fallado en incluirlo en sus escritos, entonces eso hace que las banderas rojas ondeen.

—¿Banderas rojas? —comentó Chey—. Mírate con tu jerga juvenil.

Tomek se rió. —Buena esa. ¿Ya conseguiste sacar toda esa arena de tus zapatos?

No hubo respuesta. En cambio, Chey se hundió en su asiento.

Tomek volvió su atención a Nick. —Sería interesante ver, una vez que hayamos hecho todas las entrevistas, si cualquier mención de los nombres en esa lista se publica por escrito durante los próximos días también, señor. Apostaría mis árboles bonsái a que no habrá nada.

—¿Tus árboles bonsái? —preguntó Chey, decidiendo intervenir de nuevo—. ¡Eso es algo importante!

Tomek se encogió de hombros como diciendo, pongo mi dinero donde está mi boca.

—¿Qué piensa tu fuente? —preguntó Nadia—. Debo admitir que suena muy buena.

—Ayuda cuando te acuestas con ella —respondió Rachel.

—Independientemente de si se acuesta con ella o no, ha sido de gran ayuda para entender lo que está sucediendo entre bastidores —dijo Nick.

Tomek se sorprendió al oír al hombre saliendo en su defensa; había estado en contra de que Tomek contactara con Abigail en primer lugar.

—Siempre y cuando se pueda confiar en ella... —añadió Nick, con una ceja levantada.

—Por supuesto —respondió Tomek, con la vacilación en su voz notoria.

—Excelente —Nick golpeó la pizarra—. Entonces eso cubre a todos. Parece que todos en esta lista tienen algo que ocultar. Todos podrían tener razones para matar a Herbert Tucker, pero también necesitamos averiguar qué estaban haciendo la noche que murió. Y una vez que hayamos hablado con todos ellos, tendremos mucha más flexibilidad en con quién hablamos y qué podemos hacer.

Ahora tenían que alejarse de lo teórico y discutir lo práctico: cómo iban a investigar a siete hombres al mismo tiempo sin que

ninguno de ellos se enterara de lo que estaba sucediendo. O peor aún, encontrando formas de cubrir sus huellas.

# CAPÍTULO
# TREINTA Y SEIS

El club de caballeros Southend Seven estaba situado a la vuelta de la esquina de la estación de tren de Southend Victoria, en una calle tranquila y apartada. La entrada del edificio era discreta, sin interés para el ojo inexperto: una gran puerta roja que no habría desentonado como entrada a una fábrica cualquiera. Tomek se acercó y agarró el tirador de latón. Al empujar, sintió que sus músculos se tensaban bajo su peso. Una vez dentro, una sensación sórdida y turbia se apoderó de él. Como si estuviera mal estar allí, como si fuera un lugar sucio. Aunque, a juzgar por los estándares de limpieza, no era sucio en absoluto.

Un suelo de mosaico blanco y negro brillaba bajo sus pies. Justo frente a él había un perchero ornamentado y un paragüero de hierro fundido, ninguno de los cuales estaba siendo utilizado. A su derecha había un espejo, más grande que la puerta por la que había entrado, con tallas alrededor de sus bordes. Ni una mota de polvo a la vista. Por sus observaciones iniciales, Tomek estaba impresionado. El lugar estaba más limpio de lo que había esperado. Aunque, con la clientela que lo frecuentaba y el tipo de cosas que hacían, no le sorprendía que se esforzaran tanto en limpiarlo. Estaba seriamente tentado de pasar una luz ultravioleta por el edificio, solo para ver qué tipo de huellas y manchas podría encontrar.

A su izquierda había una puerta con un pequeño panel de vidrio. Detrás de ella había un joven vestido con camisa y corbata. Elegante, profesional. Poco más de veinte años, de edad similar a

Chey. Posado detrás de un atril de restaurante, retocándose delicadamente el pelo. Al ver a Tomek, alguien que nunca antes había entrado en el club, sus ojos se ensancharon y entró en pánico. Pobre chico, pensó Tomek. Probablemente estaba obligado al secreto, forzado a firmar múltiples acuerdos de confidencialidad, animado a decir a sus amigos y familiares que trabajaba en un supermercado. Probablemente incluso le habían dado el uniforme para respaldar la historia.

—Buenos días, señor —dijo el joven suavemente después de que Tomek atravesara la puerta—. ¿En qué puedo ayudarle hoy?

—Estoy aquí para ver a alguien.

—¿Tiene... tiene membresía con nosotros?

Tomek se palpó los bolsillos. —Debería tenerla... En algún sitio... ¡Nunca encuentras algo cuando lo necesitas, ¿eh?!

La tensión en el rostro del hombre cambió a miedo.

—No te preocupes —dijo Tomek—. No llevo una pistola aquí.

Una risa incómoda escapó de la boca del joven.

—¡Ah! Aquí está. ¿Es esto lo que buscabas? —preguntó Tomek mientras sacaba su placa de su bolsillo y la sostenía frente a la cara del hombre.

Al principio, el recepcionista no sabía lo que estaba mirando, así que se inclinó hacia delante para inspeccionar la tarjeta de cerca. Luego, cuando la comprensión se asentó, sus ojos se abrieron aún más.

—Me han informado de manera fiable que el alcalde podría estar aquí...

La boca del joven se abría y cerraba como un pez varado, jadeando por aire.

—¡No puede pasar sin una membresía!

Se interpuso en el camino de Tomek, pero el detective no estaba dispuesto a ceder.

—Esta *es* mi membresía, colega. Abre muchas puertas. Como esta.

El recepcionista persiguió a Tomek a través de otro juego de puertas, pero rápidamente redujo la velocidad cuando se dio cuenta de que no tenía poder para detenerlo. Tomek acababa de entrar en

la sala principal de miembros, repleta de magnífico mobiliario de madera, marcos dorados que contenían famosos paisajes, decoraciones ornamentadas y una rica alfombra roja que no habría sido la primera elección de Tomek. Dos sofás grandes ocupaban el centro del espacio, con varios sillones situados a cada lado. En el centro de la zona había una mesa de café de caoba, artesanal, con una variedad de artefactos colocados encima. En una esquina había un piano de cola, con un asiento acolchado de terciopelo, y en el lado adyacente había una pequeña zona de bar. Dispensadores con una variedad de licores colgaban de la pared, y hileras e hileras de copas pendían desde arriba del bar. En cada una de las cuatro paredes de la habitación había una pequeña puerta que conducía a algún lugar privado.

Tomek se detuvo, inspeccionando cada una.

—¿Dónde está?

El recepcionista no respondió desde la entrada, solo murmuró incoherentemente.

—¿Necesito revisar cada una? ¿O vas a decírmelo...?

—Yo...

Tomek suspiró y escuchó.

Suaves y silenciosos murmullos se escuchaban desde la puerta a la izquierda de Tomek.

Dejando al joven detrás de él, se dirigió directamente hacia ella e irrumpió sin previo aviso. Allí, sentado en medio de la sala en un caro sillón, estaba el alcalde, con los pantalones bajados hasta los tobillos y una mujer a cuatro patas, con la cara hundida en su regazo.

—¡¿Qué coño está pasando?! —bramó Gregory Chaplin mientras apartaba a la mujer de un empujón—. ¡¿Qué coño haces aquí?! ¡Nadie puede entrar aquí a menos que yo lo diga!

Tomek se quedó perfectamente quieto con los brazos cruzados sobre el pecho. Mientras Gregory Chaplin buscaba torpemente sus pantalones, Tomek vio más de lo que quería ver. Mientras tanto, la mujer que le estaba haciendo la felación estaba abrochándose la blusa. En el frenesí de su actividad, sus botones se habían desabrochado, mostrando su sujetador y escote.

—Espero no estar interrumpiendo —comentó Tomek, manteniendo su mirada firmemente enfocada en el hombre de la silla—. Intenté llamar antes, pero la recepción en este lugar realmente *chupa*.

El comentario no pasó desapercibido para Gregory, quien resopló mientras se impulsaba fuera de su sillón.

—¿Quién coño eres y qué coño estás haciendo aquí? No tienes membresía con nosotros. —Antes de que Tomek pudiera responder, Gregory miró por el lado de él y señaló al recepcionista que estaba flotando en el marco de la puerta—. Y *tú*, ¿por qué le dejaste pasar? Sabes que no se supone que debas dejar que nadie me moleste.

—Él... él... —comenzó el joven, pero fue incapaz de terminar.

—Sí tengo una membresía —afirmó Tomek—. Como le estaba explicando a tu empleado aquí, me concede acceso a muchos lugares.

Al ver la placa de Tomek, el color huyó del rostro de Gregory Chaplin, y las patas de gallo de sus ojos se profundizaron.

—Mierda.

—Mierda, efectivamente.

—No es lo que parece. Todo es consensuado. No la obligué a hacer nada, y no le he pagado. No se han violado leyes.

Tomek dudó, volviéndose hacia la mujer. —¿Es eso cierto?

Ella asintió lentamente, incapaz de mirar a Tomek a los ojos. Para entonces estaba completamente vestida y estaba de pie con los brazos detrás de la espalda. Tomek se tomó unos momentos para examinar sus rasgos con más detalle.

—¿Te conozco? —preguntó.

—Yo... no creo.

—¿Nos hemos visto antes? Reconozco tu cara. —Agitó su dedo hacia ella—. De las oficinas del ayuntamiento —continuó—. Estabas en la oficina cuando fui a hablar con su secretaria el otro día. Con la fuente de agua. Y los códigos de lanzamiento nuclear.

—Yo... —dijo ella con una inclinación solemne de la cabeza, prácticamente confirmando sus sospechas—. Por favor, no puedes decírselo a nadie. Perderé mi trabajo.

—Sinceramente espero que no sea así como lo estabas manteniendo en primer lugar...

A eso, ella no tuvo respuesta. Tomek tomó sus datos y luego le dijo que se fuera. Y que si intentaba algo raro, él sabría dónde encontrarla.

Después de que ella saliera de la habitación, Tomek instruyó al joven para que la acompañara fuera del edificio y cerrara la puerta al salir, de modo que solo quedaran ellos dos.

Gregory Chaplin todavía llevaba su atuendo de alcalde, con sus cadenas colgando alrededor de su cuello, y el bulto en sus pantalones aún visible. Tomek le indicó con un gesto que se sentara.

—¿De qué se trata? —preguntó Gregory—. No he hecho nada malo.

Tomek ignoró al hombre mientras comenzaba a pasear por la habitación, sintiéndose como un villano de Bond.

Las paredes estaban cubiertas de fotografías a lo largo de las épocas. En su mayoría de antiguos miembros en blanco y negro, personas notables que en algún momento de su vida habían asistido al club. Pero no fue hasta que Tomek estuvo en el otro lado de la habitación que algo diferente al resto captó su atención.

Una fotografía digital, tomada solo unos años antes. Una foto que contenía a un hombre muerto en el centro del encuadre. En ella, Herbert Tucker estaba vestido con un par de pantalones negros manchados y rasgados. En la parte superior llevaba un jersey desaliñado que había sido rasgado en el pecho. Alrededor de su cuello y manos había manchas negras. Su cabello estaba sucio y desaliñado, y su frente estaba cubierta de barro. Debajo de eso, atascado en sus fosas nasales, había un residuo de polvo blanco que se había olvidado de esnifar. Pero nada de eso preocupaba a Tomek. Más bien, era la boca del hombre lo que le desconcertaba. Estaba roja, hinchada y cubierta de pintalabios.

Destellos del hombre muerto yaciendo entre las casetas de playa y vestido de la misma manera aparecieron en la mente de Tomek. Casi una réplica exacta de cómo habían hecho aparecer a Herbert Tucker.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó Tomek, señalando la imagen.

—¿*Eso*? Eh... tú... no deberías haber visto eso.

—Tampoco debería haber visto lo que acabo de presenciar hace unos momentos, pero aquí estamos. Ahora dime, ¿qué está pasando en esta foto?

Gregory Chaplin balbuceó incoherentemente, su sangre aún acelerada por haber sido pillado en el acto.

—Esa foto se tomó hace tiempo.

—No me importa cuándo se tomó. Quiero saber qué está pasando en ella y por qué coño está colgada en la pared en medio de una habitación sexual.

Tomek se inclinó más cerca para inspeccionar el fondo de la fotografía, luego examinó sus alrededores.

—La foto se tomó aquí —dijo—. ¿Es esto una especie de santuario-mazmorra sexual?

—No es lo que piensas. —Una línea de sudor se había formado en la cabeza de Gregory Chaplin, y una mancha había comenzado a formarse alrededor del cuello de su atuendo de alcalde.

—Entonces dime qué es, porque estoy seriamente confundido.

—¡Solo fue una de nuestras noches!

*Nuestras noches*. Tomek sabía todo sobre ellas.

—Era un día de la semana —continuó Gregory—. No puedo recordar cuál. Era una cosa de disfraces... Herbert pensó que sería divertido venir vestido como una persona sin hogar...

Vestido como una de las personas que prometió ayudar.

Tomek sintió repentinamente una punzada de dolor por Aaron Howell-Jones y su hermano.

Gregory continuó. —Era un desastre, pero todos lo éramos. Esa noche... esa noche nosotros...

—¿Consumisteis cocaína y os acostasteis con prostitutas?

Aún más conmoción se registró en el rostro de Gregory, si eso era completamente posible.

—¿Cómo sabes sobre...?

—No te preocupes —interrumpió Tomek—. Sé todo acerca de vuestras pequeñas fiestas de sexo y drogas. Todo el equipo también

lo sabe. Imagino que solo será cuestión de tiempo hasta que la prensa se entere y entonces toda la comunidad lo sabrá.

—Mullen... —susurró Gregory. Si estaba tratando de hacerlo en silencio y ocultárselo a los oídos de Tomek, entonces había hecho un trabajo terrible, porque Tomek oyó hasta la última sílaba. El nombre prácticamente confirmó las sospechas de Tomek. Que la camarilla de siete hombres estaba trabajando juntos y apoyándose mutuamente para mantener sus pequeños secretos sucios fuera del ojo público.

—¿Quién tomó la foto? —preguntó Tomek.

—Una mujer.

—¿Cuál era su nombre?

Uno le vino inmediatamente a la mente, pero esperó la confirmación.

—Alguna mujer de Europa del Este. No puedo recordar. —Gregory miró hacia otro lado, chasqueando los dedos, como si eso encendiera los pensamientos en su cerebro—. Ali... Allen... ¡Alina! Alina no sé qué.

Bingo.

—¿Y quién más sabe sobre esta foto?

—Esa es la única copia. Alina la borró después de enviárnosla.

Por lo que había aprendido sobre Alina Zandecka durante la última semana, lo dudaba sinceramente.

—Todavía no me has dicho qué estás haciendo aquí —dijo Gregory Chaplin, con algo de resolución volviendo a su voz ahora—. Estás allanando.

—No, no lo estoy. Pero ya que estás tan preocupado por por qué estoy aquí, déjame explicarte. ¿Dónde estabas la noche del quince de enero?

—¿Qué noche fue esa?

—Una fría.

—¿Eh?

—Fue la noche en que Herbert Tucker, uno de tus colegas más cercanos, murió.

—Oh...

—¿Dónde estabas?

—¿En serio estoy siendo interrogado en relación con su asesinato?

Tomek alcanzó la fotografía y la descolgó de la pared.

—Nuestras investigaciones están en curso —dijo lentamente—. Esto es parte de nuestras indagaciones rutinarias. Trabajaste con él durante muchos años, ¿no?

—Sí. —Para entonces, algo de la resolución había desaparecido de su voz de nuevo—. Trabajamos estrechamente uno con el otro. Pero no me gusta lo que estás insinuando.

—No estoy insinuando nada.

—Sí, lo estás. Estás sugiriendo que tuve algo que ver con su muerte.

Tomek levantó la mano en una rendición simulada. —Oye, tú eres el que acaba de decirlo.

Gregory gruñó y agitó sus puños furiosamente, como un niño mimado al que acaban de decir que no. Tomek estaba disfrutando de esto, haciendo retorcerse a un hombre adulto antes de que la mujer que le chupaba el pene pudiera hacerlo.

—Responde a la pregunta —dijo Tomek—. ¿Dónde estabas la noche que murió?

—Estaba en la oficina —resopló Gregory.

—¿Qué oficina?

—*La mía*.

—¿Aquí? ¿O en las oficinas del ayuntamiento al mismo tiempo que Herbert y sus colegas?

Gregory se había metido en un callejón sin salida, y ambos hombres lo sabían.

—Aquí. Estaba aquí, ¿de acuerdo?

—¿Con otra amiga?

Gregory bajó la cabeza avergonzado. —Quizás. Pero no le pagué. Todo es consensuado. Todas están dispuestas a estar aquí.

Tomek no podía pensar en nadie que quisiera acostarse con un hombre gordo, sudoroso y de mediana edad. Pero entonces se miró en uno de los espejos y recordó que él no estaba tan lejos de serlo.

—Voy a necesitar el nombre y los datos de contacto de la mujer con la que pasaste la noche.

—No creo que...

—Puedes, y lo harás.

—Pero... —Gregory se contuvo antes de continuar. Sabía que no tenía otra opción.

—¿A qué hora terminasteis vuestra noche de amor?

El alcalde se tomó su tiempo antes de responder. —Fue alrededor de la medianoche. Quizás antes. Y luego me fui a casa.

—¿Con tu mujer?

—Sí, con mi *mujer*.

Tomek colocó sus manos detrás de la espalda baja. —¿Y cómo fue esa conversación?

—No la hubo. Ella no lo sabe.

Tomek apretó los labios y silbó entre los dientes. —Podría ser conveniente decírselo antes de que se entere por otra fuente.

—¿Es eso una amenaza? —preguntó Gregory, enfrentándose a Tomek.

—En absoluto. Pero pareces saber mucho sobre amenazas, señor Chaplin. ¿Es eso lo que le pasó a Herbert? ¿Te amenazó él primero pero tú te le adelantaste, o fue al revés? ¿Hiciste tú la amenaza y luego la cumpliste?

—¡Absolutamente no! Te estás pasando de la raya. No tienes derecho a acusarme de cosas tan descabelladas. Ahora, si no tienes más preguntas para mí, ¡me iré!

Sin decir nada, Gregory agarró su ropa y el resto de sus cosas, y se dispuso a marcharse. Cuando alcanzó el tirador de la puerta, Tomek lo llamó y señaló una pequeña tira de aluminio que descansaba en el brazo del sillón. Dentro había pequeñas píldoras azules.

—Creo que te olvidas algo —señaló Tomek—. Pero no te recomendaría tomar más. No querríamos que la conversación con tu mujer se ponga más *dura*, ¿verdad?

# CAPÍTULO
# TREINTA Y SIETE

Cuando Tomek regresó a la comisaría, todos los demás miembros de los Siete de Southend, incluido Richard Stafford, ya habían sido abordados e interrogados. Y se consideró un éxito, un ataque coordinado que habría enorgullecido a Corea del Norte.

La noticia sobre la comprometida posición en la que había encontrado a Gregory Chaplin se había difundido rápidamente, y poco después de su regreso todo el equipo se había reído y bromeado al respecto durante unos treinta segundos, hasta que Nick puso fin a las risas y ordenó a todos entrar en la sala de incidentes para hacer un informe. Una oportunidad para recopilar toda la información mientras aún estaba fresca en sus mentes.

Lamentablemente, lo único que seguía fresco en la mente de Tomek era la imagen indeleble del pene erecto de Gregory Chaplin. Se estremeció ante ese pensamiento mientras entraba en la sala de incidentes graves.

—Vamos, venga —dijo Nick, haciendo entrar a todos desde la puerta—. Daos prisa, joder.

Los últimos en entrar fueron Chey y Rachel, que habían tenido la brillante idea de prepararse un té antes de la reunión.

—¿No habrás traído más comida de tu restaurante, verdad? —preguntó Tomek al joven agente.

—Todavía queda algo en la nevera de anoche.

—¡Qué bien! —exclamó Tomek—. Me encanta el arroz frío del día siguiente.

—¡No! —gritó Nadia, casi cayéndose de la silla al girarse para mirarlo—. ¿Estás loco? ¿Arroz frío? ¡No puedes comer arroz frío después de cocinarlo!

—¿Por qué no?

—Porque te matará. Está lleno de bacterias. Tienes que recalentarlo *completamente* antes de volver a comerlo.

—¿No es eso un mito? —preguntó con sinceridad.

—Te voy a dar yo a ti un mito —dijo Nadia, controlándose ahora —. ¿Cómo es posible que no lo supieras?

Tomek se encogió de hombros.

—Siempre lo he hecho así. Todavía no me ha matado.

—Pues bajo ninguna circunstancia debes comer arroz frío una vez cocinado. —Negó con la cabeza y resopló fuertemente—. Tienes cuarenta años, Tomek. No puedo creer que tenga que enseñarte cosas así como si fuera tu madre.

Tomek señaló con un gesto el bebé que crecía en su vientre.

—Buena práctica para ti.

—Claro, porque esa será la primera lección que le enseñaré.

Nadia se giró en su silla y esperó a que Nick comenzara la reunión. El inspector jefe se mantenía en la cabecera de la sala, mirando a Tomek con desaprobación.

—No dejas de sorprenderme, de verdad —dijo.

Tomek hizo una reverencia burlona.

—Estaré aquí toda la semana. Excepto el sábado. Tengo libre el sábado. West Ham.

Pero Nick había dejado de escuchar y se movió hacia los nombres en las pizarras. Durante la siguiente hora, el equipo repasó la información que habían conseguido recopilar de sus respectivos sospechosos.

En resumen, nadie hablaba. Nadie admitía nada. Nadie había tenido nada que ver con el asesinato de Herbert Tucker. Todos estaban en casa, profundamente dormidos, metidos en la cama. Si eso fuera cierto, pondría a dos personas en el punto de mira como colaboradoras.

—Aparte de ver mucho más de lo que esperaba —comenzó Tomek—, también encontré esto.

Sostuvo la fotografía que había tomado de la habitación sexual y señaló la boca roja de Herbert Tucker.

—¿Reconocéis algo? El parecido es asombroso. Esto fue tomado hace unos años por nuestra amiga Alina Zandecka, durante una noche de placer y entretenimiento con los Siete de Southend. Según Gregory Chaplin, esta es la única copia.

—Pocas probabilidades de eso —comentó Martin.

—Exactamente lo que pienso. También creo que quien mató a Herbert Tucker ha visto esta foto.

—Eso sin duda reduce el campo —dijo Nick—. Buen trabajo. —Luego dirigió rápidamente su atención a Chey, que fue el último en hablar.

El agente rebosaba de alegría.

—¡Vais a querer oír esto! —dijo, incapaz de contener su emoción —. Mientras el resto de vosotros hablabais con muros de piedra, el señor Colehill del club de fútbol cantaba como un canario. O meaba como un octogenario, como me gusta decir.

—Me sorprende que conozcas el significado de esa palabra —replicó Tomek.

—¡Vas por buen camino, abuelo! ¡Aunque tu frente podría llegar antes!

Tomek decidió dejar pasar el comentario.

—Espera a tener cuarenta. Tendrás cálculos renales antes de que yo tenga problemas de vejiga.

Eso pareció callarlo, y luego dirigió su atención a Nick.

—Como estaba diciendo...

—Cantando como un canario... —terminó el inspector jefe por él.

—Sí. Contrariamente a como lo describió Tomek el otro día, estaba dispuesto a hablar. Y vaya si habló. Me contó un par de cosas reveladoras, en realidad. Según James Colehill, Herbert Tucker tenía un problema con las drogas mayor del que nos hicieron creer inicialmente.

—¿En qué sentido?

—No solo las consumía, sino que también las suministraba.

—*¿Qué?*

—¡Oh, sí! Y mejora. Al parecer, los cuatro operaban su propio pequeño círculo de drogas...

—¿Quiénes? —preguntó Nick.

—Herbert, el CPFI, el alcalde y Richard Stafford.

Un breve momento de silencio, cargado de conmoción, llenó la sala.

—Explícate —ordenó Nick.

—Por lo que entiendo, Richard era quien suministraba las drogas; obviamente, considerando su historial. Mientras tanto, Gregory Chaplin y Herbert Tucker decían todas las cosas correctas al público cuando era necesario, como que iban a tomar medidas drásticas contra las drogas e imponer castigos más severos para los que fueran pillados en posesión o traficando. Pero luego, a puerta cerrada, transmitían instrucciones al CPFI.

—¿Qué tipo de instrucciones?

—Le decían que recortara presupuestos para la policía en primera línea, que desviara la atención de las intervenciones contra drogas y del personal en las áreas donde era más prevalente, hacia algo completamente diferente, como robos domésticos o de coches. Querían que las calles se llenaran de droga, sacar todo el dinero posible de los yonquis y consumidores, esperar a que el problema se descontrolara, y luego, si necesitaban un golpe rápido de relaciones públicas, arreglaban el problema de nuevo. —Chey movió la mano arriba y abajo como una onda sinusoidal—. Picos y valles. Picos y valles. Todo mientras se embolsaban generosamente los beneficios.

Nick abrió la boca para hablar, pero Chey le interrumpió y continuó:

—Incluso noté algunos pagos mensuales, presumiblemente pagos de retención, a Brendan Door, Gregory Chaplin y Richard Stafford cuando revisaba los estados financieros de Herbert.

Todas las miradas se dirigieron a Nick, quien, en cierto modo, tenía que rendir cuentas por su responsabilidad. La vigilancia del área de Southend era su dominio; en algún momento habría firmado los presupuestos y acordado la estrategia con Brendan.

—Joder —siseó.

Joder, efectivamente, pensó Tomek. El mismo sentimiento estaba escrito en los rostros de sus colegas.

—Yo... nunca vi venir esto... —dijo, bajando la cabeza—. Yo...

Nadie dijo nada. Nadie sabía qué decir. Una sensación extraña para Tomek.

—¿Podemos probar algo de esto? —preguntó Nick.

—Podemos investigar los pagos, sí. Pero como ocurre con muchas de estas cosas, es poco probable que haya un rastro a menos que encontremos algo en el portátil de Tucker: correos electrónicos, mensajes, ese tipo de cosas.

El único problema era que el equipo de forense digital todavía estaba examinando el disco duro del político. Y pasaría otra semana más o menos antes de que hubieran analizado todas las pruebas en su totalidad.

—Bien —dijo Nick, perdido en sus pensamientos—. Pero ¿cuál es el motivo en todo esto? Si Herbert Tucker estaba pagando retenciones mensuales al CPFI, ¿cómo se traduce eso en su muerte?

Chey hizo una pausa, considerándolo.

—Porque los pagos se detuvieron, justo al mismo tiempo que se detuvieron los de Alina Zandecka y Terrence Toffolo.

—Así que simplemente cortó todos los suministros, ¿y luego alguien tomó represalias?

—Parece ser así, señor.

Tomek se sentó pacientemente, escuchando, procesando la información en su mente. Antes de que pudiera concentrarse en ello adecuadamente, Chey se aclaró la garganta.

—Hay más... —dijo teatralmente.

—¿Más?

—Oh, sí. ¡Os lo dije, meando como un octogenario! —Chey se rascó el costado de la cara mientras se preparaba para la siguiente exhibición teatral de su discurso—. El señor Colehill también me informó que Herbert Tucker no era el único con un problema de drogas.

—¿Quién más?

—Su hija, Whitney. Durante un período de diez a doce meses, estuvo enganchada a la cocaína y la heroína. De tal palo, tal astilla.

Esto fue hace unos seis años. Pero luego su madre se enteró y la sacó de eso. Aunque eso no impidió que Herbert financiara el hábito en primer lugar, ¿verdad? El muy idiota estaba dispuesto a matar a su propia hija por un poco de dinero extra.

Era repugnante. Y Tomek brevemente recordó a su hija en casa. Cómo había estado expuesta a una madre adicta a las drogas antes de finalmente aterrizar en su puerta. Cómo había visto de primera mano la destrucción que podía causar. Cómo podría haber sido tentada a desviarse hacia ese mundo a una edad tan temprana. Y cómo ya había comenzado a mostrar signos de ello: ya había probado el alcohol siendo menor y la había encontrado fumando un vapeador en su habitación en dos ocasiones. Esperaba que no hubiera una progresión natural en su comportamiento...

Tomek desconectó sus pensamientos y volvió a concentrarse en la sala.

—Dos cosas más —dijo Chey.

—*¿Dos?*

—Sí. ¿Cuál queréis primero?

—En el orden en que las escuchaste —respondió Nick, aunque todos en la sala habían abierto la boca para expresar su elección.

—Muy bien entonces. —Chey se aclaró la garganta—. Primero, según James Colehill, nuestro Comisionado de Policía, Bomberos y Criminalidad, el señor Brendan Door, ha estado acostándose con la esposa de Herbert, Nora, durante mucho tiempo. Y, segundo, se rumorea que Richard Stafford sabe algo sobre Herbert Tucker que nadie más sabe. Algo que supuestamente se llevará a la tumba...

# CAPÍTULO
# TREINTA Y OCHO

Sábado. El día libre de Tomek. El primero en lo que parecía mucho tiempo.

También era día de partido. Su primero en lo que parecía aún más tiempo.

Pero para Kasia, era el primero en toda su vida.

Y durante las próximas veinticuatro horas, había prometido no pensar en Herbert Tucker, Alina Zandecka, Gregory Chaplin ni en la chica que había estado boca abajo en su regazo (aunque no había mencionado nada sobre ella cuando hizo su promesa). Kasia tendría toda su atención durante todo el día, y no iba a estropearlo. Asistir a un partido del West Ham, su equipo favorito, era un día especial para él. Un día para fortalecer lazos.

Si ella apreciaba su magnitud, no podía asegurarlo. Pero esperaba que al final del día, al menos se hubiera divertido.

Al entrar en el estadio, Tomek compró una guía del partido y una bufanda granate y azul en un puesto para Kasia.

—Ahora vamos iguales —dijo, levantando la suya junto a la de ella.

—¿Tengo que llevar esto?

—Si quieres cenar esta noche, sí.

A regañadientes, tomó la bufanda de sus manos y se la envolvió alrededor del cuello, asegurándose de meter tanta como fuera posible dentro de su abrigo. Luego, mientras se dirigían hacia sus asientos, él le pasó el programa.

—Ahí vienen todos los jugadores —le dijo.

—Ya sé quiénes son —respondió—. Los busqué en internet.

Lo que le recordó algo. Sacó su móvil y navegó hasta la aplicación de apuestas William Hill. Justo cuando estaba a punto de cargar el software, apareció una notificación en la parte superior de la pantalla. Un mensaje. De Abigail.

*Hace tiempo que no sé nada de ti. ¿Todo bien? Me preguntaba si podríamos...*

Tomek se sintió muy tentado de pulsar la notificación con su regordete dedo y leer el resto del mensaje, y quizás escribir una respuesta, pero entonces recordó a Kasia y la promesa que le había hecho a su hija. Después de que desapareciera la notificación, cargó la aplicación de apuestas, encontró el partido del West Ham y apostó diez libras a que ganarían. No eran unas cuotas fantásticas a 18/10, pero eran los favoritos. Y al menos casi duplicaría su dinero.

No. *Casi duplicaría* su dinero. Estaba seguro de ello. West Ham contra Manchester United, el equipo local en buena racha, el otro luchando con problemas dentro y fuera del campo, y uno era el menos favorecido. Solo podía haber un ganador en su mente, y ese era su amado West Ham.

Llegaron a sus asientos y se sentaron a pesar del frío. Llegaban con media hora de antelación, y el estadio ya empezaba a llenarse. Una asistencia masiva para un partido masivo. Tomek sintió que el ambiente en el estadio comenzaba a vibrar.

—¿Quién crees que marcará por nosotros? —preguntó Tomek mientras terminaba de hacer su primera apuesta.

Kasia consultó el programa del partido antes de responder.

Al final, dijo:

—Bowen —señalando con entusiasmo el nombre del extremo.

—Me pregunto por qué...

—¿Estamos emparentados con él?

Tomek se encogió de hombros.

—No que yo sepa. Podríamos estarlo.

—El señor Hendricks dice que todos estamos emparentados de alguna manera.

—¿Por qué dice eso?

—Al parecer, un tipo afirma que hay un isopunto genético que significa que todos venimos de dos personas de la antigüedad.

—Vale —Tomek asintió—. Supongo que quizás todos estamos emparentados de alguna manera.

—¿Tenemos a alguien famoso en nuestra familia? —preguntó Kasia.

Estaba sorprendentemente comunicativa para una fría tarde de enero, en un entorno desconocido y una experiencia poco familiar, pero no se quejaba. Quizás esta era su manera de hacerle saber que se lo estaba pasando bien.

—Creo que la persona más famosa que ha habido en la familia fue una tía abuela, *mi* tía abuela. No sé qué parentesco tendría contigo.

—¿Qué hizo?

—Era una delincuente. Robó en una joyería una vez, en Polonia.

—Oh.

—Sí. Murió unos años antes de que nacieras, creo.

—¿Es hereditario?

—¿El qué? ¿Que te peguen un tiro en la cabeza? Creo que estarás bien.

Los labios de Kasia se entreabrieron y sus ojos se agrandaron.

—¡Le pegaron un tiro en la cabeza! ¿Por qué?

—Venganza. Por lo que tengo entendido, no era una mujer particularmente agradable, y había molestado a alguien unos años antes y luego vinieron a terminar el trabajo.

—Vaya.

—Sí. Así que ten cuidado a quién cabreas en tu vida.

Con ese desconcertante consejo de sabiduría flotando en su cabeza, Kasia se acomodó en su asiento y no dijo nada. Pero el silencio duró poco, y unos minutos después, los equipos saltaron al campo y comenzó el partido. Entonces, durante los noventa minutos más el tiempo añadido, todo pensamiento sobre tías abuelas criminales y balas en la cabeza se esfumó, mientras veían al West Ham aferrarse a una victoria por 1-0, con Jarrod Bowen marcando el único gol del partido. Después de que el partido terminara, los cánticos de "Bowen está que arde, vuestra defensa está aterrada" al

ritmo de "Freed From Desire" de Gala resonaron por todo el estadio. Tomek se encontró uniéndose, cantando a pleno pulmón, dejándose llevar por la emoción del momento.

—Qué vergüenza —dijo Kasia, mientras comenzaban a abandonar sus asientos.

—¿Qué? Yo también estoy que arde, ¿no?

—Tú no marcaste el gol.

—No. Me refiero en general. En la vida.

La expresión de su cara decía que quería decir: "¿De qué coño hablas, papá?", pero en su lugar optó por la versión apta para todos los públicos.

—A veces eres muy raro.

—Es parte de ser padre. Está en el manual. Avergüenza a tu hijo tanto como sea posible.

—Sí... Claro...

—Además, gané mis apuestas, ¿no? *Ahora* sí que estoy que ardo.

—Parte de ese dinero debería ser mío.

Buen argumento.

—Va a pagar tu comida para llevar esta noche, ahí lo tienes.

Poco después de abandonar sus asientos, rápidamente se vieron atrapados en el mar de aficionados, ansiosos por evacuar el estadio y llegar a casa lo más rápido posible. Justo cuando llegaron al pequeño tramo de escaleras que conducía a la vía principal, Kasia explicó que necesitaba ir al baño, así que Tomek la esperó al otro lado. Mientras estaba allí, apoyado contra la pared, sacó su teléfono y echó un vistazo a las notificaciones. Durante el partido, había recibido otros dos mensajes de Abigail. Ambos decían lo mismo.

*Espero no haber hecho nada que te molestara...*

*No quiero que pienses que soy dependiente o agobiante...*

Tomek no pensaba eso. Ya había experimentado eso antes, en extremo, y esto no se parecía en nada. En cierto modo, era ligeramente enternecedor. Que ella fuera seria y estuviera comprometida con la relación y con conocerle. Ahora era su turno de hacer lo mismo. Siempre y cuando tuviera claras sus prioridades.

Hablando de prioridades. ¿Dónde estaba ella?

Habían pasado al menos cinco minutos, y todavía no había señal de Kasia. Guardando el móvil en el bolsillo, comenzó a abrirse paso entre la multitud, luchando contra los músculos y la gordura de hombres de mediana edad con aliento cargado de alcohol gritándole en la cara. De repente, la euforia y la emoción de la victoria no le cautivaban como lo habían hecho unos momentos antes.

Afortunadamente, el leve estado de pánico duró poco porque allí, saliendo del baño, caminando junto a otra chica, estaba Kasia. Tomek reconoció a la chica que la acompañaba, pero fue incapaz de ubicar su cara.

—Papá, ¿te acuerdas de Yasmin? —preguntó Kasia.

Yasmin. Yasmin. Tomek repitió el nombre en su mente varias veces. Entonces, cuando ella levantó la mirada hacia él, sus rasgos maduros entrando en su campo de visión, la reconoció. Yasmin. La chica de la playa antes de Navidad. La que había estado allí la noche que atacaron a la hija de Nick.

—Yasmin. Sí, claro que me acuerdo de usted. ¿Cómo está? ¿Está aquí sola o con alguien?

—Estoy con mis padres —se volvió y señaló a una figura al otro lado de la multitud—. Mi madre me está esperando.

Kasia se despidió rápida y torpemente. Cuando se volvió para mirarle, sus mejillas se habían enrojecido.

—¡Qué coincidencia ha sido! —dijo Tomek.

—Su madre y su padre tienen abonos de temporada.

—Supongo que si tienes una amiga que viene, estarás más dispuesta a venir a los partidos en casa ahora, ¿no? Y no solo porque tu querido y viejo padre te lo pidió.

Kasia no dijo nada mientras se unían a la marea de gente y salían del estadio.

Cuando subieron al metro, Tomek dijo:

—La cena de esta noche entonces. ¿Ya has decidido qué quieres?

—Chino. Me apetece mucho comida china.

Por supuesto que sí. Era su favorita. Y normalmente la más cara. Menos mal que el Señor William Hill iba a pagar la cuenta.

# CAPÍTULO
# TREINTA Y NUEVE

*El ácido de batería burbujea en los ojos de mi hermano. La lluvia golpea su rostro, chisporroteando al colisionar con el ácido.*

*O quizá no. No lo sé.*

*Pero lo que sí sé es que hay dos asesinos. Dos asesinos de pie sobre mi hermano cuando entro al campo donde se suponía que debía encontrarme con Michał.*

*Dos asesinos que huyeron de la escena. Pero no antes de que pudiera ver a uno de ellos.*

*En esta ocasión estoy mirando directamente a Nathan, el asesino que fue arrestado por el asesinato de Michał, mientras que el otro está borroso, atrapado en el fondo. Quiero extender la mano y traerlo a la luz, pero no ocurre nada. No se mueve.*

*Pero Nathan...*

*Ese cabroncete me está mirando fijamente; su cara llena de amenaza y maldad, con odio entrelazado en sus ojos.*

*Lleva un chándal negro. Adidas, creo. Las tres rayas. Tiene capucha pero no se la ha puesto. Tampoco es que la necesite, porque en realidad no está lloviendo. La lluvia no está realmente ahí. Sé que no lo está, pero por alguna razón, sigue apareciendo.*

*Pero a Nathan no parece importarle de ninguna manera.*

*Nathan tiene quince años. Cuatro años más que yo, dos años más que Michał. Uno de los mayores del colegio. Tiene hombros finos y estrechos, y una constitución aún más delgada y estrecha. Le gusta pensar que es uno de los chicos duros, que vive en alguna*

*barriada. Le gusta pensar que es el dueño del colegio cada vez que entra, pero no lo es. Su espeso y desgreñado flequillo negro se agita y ondea con el viento, y su boca se abre en una sonrisa torcida, mostrando sus dientes horribles —dientes que probablemente no se han limpiado en semanas. Sus manos y su abrigo están cubiertos de sangre, y al apartar un mechón de pelo de su cara, se mancha la mejilla.*

*La sangre de Michał. La sangre de mi hermano.*

*Lo han masacrado. Lo han matado. Lo han brutalizado por completo.*

*Y nunca les perdonaré. Nunca les perdonaré por lo que han hecho.*

*Ojalá tuviéramos pena de muerte. Ojalá hubieran sido condenados a muerte. Ahorcados por sus crímenes. Que les hubieran dado una inyección letal o la silla eléctrica.*

*Matados, borrados del planeta. De la misma manera que ellos hicieron con Michał.*

*Pero en su lugar, les han dado otra oportunidad.*

*A Nathan le dieron treinta años.*

*El otro...* Charlie*, bueno, dondequiera que esté el muy cabrón, espero que esté sufriendo, como se merece.*

*Se merece el ácido de batería en los ojos.*

*Los ladrillos en la cara.*

*La tierra en la boca.*

*Las puñaladas en el estómago y el pecho.*

*La mutilación de su pene.*

*Se merece todo. Cada pedazo de dolor que le infligió a Michał, se merece diez veces más.*

# CAPÍTULO
# CUARENTA

El *Southend Echo* ocupaba una pequeña oficina en el segundo piso en pleno centro de Basildon, en un edificio gris y deprimente que no había sufrido modificación alguna desde su construcción original en los años ochenta. No tenía ventanales del suelo al techo, ni paneles modernos, nada que sugiriera que se había construido adelantándose a su tiempo. Era deprimente mirarlo desde fuera, y Tomek esperaba que el interior fuese un poco más luminoso.

Se equivocaba.

El interior era tan sombrío y lúgubre como el exterior y le recordaba a las aulas de su colegio en los noventa. En recepción les recibió una mujer de mediana edad que parecía más apropiada para trabajar en una biblioteca que en la oficina de un periódico. Tomek y Rachel se presentaron y explicaron que estaban allí para reunirse con John Mullen, y...

—¿Tenéis cita?

—No —respondió Tomek con una sonrisa irónica—. No la necesitamos.

—Me temo que sí. El señor Mullen es un hombre extremadamente ocupado.

—Nosotros también —replicó Rachel con toda la convicción de un niño pequeño demostrando que tiene razón.

Antes de que la recepcionista pudiera responder, Tomek preguntó:

—¿Está Abigail trabajando hoy?

—¿Qué tiene eso que ver con...?

—¿Lo está? —insistió Tomek.

—Sí, está...

—Excelente. Hablaré con ella. Tengo una reunión con ella.

Tomek se apartó de la mujer, atravesó la puerta que tenía las letras *Southend Echo* en negrita, y continuó por un largo pasillo con una moqueta púrpura que tenía al menos treinta años, posiblemente más.

—Parece que acostarse con una de las redactoras del periódico tiene sus privilegios —comentó Tomek.

—Además de los obvios.

—¿Detecto un toque de celos, agente Hamilton?

—Que sea lesbiana no significa que piense que todas las mujeres son atractivas. Igual que tú no pensarías que todos los hombres lo son si fueras gay. Pero sí, creo que estás jugando en una liga *muy* superior a la tuya con esa chica.

Tomek arqueó una ceja.

—No tengas miedo de decir lo que piensas la próxima vez, ¿de acuerdo? Soy un tío grande, puedo soportarlo.

—Ten cuidado con lo que deseas, sargento —respondió ella con un atisbo de sonrisa pícara.

Finalmente, llegaron al final del pasillo y entraron en un pequeño espacio abierto ocupado por seis personas encorvadas sobre sus escritorios, con una pared de monitores de ordenador y cables que les impedía verse entre sí. El sonido del tecleo furioso era ensordecedor. Al otro extremo de la sala había un pequeño despacho, con el nombre de John Mullen etiquetado en la misma fuente rotulada que habían visto de camino.

Tomek ignoró a los trabajadores, y a Abigail, que estaba sentada de espaldas a él al final de la hilera, y se dirigió directamente al despacho de John Mullen.

Apenas había dado unos pasos cuando ella le vio por el rabillo del ojo y giró en su silla, con una expresión de sorpresa y entusiasmo.

—¡Tomek! ¿Qué estás...?

—Lo siento —dijo él, cortándola al instante—. Hablaré contigo después. Primero tengo que ocuparme de algo.

Hablar con John Mullen, tras la revelación de Chey, se había convertido en una prioridad absoluta. Lo mismo se aplicaba a Brendan Door, el PFCC, excepto que Nick había aconsejado que él se encargaría de ese asunto. Y lo mismo ocurría con Richard Stafford. El único problema era que el equipo estaba teniendo dificultades para encontrar al presunto traficante de drogas. Según los informes, había volado a su villa en la soleada España y no podían extraditarlo porque no había cargos que presentar contra él sin pruebas suficientes.

Por el momento.

John Mullen, sin embargo, era un blanco fácil. Y Nick había pedido que Tomek hablara con él directamente. Un sargento, alguien con antigüedad. Había sido difícil no pensar en Sean cuando se enteró, pero ese momento de compasión solo había durado unos segundos antes de que volviera a ponerse el sombrero de policía y partiera con Rachel.

Tomek llamó a la puerta del despacho de John Mullen y esperó. El hombre de cuarenta y nueve años abrió la puerta unos segundos después.

—¿Quiénes sois? —siseó, con indignación palpable en su voz.

—Amigos —respondió Tomek mientras le mostraba su placa—. No pretendemos hacerle daño.

*No físico, al menos.*

A regañadientes, John Mullen se dio cuenta de que tenía poco poder en esa situación y se apartó. Rachel fue la primera en entrar, seguida por Tomek. No había asientos en la oficina, aparte del que había sido asignado al editor, lo que significaba que Tomek y Rachel se vieron obligados a permanecer de pie, algo que a Tomek no le molestaba. Más poder para él, una presencia más intimidante; una presencia que podría sonsacar alguna información valiosa.

Un momento después, Tomek comenzó:

—Queríamos hablar con usted en relación con Herbert Tucker, y...

—Ya le dije a vosotros todo lo que sé el otro día.

—Lamentablemente, tenemos motivos para creer lo contrario.

John Mullen entrelazó los dedos y adoptó una expresión pensativa.

—Ha llegado a nuestro conocimiento que lleva tiempo ocultando ciertas cosas sobre Herbert Tucker a la prensa.

—¿Cómo?

—Un testigo.

—¿Quién habló? —dijo Mullen rápidamente, y se dio cuenta al instante.

—Nadie habló, señor Mullen —mintió Tomek—. Nuestros estimados colegas pudieron extraerles la información.

—No creo que eso vaya a funcionar conmigo.

Rachel y Tomek se miraron.

—Qué tierno —le dijo Tomek a ella—. Eso es lo que dicen todos.

—Es cierto, sargento. Tiene razón.

Tomek dio un paso adelante.

—En realidad no estamos aquí por eso, John. Estamos aquí para hablar de otras cosas.

Las arrugas de su frente se profundizaron a medida que crecía la preocupación.

—Nos preguntábamos si podría darnos más información sobre el consumo de drogas de su hija.

Las pupilas de John se estrecharon, y ladeó la cabeza.

—¿Qué queréis saber sobre eso?

—Cuánto le pagaron por mantenerlo en secreto.

—No me pagaron.

—¿De verdad? Entonces, ¿cómo explica esto? —Rachel se colocó frente a él y le entregó un documento A4. En la parte superior del documento había una sola fila de celdas. En la primera estaba el nombre de John, luego sus datos bancarios personales, código de clasificación y número de cuenta, la fecha de la transacción y, finalmente, el importe.

—¿Podría explicar esto?

—Fue... yo estaba... Era una tarifa de consultoría.

—Cuarenta mil libras es mucho dinero por una consultoría. ¿En qué le consultó?

—En sus posturas políticas —respondió John, sonriendo como si estuviera orgulloso de haberlo pensado en el momento—. Necesitaba saber cómo se verían sus opiniones y discursos desde una perspectiva de relaciones públicas.

—¿Así que usted le asesoraba? —preguntó Tomek.

—Sí.

—¿Alguna vez le dijo qué decir?

—A veces.

—¿Eso está permitido? Me suena un poco a manipulación. También parece que este hombre no tenía un pensamiento original propio.

—Yo...

—¿Le molestaba eso?

John negó lentamente con la cabeza.

—Era lo que hacía. Todos habíamos llegado a aceptarlo.

—¿Todos?

Tomek estaba disfrutando con esto. El hombre estaba tropezando con sus palabras. Y a este ritmo, podría confesar el asesinato al final de la conversación.

—Solo... solo nosotros, aquí. En el periódico.

—¿Nada que ver con Gregory Chaplin, Richard Stafford, Brendan Door, Anthony Arnold, James Colehill o Terrence Toffolo?

John no dijo nada durante un rato, simplemente se quedó sentado incómodo, meditando sobre los nombres. Un tic apareció en su ojo derecho.

—No conozco ninguno de esos nombres.

—¿En serio? ¿Ni siquiera el del alcalde? Eso parece extraño. ¿No estuvisteis juntos el fin de semana?

—Ah. Claro. Bueno, sí. Les conozco en un sentido profesional.

—¿Pero no en un sentido personal?

—No diría eso, no.

—Entonces, ¿no sabe nada del club de caballeros Southend Seven en Richmond Avenue?

La cara de John se volvió un tono más pálida.

—¿O de la foto que colgaba en la pared dentro de una de las habitaciones?

Otro tono más pálido.

Cuando Tomek sacó de su bolsillo una copia impresa de la fotografía y se la mostró al hombre, todo el color desapareció de su rostro.

—¿Estaba usted allí cuando se tomó esta foto?

—Yo... Er... —John se aclaró la garganta, alcanzó un vaso de agua de su escritorio y bebió. El hombre estaba ganando tiempo, se veía claramente, pero no importaba si demoraba diez minutos o diez horas; lo que importaba era lo que saliera de su boca a continuación. Los cinco (el abogado, el alcalde, el PFCC, John y el traficante de drogas) guardaban silencio, asegurándose de que sus bocas permanecieran cerradas. Estaban resultando difíciles de hacer hablar. Pero uno de ellos empezaría a hablar eventualmente. Y Tomek quería estar allí cuando lo hicieran.

—No sé nada sobre esa imagen —respondió John—. ¿Estoy detenido?

—No a menos que quiera que le detengamos.

—Entonces no diré nada más.

Tomek dejó la foto sobre la mesa y metió las manos en los bolsillos.

—Todavía tenemos algunas preguntas que nos gustaría hacer, así que eso es lo que vamos a hacer.

John resopló con desdén.

—¿Con qué frecuencia acude al Southend Seven?

El hombre no dijo nada y se quedó allí con los labios apretados como para demostrar aún más su punto.

—¿Semanalmente? ¿A diario?

Nada.

—¿Su mujer sabe que va allí?

La tensión en sus labios se aflojó ligeramente.

—¿Sabe lo que hace allí? ¿Sabe quién tomó la foto?

Más sueltos, más sueltos.

—¿Sabe lo de las drogas?

Más sueltos, volviendo a la normalidad ahora.

—¿Sabe dónde estaba la noche de la muerte de Herbert Tucker? ¿Puede corroborar eso, o necesitaremos tener esta conversación en

un entorno más formal? ¿O necesita que le contemos qué tipo de cosas hace?

—¡Está bien! Cállate, joder. Deja de hablar. No, no lo sabe, ¿vale? Y te agradecería que siguiera siendo así.

—La única forma en que se enteraría es si se filtrara en las noticias, pero considerando que usted es dueño de esta publicación y no tiene que pagar por su propio silencio, supongo que estará bien. Sin embargo, si cae por el asesinato de Tucker, imagino que todos esos secretos, y quién sabe qué más, podrían salir a la luz.

—Yo no tuve nada que ver con la muerte de Herbert. Estaba devastado cuando me enteré. Honestamente.

Eso era exactamente lo que diría alguien que no estaba siendo honesto.

—¿Sabe quién lo hizo? —preguntó Rachel.

El hombre negó profusamente con la cabeza.

—Ojalá lo supiera. Pero no. Lo siento.

—¿Puede decirnos *algo*?

—Ya les dije todo lo que sé el otro día.

—Eso es mentira, ¿verdad, John? Y usted lo sabe.

—¿Qu-? ¿Qué-? No entiendo.

—La hija de Herbert consumía drogas y usted mantuvo eso fuera del dominio público, ¿no es así? —continuó Rachel—. ¿Cuánto le pagó por eso? ¿Fue otra de sus tarifas de consultoría? ¿Otros cuarenta mil en la cuenta por guardar silencio?

—No voy a decir nada —dijo. Pero al hacerlo, prácticamente había confirmado su culpabilidad. Había estado aceptando sobornos a cambio de silencio.

Lo cual había sido un tema recurrente con casi todos con los que habían hablado. Todo se reducía al dinero. Y con un hombre de tanta influencia y poder, no había escasez de oferta.

Ni tampoco escasez de demanda.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y UNO

Al salir del despacho de John Mullen, Tomek apartó a Abigail a un lado y le explicó que, a pesar de lo que ella se había convencido que era verdad, él no la había estado ignorando, y que tenía una hija de la que debía ocuparse. Kasia era su prioridad, y Abigail se mostró más que comprensiva al respecto y posteriormente se disculpó por parecer abrumadora y asfixiante. Al final de la conversación, Tomek sugirió la idea de quedar el fin de semana siguiente, posiblemente en uno de los próximos partidos en casa.

—¿Estás de broma? He sido aficionada del West Ham toda mi vida. ¡Me *encantaría* ir!

Era una cita. En el calendario. Algo que esperar con ilusión.

Desafortunadamente, no se podía decir lo mismo de su tarde. Tan pronto como terminó con John Mullen, la siguiente persona en su lista para hablar era Brendan Door, el Comisionado de Policía, Bomberos y Delincuencia de Southend. Le acompañaba Nick.

El inspector jefe estaba visiblemente nervioso. Caminando de un lado a otro, cambiando el peso de un pie a otro cuando no paseaba, y rascándose la nuca casi constantemente mientras esperaban a que la secretaria de Brendan les dejara pasar.

—¿Estás bien, jefe? —preguntó Tomek.

—Sí —respondió Nick temblorosamente—. Es solo que... es difícil, ¿sabes?

—Intenta no pensar en ello.

Normalmente, ante una afirmación como esa, Nick habría suspirado, fulminado a Tomek con la mirada y hecho algún comentario lleno de palabrotas sobre cómo él mismo no había pensado en eso, pero ahora no hubo nada. Ni siquiera el más mínimo indicio de exhalación. Como si su superior estuviera roto.

Unos momentos después, la puerta del despacho de Brendan se abrió y salió un hombre grande y con sobrepeso, con cabello ralo que parecía haber costado mucho dinero mejorar solo marginalmente. Tenía los ojos hundidos y llevaba un par de gruesas gafas empujadas hacia arriba en la frente. Vestía un caro traje azul oscuro que le colgaba demasiado bajo de los hombros, y una corbata a la que le faltaba el botón superior por casi un kilómetro. Todo el conjunto parecía haber sido comprado pensando en el futuro, como si su madre se lo hubiera comprado con la esperanza de que algún día le quedara bien.

—Veo que has traído refuerzos esta vez, Nick —dijo Brendan, con voz profunda y áspera.

—No hace falta que lo hagas tan difícil como la última vez.

—Salid de mi despacho y no tendremos ningún problema.

Tomek presintió que se avecinaba una pelea. Podía sentir la adrenalina comenzando a burbujear en su interior.

Durante un largo momento, nadie dijo nada mientras Nick y Tomek esperaban hasta que Brendan cediera. Y después de unos segundos más, finalmente lo hizo. El tirano de hombre les dio la espalda y se escabulló hacia su despacho. Nick le siguió de cerca y atrapó la puerta antes de que se cerrara en su cara.

—Sabes, todo este comportamiento solo sugiere que tienes algo que ocultar —comentó Nick—. No me inspira mucha confianza.

—¿Qué pruebas tenéis contra mí? —preguntó el hombre mientras se acomodaba en su silla de escritorio.

—Ninguna que te incrimine. Solo algunos pagos extraños que tienes que explicar, pero nad...

—¿Así que soy culpable por asociación, es eso?

—Y lo que queda —dijo Tomek, incapaz de contenerse. Ahí estaba otra vez su bocaza.

—¿Perdona? —ladró Brendan—. ¿Quién coño eres tú?

—DS Tomek Bowen, señor.

—Pues bien, DS Bowen, cierra la puta boca y deja que los dos hombres más veteranos de esta división resuelvan esto.

La adrenalina aumentó.

—Con todos mis respetos, señor, ahora mismo es usted sospechoso en una investigación de asesinato. Su credibilidad, rango y estatus se han ido por la ventana. En mi libro, eso le convierte en alguien tan bajo como algunas de las personas que detenemos a diario.

—No me parezco en nada a las ratas de ahí fuera. Tengo una casa bonita y un coche bonito. Soy un hombre poderoso e influyente.

—¿Y cree que eso le da derecho a destruir vidas y matar a alguien?

Brendan no reaccionó. Al menos no inmediatamente. Pero cuando lo hizo, se lanzó fuera de su silla y se abalanzó sobre Tomek. Se detuvo bruscamente a unos centímetros de él, con el puño levantado, respirando pesadamente por la nariz.

—Hazlo —suplicó Tomek, fijando su mirada con la del comisionado—. Por favor. Te lo ruego. Una vez que te tengamos con cargos de agresión, ¿quién sabe qué más podríamos encontrar?

El dilema se reflejó en la cara de Brendan. Estallar o dejarlo pasar. Estallar o dejarlo pasar. Al final, bajó el puño y dijo:—Nick, ¿este pequeño bocazas siempre es así?

—Tristemente, sí. Pero es parte de lo que le hace uno de los mejores policías que he conocido. Así que voy a pedirte que te alejes de él y respondas a nuestras preguntas.

A regañadientes, el hombre se apartó de Tomek, con los ojos fijos, y se situó en el espacio entre ellos y el escritorio.

—*Gowniaki* —susurró Tomek.

Traducción: Pequeña mierda.

Si el comisionado lo entendió, la expresión ya furiosa en su rostro no lo demostró.

—Bien —comenzó Nick una vez que el ambiente se había nivelado ligeramente—. Herbert Tucker. ¿Cuánto tiempo hace que le conoces y trabajas con él?

—Quince años.

—¿Trabajando con él o conociéndole?

—Ambas cosas.

—Bien. ¿Y en qué capacidad trabajabais juntos?

—Me tropecé con él por primera vez cuando comenzó su empresa inmobiliaria. Acababa de construir un pequeño pueblo de casas en Rawreth, pero se quejaba de que la gente entraba y vandalizaba las viviendas. Así que vino a mí cuando era gerente de seguridad comunitaria y justicia penal, esperando que pudiera hacer algo al respecto.

—¿Y lo hiciste?

Brendan se encogió de hombros.—Hablé con un sargento de policía de la zona en ese momento y le pregunté si podía enviar algunas patrullas uniformadas más por allí de vez en cuando, solo para actuar como elemento disuasorio.

—¿Así que rápidamente te encontraste en su bolsillo?

—En absoluto.

—Entonces, ¿qué pasa con el dinero? —La voz de Nick permaneció tranquila, lo que era una sorpresa dado que la más mínima inconveniencia era suficiente para sacarle de quicio.

—¿Qué dinero?

—No te hagas el tonto. Eres un hombre inteligente. Sabes cómo trabajamos. Sabes que podemos averiguar cosas con facilidad. Hemos visto los pagos. Solo necesitamos que confirmes para qué son.

—Si ya los habéis encontrado, entonces ya deberíais saberlo.

Nick no dijo nada.

—Y si ese es el caso, ¿a qué estáis esperando? —Brendan extendió sus manos, con las muñecas juntas—. Detenedme. Vamos. Detenedme.

Ni Tomek ni Nick se movieron. Estaban atascados, incapaces de hacer nada. Todo lo que tenían para sugerir que Brendan Door había estado recibiendo pagos de Herbert Tucker para aumentar el tráfico de drogas en la ciudad era una declaración de un testigo. No había pruebas sólidas, ninguna prueba concreta de que hubiera hecho algo ilegal e inmoral. Y Brendan lo sabía.

—¿No? ¿No queréis detenerme? En ese caso, podéis iros.

Cuando Brendan les dio la espalda, Tomek dijo:—El nombre de Richard Stafford no significa nada para ti, ¿verdad?

Brendan se detuvo a mitad de giro, con los lados de sus labios convirtiéndose en una sonrisa irónica.—Por supuesto que sí. Es un hombre terrible que ha hecho cosas terribles.

—¿No sabrás nada sobre la foto que cuelga en la pared del Southend Seven, verdad? —preguntó Tomek—. ¿La que tienes tú al fondo, de pie junto a un hombre llamado Richard Stafford?

Brendan hizo una pausa mientras evocaba la imagen de la fotografía en su mente. Tomek había mentido; ninguno de los dos hombres estaba en el fondo, pero no le importaba. Las siguientes palabras que salieran de la boca de Brendan Door determinarían su culpabilidad de alguna manera.

—Buen intento —respondió el hombre—. Ninguno de nosotros está en la foto.

Tomek fue incapaz de ocultar la sonrisa.—Pero sabes a qué foto me refiero, y sabes a qué club me refiero, y sabes a qué persona me refiero.

—Yo...

—¿Te importaría explicar cómo sabes eso? Mira, sabemos mucho sobre el club, y sabemos mucho sobre tu relación con Richard Stafford también.

—Si eso fuera realmente cierto, ya me habríais detenido.

Tomek no podía creer lo que oía. El Comisionado de Policía, Bomberos y Delincuencia acababa de admitir, ya fuera inadvertidamente o no, tener una participación activa en una relación criminal con un traficante de drogas.

—Pero como dije antes, no tenéis ninguna evidencia física sobre nada. Todo son rumores. Todo es una mierda.

Nick abrió la boca para hablar, pero Tomek se le adelantó.

—El club —comenzó—, cuéntanos más.

—Como dije antes, parece que ya sabéis todo lo que hay.

—No del todo. ¿Es ahí donde Herbert se enteró de tu aventura con su esposa, o eso ocurrió en otro lugar?

Brendan miró al suelo y luego volvió a mirar hacia arriba.—Mi vida personal no tiene nada que ver con la muerte de Herbert Tucker.

—Sí que tiene cuando te acostabas con su mujer. ¿Se enteró y amenazó con cortar los pagos? ¿O amenazó con ir a John y al *Echo*? Pero no podías permitirte que tu reputación se dañara, así que ¿de alguna manera los dos lo liquidasteis?

Brendan se burló.—Mi reputación nunca estuvo en peligro de ser dañada.

—Claro. Porque eres demasiado poderoso e influyente para que algo así salga al dominio público, ¿no es así? ¿Entonces quizá lo mataste por codicia? ¿No estabas contento de que Tucker cortara el fondo de inversión y querías algún tipo de retribución?

—¿Realmente crees que soy tan mezquino? Tengo mi propio dinero, no necesito el suyo.

—¿Así que admites que Herbert Tucker te estaba enviando mensualidades por algo que no debería haber hecho?

—No. Eso es lo último que estoy diciendo. Puedes seguir intentando hacerme tropezar con mis propias palabras, pero no funcionará. Llevo en este juego mucho tiempo, más que tu jefe, aquí, y conozco todos los trucos del libro.

Sin decir nada, Nick le dio la espalda a Brendan y comenzó a salir de la habitación. Tomek se sintió obligado a seguirle. Cuando Nick llegó a la puerta, puso su mano en el pomo y le dijo a Brendan:—Nunca me he sentido más decepcionado y asqueado con todo el sistema policial y político que en estos últimos días. Y tú eres una de las razones. Espero que, independientemente del resultado que haya de esta investigación, hagas lo decente y dimitas. Eres una puta mancha en esta ciudad, Brendan. Y espero no tener que volver a trabajar contigo nunca más.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y DOS

Tomek había sentido una repentina oleada de euforia y había querido chocar los cinco con el inspector jefe nada más salir del edificio, pero Nick lo había frenado inmediatamente. Le había dicho que a) no había motivo para estar tan excitado, y b) existía el riesgo inherente de que Brendan Door les estuviera observando desde la ventana como un niño abandonado que ve marcharse a sus padres.

Ninguna de las dos cosas, en opinión de Tomek, era cierta.

En primer lugar, había todos los motivos para estar emocionado. Habían conseguido calar hondo en Brendan Door, encontrando una grieta en su exterior y metiéndose por ella. Puede que no lo hubieran percibido así, pero Tomek estaba seguro de que pronto se abriría del todo. Y en segundo lugar, ¿a quién le importaba si estaba mirando? Solo conseguiría molestarle más.

Lamentablemente, Nick no había visto validez en los contraargumentos de Tomek, e incluso después de que entraran en la comisaría, el inspector jefe seguía rechazando la oferta de chocar los cinco. Para combatir la vergüenza, Tomek encontró a la persona más cercana en su escritorio y puso la mano frente a su cara.

—¿Qué demonios se supone que debo hacer con eso? —preguntó Chey—. ¿Qué me estás enseñando?

—Chócala, idiota.

—Solo hay un puñado de ocasiones en las que seguiría las órdenes de un hombre adulto para golpear algo, y esta no es una de ellas.

Tomek se preguntó a qué otras ocasiones podría haberse referido Chey. Luego se dio cuenta de que en realidad no quería saberlo. Para nada.

—Solo presiona tu palma contra mi palma.

—¿No será algún tipo de fetiche raro que tienes, verdad?

—Es un choque de manos, maldito degenerado.

Los ojos de Chey se agrandaron, como si acabara de desarrollar la capacidad de oír.

—¿Significa esto que ahora soy tu nuevo mejor amigo, sargento?

Finalmente, el agente golpeó la palma de Tomek. El sonido resonó por toda la habitación y la sensación de ardor permaneció en su piel.

—Absolutamente no —respondió Tomek—. No con los extraños fetiches que tienes.

Antes de que Chey pudiera responder, una agente de policía de unos veintitantos llamó a la puerta y dio un paso hacia delante con timidez.

—Disculpad —dijo nerviosa.

—¿Estás bien, compañera? —preguntó Tomek.

—Estaba... me preguntaba... —dijo, y luego se aclaró la garganta para empezar de nuevo—. Hay alguien abajo que asegura tener algo que quizás os gustaría ver.

Allá vamos, pensó Tomek. Probablemente otro chiflado que cree haber visto al criminal matar a Herbert Tucker y que solo ha decidido salir de su madriguera después de enterarse de que había una recompensa económica en juego.

—¿Qué quiere?

—Al... Al parecer, encontró algo en la playa el día que asesinaron a Tucker. Ha venido a entregarlo.

Tomek se transportó instantáneamente al aparcamiento de donde Herbert Tucker había sido secuestrado, y luego al espacio entre las casetas de playa donde habían descubierto su cuerpo. El olor que

desprendía Albert Patterson era abrumador. Tan fuerte que Tomek estaba convencido de que lo exudaba por los poros.

—Gracias por tomarse el tiempo de venir a la comisaría hoy —comenzó Tomek.

Después de escuchar lo que Albert Patterson quería, Tomek había decidido hablar él mismo con el hombre. Pero rápidamente empezó a desear no haberlo hecho. O, al menos, tener una ventana de plástico entre ellos. O tapones para la nariz. Algo para combatir el hedor a orina y sudor corporal.

—Entiendo que tiene algo que quería compartir, algo que cree que podría ser útil para nuestra investigación.

Albert Patterson tenía unos setenta y tantos años y lo aparentaba. Su cuerpo era frágil, con la piel colgando de su estructura, y se veía claramente que tenía cierta dificultad para cuidar de sí mismo. Pero en cuanto sacó el pequeño objeto de su bolsillo (un proceso que de por sí llevó más tiempo de lo habitual), cobró vida, como si alguien hubiera dado cuerda a su reloj y le hubieran ofrecido una nueva oportunidad.

En su mano, sostenía una pequeña alianza de matrimonio de oro con incrustaciones de diamantes. Tomek no sabía mucho sobre estas cosas —la idea del matrimonio y el compromiso a largo plazo rara vez cruzaba por su mente—, pero podía notar por la calidad del brillo, el peso en la mano del otro hombre y los diamantes resplandeciendo bajo la luz, que había sido una compra costosa.

—Es oro macizo y los diamantes son casi de un cuarto de quilate cada uno —dijo Albert Patterson.

—¿Eso es bueno? —preguntó Tomek, intentando ocultar la ingenuidad en su voz, pero fracasando.

—Es caro, eso es lo que es. —El anciano hablaba con un auténtico acento de Essex. Casi cockney. Como si se hubiera criado más cerca de Londres que de Southend—. Una cosa preciosa. Solo podía soñar con tener una de estas hasta que la encontré. El antiguo dueño era un hombre adinerado.

—¿Sabe quién era el dueño? —preguntó Tomek, como si la respuesta fuera obvia.

—No. Ni idea.

—¿Dónde la encontró? —preguntó Tomek.

—En Thorpe Bay. Junto a las casetas de playa.

—Bien. ¿Y por qué la ha traído?

—Pensé que podría ayudaros a encontrar a la persona que cometió ese asesinato.

—Entonces, ¿cree que podría pertenecer a la persona que murió?

—Podría ser. No recuerdo su nombre, sin embargo. Quizás podáis ayudarme con esa parte. Hay iniciales grabadas en el interior del anillo.

Para Tomek se estaba haciendo evidente rápidamente que el hombre necesitaba más ayuda que solo para vestirse y limpiarse. Necesitaba asistencia profesional, alguien que pudiera cuidar de él.

—¿Puedo ver el anillo?

Tan pronto como Tomek extendió su mano, Albert retiró la suya, llevándose el anillo contra su pecho.

—*Mi tesoro* —siseó Albert.

Tomek soltó una risa incómoda.

—No voy a robárselo.

—¿Te has lavado las manos?

—¿Qué?

—¿Te has lavado las manos? No puedes tocarlo con dedos sucios. No se permiten dedos sucios.

Tomek miró sus manos. Sabía que lo que estaba a punto de decir era incorrecto, pero lo hizo de todos modos.

—Por supuesto, están limpias. Usé desinfectante al entrar. ¿No lo vio?

Rascándose la parte inferior de la barbilla, Albert se volvió hacia la puerta y la miró de manera ominosa.

—No, supongo que no. Bueno, en ese caso...

Lenta y cuidadosamente, como si fuera la encarnación física de Gollum, Albert Patterson entregó el anillo a Tomek, quien lo colocó delicadamente en la palma de su mano, la que estaba libre de los gérmenes de la palma de Chey. La inscripción en el interior del anillo era diminuta, apenas legible. Tomek lo sostuvo a contraluz y lo examinó de cerca.

*H & N.*

Herbert y Nora.

Bingo.

—El dueño de esto es el cadáver que se encontró en la playa —confirmó Tomek—. ¿Cómo lo encontró?

Albert Patterson pareció cobrar vida de nuevo.

—Con mi detector de metales. Camino por el paseo marítimo casi todos los días en busca de algo.

—Interesante.

—Solo he tenido suerte una vez. Y fue cuando tenía seis años. Una moneda. Romana, de más de dos mil años. Su valor permitió que mi familia saliera de la pobreza. ¿Crees que el hombre que era dueño de este me dará una recompensa?

Tomek miró el anillo, sintiendo el impulso de cerrar los dedos alrededor de él.

—Lamentablemente no —dijo—. El hombre al que pertenecía está muerto. Lo habría visto cuando lo encontró. Estaba en la playa, entre las casetas...

Albert rebuscó en sus archivos mentales.

—Pensé que era un vagabundo.

No era el único.

—Si no voy a recibir ninguna recompensa, me gustaría recuperarlo, por favor.

Tomek apretó el anillo con más fuerza.

—Lamentablemente, no puedo hacer eso, señor —respondió—. Esto es ahora una prueba en una investigación de asesinato. Voy a tener que quedármelo.

—Pero quien lo encuentra se lo queda... —Los ojos de Albert bajaron y su expresión parecía como si acabara de olvidar su propio nombre—. Esa es mi propiedad ahora. Era mía cuando lo encontré.

—Sí. Y acaba de entregarlo.

Albert golpeó la mesa con sus dedos. El sonido y el efecto ondulante a través de la mesa eran débiles, pero Tomek percibió la ira y la furia detrás de los ojos del hombre. Una acción que podría haber sido infligida a otras personas en el pasado.

—¡Exijo alguna compensación!

—Lamentablemente, no puedo hacer eso, señor Patterson.

Y entonces comenzó el llanto. Suave y gentil al principio. Y luego fue ganando impulso mientras Albert comenzaba a hiperventilar.

—Por favor. No tengo nada. Es... es solo mi segundo hallazgo. Lo... lo necesito.

Tomek extendió su mano libre a través de la mesa y la colocó sobre la de Albert. Miró a los ojos del hombre.

—Lo siento —dijo—. Pero tengo las manos atadas. Me gustaría poder dárselo, pero podría haber pruebas de ADN en esto.

—Por favor...

—No puedo prometer nada, pero puedo hablar con la familia y ver si están dispuestos a cederlo al final de la investigación, suponiendo que lo liberen. Pero eso podría llevar tiempo. Podrían ser meses, años.

Y para entonces, podría haberse olvidado por completo.

Tomek esperó pacientemente a que el hombre respondiera.

Había perdido todo el color de su rostro, su piel parecía haberse caído aún más de sus mejillas, y sus labios se habían separado para revelar un conjunto de dientes mal mantenidos.

—Eso sería encantador —dijo con una suave sonrisa—. Eres un caballero, gracias. Eso significaría mucho para mí. Es bueno saber que todavía hay gente decente en este mundo.

Tomek todavía se sentía culpable —como si acabara de robar a un hombre su última posesión; una posesión que ni siquiera era suya— cuando regresó a la sala de incidentes graves.

—¿No interrumpo nada, verdad? —preguntó.

Sin darse cuenta, había llegado tarde a una reunión. Todo el equipo estaba sentado en la sala de incidentes graves, mirando a las dos figuras al frente de la sala: Nick y Liam Porter, el jefe de la escena del crimen que había estado a cargo de recuperar evidencias del cuerpo de Herbert Tucker. Era un hombre joven, de unos treinta y pocos años, pero que había ascendido a lo más alto de su carrera en poco tiempo. A pesar de ello, era una persona con los pies en la

tierra, de trato fácil, y uno de los miembros más agradables de ese equipo en particular con los que Tomek había tenido el placer de tratar.

—Justo a tiempo, de hecho —dijo Liam, haciéndole señas frenéticamente para que entrara—. Unos momentos más tarde y te lo habrías perdido.

—Ahora estoy intrigado —dijo Tomek mientras sacaba un asiento cerca de la puerta.

Una vez que se acomodó, y todas las miradas se alejaron de Tomek, Liam se aclaró la garganta.

—El informe de la prueba de ADN ha llegado para Herbert Tucker. Su ropa. Su cabello. El coche. Y lo más importante, el pintalabios.

Tomek se inclinó hacia el borde de su asiento, atento.

—En resumen, una gran parte del ADN encontrado en él se había lavado con la lluvia y el tiempo. En cuanto al coche, el equipo encontró rastros de cabello, fibras de ropa y algunas huellas dactilares, pero dado que es un coche familiar, y él lleva a todos en él, llevará tiempo determinar qué pertenece a quién.

—¿Hemos tomado muestras de ADN de la familia para poder descartarlos? —preguntó Nick a la sala.

Todas las miradas se dirigieron a Anna. La agente levantó la vista y negó con la cabeza.

—Bien. Esa es una prioridad para después de esta reunión.

Anna asintió en señal de acuerdo.

—La parte que más me emociona contaros de todo esto, sin embargo, es otra cosa —dijo Liam, apretando los puños con entusiasmo.

—Venga, ¿qué es, Liam? Tenemos una investigación de asesinato entre manos.

—Lo sé. Perdón. Sí. Tienes razón. Bueno... —hizo una pausa para crear efecto dramático; Tomek casi se estaba cayendo del borde de su silla—. El pintalabios. El análisis químico realizado indicó que había *dos* conjuntos de ADN encontrados en la mano de Herbert Tucker. En el mismo lugar.

—¿Dos personas besaron su mano la noche que murió? —preguntó Tomek, atónito.

Liam asintió.

—Y ambas con el mismo pintalabios.

Sostuvo en alto una hoja de papel A4. Dividiendo el documento por la mitad había dos gráficos lineales, cada uno mostrando la composición química del mismo pintalabios que se había encontrado en la mano de Herbert Tucker.

—Debido a que es brillante e impermeable, y afortunadamente estaba protegido bajo el edredón con el que lo encontraron, el equipo pudo obtener una muestra de buena calidad.

—No me jodas —dijo Tomek distraídamente.

Su mente se evadía, llevándole unos días atrás. A la conversación que había tenido con Sarah Jewell, la secretaria y amante ocasional de Tucker.

*Después de que lo... hiciéramos, me dijo que le besara la mano.*

*Era solo una de sus pequeñas manías, ¿sabes?*

*Me compró el pintalabios especialmente. Me lo dio como regalo.*

Docenas de preguntas volaron a su cabeza.

¿Tucker había tenido sexo después de acostarse con Sarah Jewell? ¿Se había acostado con dos mujeres en una noche?

¿O su asesino sabía que le gustaba que le besaran la mano después del sexo, y lo había hecho para confundirles y desorientarles?

Si ese era el caso, entonces solo le venían tres nombres a la mente.

Sarah Jewell.

Alina Zandecka.

Y ahora su esposa, Nora Tucker.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y TRES

Tomek tragó despacio el sorbo de agua, tomándose su tiempo mientras dejaba el vaso sobre la mesa.

—Su agua es fantástica.

—Gracias —respondió Isabel—. Es agua del grifo filtrada.

—Y yo que creía que podía saborear todos los metales y fluoruros.

—Puedo buscarlos para usted si lo desea.

Tomek no quería eso. Tampoco quería estar sentado en la misma habitación que Isabel para su segunda cita.

—¿Ha pasado un buen tiempo fuera? —preguntó, desviando la conversación de sí mismo tanto como fuera posible.

Quedaban poco más de cincuenta minutos en el reloj.

—Fue agradable, gracias. Placentero, dado el clima.

—¿Adónde fue?

—Cornualles.

—Típico. Seguro que es usted de los que tienen una segunda residencia allí, ¿verdad? ¿La alquila en Airbnb y expulsa a los lugareños del pueblo?

Isabel dejó caer su bolígrafo sobre la mesa.

—No. Pero muchas de las personas con las que hablé estaban profundamente descontentas con Airbnb. Muchos lo comparaban con una enfermedad, un mal.

Tomek resopló con desdén.

—Esa es una elección bastante fuerte de palabras.

—¿Qué palabras elegiría usted para describirlo? —Isabel hablaba con suavidad, delicadamente, y mientras la escuchaba, a veces olvidaba que era su terapeuta intentando abrir la puerta a su mente.

—Diría... diría que es injusto, y parece moralmente incorrecto, pero no llamaría a esas personas un cáncer.

—Nadie ha dicho cáncer, Tomek. ¿Su mente tiende a desviarse hacia lo extremo?

El cuerpo de Tomek se tensó al sentir que ella insertaba la llave.

—No...

—De acuerdo. Solo tenía curiosidad. Háble me de sus pesadillas desde la última vez que hablamos. ¿Ha tenido alguna?

El punto crucial de por qué estaba allí.

—Han sido... diferentes.

—¿En qué sentido? —preguntó ella, recogiendo el bolígrafo de nuevo.

—Son... Algunas de ellas me están jugando malas pasadas.

—¿Ha dejado de ver a Kasia en ellas?

—Sí —dijo secamente. No se había dado cuenta, pero no podía recordar la última vez que Kasia había aparecido en lugar de su hermano.

—Eso es bueno. Señales alentadoras de mejoría. ¿Con qué frecuencia las ha tenido esta última semana más o menos? ¿Casi todas las noches? ¿Algunas?

—Algunas.

—¿Y se le ocurre algún desencadenante común?

Tomek se sintió perdido en la conversación, curioso por el funcionamiento interno de su mente ahora que ella le había permitido verlo por sí mismo. Y durante los siguientes momentos, permaneció sentado en silencio, tratando de averiguar qué había hecho en los días de sus pesadillas.

—No lo sé —mintió—. Es solo que...

—¿Qué? —Isabel indagó suavemente.

—No sé si significa algo, pero...

*¿Por qué? ¿Por qué estás admitiendo esto? Nunca lo has hecho con nadie antes...*

—Continúe —le instó, inclinando la cabeza hacia un lado.

—Ocurrió algo el mes pasado. Algo similar a esto. Había una chica con la que estaba saliendo. Katie, se llamaba. Aunque resultó ser Charlotte, pero esa es una conversación para otro momento, así que ni se le ocurra preguntarme nada sobre ella. Estuvimos juntos un par de semanas, y me estaba enamorando de ella. De hecho, caí profundamente. Las cosas iban fantásticamente. Ella me entendía, yo la entendía. Era genial. Una mañana dije la palabra con A y ella me correspondió. Las cosas iban bien...

—¿Qué ocurrió?

Tomek agitó el dedo en el aire.

—Conversación para otro día, acabo de decírselo.

—Entonces explíqueme las similitudes entre aquel momento y ahora. ¿Qué tenían en común?

—Las pesadillas —dijo Tomek mientras una sonrisa comenzaba a dibujarse en su rostro—. Las pesadillas mejoraron. La noche que le dije que la amaba, había tenido una pesadilla. La más clara que he tenido jamás. La más cercana a la realidad que ha sido nunca.

—¿Cómo?

—Escuché el nombre del otro asesino de mi hermano. El que se escapó. *Charlie*.

Había pasado algún tiempo desde la última vez que Tomek había pronunciado ese nombre en voz alta, y al hacerlo sintió una combinación de emociones. Ira hacia el hombre por lo que había hecho. Resentimiento por no poder visualizar su rostro con mayor claridad. Y alivio, porque era seguro decir el nombre, porque no iba a invocar al diablo y hacerle daño de alguna manera.

Que podía decir el nombre tantas veces como quisiera.

Y que debería hacerlo.

—Eso es fantástico —respondió Isabel, sonriendo ligeramente—. ¿Ha hecho algo con esa información desde que la descubrió?

Tomek negó con la cabeza y la bajó. Casi como si estuviera avergonzado de su respuesta.

—¿Y cómo le hizo sentir ese descubrimiento?

—Me inspiró a decirle a la chica que me dio la respuesta que la amaba.

—¿Qué quiere decir?

—En cuanto Katie entró en mi vida, las pesadillas mejoraron. No se detuvieron. Simplemente mejoraron, se volvieron más claras. Se me reveló más información en ellas.

—¿Y lo mismo está sucediendo ahora?

Tomek asintió.

—Eso creo. Creo que cada vez que dejo entrar a alguien o me acerco a alguien, mi cerebro parece ordenarse. Deben ser las endorfinas.

Isabel murmuró y asintió mientras anotaba algunas cosas en su papel.

—Eso es muy interesante. Pero por la forma en que lo dice, hace que suene como si fuera algo malo.

Tomek se rascó la nuca.

—Supongo que simplemente no quiero depender de que otra persona entre en mi vida para encontrar las respuestas. ¿Y si rompo con alguien, o mueren, o sucede algo? No quiero estar saltando de relación en relación para encontrar las respuestas sobre la muerte de mi hermano.

Isabel terminó de garabatear, colocó las manos sobre su escritorio y entrelazó los dedos.

—Creo que lo ha entendido todo mal —le dijo, con la voz más severa ahora—. No creo que necesite un interés amoroso o una nueva persona en su vida para ayudarle a descubrir la identidad del asesino de su hermano. Lo que creo que necesita son dos cosas. —Levantó un dedo—. La primera es que parece estar anhelando afecto. Un afecto que ha estado ausente durante tanto tiempo con la exclusión de su familia. Creo que necesita sanar las barreras rotas y las relaciones dañadas con sus padres y su hermano. El afecto que anhela, y el afecto que cree que proviene de sus parejas románticas, es el afecto que necesita de ellos. Ahora bien, no puedo garantizar que abrirse a ellos hará que sus pesadillas se detengan por completo, pero el siguiente punto es uno que creo que lo logrará en mayor medida. —Levantó también el dedo corazón, mostrándole el signo de la paz—. La segunda cosa que creo que le ayudará a ganar algo de claridad mental sobre la situación de su hermano, es algo que ha estado posponiendo durante demasiado tiempo. Treinta

años, de hecho. Desde antes de que yo naciera. En ese tiempo ha dependido de su mente para darle las respuestas que anhela, cuando todo el tiempo ha tenido las respuestas justo delante de usted: el asesino de su hermano. El que está en prisión. Él sabe todo lo que usted no sabe. Mi recomendación sería que encuentre el valor para contactar con él y hablar con él. Podría estar más dispuesto de lo que piensa a explicar lo que ha estado encerrado en su mente durante treinta años. Si tiene a alguien que le acompañe, estupendo. Si no, y se siente más cómodo yendo solo, hágalo. Pero creo que una reunión con él le acercará un paso más a la verdad. A la verdad de su *hermano*.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y CUATRO

No había tenido pesadillas la noche anterior. Tampoco había dormido. En su lugar, Tomek había permanecido despierto, dando vueltas mientras consideraba las palabras de Isabel. Si debería enfrentarse cara a cara con el asesino de su hermano. Si tendría la fortaleza mental para sentarse frente a él, treinta años después, y preguntarle cómo había matado a Michał, por qué y quién más había estado con él.

Durante mucho tiempo, Tomek había pensado en llevar a Abigail, pero luego descartó la idea. Ella apenas conocía la situación. Era nueva en su vida. Y si lo que Isabel había dicho era cierto, entonces no necesitaba que ella estuviera allí de todos modos. Más bien, tendría que ser su familia. Su madre, su padre, quizás incluso su hermano mayor.

Pero no podía imaginar que ellos aceptaran. Nunca habían perdonado a Nathan por lo que le había hecho a su familia, y no esperaba que lo hicieran pronto. En cambio, tendría que ir solo, si es que alguna vez reunía el valor para ir.

Todavía estaba indeciso. Y seguía pensando en ello mientras miraba fijamente la planta junto a la puerta principal de Herbert Tucker. Salió de su ensimismamiento cuando sintió un codazo en el brazo.

—*Ej*, *co tam*? —preguntó Anna, dándole un codazo en el hombro, con preocupación dibujada en su rostro.

—Perdona. Estaba en las nubes. Estoy bien. Todo perfecto. ¡Nada de qué preocuparse!

Tomek levantó la mirada y examinó su entorno. Por un momento, había olvidado que estaban allí para ver a Nora Tucker. Y antes de que pudiera asimilar más de su entorno, la puerta principal se abrió y ambos detectives fueron recibidos por una Nora perfectamente arreglada, vestida con mallas, una sudadera fina y un par de zapatillas blancas. Desde la última vez que Tomek la había visto, sus labios habían aumentado de tamaño, y las líneas junto con cualquier elasticidad en su frente habían desaparecido. Mientras sonreía efusivamente a Anna, muy poco de su rostro se movía.

—¡Anna, cielo! —gritó Nora mientras atraía a la agente para un abrazo—. ¿Cómo estás, cariño?

—Bien —respondió Anna, tímida.

Luego fue el turno de Tomek. La cincuentañera apartó a Anna a un lado y extendió sus brazos hacia Tomek, dándole poca oportunidad de escapar de sus avances. Sus brazos rodearon su cuello y sus pechos presionaron contra sus costillas antes de que pudiera evitarlo. Durante un largo momento, mucho más que con Anna, Nora permaneció así, presionándose contra él. Cuando finalmente lo soltó, lo miró a los ojos y le ofreció una sonrisa coqueta.

—Y DS Bowen —dijo seductoramente—. Ha pasado tiempo, pero nunca olvido un nombre. O una cara bonita.

Anna puso los ojos en blanco en la esquina de su visión; no era la primera vez que un testigo coqueteaba con él en su presencia.

—Me alegro de verte de nuevo, Nora —dijo Tomek, tratando de encontrar algo de compostura, pero en cambio se encontró bostezando en su cara—. ¿Podríamos entrar y hablar contigo? Hay algunos avances que nos gustaría discutir.

Nora estaba más que feliz de complacerlos. Ya había ido al gimnasio, y su clase de yoga no era hasta la tarde, les dijo, así que tenía mucho tiempo libre. Mientras esperaban los refrigerios que Nora insistió en preparar para ellos, Tomek y Anna se sentaron en la chaise longue de la sala de estar. Cuando Tomek comenzó a

examinar los muebles que había visto dos veces antes, Anna le dio un codazo en la pierna.

—¡Tiene edad para ser tu madre!

—¿De qué estás hablando? No, no la tiene. Y por el amor de Dios, por favor no vuelvas a decir algo así nunca más. Esa es una imagen que *no* quiero tener en mi cabeza.

—Cerdo.

Antes de que Tomek pudiera defenderse, Nora regresó con tres vasos altos de un líquido espeso y verde en una bandeja de madera. Los colocó en la mesa de café frente a ellos.

—Espero que no os importe, pero quería conocer vuestra opinión sobre algo que mi entrenador personal me ha recomendado.

—¿Se llama dieta de vaca, por casualidad? —preguntó Tomek, perdiendo la mirada en lo verde.

—Es una mezcla de proteína en polvo, kale, miel, espinacas, pepinos, apio, limón y jengibre. Tiene una hermosa combinación de vitaminas A, C, calcio y hierro. Es genial para el estómago, te ayuda a perder un montón de peso y te hace sentir bien. Solo llevo bebiendo esto unos días, pero ya puedo notar mi piel más luminosa y mi pelo más suave.

*¿Seguro que no tiene nada que ver con los cosméticos y la mierda sintética que te pones en la cara?* Tomek había perdido la cuenta de las nuevas palabras que había aprendido desde que tenía una hija adolescente. Mascarillas de colágeno por aquí. Ácido salicílico por allá. Era una pesadilla y un campo minado de terminología confusa e inútil.

—¿Me lo bebo todo de un trago como un chupito o lo tomo con calma? —preguntó Anna inocentemente.

—Creo que vas a querer acabar con esto lo antes posible —respondió Tomek.

Sin decir nada, tomó el vaso más cercano a él y lo sostuvo bajo su nariz. El hedor de las verduras y la comida saludable, agravado por el hecho de que se lo estaban tirando a la cara, le hizo hacer una mueca. El líquido era espeso y denso, con pequeñas burbujas flotando en la superficie. Tapándose la nariz, se bebió el trago y cerró los ojos. Tan pronto como el líquido tocó su lengua, hizo una

mueca y quiso escupirlo de nuevo, pero luego recordó que estaba en compañía, y esto no era una prueba de supervivencia. Para su sorpresa, después del primer trago, el resto del líquido bajó más fácilmente. Una vez que terminó, colocó el vaso sobre la mesa y se limpió la boca con el dorso de la manga.

—¿Y? —preguntó Nora ansiosamente, inclinándose hacia adelante, con los ojos muy abiertos.

—Creo que el sabor del apio me va a durar el resto del día —dijo, con voz débil—. Pero he probado cosas peores, digámoslo así.

—¡Oh, genial! Estoy encantada. ¡Sé que a las chicas les encantará!

—¿Dónde están ellas, por curiosidad? —preguntó Anna mientras dejaba el vaso sobre la mesa. La excusa perfecta para no beber más de esa horrible bebida.

—Whit está en casa de su novio y Eleanor está arriba. No ha bajado mucho desde lo ocurrido. El colegio ha sido muy bueno con ella, contactando por correo electrónico y llamadas telefónicas. Incluso le han enviado algunos deberes por si necesitaba una distracción.

Y para asegurarse de que no suspendiera sus clases.

—¿Cómo han estado sobrellevando la muerte de su padre? —preguntó Tomek, y luego añadió—: Disculpa si estamos repitiendo temas. Es para mi beneficio, ya que hace tiempo que no te veo.

Nora desestimó sus disculpas con un gesto. —Para nada. Lo entiendo. Es tu trabajo. —La sonrisa coqueta continuaba. Tomek estaba más que feliz de aprovecharla. Por ahora—. Whit lo ha llevado un poco mejor, como podrías esperar. Tiene el beneficio de la edad de su lado, aunque eso no quiere decir que no le haya afectado gravemente. Pero Eleanor ha estado sufriendo más, eso seguro. Es mucho más joven, y estaba mucho más unida a su padre.

Tomek asintió, colocando las palmas en su regazo. —Ya veo. ¿Y siempre ha sido así?

Si Nora notó la insinuación detrás de su pregunta, no lo demostró. En cambio, inclinó la cabeza hacia un lado como un perro confundido, y dijo: —Supongo que Herbert y Whit naturalmente se

distanciaron después de que ella creciera. Eso es lo que hacen los niños, ¿no? Crecen y se convierten en sus propias personas.

—¿Así que no tuvo nada que ver con su adicción a las drogas que Herbert había ayudado a facilitar?

La pregunta dejó a Nora sin palabras. Su boca se abrió de par en par y negó con la cabeza. Luego se inclinó hacia adelante para que sus codos descansaran sobre sus rodillas y una buena parte de su escote apuntara directamente hacia él debajo de su sujetador deportivo. Empezó a jugar con sus uñas perfectamente arregladas.

—Yo... no sé qué... ¿Cómo sabes eso?

—Es nuestro trabajo. ¿Por qué no nos lo dijiste?

—Yo... no pensé que fuera importante.

—¿Como tampoco pensaste que tu aventura continua con Brendan Door fuera importante?

Los ojos de Nora se agrandaron hasta el punto de que parecía una gaviota sorprendida, y su cabeza comenzó a pivotar entre Tomek y Anna.

—Lo que está pasando entre Brendan y yo no es de vuestro interés ni de la investigación —murmuró.

—Yo decidiré qué es de interés, gracias. ¿Cuánto tiempo lleváis viéndoos?

—El suficiente.

—Tenemos buena información de que ha sido casi un año.

Gracias a James Colehill, su canario cantarín.

—Si lo sabéis, ¿por qué me lo preguntáis?

—Porque nos gustaría escucharlo de *tu* boca. Y no nos gusta que nos mientan. No se ve muy bien para ti si lo haces.

Nora bajó la cabeza, como si entendiera la amenaza detrás de las palabras de Tomek.

—Herbert nunca tuvo problema con eso, si quieres saberlo. ¿Cómo podría tenerlo con las cosas que había hecho en el pasado? —Hizo una pausa mientras se rascaba una de sus uñas—. Nunca nos amamos. Quizás al principio de la relación, pero se esfumó bastante rápido. Y luego descubrí que estaba embarazada, así que decidimos seguir juntos. Hemos estado así desde entonces, por el bien de las niñas. Sí, sí, Whitney tiene edad suficiente para vivir sola, y Eleanor

no está muy lejos. Pero para ser honesta, siempre he tenido miedo de la idea de que se fueran. No quería estar sola con él. —Se atragantó con un nudo en la garganta y se pasó los dedos arriba y abajo por el cuello—. Tuve muchas oportunidades de dejarlo en el pasado, pero nunca las aproveché. Estaba demasiado cómoda. No tenía que trabajar, tenía todo lo que necesitaba. Y podía tener tantas relaciones fuera como quisiera. Lo mismo iba para él. Él sabía lo que yo hacía, y yo sabía lo que él hacía.

—¿Sabías de su hijo bastardo? —preguntó Tomek, intrigado.

—Por supuesto que lo sabía. Tenía debilidad por las europeas del Este. Siempre había algún nombre extranjero apareciendo en su teléfono. Y *esa* zorra, Alina, se presentó aquí un par de veces tratando de encontrar a Herbert. Obviamente, yo sabía que él no quería tener nada que ver con eso, y yo tampoco. Me distancié de ello tanto como fue posible, pero ella seguía viniendo.

—¿Sabías que le pagaba cada mes?

Nora dejó de rascarse las uñas y bajó la cabeza. —Esa fue mi idea. Ella había dejado bastante claro que no iba a desaparecer, ¡y la cantidad de veces que amenazó con ir a la prensa, Dios mío! Aunque sabíamos que, si iba a ver a John, estaríamos bien; él no publicaría nada. Pero rápidamente me di cuenta de que pagarle era la mejor manera de mantenerla callada.

Tomek se sentó hacia adelante en su asiento, con los brazos cruzados, fascinado.

—Entonces, ¿debes saber por qué cesaron los pagos? —preguntó —. *Ambos* pagos.

—¿Ambos pagos? —repitió—. ¿Qué quieres decir?

—Los pagos a Alina Zandecka y los pagos a Brendan Door. Por lo que hemos descubierto, parece que tu marido estaba pagando a mucha gente mucho dinero por muchas cosas diferentes. ¿Por qué se detuvieron?

—Estaba harto. Era tan simple como eso. Estaba harto de que la gente lo chantajeara, y también estaba harto de sí mismo por no desafiarlos.

Tomek no sabía qué había estado esperando oír. Hasta ahora era todo lo que había escuchado. Que Herbert Tucker se había cansado

de pagar a la gente por su silencio o su apoyo, y los había cortado. Así que no sabía por qué se sintió decepcionado después de escuchar esto de boca de Nora.

—¿Por qué le pagaba dinero a Brendan Door? —preguntó Anna inteligentemente.

—Por nuestra aventura. Herbert lo sabía, pero eso no significaba que le gustara. Especialmente cuando era con alguien tan cercano a él profesional y personalmente. No le gustaba la idea de que estuviéramos juntos y, en ocasiones, había intentado separarnos, ya sabes, trayendo a otras personas a nuestras vidas, tratando de hacernos voltear la cabeza. Pero nunca funcionó, y Brendan se hartó. Así que Brendan amenazó con convencer a John de que le dejara publicar un artículo sobre las aventuras que Herbert estaba teniendo y también sobre el hijo bastardo que tenía. Algo así era mucho peor si salía a la luz para un Miembro del Parlamento que para Brendan. Brendan no estaba tan presente en el ojo público, pero un diputado... —Silbó entre los dientes—. Eso era completamente diferente.

Hasta ahora, todo esto tenía sentido para Tomek. Excepto por la parte del chantaje. Una parte de él pensaba que podría estar mintiendo; que sabía exactamente para qué era, y que no había hecho nada para evitar que las drogas inundaran las calles de Southend y llegaran a la vida de su hija. Mientras que la otra parte de él, la parte que creía, era que tanto Herbert como Brendan le habían contado la mentira; que le habían dicho que era para evitar que Brendan fuera a la prensa con lo de su aventura. Y que no tenía nada que ver con inundar las calles de Southend con drogas.

—Dijiste que Brendan sabía sobre el hijo bastardo... —comenzó Tomek.

—Sí.

—¿Quién más lo sabía?

—Un puñado de personas. No puedo recordar sus nombres. Pero sé que Herbert les hizo jurar a todos mantener el secreto.

Tomek tragó saliva y se lamió los labios para la siguiente parte de la conversación.

—¿Qué puedes contarnos sobre el club de caballeros al que solía ir tu marido?

Antes de responder, Nora agitó la mano frente a su cara, como espantando las palabras de su vista. —No quiero hablar de ese lugar. Lo odio. He prohibido mencionarlo en esta casa. Sabía exactamente qué tipo de cosas hacía Herbert allí. Solía contármelo todo, como si estuviera *presumiendo*, fanfarroneando. Las cosas que hacían... me daban asco.

—Pero eres consciente de que Brendan también frecuenta el club, ¿verdad?

Nora inhaló profundamente, lentamente, ganando tiempo. Por la expresión de su rostro, sabía exactamente de lo que Tomek estaba hablando. Ahora solo tenía que admitirlo.

—Me lo explicó, sí. Pero no ha estado allí desde que empezamos a vernos.

Tomek tomó nota mental para corroborar eso. Y luego su mente vagó hacia la imagen de su única visita. Su desafortunada y mal sincronizada visita. Se estremeció ante la visión dentro de su cabeza.

—Si tuvieras que calificarlo en una escala del uno al diez —comenzó Tomek—, ¿cuánto dirías que sabes sobre el funcionamiento interno de ese club?

—Uno —dijo sin vacilar—. Ya te lo dije. No quería saber nada de eso entonces y sigo sin querer saberlo. ¿Por qué me preguntas tanto sobre eso de todos modos?

Metiendo la mano en el bolsillo de su blazer, Tomek le ofreció una cálida sonrisa desarmante, y ciertamente *no* coqueta. Luego sacó una copia de la foto que había encontrado en lo que había llegado a llamar "La Habitación".

—¿Has visto alguna vez esta foto antes? —preguntó Tomek mientras la deslizaba sobre la mesa, evitando por poco los vasos.

Nora tomó el documento y lo examinó con cuidado, de la misma manera que tantos otros habían hecho antes que ella.

—Sí, he visto esto antes.

Interesante. Se suponía que esta era la única copia, y para alguien tan firme en evitar el club de caballeros como ella, tenía curiosidad por saber cómo la había visto.

—¿Te importaría explicar dónde la has visto antes?

—Nos la enviaron. Llegó por correo hace unas semanas. Pobre Whitney, ella fue quien la abrió.

—¿Estaba dirigida a ella? —preguntó Anna.

—No. No había ningún nombre. Alguien la había entregado en mano.

—¿Sabes quién?

Nora comenzó a jugar con sus uñas de nuevo. —Fue esa zorra lituana. La vi en el sistema de videovigilancia dejándola con ese novio suyo.

—¿Terrence?

—Sí. Él.

Ahora tenía sentido. El propietario original de la fotografía tenía más de una copia, contrario a lo que se creía. Tomek asintió, luego se volvió hacia Anna y le dio un sutil asentimiento. Ahora era el momento de la fase final de la visita.

—Nora —comenzó Anna—. Como parte de nuestra investigación, hemos hablado con Alina Zandecka y también con su secretaria, Sarah Jewell...

—¡Bah! ¿Ella era la última, verdad? Tonta niñita. Siempre desesperada por avanzar acostándose con él, así era.

Anna ignoró el comentario y continuó. —Ambas mujeres han dicho que, después del acto sexual, Herbert les hacía besar su mano. ¿Fue esto algo que alguna vez esperó de ti?

—¿Eso? Sí. Es jodidamente raro, ¿verdad? No soy solo yo quien lo piensa, ¿no?

Tomek levantó las manos en señal de rendición. —La gente tiene sus gustos. No soy quién para juzgar.

—Apuesto a que no —respondió Nora, seduciéndolo con su sonrisa.

—¿Alguna vez te pidió que hicieras eso por él? —repitió Anna.

—Sí —respondió Nora—. Cuando empezamos a estar juntos, en las primeras etapas de la relación. Fue bastante abierto y franco al respecto, en realidad, y estábamos en la luna de miel, así que no tenía problema con ello. Lo hice en los primeros días, pero después de que pasara la luna de miel y me diera cuenta de qué tipo de

hombre era, rápidamente dejé de hacerlo y le dije que se fuera a la mierda. Podía ser adorado por otras mujeres si quería, pero no por mí.

—¿Alguna vez te pidió que lo hicieras con un pintalabios en particular?

Nora examinó la habitación. —Todavía lo tengo —dijo, y luego se movió hacia una cómoda en el lateral de la sala de estar. Comenzó a buscar entre el contenido de cada cajón, con las manos perdidas entre los objetos que había allí—. Guardo algo de mi maquillaje aquí abajo, pero creo que está arriba en mi tocador. Curiosamente, lo he conservado después de todos estos años.

—¿Podríamos tenerlo, por favor? —preguntó Tomek—. Y vamos a necesitar que nos des una muestra de ADN, por favor.

Nora cerró el cajón de golpe.

—¿Por qué? No creeréis que tuve algo que ver con su asesinato, ¿verdad?

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y CINCO

Sonó el timbre, pero el ruido apenas era audible. Parecía que venía de lo más profundo del piso. Esperaron, pero seguía sin haber respuesta.

No había nadie en casa.

—Quizás se han ido al club —dijo Rachel.

—¿A cuál?

—Al Southend Seven...

—No me imagino que vayan a querer volver ahí en breve. Y dudo que tengan sus carnés de socios a mano. Son bastante estrictos con ese tipo de cosas allí.

—No quiero saber cómo entraste *tú*...

Después de recoger la muestra de ADN de Nora Tucker, Tomek había llamado a Rachel y le había pedido que se reuniera con él en el piso de Alina y Terrence, mientras Anna devolvía la muestra al equipo forense. Eran poco más de las cinco de la tarde, las luces estaban apagadas y no había nadie en casa. A menos que hubieran tenido que llevar a su hijo a alguna actividad por la tarde, Tomek no podía evitar preguntarse dónde podrían estar. Tal vez se habían dado cuenta de que la red de la investigación se estaba cerrando sobre ellos, habían entrado en pánico y decidido marcharse. Lo último que necesitaba la investigación era que los dos desaparecieran para no volver jamás.

Al fin y al cabo, tenían el dinero, no tenían ataduras que los mantuvieran en la zona. Podían irse cuando quisieran, ir a donde

quisieran.

—Tengo una idea —dijo él.

—¿No será un *plan astuto*, Baldrick?

Tomek se detuvo en mitad del giro. —Esa ha sido bastante buena viniendo de ti —dijo con sarcasmo—. Deberías apuntarla. Asegúrate de usarla con otra persona.

Tomek se rio mientras le daba la espalda y comenzaba a bajar por las escaleras que conducían fuera del edificio. Al final de los escalones, Tomek giró a la izquierda y se dirigió al Co-op adjunto a la gasolinera. La explanada estaba llena de conductores que llenaban sus coches mientras sus pasajeros esperaban pacientemente en el asiento delantero, navegando en sus móviles. El interior era, para su sorpresa, más grande de lo que esperaba. Era como entrar en un Tesco Express o un Sainsbury's Local. Filas y filas de todo lo que pudieras necesitar. Bebidas, aperitivos, comidas, artículos de aseo, pasta de dientes, comida para mascotas, alimentos congelados. No era de extrañar que Alina y Terrence hicieran allí su compra semanal.

Después de unos minutos de esperar impacientemente en la cola, mientras las personas delante de él pagaban su gasolina y compraban sus cigarrillos, Tomek llegó a la caja. Detrás del mostrador había un hombre asiático de mediana edad vestido con ropa de calle. Mientras tanto, el resto del personal de la tienda iba uniformado.

—Usted debe de ser el encargado —afirmó Tomek.

—Sí, señor —respondió el hombre educadamente.

—Excelente. Necesito hacerle unas preguntas.

La placa de Tomek fue suficiente para sofocar las protestas inmediatas del hombre. Tomek preguntó entonces si había algún lugar más privado donde pudieran mantener la conversación, así que el dueño los llevó a ambos a la oficina de la trastienda. El espacio era pequeño y estrecho, ocupado en gran parte por un escritorio y una silla de oficina. En un lado había un pequeño ordenador, mientras que el otro mostraba una gran bahía de pantallas de CCTV.

—¿No he hecho nada malo, verdad? —preguntó el caballero, temblando—. ¿Mi familia no ha hecho nada malo?

—No, señor —dijo Tomek, haciendo todo lo posible para tranquilizar al hombre, pero su voz profunda y su presencia dominante tuvieron poco efecto.

En cambio, fue Rachel quien calmó al hombre después de explicarle la situación.

—¿Cómo se llama? —preguntó Tomek.

—Rohit.

—Hola, Rohit. Yo soy Tomek y esta es Rachel. ¿Qué puede decirnos sobre la pareja que vive encima de usted?

—¿Alina y Terrence?

—Sí.

—Oh. Los vemos todo el tiempo. Con el pequeño Francis. Siempre hacen su compra de comida con nosotros. A veces les doy descuento en ciertos productos.

—¿Por qué?

Rohit se encogió de hombros. —Porque son buena gente. Siempre sonríen y hablan con nosotros cuando vienen.

—¿Alguna vez le hablan de su vida personal?

Rohit se encogió de hombros a medias. —No muy a menudo. Sobre todo del pequeño Francis.

—¿Cuándo fue la última vez que los vio?

—No hace mucho. —El dueño de la tienda se volvió hacia el banco de imágenes en directo de CCTV detrás de él—. Hace un par de horas, de hecho. Terrence pasó por aquí con su sudadera blanca.

—¿Qué quería?

—Un cepillo de dientes nuevo.

—¿Vio adónde fue después?

—No, lo siento. Pero estará aquí. —Rohit señaló el banco de pantallas de CCTV y antes de que Tomek o Rachel pudieran decir algo, comenzó a rebobinar la cinta. Encontró lo que estaba buscando unos momentos después—. Ahí está. Solo quería un cepillo de dientes.

Tomek observó la imagen pixelada del hombre, con la capucha subida, baja sobre los ojos, gorra de béisbol metida ahí, ocultando su rostro.

—¿Siempre parece que va a atracar el local?

—Oh, sí. Una vez bromeamos sobre ello. La primera vez que la llevó, de hecho.

Tomek sonrió y luego se volvió hacia Rachel. No sabía por qué, pero algo había empezado a suceder en su cabeza. Un proceso de pensamiento, una reflexión.

—El acosador de Alina... —dijo, más para su propio beneficio que para el de cualquier otra persona.

—¿Qué pasa con él?

Tomek señaló la pantalla. —¿No coincide *eso* con la descripción que nos dio?

Rachel hizo una pausa mientras se inclinaba más cerca de la pantalla, agarrándose a una silla para apoyarse.

—¿Crees que fingió ser acosada?

—Bueno, he aprendido a no confiar en una sola cosa que salga de su boca. ¿Y quién mejor para describir que el hombre con el que nadie debía saber que estaba? No se le ocurrió una descripción original, así que nos dio esa.

—¿Y si lo hubiéramos encontrado sin saber que estaban juntos? ¿Crees que lo habría traicionado de esa manera?

Tomek se encogió de hombros. —Mientras ella consiga salir impune, no creo que le importe lo que le pase a nadie más.

Algo en lo que pensar. Si Alina Zandecka realmente fingió tener un acosador, entonces ¿qué pretendía obtener de Herbert? Ella había afirmado que el acosador había sido enviado por él para disuadirla de ir a la prensa. A menos que ella hubiera sido quien lo amenazara con esa idea: que Herbert Tucker, el prominente y eminente político local, había tenido un hijo ilegítimo con una prostituta, posteriormente la había pagado y amenazado con un acosador, obligándola a hacer lo que él quisiera.

Sin duda, eso habría vendido titulares y le habría hecho ganar una pequeña fortuna.

No era inconcebible, pero tampoco era totalmente plausible.

Pero había una cosa que no tenía sentido para Tomek. La vestimenta del hombre. Cuando Terrence había llegado a la comisaría esa mañana, había entrado como si acabara de venir de la granja, y sin embargo ahí estaba, vestido con ropa informal.

Entonces se le ocurrió que su atuendo durante la declaración del testigo había sido fabricado, que lo habían vestido para que pareciera alguien que no era. Que, tal vez, Alina se había dado cuenta de que había revelado su descripción a Tomek y Rachel, por lo que se habían visto obligados a hacerle vestir algo completamente diferente, para despistarlos.

Tomek mantuvo la idea en el fondo de su mente. Luego se enfrentó a Rohit.

—¿Ha visto alguna vez algo extraño o sospechoso en el piso de arriba?

—Yo... No tenemos mucho que ver con ellos —explicó Rohit—. Es un propietario diferente al nuestro, ya ve, y...

—¿Alguna entrada y salida extraña? ¿Alguna persona merodeando por fuera?

—¿Drogas? —preguntó Rohit—. ¿Creen que están vendiendo drogas ahí?

—Díganos usted —insistió Rachel—. Es usted quien tiene los ojos puestos en el lugar las veinticuatro horas. Realmente podríamos usar algo de ayuda.

Rohit apartó la mirada y de repente se volvió muy tímido.

—Había una mujer —comenzó, incapaz de enfrentar su dura mirada—. Atractiva. Era muy atractiva. Pelo bonito. Piernas bonitas. Ropa bonita. Bonitos...

Rohit luchó por decir lo siguiente. En cambio, juntó sus manos y las levantó hacia su pecho, manteniendo un ojo en Rachel.

—Está bien —dijo ella—. Puedes decirlo. Te suplico que lo digas en vez de actuarlo.

—¡Pechos! —dijo Rohit con la emoción de un adolescente que acababa de tocar un par por primera vez—. Tenía bonitos pechos. Muy atractiva.

—¿Cuándo?

—Hace un par de semanas. Estuvo esperando fuera de su piso durante horas. Luego entró para preguntar si estaba en el lugar correcto.

—¿Recuerda cómo era?

Rohit dejó de hablar y luego se volvió lentamente hacia las pantallas de CCTV. —Tengo las imágenes guardadas aquí.

—¿Guardadas? —preguntó Rachel—. Pensaba que sus grabaciones se borraban después de cuarenta y ocho horas.

Rohit se rio incómodamente. Acababan de descubrir al pequeño pervertido. —Las guardé —explicó—. Por si acaso.

—¿Por si acaso las necesitabas cuando tuvieras frío por la noche?

Más risitas incómodas. —¿Les gustaría verlas?

*Claramente no tanto como a ti.*

En pocos segundos, el dueño de la tienda había cargado en la pantalla un vídeo que mostraba irrefutablemente a Nora Tucker. Tomek la reconoció al instante. Las piernas, el pelo, y Rohit tenía razón, los pechos. Llevaba casi el mismo atuendo que Tomek le había visto solo unas horas antes, y estaba parada en el aparcamiento, con una bolsa grande bajo el brazo.

—¿Qué es eso? —preguntó Tomek.

No hubo respuesta. Rohit adelantó el vídeo que luego mostraba a Nora entrando en el piso y saliendo solo unos minutos después.

—No se quedó mucho tiempo —observó Rachel.

Pero Tomek no estaba escuchando. Otra de esas pequeñas ideas había empezado a formarse en su cabeza.

—¿Cuándo fue esto? —preguntó, y luego encontró la respuesta por sí mismo—. El de noviembre...

—¿No es esa la misma fecha en que se retiró el dinero de la cuenta de Herbert Tucker?

Lo era.

—Era para Alina —dijo Tomek, pensando en voz alta—. Nora fue la mula que se lo dio el mismo día. Pero ¿para qué era?

—¿Dinero para comprar su silencio?

—O para matarlo.

Un repentino silencio cayó sobre la habitación. Afuera, se podía oír la música en la tienda. Tomek y Rachel permanecieron quietos, mirando al vacío. Mientras tanto, Rohit, que no tenía ni idea de lo que estaba pasando, parecía aterrorizado de estar en compañía de dos individuos que estaban hablando de matar y dinero en la misma frase.

Al darse cuenta de que no había dicho nada durante un rato, Tomek agradeció al hombre por mostrárselos y le dijo que necesitarían una copia de las imágenes como prueba. Una vez que el hombre las había descargado en un pendrive para ellos, pulsó un botón y devolvió la grabación a la transmisión de vídeo en directo. Mientras Tomek tomaba el USB del hombre, algo llamó su atención.

Un hombre con una sudadera blanca.

Una mujer con un abrigo negro.

Un niño pequeño agarrado a las manos de ambos.

Habían vuelto a casa.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y SEIS

—Buenas noches.

Los tres dieron un respingo.

—Detectives... —comenzó Terrence con tono cauteloso—. Buenas noches.

—¿Les importa si pasamos?

La puerta estaba entreabierta, así que realmente no podían negarse.

—Por supuesto. Pondré la tetera.

—No será necesario —explicó Tomek.

El miedo cruzó por los rostros de ambos adultos mientras conducían a su hijo al interior del piso. Tomek estaba más que satisfecho de dejarles rumiar ese pensamiento durante un rato.

Una vez dentro del piso, Alina envió al niño a su habitación, donde la perspectiva de poder jugar con su iPad y ver la tele resultaba más interesante que lo que los adultos iban a discutir. Tan pronto como la puerta se cerró tras él, Tomek condujo a Alina y Terrence a la cocina.

—Me gusta tu sudadera —dijo Tomek sin inflexión.

—¿Qué...? ¿Oh... esto? —Terrence miró su jersey con perplejidad, como si hubiera olvidado que lo llevaba puesto—. ¿Esta vieja cosa? La tengo desde hace años.

—Se parece mucho a la que nos describiste el otro día, Alina, ¿no te parece?

—¿La que yo...? —repitió ella, haciéndose la tonta.

—Sí. Ya sabes. El acosador del que nos hablaste. Enviado por Herbert antes de morir. ¿No dijiste que llevaba una sudadera y una gorra exactamente como esa?

—Yo... Eh... —balbuceó.

—Diría que te lo inventaste. No había ningún acosador. Nos mentiste. ¿Por qué?

—Porque yo... porque vosotros no sabíais cómo era él. Era el tipo de cosa que habría hecho.

—Pero no lo hizo —espetó Tomek, cruzándose de brazos—. ¿Por qué fingiste tener un acosador?

Alina se volvió hacia su pareja y suspiró tan profundamente que Nick habría quedado impresionado. —Herbert no dejaba de amenazar con cortar nuestros ingresos. Dijo que no habría más pagos. Así que decidí tomar represalias, le dije que iría a la prensa y contaría que había contratado a un sicario para acosarme y matarme. Incluso tomé fotos de Terrence en la calle como "prueba". —Utilizó los dedos para hacer comillas en el aire—. Nunca iba a llevarlo a cabo realmente.

—¿Y Herbert te retó a que lo hicieras? —preguntó Rachel.

—Supongo.

—Así que mentiste sobre eso —comenzó Tomek—. ¿Sobre qué más has mentido?

—No entiendo. Yo no he...

—¿Reconoces esto? —Tomek sacó la foto de Herbert Tucker en el club y se la puso delante de las caras—. Me han informado de manera fiable que solo existe una copia de esto y que estaba expuesta con orgullo en el club de caballeros de Southend. Pero ese no es el caso, ¿verdad, Alina?

—No sé a qué te refieres... —Su voz se quebró con miedo y angustia.

—Deja de mentir, por favor. Es tedioso. Explícalo todo y explícalo ahora. —Tomek estaba decepcionado porque no había ninguna mesa donde dar un golpe para enfatizar su disgusto.

—Yo... Sí, tomé esa foto. Y no, no es la única copia. —Miró a los ojos de Tomek como si esperara su aprobación para continuar—.

Guardé un par de copias como seguridad, como garantía. Por si acaso.

—¿Por qué se la enviaste a la esposa de Herbert?

Suspiró profundamente. —Porque ella nos había estado amenazando. Cuando Herbert detuvo el dinero, se rio de nosotros, nos dijo lo despreciables que éramos como seres humanos. Así que le envié la foto como prueba de lo despreciable que era su *marido*, no nosotros. La envié a su domicilio y les dije que la mandaría a la prensa si no recibíamos nuestro dinero. Pero no me refería al *Southend Echo*. Hablaba de algo más grande: *The Sun, The Daily Mail*. Habrían pagado mucho más por una exclusiva de ese tipo.

—¿Así que ella trajo el pago final en persona?

—¿Cómo sabéis...? —comenzó, y luego se dio cuenta de que la pregunta era inútil; que lo sabían todo—. Nora retiró una gran suma de dinero de la cuenta de Herbert sin que él lo supiera y luego nos la trajo. Ese fue el último pago que hemos recibido.

—¿No fue un adelanto para matar a su marido? —preguntó Rachel, metiendo la pregunta en la conversación como un niño que intenta forzar un ladrillo a través de un agujero circular.

—¿Matarlo? ¿De qué estáis hablando?

—¿La esposa de Herbert no os pagó para matarlo? —repitió Rachel.

—¡Por supuesto que no! —intervino Terrence, su voz profunda reverberando en la vajilla—. No tuvimos nada que ver con el asesinato de Herb, os lo prometo.

—Ya veremos —respondió Tomek en voz baja, luego se volvió hacia Rachel y extendió la mano.

—¿Qué se supone que significa eso? —ladró Terrence—. ¿De qué estáis hablando? ¡No tuvimos nada que ver con el asesinato de Herbert!

Tomek los ignoró mientras tomaba un tubo de ensayo de Rachel y comenzaba a ponerse un par de guantes forenses azules.

—¿Qué estás haciendo? —continuó Terrence—. ¿Para qué es eso?

—Alina, voy a necesitar que abras la boca, por favor.

Alina cerró los labios instintivamente.

—Solo necesito tomar una muestra rápida de ADN.

Terrence se interpuso delante de ella, su vientre rocoso haciendo un buen trabajo protegiendo a Alina de Tomek.

—¡No podéis hacer esto! ¡No tenéis derecho! Dejadme llamar a Brendan, él...

Tomek se quedó petrificado, fulminando con la mirada al bufón que se había atrapado a sí mismo a mitad de la frase.

—¿Qué hará Brendan? —preguntó Tomek.

De repente, Terrence se quedó callado y se apartó.

—Por favor, continúa. Quiero oír lo que ibas a decir.

—Nada. Nada. No iba a decir nada. Olvidad que mencioné su nombre.

—¿Utilizasteis su influencia y poder para libraros de algunos cargos en particular en el pasado? —preguntó Rachel.

Sin respuesta.

—Sabemos que puede ser muy persuasivo.

Siguió sin responder.

—Dínoslo —ordenó Tomek—. De lo contrario, tenemos un buen colchón esperándote en la comisaría.

Terrence negó con la cabeza y comenzó a disculparse profusamente. —Me ayudó con mi adicción. Ayudó a mantener a la policía alejada de mi casa en aquel momento. Eso fue todo. Le debo mucho.

*Ya lo creo que sí*.

—Abre la boca, por favor, Alina —dijo Tomek mientras blandía el bastoncillo de algodón frente a su cara—. Habrá terminado antes de que te des cuenta.

A regañadientes, Alina abrió la boca y Tomek frotó el bastoncillo en el interior de sus mejillas, tomándose su tiempo. Por despecho. Cuando terminó, lo volvió a colocar en el tubo, entregó la prueba a Rachel y luego se quitó los guantes, dejándolos sobre la encimera de la cocina para que los dueños de la casa se ocuparan de ellos.

—¿Para qué lo necesitáis? —preguntó Alina, con voz débil, como si acabara de recuperarse de una paliza.

—Rutina —mintió Tomek. Luego añadió—: Por curiosidad, ¿significa algo para ti «Fresa Suntuosa de Claire»?

—Es el nombre de una marca de pintalabios.

—Correcto. ¿Y tiene algún otro significado importante para ti?

—Es... —se volvió hacia Terrence, luego de nuevo hacia Tomek—. Es el pintalabios que Herbert me obligaba a usar cada vez que teníamos sexo.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y SIETE

Treinta minutos se convirtieron en treinta y uno.

Treinta y uno en treinta y dos.

—Esto es bueno —dijo Tomek—. Creo que no va a aparecer, tío.

Levantó la mano e hizo una señal a la dueña. El café de Morgana estaba a rebosar esta noche. Como todas las noches. Y días. Y cada hora que estaba abierto. No importaba cuántas veces Tomek visitara el café, seguía desconcertándole lo concurrido que estaba.

Un momento después, Morgana se acercó apresuradamente con su bolígrafo y libreta en mano, y su sonrisa de manual plasmada en la cara.

—¿Qué puedo ofreceros?

—Un bocadillo de salchicha y huevo, por favor —le dijo Tomek.

—Lo mismo para mí, por favor —respondió Abigail, suspirando.

—Míranos, pidiendo lo mismo.

—Es casi como si ambos fuéramos humanos y nos gustara el mismo tipo de comida.

—Alguien está un poco amargada —contestó Tomek.

—Y tengo todo el derecho a estarlo. Es la tercera vez que me deja plantada. No sé cuántas oportunidades más puedo darle.

Tomek se encogió de hombros, cogió la servilleta de la mesa y comenzó a juguetear con ella entre los dedos. —Bueno, siempre podrías darme su nombre e información, y entonces podría enviar a Anna para que hablara con ella.

—¡No! ¿Estás loco? Eso es lo último que queremos hacer. Entonces seguro que no vendrá.

Tomek no creía que tratar a la Mujer X como si fuera un ciervo asustado la hiciera salir de su madriguera más pronto, pero optó por no recordárselo.

Cuando los treinta y dos minutos se convirtieron en treinta y cinco, seguía sin haber señal de ella. Lo que sí había, sin embargo, era comida en la mesa. Deliciosas bondades, como a Tomek le gustaba llamarlo. Un tentempié nocturno. Un entrante antes de su plato principal en casa con Kasia. El plato frente a él era de proporciones magníficas. Dos huevos, dos trozos de tostada y al menos seis tiras de bacon, con una guarnición de alubias en un pequeño cuenco que no había pedido. Se le hacía la boca agua con solo mirarlo.

Se volvió hacia Abigail, quien babeaba por su comida tanto como él.

—¿Esto es una cita? —preguntó.

—No.

—Parece una.

—No lo es.

—Pero tiene todas las características de una. Un restaurante. Una comida. Los dos solos.

—No cuenta.

—La última sí contó.

—Sí, pero esta noche no.

—¿Puedo contarla *yo* como una?

—No. No funciona si solo uno de nosotros la considera una cita real. Es como si dijeras que pilotaste un avión pero lo único que hiciste fue estar de pie en la cabina. Tienes que poner las manos en el joystick y pilotar ese cacharro antes de poder llamarla cita.

Tomek la miró asombrado. Eufemismos aparte, él seguía considerándolo una cita, aunque ella no quisiera.

—Siento que sigamos encontrándonos así —dijo ella, justo cuando él se metía en la boca un bocado de huevo y bacon.

—¿Encontrándonos cómo?

—En el trabajo... haciendo cosas relacionadas con el trabajo. Ya sabes, cuando viniste a mi oficina el otro día; la última vez que hicimos esto, y ahora lo estamos haciendo de nuevo.

—Está bien —dijo él—. No me importa. De verdad. Al menos me da una excusa para verte. Y al menos no me siento tan mal sabiendo que hay un pretexto laboral detrás.

Abigail jugueteó pensativamente con su comida. —Solo estás diciendo lo que crees que quiero oír.

Tomek agitó su cuchillo frente a ella. —Nah-ah. Lo que quieres oír es que esto *sí es* una cita.

—Creo que eso es lo que *tú* quieres oír —respondió ella.

—¿Qué es?

—¡Que esto es una cita!

—¡Tachán! —vitoreó Tomek, con trozos de comida saliendo de su boca—. Te pillé. Lo has admitido. Esto. Es. Una. Cita. Y una buena, además. Así que no la estropees.

Suspirando profundamente, Abigail puso los ojos en blanco y dirigió su atención a la comida. Habían pasado casi cuarenta minutos y seguía sin haber señal de ella. En el minuto cuarenta y uno, Abigail admitió la derrota.

—Ya que esto es una cita bajo la apariencia de trabajo —comenzó—, no me sentiré tan mal por preguntarte cómo va la investigación.

Tomek sonrió irónicamente. —Sabes que no puedo contarte todo.

—Quizá algún día lo harás.

—Tristemente no esta vez —explicó, y procedió a contarle la historia bastante inocua y poco interesante de Albert Patterson, el detector de metales que había descubierto la alianza de Herbert Tucker en la playa.

—Pobre hombre —dijo ella—. Parece que se había encariñado bastante con ella.

—Lo sé. Me sentí mal quitándosela. Me dio la impresión de que no tenía mucho, y era la última posesión que le quedaba. También era muy olvidadizo... un poco disperso.

—Pobrecillo.

Un momento de silencio descendió sobre la mesa mientras ambos se metían otro bocado en la boca.

—¿Y tú qué? ¿Qué noticias hay en Southend y alrededores?

—¿No te has enterado?

Tomek le lanzó una mirada de desaprobación. —Si me hubiera enterado, no preguntaría...

—Lo que sea. Está todo como loco ahora mismo. John me ha dado luz verde para seguir con la historia en la que he estado trabajando. También ha dado luz verde a algunas de las otras chicas para publicar historias sobre Brendan Door, el alcalde, el presidente del Southend FC, Anthony Arnold... todos ellos. Hasta el último de ellos. Incluso nos han dado acceso a los Siete de Southend.

Tomek se tomó un momento para digerir la información. La casa se estaba desmoronando y John Mullen se aseguraba de ser el único en el exterior. ¿Pero por qué? ¿Qué ganaba ahora que Herbert Tucker estaba muerto? ¿Estaba simplemente intentando manchar el nombre de todos los demás para quedarse con toda la gloria? ¿O esperaba que la mente del público estuviera tan saturada con las terribles noticias sobre algunas de las figuras más prominentes de su ciudad que para cuando saliera un artículo sobre él ya estarían insensibilizados, disminuyendo su impacto? Tomek no lo sabía. Pero una parte de él lo encontraba preocupante. Mientras que la otra parte no podía esperar para descubrir qué tipo de historias iban a salir.

—Sabes que no puedo contarte todo —dijo ella, guiñando un ojo.

—Tal vez algún día lo hagas —dijo él.

—Tal vez —respondió ella—. Depende de lo bien que me trates.

Justo cuando Tomek estaba a punto de meterse el último trozo de comida en la boca, su teléfono comenzó a vibrar sobre la mesa. Número desconocido.

Deslizó el dedo por la parte inferior de la pantalla y se lo llevó al oído mientras se metía la comida en la boca.

—DS Bowen —dijo casi inaudiblemente.

—¿DS Bowen? —repitió una voz masculina—. Me llamo PS Knight. Me han dicho que le informe de que Richard Stafford acaba

de ser visto en el Centro Comercial Victoria. Uno de nuestros agentes le está esperando ahora mismo fuera de Peacocks.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y OCHO

Tomek no sabía qué era más confuso: por qué un rico y acaudalado narcotraficante estaba comprando en un sitio como Peacocks, o por qué había aparecido de repente de la nada. Desde que el equipo había entrevistado a los otros seis miembros de los Siete de Southend, se habían realizado varios intentos para encontrar al buscado traficante de drogas, pero la información de la brigada antidroga de Colchester, de la Jefatura de Policía de Essex, indicaba que había volado a España y, como no existía orden de detención contra él, no había habido posibilidad de detenerlo en cuanto hubiera aterrizado.

Tomek llegó al Victoria Shopping Centre veinte minutos después de recibir la llamada. El complejo estaba situado en la parte alta de la calle principal, a menos de cien metros de la estación de tren de Southend Victoria. Su construcción comenzó y finalizó a finales de los años sesenta y había sido un pilar de la zona de Southend desde entonces. Cientos de miles de visitantes cruzaban sus puertas cada año, y a Tomek le asombraba pensar que Richard Stafford fuera uno de ellos.

Esperándole en la entrada del centro comercial, había un joven agente de policía, vestido con un uniforme impecable, de pie con los brazos a los costados como si hubiera sido miembro de la guardia real o hubiera pasado un breve período en el ejército.

Tomek se acercó al hombre y se presentó.

—PC Ryan Blackpool —respondió el agente con un firme apretón de manos.

—¿Todavía le tienes a la vista?

Blackpool indicó con la cabeza hacia la farmacia Boots a su izquierda.

*Apropiado*.

—Lleva ahí unos diez minutos. Primero estuvo en Peacocks durante unos veinte minutos, luego fue a Deichmann, y ahora está aquí.

—¿Está solo?

Blackpool asintió. —Por lo que he podido ver, sí.

—Excelente. Déjamelo a mí. Si te ve con el uniforme, podría asustarse.

Otro asentimiento. Esta vez el agente se quitó la gorra de policía y la sostuvo bajo el brazo.

Tomek dejó al hombre y se dirigió hacia la tienda. Había pasado muchas tardes allí con Kasia, examinando las estanterías, buscando los últimos productos de maquillaje y para el cabello. Tanto así que ahora conocía los pasillos como la palma de su mano. Sabía dónde estaban los pasillos de maquillaje de marca, dónde se ubicaban las compresas, dónde se guardaban los tintes para el pelo y, lo más importante, sabía dónde se escondían los remedios para el dolor articular.

Mientras deambulaba por la entrada de la tienda, pasando por los mostradores de maquillaje, se preguntó cuántas veces Herbert Tucker habría cruzado aquellas puertas. Si habría entrado y comprado el pintalabios Strawberry Surprise que pedía a sus conquistas sexuales que llevaran. Y si habría comprado algo más para ese propósito mientras estaba allí.

Antes de que pudiera pensar más en ello, Tomek divisó a Richard Stafford en el pasillo de las pastas de dientes. Era obvio que estaba fuera de lugar, destacando como un grano en la cara de un adolescente, con su aspecto campestre, botas de agua y gorra plana.

El hombre estaba agachado, alcanzando un paquete de pasta de dientes Sensodyne, cuando Tomek le abordó.

—¿Sr. Stafford?

Richard miró a Tomek, con desdén en su expresión.

—Puede que lo sea. Depende de quién quiera saberlo.

—Detective Sargento Tomek Bowen —Tomek sonrió con suficiencia mientras extendía una mano para ayudar a Richard a levantarse.

El hombre la ignoró y se puso de pie, con el paquete de pasta de dientes en la mano.

—He oído que nueve de cada diez dentistas recomiendan esta —dijo—. Debe ser buena si ese es el caso.

Richard no estaba impresionado. —¿Qué quiere?

—Me gustaría hacerle algunas preguntas, si me lo permite.

Para entonces, un pequeño grupo de personas se había formado en el otro extremo del pasillo; Tomek no había hecho ningún intento de bajar la voz, por lo que estaba más que feliz de tener público.

—¿Es sobre el otro día?

—Sí. Es usted un hombre difícil de encontrar.

—Me gusta que sea así.

—Bueno, ya sabe lo que dicen. Un jet privado al día mantiene a los sargentos detectives alejados. Ahora, ¿vamos?

Salieron amistosamente, por la parte delantera de la tienda, cerca el uno del otro como si fueran buenos amigos en una mundana salida de compras, gastando dinero que no tenían en cosas que no necesitaban. Esperándoles, apoyado contra una pared con una mano en el bolsillo, estaba el agente Blackpool.

—Deja de parecer que estás en una película de Tarantino y ven con nosotros —dijo Tomek al pasar junto a él.

El agente les siguió rápidamente, corriendo tras ellos. Fuera, en lo alto de la calle principal, giraron a la izquierda y se dirigieron hacia el Pizza Hut de la esquina. Allí, Tomek había aparcado detrás del vehículo policial rotulado de Blackpool. Al llegar al coche de policía, Tomek abrió la puerta trasera e indicó a Richard que subiera.

—¿En serio? —preguntó el hombre.

—Solo es una charla. En un lugar un poco menos embarazoso que una droguería.

A regañadientes, y con la actitud de un adolescente petulante, Richard Stafford inclinó la cabeza y subió al asiento trasero. Cuando Tomek cerró la puerta tras él y comenzó a rodear la parte trasera del vehículo, una voz gritó desde atrás.

—¡Blackpool, dónde has estado, colega!

Ryan, perplejo y en alerta máxima, se dio la vuelta para ver a un hombre que se acercaba hacia él. El estado del hombre confundió a Tomek. Su pelo estaba desaliñado, su barba descuidada y su cara sucia. En sus brazos llevaba un saco de dormir verde y gris, y sobre su hombro una gran mochila de colores a juego. Cada parte de su exterior sugería que era un sintecho, incluidos sus dientes perdidos, pero era su ropa lo que confundió a Tomek. Vestía un traje gris casi inmaculadamente planchado. Caro, a medida.

—¿Qué tal, Rick? —dijo Ryan—. Hace tiempo que no te veo. ¿Dónde has estado?

—Oh, ya sabes. Por aquí y por allá. De un lado para otro.

—Pero vaya pinta, debo decir. ¿De dónde has sacado eso? —Ryan examinó al hombre de arriba abajo, señalando sus zapatos—. Nunca te había visto llevar algo tan limpio antes.

—Un tío me lo dio la otra noche, ¿sabes?

—¿Cómo dices?

Tomek se giró y comenzó a rodear la parte trasera del coche de nuevo.

—Sí, fue una locura, pero no iba a decir que no. Este tipo se me acercó en medio de la noche. Me despertó y eso, y me preguntó si quería cambiar mi ropa por el traje de su colega.

La mano de Tomek estaba en la manilla de la puerta del coche cuando se detuvo. —¿Qué acabas de decir?

Rick se quedó inmóvil, su cuerpo tenso. —Nada. No he dicho nada.

—Tranquilo, Rick —intervino Ryan—. Está conmigo. No te van a detener.

—Ah. Vale. En ese caso, entonces, ¿qué quieres saber?

Tomek resopló. —¿Qué acabas de decir sobre alguien que te dio ese traje?

—Un tío me despertó en mitad de la noche, agitando este traje en mi cara, preguntándome si quería cambiarlo por mi ropa.

—¿Le preguntaste por qué?

—Dijo que era para una broma. Le estaba gastando una broma a uno de sus colegas.

—¿Viste su cara? —preguntó Tomek.

—No realmente, colega. Estaba oscuro. Estaba cansado. Y me estaba congelando los cojones, así que me interesaba más entrar en calor.

Joder.

—¿Te dio algo más? ¿Algún dinero?

—¿Para qué quieres saber eso? —preguntó Rick, su cuerpo tensándose.

—Curiosidad —Tomek hizo una pausa mientras su mente procesaba la información. Luego miró a través de la ventanilla trasera y señaló—. ¿El tipo de este coche se parece a él?

La cara de Rick se contorsionó mientras se inclinaba a un lado para ver mejor a Richard Stafford sentado en el coche.

Un momento después, se irguió como el rabo de un perro y dijo: —No, lo siento, colega. No es él. Definitivamente no llevaba ropa como esa.

Doble joder.

—¿Puedes recordar qué ropa llevaba?

Rick se metió un dedo en la nariz mientras pensaba intensamente. —Creo que llevaba un traje o algo así. O quizá un chándal. Una sudadera con capucha, tal vez. No puedo recordarlo, si te soy cien por cien sincero. Estaba oscuro, como te he dicho. Y estaba metido en mi propio rinconcito mientras me cambiaba y eso.

Tomek asintió en señal de comprensión. —¿Hay algo más que puedas recordar? ¿Algo que pudiera haber dicho? ¿Algo que pudiera haber hecho? ¿Hacia dónde se dirigió?

—Estaba con una mujer, pero no la vi. Ella estaba por la esquina en alguna parte. Lo único que hizo fue gritar "Vamos" y entonces él salió corriendo tras ella.

Triple joder.

Los asesinos habían estado allí. Y habían tenido un testigo. Quizás no habían pensado que Rick acudiría nunca a la policía, o que algún día se toparía con ellos en la calle.

—¿Tienes un móvil o algo? —preguntó Tomek—. Para poder contactar contigo si necesitamos algo.

—¿Te parece que llevo un móvil encima?

—No. Tienes razón. Lo siento.

*Estúpido idiota*.

—¿Y la ropa? ¿Podríamos quedárnosla? Necesitamos examinarla en busca de pruebas.

—Ni hablar. De ninguna manera os la vais a quedar. ¿Qué coño voy a ponerme? Es lo único que tengo.

—Podemos encontrarte algo en el almacén.

—No, ni de coña. En vez de eso podéis comprarme algo.

Tomek lo consideró un momento. Entonces tuvo una idea. Abrió la puerta del coche y señaló el objeto en la mano de Richard.

—¿Puedo coger eso?

—¿Mi pasta de dientes? Absolutamente no.

—Vamos. Este hombre la necesita más que usted. Y seguro que puede comprar otra.

A regañadientes, como si Tomek le acabara de pedir que entregara todos sus ahorros, Richard Stafford le entregó el tubo de pasta de dientes. Canalla, pensó Tomek mientras lanzaba el envase a Rick.

—Considéralo un anticipo —dijo, luego se volvió hacia Ryan—. ¿Puedo dejarte esto para que lo gestiones?

Ryan asintió, confirmando que podía.

Tomek se dirigió a Rick. —En nombre de la familia de Herbert Tucker, gracias por tu ayuda.

Un momento después, saltó al interior del coche. La puerta se cerró de golpe, envolviéndolos en una burbuja de silencio.

—¿Has conseguido las respuestas que necesitabas de él? —preguntó Richard Stafford.

—Por desgracia no, lo que significa que todavía tengo algunas preguntas para usted.

—Puedes ahorrarte el esfuerzo, colega —respondió Richard, jugueteando con su gorra—. No he tenido nada que ver con el asesinato de Herbert. Ya os lo dije el otro día.

—Entonces, ¿por qué huyó?

—No lo hice.

—Volar a otro país sugiere lo contrario.

—Tengo intereses comerciales allí que requerían mi atención inmediata.

Tomek gruñó y se volvió para mirar al parabrisas delantero.

—Nunca le hubiera imaginado como cliente de Peacocks —dijo.

—Me gusta su ropa interior.

—Pero no compró nada.

Tomek podía oler la mentira.

—No tenían mi talla.

—¿Qué tallas venden allí? ¿Onzas o gramos? —preguntó Tomek, arriesgándose.

—¿Es eso lo que has venido a preguntarme, detective? ¿O es sobre la muerte de mi querido viejo amigo?

—Ninguna de las dos. Es sobre el secreto que se llevará a la tumba.

Richard giró lentamente la cabeza hacia la ventanilla lateral y observó a los transeúntes pasar junto al vehículo, el sonido de sus conversaciones y pasos amortiguado.

—Me temo que no sé de qué está hablando, detective. No tengo ningún secreto.

—Esa es una mentira tan grande como lo de los nueve de cada diez dentistas, y usted lo sabe.

—Mi dentista no estaría de acuerdo con usted —una sonrisa irónica se extendió por el rostro de Richard.

—¿Así que no sabe nada sobre la muerte de Herbert?

—Lamentablemente no, detective. Había mucha gente a la que no le caía bien mi amigo, incluidos algunos de mis otros amigos, como seguramente sabrá. Todos tenían motivos para hacerle daño, pero nunca para matarlo. Todos son tan culpables como los demás de muchas cosas.

# CAPÍTULO
# CUARENTA Y NUEVE

Tomek pasó las siguientes horas intentando procesar las palabras de Richard Stafford.

*Todos tenían motivos para hacerle daño, pero nunca para matarle.*

*Todos son tan culpables como los demás de muchas cosas.*

El secreto que Richard Stafford se llevaba a la tumba, entregado en forma de acertijo. Era una lástima que ni él ni el resto del equipo fueran capaces de descifrar su significado. Algo en su elección de palabras y en la forma en que lo había dicho sugería que había algo más sobre Herbert Tucker que él y el equipo deberían haber sabido pero no sabían. Que había algo más ocurriendo entre bastidores.

—¿Qué otras piedras nos quedan por levantar? —preguntó Nick.

En la habitación estaban Sean y Victoria, los cuatro miembros más veteranos del equipo. Nick había convocado la reunión de crisis poco después de que un artículo publicado por el *Southend Echo* criticara a Nick por su relación profesional con Brendan Door. El artículo había puesto en duda la integridad y capacidad del inspector jefe para el trabajo. Algo que él estaba decidido a contrarrestar con una detención rápida y eficiente por el asesinato de Herbert.

—No se me ocurre nada, señor —respondió Sean.

—Me alegra que esté usted aquí, sargento, con su fantástica perspicacia —siseó Nick—. Joder.

Sean agachó la cabeza y permaneció en silencio durante los siguientes minutos.

Entonces Nick comenzó a pasearse por la habitación, murmurando para sí mismo las palabras de Richard Stafford.

—Todos son tan culpables como los demás... ¿Qué quiere decir con eso? ¿Podrían haber estado todos involucrados? ¿Podrían haberlo planeado juntos? ¿Los nueve?

—¿Nueve, señor? —preguntó Tomek.

Nick se detuvo de repente y comenzó a contar con los dedos—. Alina, Terrence, John, Brendan, Nora, Gregory, Anthony, James y Richard Stafford.

—¿Estamos tratando a Nora como sospechosa? —preguntó Tomek.

—Hasta que recibamos las muestras de ADN de ella y de Alina, absolutamente. Hay una mujer involucrada en alguna parte, y es una de ellas.

—Entonces o es Brendan como cómplice o Terrence.

—¿Qué mujer lo quería más muerto? —preguntó Victoria—. ¿La que había dependido tanto de él económicamente y estaba a punto de perder esa fuente de ingresos, o la mujer a la que había engañado tantas veces y amenazado con divorciarse?

—Son la misma mujer —respondió Tomek, cruzando los brazos sobre el pecho—. Ambas tienen los mismos motivos. Ambas dependían de él para el dinero y en los últimos meses, él había amenazado con cortar esos ingresos. Todo se reduce a los hombres.

Victoria puso los ojos en blanco y se recostó en su silla.

—¿Qué está pensando, Tomek? Adelante —insistió Nick.

—Terrence era el emergente, el segundo al mando, destinado a la grandeza política hasta que Herbert le introdujo en su hábito de drogas y lo echó del equipo. Mientras que Brendan dependía de él económicamente; los sobornos para mantener la entrada de drogas en la ciudad. Pero creo que Herbert dependía más de Brendan en ese ejemplo particular. Así que si tuviera que decidir, me inclino por Terrence.

—¿Y está usted seguro de que Richard Stafford no encaja en absoluto en este cuadro?

Tomek negó con la cabeza—. Al principio pensé que podría haber tenido algo que ver. Dado lo que se le busca, tendría sentido que

tuviera los contactos criminales para organizar algo así, pero después de lo que dijo Rick, no creo que sea él.

—¿De verdad cree que podemos creer la declaración de un testigo sin techo? —comenzó Victoria—. ¿Cómo sabemos que no es uno de los consumidores de Richard? ¿Cómo sabemos que no lo está encubriendo?

—Porque uno de los nuestros ha dado fe de Rick. No es consumidor. No toma drogas. Solo ha tenido mucha mala suerte, por lo que he oído.

—Eso no le absuelve de...

—Intente vivir en la calle —interrumpió Tomek—. Y luego vea lo rápido que aceptaría la oportunidad de tener ropa nueva.

—¡Basta! —ladró Nick, con la voz resonando hasta el pasillo—. Basta, los dos. Todavía tenemos un asesinato que resolver. —Suspiró profundamente—. ¿Qué hay del anillo? ¿Ya ha llegado algo sobre eso?

Sean negó con la cabeza—. Nada, jefe. Ni ADN, nada. Lo han limpiado tanto que los chicos casi lo confundieron con uno nuevo.

—Mierda. ¿Qué hay de...?

Antes de que Nick pudiera terminar, la puerta se abrió de golpe y entró corriendo Oscar, respirando rápidamente mientras se aferraba al pomo de la puerta para evitar que su impulso lo llevara hacia el interior de la habitación.

—Siento interrumpir, jefe —dijo, jadeando—, pero esto es importante.

Otro suspiro. Más ligero esta vez, lleno de un sentido de optimismo—. ¿Qué es?

—Forense digital. Acaban de enviar el informe del teléfono y el portátil de Herbert Tucker. —Oscar blandió un conjunto de documentos en el aire.

—¿Y? ¿Qué han encontrado?

Oscar cerró la puerta tras él y se apresuró hacia el centro de la habitación. Sus ojos brillaban de emoción y sus movimientos eran frenéticos.

—Han encontrado docenas de mensajes de texto y correos electrónicos que prueban que Herbert Tucker y su pequeño grupo de

políticos y personas influyentes en los Siete de Southend estaban operando una red de tráfico sexual.

Silencio.

Nadie dijo nada mientras procesaban la información.

Sean fue el primero en hablar—. ¿Quién estaba involucrado?

—Todos ellos. El PFCC, el alcalde, James Colehill, John Mullen, Terrence Toffolo, todos. Estaban trayendo chicas de Europa del Este, instalándolas —literalmente— en ese club, y luego obligándolas a hacer lo que los Siete de Southend quisieran.

La mente de Tomek parecía estar trabajando a mil por hora.

Los nombres de los sospechosos aparecían rápidamente en su cabeza, luego desaparecían casi con la misma rapidez.

Luego las palabras de Nora: *Le gustaban las europeas del Este. Siempre aparecía algún nombre extranjero en su teléfono.*

Todo empezaba a tener sentido. Alina Zandecka había mentido. Había sido traída al país por los traficantes y mantenida en el sistema hasta que quedó embarazada. A partir de ahí las tornas habían cambiado y su poder dentro del grupo había aumentado. Tenía dominio sobre Herbert, y había sido capaz de explotarlo durante los últimos cuatro años, mientras era responsable de traer a otras mujeres del extranjero. Tomek no quería pensar cuántas vidas había alterado, todo por una retribución mensual.

—Por eso John Mullen está echando a todos los demás a los leones —dijo Nick suavemente, como si se lo explicara a sí mismo—. Por eso está divulgando toda esta información sobre los demás. Sabía que era cuestión de tiempo hasta que esta noticia saliera a la luz, así que intentó desviar la atención lo máximo posible.

—¿Y qué hay de Richard Stafford? —preguntó Tomek, poco a poco volviendo en sí—. No ha mencionado usted su nombre.

—Eso es porque no parece estar involucrado en ninguno de los correos electrónicos o correspondencia.

La mirada de Tomek se apartó de la de Oscar y aterrizó en la mesa en medio de la habitación—. Él solo era responsable de suministrar las drogas para sus fiestas; el resto de ellos se encargaba de traer a las chicas.

—En realidad, esa responsabilidad en particular recaía en gran medida en Keith Ferguson.

—¿El tipo que se suicidó?

—Sí.

—Vaya.

Eso explicaba su suicidio.

Keith Ferguson no había estado preocupado por lo que pudiera salir a la luz sobre él respecto a su hábito de drogas y prostitutas. Había estado más preocupado por que la policía descubriera su implicación en el tráfico de mujeres a través del continente para el sexo.

Y entonces los pensamientos se detuvieron, interrumpidos abruptamente por una suave tos.

Los cuatro hombres se volvieron hacia Victoria.

—No quiero hacer de abogada del diablo —dijo suavemente—, pero nada de esto explica quién mató a Herbert Tucker.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA

Victoria tenía razón. Ninguna de las acusaciones de trata sexual tenía relación con el asesinato de Herbert Tucker. Pero eso no les impidió perseguir a los responsables.

Durante los días siguientes, Tomek y el equipo arrestaron a todos los relacionados con los correos electrónicos y mensajes de texto, examinando meticulosamente las pruebas recopiladas por los equipos forenses digitales: correos de Herbert y John Mullen con instrucciones para Keith Ferguson y Terrence Toffolo sobre cuándo volar a Rumanía y Lituania, adónde debían ir, con quién hablar y cuándo debían traerlas de vuelta. El equipo incluso había verificado el historial de vuelos de los hombres con varias aerolíneas y corroborado sus movimientos. Además, habían enviado a Rachel y Anna a buscar a varias de las mujeres que sospechaban habían sido víctimas de trata. Afortunadamente, las encontraron. Y más aún, las mujeres estaban más que dispuestas a hablar. Declaraciones completas de testigos que prácticamente clavaban los últimos clavos en los ataúdes de varios miembros de los Siete de Southend.

Excepto dos: Richard Stafford y Anthony Arnold, el fiscal del CPS.

Ambos hombres habían sido excluidos de los correos electrónicos, y no había indicios de que alguno hubiera tenido participación en los delitos. Lo que Tomek no creía que fuera una coincidencia, considerando que la persona con más conocimientos legales de todos había logrado evitar el procesamiento tanto para sí mismo como para aquel con quien mantenía las relaciones

comerciales más pertinentes. Tampoco, para sorpresa de Tomek, ninguno de los otros miembros de los Siete de Southend había delatado a ninguno de los dos. Pero, como no había pruebas contra ellos, Tomek no podía arrestarlos ni acusarlos de nada. Sin embargo, Tomek tenía un as bajo la manga: la notificación que había enviado a la sede de Essex en Colchester, detallando su sospecha de que Richard Stafford operaba la mayor parte de su negocio de drogas desde dentro de la tienda Peacocks en el Centro Comercial Victoria. Tomek sospechaba que Richard Stafford entraba, trataba con el personal que estaba en su nómina, y distribuía toneladas de drogas que terminaban en las calles desde allí. Era solo una corazonada, pero una corazonada al fin y al cabo. Y a lo largo de los años su intuición le había fallado solo en contadas ocasiones. Ahora dependía del equipo antidrogas encontrar el vínculo y conectar los puntos.

Para el final de la semana, el equipo había acusado con éxito a Terrence Toffolo, John Mullen, Brendan Door, James Colehill y Gregory Chaplin por una gran cantidad de delitos.

La última en su lista era Alina Zandecka.

Según la información que el equipo forense digital había reunido, y las declaraciones de testigos que Martin y Oscar habían logrado recopilar, Alina Zandecka había desempeñado un papel fundamental en la trata de las mujeres desprevenidas. Había actuado como su amiga, fingiendo alojarlas y acomodarlas bajo la apariencia de que se les ofrecía una buena vida. Las había preparado y las había alistado para el trabajo que se esperaba que hicieran, todo por sus cinco mil libras mensuales.

Tenían multitud de pruebas contra ella por el delito. Lo único que no tenían contra ella era evidencia que sugiriera que había matado a Herbert Tucker.

Tomek había estado sentado frente a ella y su abogado durante la última hora, tratando de quebrarla. Pero no hablaba. Las palabras "sin comentarios" eran todo lo que había salido de su boca. Era un libro cerrado, y sin importar qué tácticas intentara, no conseguía quebrarla.

El problema era que había muy pocas pruebas que sugirieran que lo había hecho ella.

Lo único que tenían contra ella era el motivo.

Y, por supuesto, los resultados del ADN del pintalabios, que aún estaban esperando.

Unas horas más tarde, Tomek regresó a la oficina, sintiéndose derrotado. Encontró a Nick y al resto del equipo en la sala de incidentes graves.

—¿Y bien? —preguntó Nick, con abundante esperanza en su voz.

Tomek ofreció al inspector jefe una negación con la cabeza.

—Nada —dijo—. Lo intenté, pero todo lo que ofreció fue "sin comentarios".

—¡Joder!

En un furioso movimiento, Nick lanzó un bolígrafo al otro lado de la habitación. Los que estaban en su trayectoria se vieron obligados a agacharse y desviarse si no querían ser golpeados.

—Estamos tan jodidamente cerca, puedo sentirlo.

—No es el fin del mundo —ofreció Sean—. Todavía tenemos los resultados del ADN para...

Y entonces hubo un golpe en la puerta. Débil, casi inaudible.

Liam Porter, el responsable de la escena del crimen, asomó la cabeza por la abertura de la puerta. —No estoy interrumpiendo nada, ¿verdad?

—Sí —siseó Nick—. ¿Qué quiere?

Porter blandió una carpeta púrpura en sus manos, luego dio un paso tentativo a través de la puerta, cruzando el umbral hacia la atmósfera helada. Caminó hábilmente hacia Nick al frente de la sala, y luego le entregó la carpeta al inspector jefe.

—No tengo tiempo para leer esto —dijo Nick.

—¿Preferiría un resumen entonces?

—Sí. Suéltelo. *Por favor*. —El énfasis que Nick puso en la última palabra era tan obvio como la impaciencia en su rostro.

Antes de dirigirse a la sala, Liam se aclaró la garganta. —Son sus resultados de ADN. La muestra bucal que enviaron.

—¿*Muestra*? —repitió Tomek, dando inadvertidamente un paso adelante.

—Sí —respondió Liam, tímidamente—. Solo enviamos una muestra para su examen.

—No, no, no. Deberían haber sido dos.

Tomek miró a Rachel y Anna, esperando que captaran sus pensamientos internos.

—Yo envié la muestra, lo juro —respondió Rachel primero.

—Yo también —añadió Anna—. Tan pronto como regresé.

—¿Entonces cómo cojones se ha enviado solo una muestra? —gritó Tomek. Entonces la respuesta le abofeteó la cara, y levantó la mirada hasta encontrarse con la de Nick.

—Brendan... —dijeron ambos al unísono.

—Chey, quiero que revises el servidor —comenzó Nick—. Quiero que averigües quién accedió a los archivos y quién retiró las pruebas desde el momento en que se presentaron hasta que se enviaron.

Chey asintió, se levantó de su silla y salió rápidamente de la habitación.

Todas las miradas se posaron en la carpeta en la mano de Nick.

Con cautela, el inspector jefe la sostuvo frente a él, la abrió...

Tomek contuvo la respiración mientras esperaba escuchar la respuesta que todos habían estado esperando.

—La muestra de ADN presentada pertenecía a la señorita Alina Zandecka —dijo—, y ha resultado negativa. Su ADN no coincide con ninguno de los perfiles encontrados en la mano de Herbert Tucker.

Lo que dejaba a una persona.

Nora Tucker. La esposa engañosa y adúltera de Herbert, la que había pasado desapercibida durante gran parte de la investigación.

Una rápida comprobación en el sistema confirmó las sospechas de Tomek y Nick de que Brendan Door había accedido a la muestra de ADN de Nora y la había retirado de las pruebas. Los dos habían

estado trabajando juntos, pero mientras tenían a Brendan bajo custodia, les faltaba la pieza final del rompecabezas.

El único problema que quedaba ahora era encontrarla.

Justo cuando Tomek salía de la comisaría hacia la casa de los Tucker, fue abordado en el aparcamiento por Abigail. Estaba vestida con un grueso abrigo de invierno, y sus mejillas estaban acaloradas.

—No es un buen momento, Abi —le dijo.

—Hay alguien a quien necesitas ver.

—¿La Mujer X está aquí?

—No. Pero sus padres sí. Y tienen algo que necesitan contarte.

Tomek consultó su reloj antes de aceptar la reunión. La familia de tres —madre, padre y una hermana— le estaba esperando en Morgana's. El trayecto fue breve, afortunadamente, ya que las carreteras se habían despejado para las vacaciones de febrero, y para evitar la lluvia que había comenzado a caer con fuerza.

Al entrar, Tomek localizó a la familia al instante. Parecían los más fuera de lugar, como si se sintieran incómodos por estar allí, incómodos con la suciedad y la grasa, incomodados por las personas a su alrededor. Las personas que, en su mente, pertenecían a clases sociales varias ligas por debajo de ellos.

—Tomek, estos son Stephanie, Alan y su hija Felicity. Tienen algo que creen que deberías saber sobre Herbert Tucker.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA Y UNO

Tomek detuvo el coche en seco mientras los neumáticos patinaban sobre el pavimento resbaladizo. Apagó el motor y salió del vehículo, para luego correr hacia la puerta principal de Nora Tucker. La lluvia golpeaba con fuerza contra el hormigón y le azotaba desde todos los ángulos. En lo alto, el viento sometía a los árboles, obligándolos a temblar y balancearse bajo su presión. Al llegar a la puerta principal, la golpeó con el puño.

Se detuvo después del tercer golpe.

La puerta había quedado sin cerrar con llave y ahora se balanceaba suavemente hacia el interior de la casa. Tomek avanzó, cauteloso, cerrando la puerta tras de sí.

Silencio. La puerta, bien fabricada y cara, amortiguaba perfectamente el sonido de la lluvia y el viento.

Esperó, contuvo la respiración, escuchó.

Nada. Ningún indicio de movimiento. Ningún signo de vida.

—¿Hola? —llamó, pero no obtuvo respuesta.

Con aún más cautela, su cuerpo en alerta máxima ante el más mínimo sonido, Tomek se adentró en la casa, comenzando por el salón. El espacio estaba vacío, casi perfectamente limpio, y parecía que nadie lo hubiera tocado en semanas. Lo mismo ocurría con el resto de la planta baja. Lo interesante, sin embargo, estaba arriba. Tomek nunca había llegado tan lejos antes. El piso superior constaba de cinco dormitorios, un despacho, dos baños y un aseo en suite en el dormitorio principal.

En lo alto de la escalera, se detuvo y escuchó, agarrando la barandilla con ambas manos. La casa permanecía inmóvil, silenciosa.

Su primera parada fue el dormitorio de Nora y Herbert. Una gran cama de matrimonio ocupaba gran parte del espacio y estaba rodeada por una gruesa moqueta gris metalizado. Unos cojines afelpados de color rosa descansaban pulcramente delante de las almohadas, y una fina colcha granate había sido doblada a los pies de la cama. Las ventanas daban al jardín. Tomek se acercó a ellas y contempló la vista. Abajo, la piscina burbujeaba mientras miles de gotas de lluvia se precipitaban en ella, y el mobiliario —sillas, una mesa y una barbacoa— había sucumbido al viento.

Tomek giró para dirigirse hacia las otras habitaciones, pero al hacerlo, vislumbró una figura por el rabillo del ojo.

—¡Joder! —gritó, dando un respingo.

Entonces se dio cuenta de que era su reflejo en un enorme espejo de suelo a techo que no había visto al entrar.

—Estúpido cacharro —dijo, maldiciendo al objeto inanimado que no podía defenderse.

Frente al extremo de la cama había un tocador, repleto de filas y filas de pequeñas barras negras de diversos grosores, que sobresalían de una serie de contenedores de metacrilato. Tomek nunca había visto tanto maquillaje junto en su vida, ni siquiera en los supermercados. Había cuatro organizadores de metacrilato en total. Uno para delineadores. Otro para máscaras de pestañas. Uno para pinceles. Y otro que contenía lo que había llegado a saber que se llamaba base de maquillaje. O algo así. No sabía qué era; lo único que sabía es que era una parte importante del proceso de empaste.

Tomek se acercó a la mesa y comenzó a buscar entre el contenido. No encontró nada en ninguna de las cajas, pero cuando tropezó con un cajón oculto en la parte inferior, inmediatamente encontró lo que estaba buscando.

La barra de labios.

Strawberry Surprise, en todo su esplendor.

Tomek la cogió y la sostuvo casi con la misma delicadeza con la que Albert Patterson había sostenido la alianza que encontró en el paseo marítimo. Era más pequeña, más infantil de lo que esperaba.

Antes de sentir la tentación de ponerse un poco en los labios para probarlo él mismo, apretó la barra de labios en sus manos y cerró el cajón. Mientras salía de la habitación, se detuvo junto a una mesita de noche. Las pequeñas bombillas de la intuición estaban chispeando, y algo en su cerebro le dijo que la inspeccionara.

Lentamente, como si hacerlo pudiera causar algún tipo de explosión, abrió el único cajón de la mesita de noche. Allí, en la parte superior, doblada en cuatro, había una fotocopia de la imagen indecente tomada a Herbert Tucker en el club de caballeros. Tomek la sacó y comenzó a desplegarla hasta que el hombre le devolvió la mirada, con la boca cubierta de pintalabios rojo, la cara y la piel manchadas de suciedad y barro.

Tomek sintió náuseas al mirarla. Al hombre que había prometido tanto a aquellos de quienes se burlaba. Al hombre que personificaba todo lo que estaba mal en la política.

Se apartó mientras la guardaba en el bolsillo, saliendo de la habitación y entrando en la siguiente. El resto de la casa estaba como el dormitorio principal: completamente limpio y completamente vacío. O bien la asistenta había hecho un trabajo excepcional, o bien había sucedido algo más.

Tomek metió la mano en su bolsillo y llamó a Anna.

La agente detective respondió al segundo tono.

—¿Todo bien, sargento?

—No está aquí —dijo, mirando fijamente una escultura metálica de un ciervo en el rellano que parecía tan fuera de lugar como se sentía Tomek—. ¿Sabe dónde podría estar? ¿Le dijo algo sobre llevar a las niñas a algún sitio?

—Creo que mencionó algo sobre irse ella y las niñas cuando Eleanor saliera del colegio.

—¿Sabe adónde?

Tomek casi podía oírla negando con la cabeza. —No se me ocurrió preguntar...

Pero eso estaba bien.

Porque Tomek tenía una idea.

Otra bombilla parpadeaba furiosamente en su cabeza.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA Y DOS

De todos los lugares donde Herbert Tucker podría haber comprado una casa en Essex para una de sus hijas, el muy cabrón tuvo que adquirir una en Danbury, a cuarenta minutos de distancia. Cinco minutos más debido al clima y el tráfico.

La casa que Herbert había comprado a nombre de Whitney no era una casa cualquiera. Más bien, junto con la parcela de quince acres que la acompañaba, era una mansión. Ligeramente más pequeña que la residencia familiar, pero aun así mucho más de lo que necesitaba una joven de veinticinco años que todavía vivía en casa de sus padres. Tomek habría matado por poder permitirse un lugar así para él mismo, y no digamos para Kasia.

Frenó gradualmente el coche al salir de la transitada carretera principal y entrar en la calzada. El jardín delantero estaba casi tan perfectamente cuidado como el de la residencia familiar, y Tomek se preguntó si tendrían una empresa independiente o un jardinero que lo podara cada semana.

Después de detener el coche, puso el freno de mano y miró a través del parabrisas. Allí, en la entrada, estaba el Range Rover de Nora Tucker, bloqueando el otro punto de acceso.

Tomek lo registró mentalmente, luego sacó su teléfono y se lo llevó a la oreja. El teléfono sonó y sonó. Hasta que Anna respondió.

—Creo que los he encontrado.

—¿Dónde?

—En casa de Whitney. Danbury.

—Joder. Vale. Iré a reunirme contigo ahora mismo.

Tomek colgó y guardó el teléfono en el bolsillo. No tenía intención de esperar. Había un asesino que atrapar, y el tiempo era crucial.

Al desabrocharse el cinturón, Tomek abrió la puerta del coche y salió del vehículo bajo la lluvia. Mientras se dirigía hacia la puerta principal, su cuerpo empezó a tensarse. Hombros, brazos, espalda. Incluso se le tensaron un poco las nalgas.

Llamó a la puerta. Nada. Silencio, salvo el sonido de la lluvia rebotando en el coche detrás de él.

Otro golpe. Seguía sin respuesta.

Junto a la puerta había un pequeño cristal. Tomek cubrió su rostro con las manos y miró a través. El interior de la casa era casi tan opulento como la residencia habitual, con un gran vestíbulo de entrada, casi victoriano.

Pero eso no era lo que le interesaba. Era la cabeza que había visto asomarse tras una pared al otro lado del cristal lo que había llamado su atención.

Agachándose, abrió la ranura del buzón y empezó a gritar: —Sé que estáis ahí. ¿Puedo entrar? Tengo algunas preguntas más que necesito haceros sobre vuestra relación con Brendan.

Justo cuando estaba a punto de continuar, una figura se apresuró hacia la puerta y la abrió de golpe. El buzón metálico fue arrancado de su mano, casi cortándosela.

Allí estaba Whitney Tucker, la hija mayor de Herbert, y ahora la orgullosa propietaria de una vivienda al menos cinco veces fuera del alcance económico de Tomek.

—¿Qué hace usted aquí?

—Quería hablar con tu madre.

—¿Por qué estaría ella aquí?

Tomek señaló el coche. —Eso fue una gran pista.

—No está aquí —dijo ella con pánico en su voz—. Somos mi novio y yo. Hemos... hemos venido para las vacaciones de mitad de trimestre.

—Ya sé que lo habéis hecho, Whitney. Ahora, si no te importa, me gustaría entrar, por favor.

Ella no tuvo elección. Tomek se abrió paso por la fuerza, entrando en la casa. Una vez que cruzó el umbral, supo que estaba a salvo.

O al menos tan a salvo como puede estar cualquiera en compañía de un asesino.

—¿Dónde está? —preguntó Tomek, cerrando la puerta tras de sí —. Estoy preocupado por su seguridad.

Cerró con el cerrojo. El sonido resonó por toda la casa.

—¿Por qué iba a estar en peligro? —preguntó Whitney, retrocediendo lentamente cada vez más hacia el interior de su casa.

—Ya sabes por qué, Whitney.

—No tengo ni idea de lo que está hablando.

Pero Tomek no la escuchaba. Ignorándola, pasó junto a ella y comenzó a irrumpir en las habitaciones, buscando a Nora. Pero no la encontró en la planta baja. Y mientras subía por la escalera de caracol, Whitney lo persiguió, tirándole del brazo.

—¡No puede subir ahí!

Similar a la vivienda familiar, la planta superior albergaba cinco dormitorios y tres baños, con la única excepción de un espacio para oficina. Pero afortunadamente, no tuvo que buscar muy lejos para encontrar lo que quería.

La escena del crimen estaba en el dormitorio principal.

Eleanor, la hermana de Whitney, la joven a quien solo había conocido dos veces. Y Charlie, el novio de Whitney, el hombre que había tenido el placer de conocer solo una vez. Ambos, de pie junto al cuerpo sin vida de Nora Tucker, atado a las esquinas de la cama. Tomek entró en la habitación lentamente, abriendo la escena del crimen a una mejor visión con cada paso vacilante.

Lo primero que notó fueron el olor y las marcas rojas alrededor de su boca. Consistentes con envenenamiento por amoníaco.

—Creo que estáis todos detenidos —dijo Tomek.

—No lo creo —respondió Whitney, detrás de él, bloqueando las escaleras.

—¿Qué, vais a matarme a mí también además de a vuestros padres?

—¿Cómo supo que éramos nosotros?

Tomek giró el cuello de izquierda a derecha mientras intentaba mirarlos a todos, pero le dolía. —El cuello me va a matar en un minuto, ¿podemos movernos todos para que pueda veros a los tres a la vez?

Tomek se había enfrentado a muchos asesinos en su carrera. Asesinos en serie, mentes criminales, cabrones despiadados. Pero estos tres no eran nada de eso. Eran chicos. Idiotas inofensivos que habían matado a sus padres y que no tenían intención de hacerle daño. Quizás por ingenuidad, se sentía sorprendentemente seguro.

Dicho esto, también sabía lo que era acorralar a un perro salvaje.

—Vamos a quedarnos justo aquí, muchas gracias —respondió Whitney.

Tomek suspiró y bajó la mirada al suelo. —Bien, pero si me da un latigazo cervical, os culparé a vosotros.

En el fondo de su mente, el reloj mental estaba contando los minutos para que llegaran Anna y el resto del equipo. Calculó que ahora le quedaban treinta y cinco minutos. Treinta y cinco minutos para hacerles hablar, para distraerlos hasta que llegara la caballería.

—¿De quién fue la idea? —preguntó Tomek mientras metía la mano en el bolsillo y sacaba su teléfono.

—¡Eh, eh, eh! —le gritó Charlie—. ¿Qué cojones estás haciendo con eso? ¡No vas a llamar a la policía!

—Ya sé que no —dijo Tomek, mientras desbloqueaba su dispositivo y encontraba la aplicación de grabación con un ojo—. Eso es porque yo soy la policía.

—¡Cierra la puta boca y dame el teléfono! —gritó Charlie, con voz temblorosa.

Tomek presionó grabar y ocultó la pantalla con la palma de su mano. —¿Es así como le hablaste a Rick la noche que asesinasteis a Herbert?

—¿Rick? ¿Rick? ¿Quién coño es Rick?

Tomek dejó caer discretamente el teléfono en su bolsillo, esperando que todos estuvieran demasiado distraídos para prestar atención a lo que estaba haciendo.

—Rick es el sin techo con el que intercambiaste la ropa.

—¿Cómo iba a saber su puto nombre?

—No tenías por qué saberlo. Solo me preguntaba si así es como le hablaste. ¿A él también lo trataste como una mierda?

La cara de Charlie se contorsionó en un ceño fruncido. —¿De qué coño estás hablando, tío? Tienes que callarte y...

—Tengo algunas preguntas que necesito hacer primero.

—¿Ah sí, como cuáles? —dijo Whitney, tomando el control de la conversación.

—Como si vuestra madre está realmente muerta o no.

Whitney se burló. —Sí, está muerta. Simplemente no se puede distinguir bajo toda la mierda de plástico que tiene en el pecho.

Los ojos de Tomek volaron involuntariamente hacia los pechos de Nora, luego dijo: —Voy a tener que comprobarlo yo mismo. No puedo irme de aquí sabiendo que podría estar viva.

Tan pronto como Tomek comenzó a subirse las mangas, Charlie protestó y avanzó hacia él, pero lo detuvo con una mano levantada y una mirada severa. Sin hacer caso de las protestas silenciosas, Tomek se acercó al borde de la cama y alcanzó el cuello de Nora, colocando dos dedos en su piel. Esperó, contando. Nada. No había pulso, y su cuerpo había empezado a enfriarse.

Nora Tucker estaba muerta.

Mientras se alejaba, bajándose la manga, su mirada cayó sobre Eleanor.

—Lo siento... —le dijo suavemente. Tenía la edad de Kasia, y la visión de ella formó un nudo en su estómago.

La joven estaba de pie con los brazos cruzados, abrazándose fuertemente. —¿Por qué... por qué lo sientes? —preguntó.

—Siento lo que te pasó. Siento lo que tu padre os hizo a ti y a tu amiga. Nunca debería haber podido salirse con la suya durante tanto tiempo.

—Yo... —La voz de Eleanor se quebró mientras sus ojos se movían repetidamente hacia Whitney—. No sé qué... no sé de qué estás hablando.

—Está bien —dijo Tomek—. Ya no hay necesidad de ocultarlo. Sé la verdad. Sé que abusó de las dos.

—¿Cómo? —siseó Whitney—. ¿Cómo podrías saberlo? Las únicas personas que lo sabían eran Charlie y...

—Y vuestra madre... —Tomek hizo una pausa, dando un paso atrás para que el ángulo entre los tres fuera menos forzado para su cuello—. Ella lo sabía cuando te pasó a ti, Whitney, ¿verdad?

Los ojos de Whitney flaquearon.

—Ella sabía sobre la noche en que había salido con sus amigas. Durante la tormenta. La noche que pasasteis en su cama con Stacey. La mano que os hizo besar a ambas. Lo sabía todo y no hizo nada.

Una fina línea de lágrimas comenzó a formarse en el párpado inferior de Whitney, y ella sorbió las lágrimas que esperaban brotar.

—Nunca le importé. Nunca le importó Eleanor. Nunca le importamos nosotras. A ninguno de los dos. Siempre fuimos nosotras contra ellos dos. Nora nunca estaba en casa, nunca estaba ahí para cuidarnos, así que tuve que hacerlo yo. Siempre estaba ocupada con sus salidas con amigas, su agenda social y su apariencia. Le importábamos una mierda aunque lo intentara. Y cuando se enteró de lo que él le había hecho a Stacey y a mí, nos sentó y nos dijo que no debíamos decir nada. Que no podíamos contar a nadie cómo nos había hecho chuparle la polla para calmarnos. Estábamos aterrorizadas por la tormenta y los truenos. Fuimos a su habitación buscando consuelo. Y salimos aún más asustadas de lo que habíamos entrado. Durante mucho tiempo, solía tener miedo a los truenos, pero ya no.

Tomek apretó los labios y bajó el tono. —Lo entiendo —dijo suavemente—. Y cuando le hizo lo mismo a Eleanor y a su amiga, decidisteis que era suficiente.

Y entonces llegaron las lágrimas. Pesadas, brutales. Corriendo por su rostro. Entre sollozos y limpiándose las lágrimas, dijo: —Intenté protegerla durante tanto tiempo, pero él encontró la manera. La encontró entonces, y la encontró ahora.

—¿Cómo sabes lo que nos pasó a Felicity y a mí? —preguntó Eleanor, tomando a Tomek por sorpresa.

—Sus padres —explicó Tomek—. Me senté con ellos no hace mucho. Se presentaron para explicarme lo que le había pasado a Felicity. Fue valiente lo que hizo tu amiga.

—¿Estaba Stacey allí? Stacey debería haber estado allí —preguntó Whitney, esperanzada.

Tomek vaciló mientras se preparaba. —No, no estaba —le dijo—. Quería estarlo, créeme. La semana pasada habló con alguien que conozco, una periodista. Se presentó para decir que tu padre la había violado, pero cada vez que intentábamos concertar una reunión, no aparecía. Esta mañana descubrí que sus padres la habían encontrado muerta en su habitación la noche anterior. Se había suicidado con paracetamol. Supongo que ya no podía soportarlo más.

Tras escuchar la noticia de que su amiga, con quien había compartido aquel trauma, se había suicidado, la reacción inmediata de Whitney fue caer al suelo, con la espalda apoyada contra la barandilla, las rodillas recogidas contra su pecho. Y entonces se volvió inconsolable, sollozando en sus manos. Charlie y Eleanor no perdieron tiempo en acudir a su lado.

Tomek sintió que se le formaba un nudo en la garganta mientras los veía abrazarse, acurrucados como un equipo deportivo listo para el saque inicial.

Lo que les había pasado a esas chicas era más que inaceptable, incomprensible. Que su confianza y fe en el mundo hubieran sido arruinadas y destruidas por su padre. Pensar en ello le daba náuseas. Abrió la boca para hablar en cuanto aparecieron imágenes de Kasia en su mente.

—Lamento vuestra pérdida —dijo—. Y lamento lo que os pasó. De verdad, lo lamento. Pero tendré que deteneros. Habéis matado a dos personas.

—¡Pero se lo merecían! —gritó Whitney.

—Lo sé. Lo sé. Pero habéis quebrantado la ley. Habéis quitado dos vidas.

—Por favor...

Tomek quería hacerlo. En el fondo. Si hubiera podido abrir la puerta para dejarlos salir, lo habría hecho. Pero no podía. Era su deber arrestarlos, sacarlos de las calles. Entre los tres, habían matado a dos personas.

—La noche de la muerte de vuestro padre —comenzó Tomek de nuevo—. ¿Qué pasó? ¿Cómo escapasteis?

—Nosotros... —Whitney comenzó, luego se detuvo, cerrando suavemente la boca.

—Le dije a Whit que viniera a mi casa más temprano ese día —dijo Charlie, con su voz más profunda de lo que Tomek recordaba—. Decidimos que esa noche iba a ser la elegida. No sabemos por qué. Simplemente la elegimos. Así que esperamos fuera de su trabajo durante horas, sentados, hablando, preparándonos mentalmente.

—¡Pero obviamente, estaba muy ocupado follándose a esa puta en su oficina! —gritó Whitney, histérica.

—Para cuando terminó, habíamos empezado a quedarnos dormidos. Tan pronto como lo vi, salí del coche y le di un cabezazo. Te juro que el bulto en mi cabeza no ha bajado desde entonces.

Tomek no lo había notado la primera vez que conoció al hombre, pero entonces se dio cuenta de que no lo había estado buscando.

—Lo atrapamos mientras estaba hablando por teléfono —continuó Charlie—. Estaba a punto de decir el nombre de Whit cuando lo metimos en el coche.

Tomek reprodujo mentalmente el audio de la conversación telefónica.

*Ey, ¿Qué - Qué estás haciendo aquí?*

Todo este tiempo, Tomek había confundido *Whit* con *qué*.

*Ey, Whit - ¿qué estás haciendo aquí?*

Y entonces había sido atacado.

—Lo metí en el coche con el amoníaco, luego lo llevamos a la playa. El amoníaco hizo todo el trabajo después de eso.

—¿De quién fue la idea? —preguntó—. ¿De dónde lo sacaste?

—Soy jardinero autónomo —explicó Charlie—, pero trabajo con un colega mío en algunos de los trabajos más grandes.

Tomek inhaló bruscamente. —No me lo puedo creer. ¿Aaron Howell-Jones?

—Cómo... ¿cómo le conoces?

—Eso no es importante. ¿Cuál fue su participación en todo esto?

—Ninguna en absoluto. De verdad. No tuvo nada que ver. Lo prometo.

Tomek no estaba seguro de cuánto quería creerle.

—Y entonces... —Levantó la mirada hacia el dormitorio—. ¿Qué pasó aquí?

Tomek olfateó con fuerza, luchando por ocultar la expresión de disgusto en su rostro.

—Recibió lo que se merecía —murmuró Eleanor.

Su tono era monótono, seco, frío. Sonaba como si hubiera perdido una parte de su alma.

—¿La mataste tú, Eleanor?

—Sí...

—¡No! —interrumpió Whitney—. Fui yo. Yo lo hice. Ya te lo dije, Eleanor no tuvo nada que ver con nada de esto.

Tomek estaba dudoso. —¿Qué pasó?

—Nada. Simplemente la trajimos aquí, y...

—Recreasteis la foto de nuevo.

Los ojos de Whitney se agrandaron. —¿Cómo sabes sobre la fotografía?

—Encontré la original —respondió Tomek—. Supongo que fue idea tuya hacerlo parecer como si alguien con quien tu padre se había acostado en el pasado lo hubiera hecho.

—Después de lo que me hizo, me di cuenta de que también había hecho que mi madre le besara la mano. Y luego descubrí que también había hecho lo mismo con esa puta con la que tuvo el hijo, así que sabía que funcionaría. Además, era un último "que te jodan" para ese cabrón que nunca amó nada más que a sí mismo.

—El niño no es suyo, por cierto —le dijo Tomek.

—¿Qué?

—Era de otra persona.

—Aun así. Seguía siendo una jodida puta, como todas las que iban allí a ese...

Antes de que Whitney pudiera terminar, el sonido de neumáticos chirriando sobre el asfalto interrumpió la conversación. De inmediato, los tres asesinos entraron en acción. Eran demasiados. Charlie fue el más rápido en reaccionar y ya estaba corriendo escaleras abajo antes de que Tomek tuviera la oportunidad de darse cuenta de lo que estaba pasando. Mientras tanto, Whitney y Eleanor

se acurrucaban juntas en lo alto de las escaleras, abrazándose como si fuera por última vez.

Tomek persiguió a Charlie. El joven era mucho más atlético y fuerte que él, y para cuando Tomek llegó al pie de las escaleras, Charlie había abierto la puerta principal y estaba corriendo por el asfalto.

Cuando Tomek llegó a la puerta, vio los dos coches de policía uniformados y un vehículo sin identificar aparcados en la entrada del lado derecho. Gracias a su coche aparcado en medio de la calzada, había poco espacio para ellos detrás de él, y uno de los vehículos se había quedado sobresaliendo hacia la transitada carretera principal.

Mientras tanto, Charlie había ido hacia la izquierda y corría hacia la libertad, dirigiéndose directamente hacia el Range Rover y el vasto campo al otro lado de la carretera.

—¡Detenedlo! —gritó uno de los agentes uniformados mientras saltaba del vehículo más cercano.

Pero no tenía sentido.

La persecución terminó tan pronto como había comenzado.

Justo cuando Tomek estaba a punto de seguir al agente, Charlie corrió hacia la carretera y no vio, ni oyó, el Tesla que se dirigía hacia él a ochenta kilómetros por hora. Como resultado, su cuerpo rebotó sobre el capó, rodó sobre el parabrisas y se desplomó en el suelo. Yacía inerte, perfectamente inmóvil, casi sin vida sobre el asfalto.

Pero Tomek no podía prestarle atención. Todavía había dos asesinas en la casa.

Inmediatamente, dio la espalda a la escena del accidente y subió como un cohete por las escaleras.

Afortunadamente, encontró a las hermanas donde las había dejado, hechas un ovillo, abrazadas. La hermana mayor protegiendo a la pequeña una última vez.

—Por favor... —dijo Whitney entre respiraciones hiperventiladas mientras lo miraba—. Por favor, no haga esto.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA Y TRES

Albert Patterson vivía en el Sandy Bay Caravan Park en Canvey Island. La zona albergaba más de cuatrocientas casas móviles fijas y se vendía exclusivamente a mayores de cincuenta años y jubilados. Estaba situada justo contra la costa, protegida de la crecida del nivel del agua solo por un muro marítimo de hormigón, y si ninguno de los residentes era lo suficientemente valiente para aventurarse en el estuario del Támesis, siempre existía la opción de un rápido chapuzón en la piscina cerca de la entrada de la urbanización.

Tomek nunca había estado allí antes; solo había leído sobre el lugar en internet o escuchado conversaciones, y su primera impresión fue que era tan confuso como un rompecabezas de sudoku. Había hilera tras hilera de casas, cada una extendiéndose tan lejos como alcanzaba la vista. Más allá de la miríada de caravanas blancas se alzaban los imponentes depósitos de la instalación de almacenamiento de líquidos Oikos, sobresaliendo en el horizonte como los salientes de una pieza de Lego. La instalación existía desde los años 30 y se había convertido en una de las instalaciones de almacenamiento tecnológicamente más avanzadas de Europa lo que, tristemente para los residentes de Canvey, significaba que aquel esperpento no iba a desaparecer en un futuro próximo. Cuando Tomek aparcó torpemente frente a la casa de Albert Patterson, se sorprendió al descubrir que reinaba un silencio sepulcral. Había esperado que la instalación gimiera y murmurara,

como un monstruo aterrador y siniestro en las sombras, pero no había nada. Solo el sonido del viento silbando entre las caravanas.

La de Albert Patterson estaba en el lado más desfavorecido, en todos los sentidos de la palabra. Era la más pequeña, aunque solo por unos centímetros. Era la más decrépita y sucia, y necesitaba urgentemente una remodelación. Y también era la más baja sobre el suelo, con varios de los soportes desmoronándose bajo el peso de la casa. Una silla metálica de playa, oxidada y rota por las bisagras, se había fundido sobre la plataforma elevada y parecía haber estado allí desde la creación del parque. Sin embargo, la pequeña mesa metálica que la acompañaba estaba en peor estado, con una pata que faltaba y el panel de cristal hecho añicos en varios sitios.

Pobre desgraciado, pensó Tomek mientras subía el escalón y golpeaba en el revestimiento exterior.

Unos momentos después, apareció una figura que se acercaba arrastrando los pies. Esa mañana, Albert iba vestido con unos vaqueros sucios, un grueso jersey negro y un par de guantes de lana. Estaban llegando al final del invierno, pero todavía había frío en el ambiente, y Tomek solo podía imaginar cuánto frío debía hacer dentro de la caravana.

Lo descubrió un momento después cuando Albert le hizo un gesto para que entrara. De alguna manera, si era posible, hacía más frío dentro que fuera, y el aliento de Tomek se empañaba frente a su cara y sus dedos se quedaron instantáneamente entumecidos.

—Bonito... bonito lugar el que tienes aquí —dijo Tomek educadamente.

—No, no lo es —murmuró Albert mientras arrastraba los pies hacia el sofá—. Es un cuchitril, pero estoy atrapado aquí por el resto de mi vida. —Se dejó caer en el sofá, su cuerpo hundiéndose con facilidad en el cojín, tras años sentándose en el mismo sitio—. ¿Te gustaría tomar asiento?

Tomek buscó un espacio seguro donde sentarse que no estuviera cubierto de revistas viejas, periódicos y gruesas capas de polvo. —Estoy bien, gracias. No tardaré mucho.

—No te culpo.

El hombre que tenía delante era completamente diferente al que había visto en la sala de interrogatorios. Estaba destrozado, más frágil, con el rostro abatido, casi deprimido.

—¿Descubriste quién lo hizo al final? —preguntó Albert, tomando a Tomek por sorpresa.

—Sí, lo descubrimos.

—¿Ayudó en algo el anillo de boda?

Tomek metió la mano en el bolsillo de su abrigo y pasó la alianza metálica entre sus dedos.

—De hecho, sí —mintió Tomek—. Pudimos encontrar algo de ADN en él que ayudó a demostrar que el asesino estuvo allí en el momento del crimen.

Un destello de euforia cruzó el rostro de Albert por un breve instante, antes de desvanecerse rápidamente. —Me alegra oírlo. Aunque no debí limpiarlo muy bien.

—Es lo que pasa con el ADN, siempre encuentra la manera de permanecer. Lo que nuestros equipos forenses pueden hacer con él hoy en día da miedo.

—Recuérdame que nunca asesine a nadie entonces.

Tomek sonrió. —Haré lo que pueda.

Un momento de incómodo silencio cayó entre ellos. Tomek cambió el peso de un pie a otro mientras observaba la falta de comodidades hogareñas y efectos personales en la caravana. El hombre tenía poco a su nombre, y lo que tenía eran los huesos desnudos de la existencia, suficiente para sobrevivir un día a la vez.

—Supongo que querréis quedaros con mi tesoro, como sucios piratas.

Tomek se rió, apretando la alianza en su puño. —En realidad... —comenzó, liberando su mano—. Por eso estoy aquí. —Abrió el puño, revelando la alianza en la palma de su mano—. Me dieron permiso para devolvértela...

Pero Tomek no pudo terminar su frase. Al verla, Albert había saltado de su silla como si tuviera un petardo en el trasero y se apresuró hacia Tomek. El anciano la arrebató y la acunó en sus manos como si fuera su tesoro.

—¡Me la has devuelto! —chilló.

—Supongo que eso me convierte en lo opuesto a un pirata, ¿no?

—Eres el mejor pirata.

Antes de que Tomek pudiera responder, el hombre se abalanzó sobre él, rodeándolo con sus brazos. El olor a sudor corporal, orina y humedad entró en sus fosas nasales, pero le prestó poca atención. Mientras Tomek rodeaba al hombre con sus brazos, sintió su delgado cuerpo desnutrido. Bajo el grueso jersey, Albert temblaba. Si era por la emoción o por el frío, Tomek no podía saberlo. Pero esperaba que fuera lo primero. Que le hubiera dado al hombre algo por lo que emocionarse, algo por lo que vivir.

—Muchísimas gracias —dijo Albert mientras se apartaba—. No tienes ni idea de lo que esto significa para mí.

Tomek inclinó la cabeza hacia un lado. —No hay problema en absoluto.

Albert entonces dejó caer el anillo en una pequeña caja de madera en un estante sobre su televisor. Cuando se volvió para mirar a Tomek, sus ojos estaban salvajes de emoción. —¿Te gustaría ver mi detector de metales?

—Mmm...

—Por favor. No te dejaré marchar hasta que veas mi orgullo y alegría.

Tomek miró su reloj. Ya deberían haber llegado.

—Está bien entonces —dijo—. No veo por qué no.

Entonces, justo cuando Albert se apresuraba hacia el otro extremo de la caravana, un coche se detuvo fuera. Los sonidos de puertas cerrándose y los pasos que siguieron fueron tan claros como si Tomek hubiera estado parado afuera para recibirlos. Un momento después, los visitantes llamaron a la ventana.

—¿Quién es? —preguntó Albert, repentinamente a la defensiva y protector. Antes de abrir la puerta, quitó la caja de madera del estante y la escondió en uno de los armarios de la cocina encima del fregadero.

Luego se dirigió a la puerta.

Al otro lado había un hombre y una mujer, elegantemente vestidos bajo sus impermeables, sonriéndole amablemente.

—Buenos días, señor Patterson —dijo la mujer.

—¿Qué es esto? ¿Quiénes sois?

—Yo los he llamado —dijo Tomek—. Es médica. Ha venido para hablar contigo sobre conseguir algo de ayuda, y quizás la posibilidad de ir a una residencia.

—¿Una *residencia*? —La furia se reflejó en la expresión de Albert.

—Sí. Un lugar un poco más cálido, con mejores condiciones.

—Pero... pero ¿cómo pagaré por ello?

—He hablado con el señor de allí. —Tomek señaló a la figura detrás de la doctora—. Y debido a la ayuda que proporcionaste en la investigación del asesinato, ha accedido a dejarte quedar sin cargos.

La cabeza de Albert se movió de un lado a otro. Era mucho para asimilar de golpe, así que le permitieron algo de tiempo para procesarlo.

—¿Y qué hay de mi detector de metales? ¿Cómo podré usarlo si estoy en una residencia?

—Eso no será un problema, señor Patterson —llamó la figura desde atrás—. Podrá quedarse con nosotros y seguir haciendo tanto rastreo de metales como desee.

# CAPÍTULO
# CINCUENTA Y CUATRO

Tomek apenas había dormido aquella noche en el hotel. Dando vueltas, agitándose, sudando, imaginando en el techo la cara de aquel joven, ahora treinta años mayor.

Repitiendo los acontecimientos una y otra vez en su mente hasta que casi se había convertido en una pesadilla.

De hecho, era una pesadilla.

Porque hoy era el día.

Hoy era el día en que vería por primera vez en treinta años la cara del asesino de su hermano.

Tomek había pasado los últimos días intentando prepararse mentalmente para este momento, pero nada lo consiguió. Nada podía silenciar los gritos dentro de su cabeza ni el dolor que le revolvía el estómago.

Cerró la puerta del baño tras de sí y se dirigió hacia el lavabo. Era su tercera deposición nerviosa en casi tres horas. Se lavó las manos con jabón y regresó a la sala de espera. Había estado en prisiones antes, varias veces de hecho, pero esto era diferente, completamente diferente.

Antes habían sido visitas profesionales, para discutir sobre corrupción, suicidios y otros reclusos relacionados con investigaciones de asesinato. Ahora, sin embargo, esto era personal.

En la sala de espera de la prisión HMP Wakefield, encontró un asiento y paseó la mirada por la plétora de rostros presentes. Padres ancianos, esposas, novias, hermanos, hermanas, todos visitando a

los monstruos que habitaban tras esos muros. Aquellos a quienes seguían queriendo a pesar de todo lo que habían hecho.

Tomek se preguntó si Nathan recibía alguna visita, si su familia aún le quería, si se preocupaban por él. Esperaba que no. Esperaba que el hombre estuviera pudriéndose solo tras las rejas.

Pero antes de poder dedicarle más pensamientos, apareció un funcionario de prisiones y comenzó a darles instrucciones, hablándoles como si fueran niños. Una vez les recordaron las normas, les permitieron entrar en la sala.

Tomek se quedó atrás, permitiendo que todos los demás pasaran delante. No por caballerosidad o bondad de corazón, sino porque estaba entrando en pánico, con los muslos temblorosos y la respiración entrecortada.

Y entonces se dio cuenta de que no tenía sentido ir el último. Que tendrían que sentarse y esperar hasta que llegaran los reclusos de todas formas. Que tendría que quedarse allí sentado durante unos minutos, moviendo nerviosamente la pierna arriba y abajo, mordiéndose las uñas.

Encontró una mesa al fondo de la sala y apartó la silla. Al sentarse, su cuerpo se sentía débil, necesitado desesperadamente de algo de comida o azúcar, algunos electrolitos para reemplazar los fluidos que ya habían salido de él tres veces.

Pasó un minuto de nada, de intercambiar miradas incómodas con los otros visitantes, de ser incapaz de ocultar la vergüenza en sus ojos.

Un minuto se convirtió en dos.

Dos en tres.

Tomek era incapaz de mirar hacia la puerta por la que Nathan entraría. No podía obligarse a ver al hombre entrar en la sala.

Entonces oyó el sonido de gritos y una pelea que estallaba al otro lado de la puerta. El disturbio prolongó la espera.

Tres minutos se convirtieron en cuatro.

Cuatro en cinco.

Luego, cuando el segundero pasó por el doce, la puerta se abrió, y el grupo de hombres marchó a través de ella. La mayoría sabía a dónde se dirigía, yendo directamente a ver a sus visitantes, mientras

otros merodeaban en la parte de atrás, o demasiado asustados para hablar con sus seres queridos, o deseosos de retrasar el proceso tanto como fuera posible.

Y entonces Tomek lo vio.

Nathan Burrows.

El último hombre en entrar.

Caminando como si fuera el dueño del lugar.

Tomek lo reconoció al instante.

Los rasgos del chico de quince años que había visto aquella noche permanecían, apenas envejecidos en los treinta años transcurridos. La única evidencia que sugería que había crecido era la espesa barba en su barbilla.

Aparte de eso, seguía teniendo el rostro que Tomek veía en sus pesadillas.

Seguía teniendo la misma complexión que la figura que veía en sus pesadillas.

Seguía siendo el mismo adolescente que había matado a su hermano.

Treinta años mayor.

Una vez que todos los demás reclusos habían encontrado a sus visitantes y se habían sentado frente a ellos, Nathan cruzó la mirada con Tomek. Aquellos ojos oscuros y penetrantes, llenos de malevolencia y maldad, eran implacables mientras se acercaba hacia él con aires de grandeza.

Seguía caminando como si fuera el dueño del lugar.

Seguía caminando como si fuera el hombre más poderoso de la sala.

Luego sacó la silla de debajo de la mesa y se sentó, después se acercó con descaro a la mesa y colocó ambas manos sobre la superficie. Tomek no había visto parpadear al hombre ni una sola vez.

Mientras una sonrisa irónica se dibujaba en el rostro del hombre, dijo: —Hola, Tomek. Me preguntaba si nos volveríamos a ver.

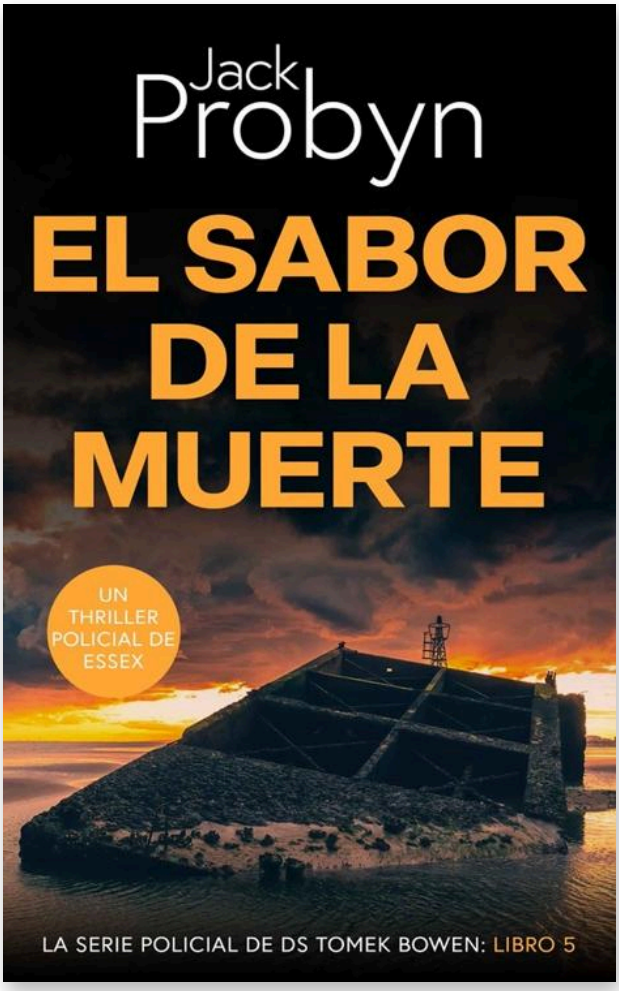
# FIN

Pero no del todo. La historia continúa en El Sabor De La Muerte:

En una mañana ventosa y de un frío abrasador, Morgana Usyk, dueña de uno de los lugares favoritos del DS Tomek Bowen, el Café de Morgana, visita el Puerto Mulberry a poco más de un kilómetro y medio mar adentro.
Poco después, su cuerpo es encontrado en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.
Los primeros informes y testimonios de testigos indican que vieron al asesino huyendo de la escena. Pero cuando la tormenta Alisha llega, arrasando con todas las pruebas, Bowen y el equipo se quedan varados.
Ahora el agua está subiendo.
Y el de Morgana no es el único cuerpo que van a encontrar en ella.

¡Descubre qué sucede en El Sabor De La Muerte en Amazon ahora!
¡Haz clic AQUÍ para conseguir tu copia!
O da la vuelta a la página para leer un extracto exclusivo.

# EL SABOR DE LA MUERTE - VISTA PREVIA EXCLUSIVA



# OTRAS OBRAS DE JACK PROBYN

***La serie de misterio y asesinato del DS Tomek Bowen:***

## LIBRO 1: LA JUSTICIA DE LA MUERTE

**Southend-on-Sea, Essex: El detective sargento Tomek Bowen** —dedicado, tenaz y atormentado por la muerte de su hermano— es llamado a una de las escenas del crimen más impactantes que jamás haya visto. Un hombre ha sido asesinado ritualmente y abandonado en un huerto cerca del aeropuerto local. Las primeras investigaciones indican que se trataba de un hombre con un pasado. Un pasado que le ganó muchos enemigos.

***Descargar La Justicia de la Muerte***

## LIBRO 2: LAS GARRAS DE LA MUERTE

Annabelle Lake creyó reconocer el Ford Fiesta que esperaba fuera de su escuela, y al conductor. Se equivocó. Su cuerpo es descubierto algún tiempo después, colgando de un columpio en un parque infantil local en Canvey Island.

***Descargar Las Garras de la Muerte***

## LIBRO 3: EL TOQUE DE LA MUERTE

Cuando la niebla se despeja una mañana de diciembre en Essex, se descubre el cuerpo de una adolescente tendido boca abajo en un campo. Como resultado, el caso rápidamente llega al escritorio del DS Tomek Bowen quien, mientras intenta compaginar su nueva vida como padre soltero de una hija de trece años, debe desentrañar la mortal secuencia de eventos y sacar la verdad a la luz.

***Descargar El Toque de la Muerte***

## LIBRO 4: EL BESO DE LA MUERTE

***Los secretos más oscuros nunca permanecen ocultos por mucho tiempo...***

Cuando el cuerpo de un hombre sin hogar es descubierto en el paseo marítimo de Southend, encajado entre las casetas de playa de Thorpe Bay, la gente de Essex ni siquiera arquea una ceja.

Pero cuando la autopsia revela que la identidad es la del diputado local, Herbert Tucker, el pueblo comienza a prestar atención.

***Descargar El Beso de la Muerte***

## LIBRO 5: EL SABOR DE LA MUERTE

***Algunos secretos nunca se desvanecen...***

En una mañana ventosa y gélida, Morgana Usyk, propietaria del Café Morgana, visita el puerto Mulberry a poco más de un kilómetro y medio mar adentro. Poco después, su cuerpo es encontrado en las aguas poco profundas, flotando junto al puerto.

***Descargar El Sabor de la Muerte***

## LIBRO 6: EL ÁNGEL DE LA MUERTE

***Algunos secretos nunca se desvanecen...***

***Cada ángel merece sus alas...*** Cuando la azafata Angelica Whitaker es reportada como desaparecida tras una noche en uno de los clubes nocturnos más populares de Southend, el caso es asignado al DS Tomek Bowen por primera vez en su carrera. Tan pronto como comienza la investigación, las sospechas recaen sobre el hombre con quien ella bailó en el club, pero cuando su cuerpo es encontrado posteriormente en una iglesia, colocado como un ángel, las mismas sospechas empiezan a apuntar hacia un asesino calculador, sereno y sádico.

***Descargar El Ángel de la Muerte***

# DEJA UNA RESEÑA

Aquí estamos. Fin.

Bueno, digo "nosotros"... Me refiero a ustedes. Gracias.

Gracias por llegar hasta aquí y acompañarme mientras imagino estas historias tan disparatadas y extrañas en mi cabeza, y luego las traduzco al papel (o mejor dicho, a archivos digitales).

Amazon está repleto de millones de libros (literalmente, y no uso ese término a la ligera), por lo que a menudo es difícil encontrar tu próxima lectura. Solo quieres saber qué libro leer a continuación. Pero a veces no tienes tiempo para revisarlos todos, así que ¿qué haces?

Mira las reseñas, por supuesto.

Las usamos en todos los aspectos de nuestra vida. Restaurantes. Películas. Nuestro próximo televisor. Unos auriculares. Casi todo está regido por los pensamientos de otras personas.

Una locura, ¿verdad?

Pero ¿qué pasa cuando te encuentras con un libro sin reseñas? Puede que lo rechaces. Es difícil confiar en el libro.

Tu tiempo es oro. Tu tiempo es valioso. No quieres desperdiciarlo en historias decepcionantes. Nadie lo hace. Y yo no quiero eso para ti. A veces me preocupa que le pase lo mismo a esta historia. Pero hay una solución.

Una reseña es muy valiosa. Y me da la confianza para seguir dándole vueltas a las ideas locas que tengo en la cabeza. Si tienes

un momento libre, te agradecería mucho que dejaras una reseña. No tiene que ser larga, solo unas palabras sobre tu opinión del libro.

Gracias.

Tu amable autor,

Jack Probyn

# SOBRE EL AUTOR

Jack Probyn es un escritor británico de novela negra y autor de la serie de thrillers policíacos de Jake Tanner, ambientada en Londres.

Actualmente vive en Surrey con su pareja y su gato, y está trabajando en una nueva serie de misterio y asesinatos ambientada en su ciudad natal de Essex.

¿No deseas registrarte en otra lista de correo? Puedes mantenerte al día con los nuevos lanzamientos de Jack siguiendo alguna de las siguientes cuentas. Te enterarás cuando tenga un nuevo libro a punto de salir, sin la molestia de unirte a mi lista de correo.

Botón de "Seguir" en la página de autor de Amazon:

1. Haz clic en este enlace: https://geni.us/AuthorProfile
2. Debajo de mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y Amazon te enviará correos sobre nuevos lanzamientos y promociones.

Botón de "Seguir" en la página de autor de BookBub:

1. Similar al de Amazon, haz clic en este enlace: https://www.bookbub.com/authors/jack-probyn
2. Junto a mi foto de perfil hay un botón que dice "Seguir"
3. Haz clic en él y BookBub te notificará cuando tenga un nuevo lanzamiento

Si quieres información más actualizada sobre nuevos lanzamientos, mi proceso de escritura y todo lo demás, el mejor lugar para estar al tanto es mi página de Facebook. Tenemos una pequeña comunidad creciendo allí. ¿Por qué no formas parte de ella?

